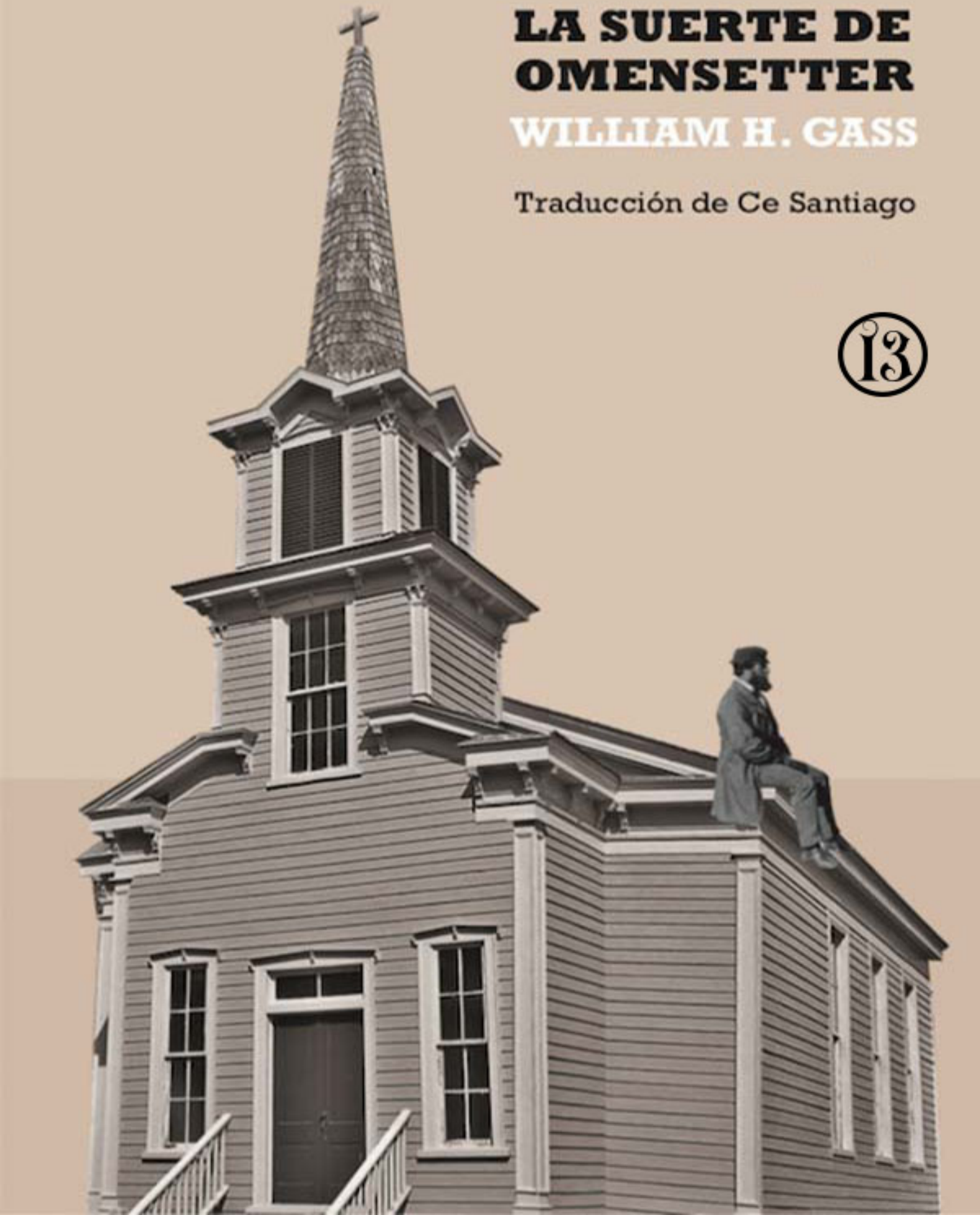
LA SUERTE DE OMENSETTER

WILLIAM H. GASS

Traducción de Ce Santiago



A finales del siglo XIX, el pueblo de Gilean, en el estado de Ohio, recibe a una familia de forasteros, los Omensetter. Desde el primer momento, sus habitantes admiran la magnética personalidad del cabeza de familia, Brackett, y la suerte que siempre parece acompañarlo. Sin embargo, su llegada no es bien acogida por todos. El reverendo Jethro Furber, en pleno proceso de degradación mental y espiritual, centra su odio en Brackett Omensetter.

Una muerte acelera el enfrentamiento entre los dos hombres, narrado por medio de distintas voces que son testigos fieles de una brillante disquisición sobre la muerte y el sentido de la vida, sobre el bien y el mal. La suerte de Omensetter fue catalogada desde su publicación en 1966 como una novela cumbre de la narrativa estadounidense. David Foster Wallace la consideraba una de sus obras favoritas de todos los tiempos, y Susan Sontag siempre recordaba su admiración por William Gass y por este libro, que describía como perfecto y extraordinario.

William H. Gass

La suerte de Omensetter

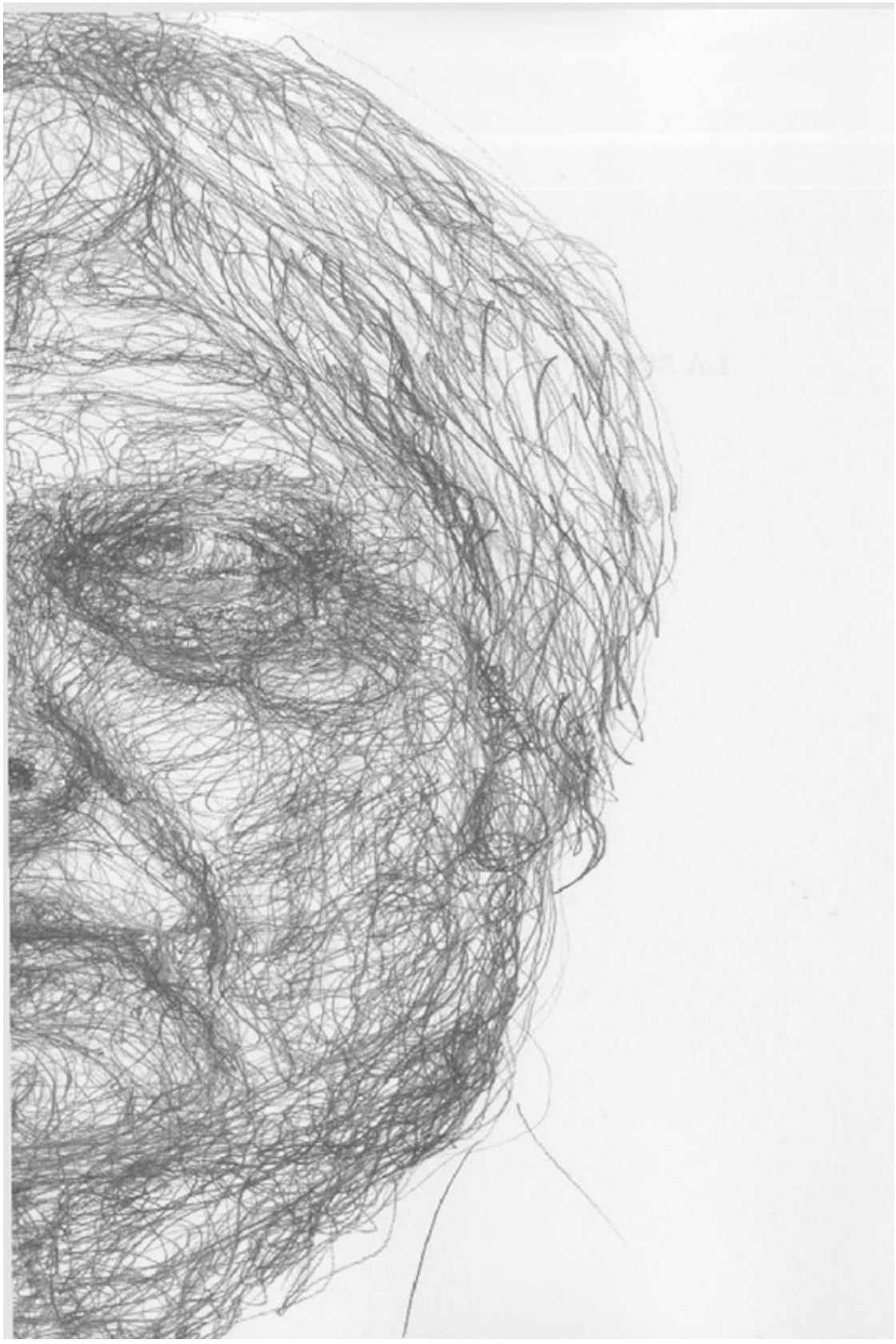
Título original: *Omensetter's Luck*

William H. Gass, 1966

Traducción: Ce Santiago, 2019

Revisión: 1.0

12/09/2020



LA PRESENTE EDICIÓN

El lector encontrará en el texto usos infrecuentes de ciertos rasgos tipográficos (puntuación, rayas, cursivas), así como un uso de las mayúsculas no ajustado a la norma. Hemos considerado que estas características «heterodoxas» del texto son indispensables para tener un contacto más fiel con el estilo del autor y lograr una mejor comprensión de la obra, de ahí que hayamos decidido mantenerlas en la medida de lo posible.

Por, para y a causa de
MARY PAT

EL TRIUNFO DE ISRABESTIS TOTT

Bien, amigos, hoy vamos a subastar los objetos de la señora Pimber. Creo que todos conocíais a la señora Pimber y sabéis que tenía algunos objetos bastante bonitos. Esta va a ser una venta buena de verdad y hace para ello un día bueno de verdad. Aun así, puede que haga calor, más tarde, de ahí que queramos que las cosas marchen a buen ritmo. Y ahora voy a empezar la venta con los objetos de aquí atrás junto al granero. Ya habéis tenido ocasión de echarle un ojo a todo así que vamos a pujar ya mismo por estos estupendos objetos y a hacer que las cosas marchen a buen ritmo. La venta es como siempre en efectivo y dentro está la señora Grady para encargarse de ello. Las damas de la Iglesia metodista tendrán la bondad de brindarnos el almuerzo. Podéis ver sus mesas allá en frente en la parcela de la señora Root y me consta que queréis servir a todas estas damas lo mismo que ellas van a serviros a vosotros. Sé que va a salir todo estupendamente. Muy bien, voy a empezar la venta aquí atrás de manera que, si me seguís, amigos, nos pondremos manos a la obra.

Era su primera excursión. Llevaba varias semanas tambaleándose por el jardín pese a la hierba alta, y tres meses practicando en su cuarto y en el salón y por los pasillos, pero ahora iba a ponerse de verdad a prueba. Había dicho que al verano lo vería caer y eso hizo. La hierba estaba quemada. En los algodoneros había motas de amarillo. La maleza estaba marchita y desde hacía mucho espigada. ¿Dónde estaban todos sus amigos?

Antes salía por la mañana calle abajo y estaban todos levantados y a todos conocía. Podía oír tañer el yunque y entre los tañidos la voz apacible de Mat cantándole a los caballos. Uno podía gritar desde una punta del pueblo a la otra y que le oyeran. Y por la mañana Mat era como una campana.

Israbestis se frotó la mejilla. ¿Quién era el hombre de los dientes de oro?

Estaba desfasado. Solía parar en casa de Mossteller. Mossteller era un tipo callado pero le encantaba contar chistes. De camino solía parar en casa de Lloyd Cate. Lloyd ponía un pie encima del fogón y decía que se había empachado y aunque estuviesen en mayo juraba que hacía frío. Él y Lloyd hablaban hasta que el tren a Gilean silbaba. Cuando el silbato sonaba por segunda vez, Lloyd bajaba el pie y ambos iban y se plantaban delante de la tienda y se desperezaban. Bueno, decía Lloyd, tengo que ponerme a ello. Israbestis sacudía comprensivo la cabeza y se encaminaba a la estación.

Pasaba gente con impaciencia en torno a él. Caminaban muy rápido. Una multitud se estaba reuniendo junto al granero. Tenía la pintura muy descascarillada. El tejado se combaba hacia un espino. Ahí dentro cogí yo un milano, dijo. El portón colgaba de un gozne. Las ventanas estaban rotas y la oscuridad dentada. Sin embargo, la casa era cuadrada y firme, por todas partes hermosa, sin una grieta, cada ladrillo hecho a mano y colocado por un maestro. El sonido de la multitud aumentaba a medida que se aproximaba despacio. Por toda la fachada había ventanas altas y estrechas en las que Lucy Pimber colocaba las velas mientras la nieve caía sobre el coro de villancicos.

Sam levantó la mano y miró por entre los dedos que le faltaban. Todos rieron. La gente avanzaba lentamente entre las sillas y sofás en la hierba o se sentaba en mecedoras y hablaba o se recostaba en divanes y hablaba, haciendo visera con la mano. Manoseaban los jarrones, toqueteaban cucharas de plata, alisaban colchas acolchadas a mano. A la sombra del

porche las mujeres se apiñaban entre mesitas de tapete verde con torres ladeadas de tazas de porcelana, coloridos vasos de cristal granulado y platos decorados. En la parte trasera, junto al granero, los hombres formaban parejas serias para fumar, valorar utensilios pesados y reflexionar. A un costado de la casa bajo las farolas, los niños pequeños se sentaban y enredaban con los cordones de los zapatos. Sam Peach chilló, se miró los dedos ausentes y escupió. Todos rieron, y entre los dedos que le faltaban sostuvo en alto un ovillo de bramante y con la mano llena de dedos un viejo serrucho fino, una soga, un felpudo de goma, un bote de cal; mientras que en unas butacas de respaldo alto, bajo la sombra desperdigada de varios olmos medio muertos, ancianas y bastones se apoyaban unas en otros y sacudían la cabeza. Una lástima, decían. Una lástima. Una lástima.

Como mujer no es gran cosa. Ruin, flaca y callada. Amiga de Samantha. Él se excusó al tropezar.

Vi cómo levantaron esta casa, dijo Israbestis. La primera de la calle.

¿De verdad?

Vi cavar el sótano y cómo pusieron el primer ladrillo. Estuve en esta casa el mismo día en que Bob Stout, el que la construyó, se cayó del campanario metodista.

¿De verdad?

Se cayó encima de la verja de hierro que la rodeaba. Parson Peach, que por entonces acababa de llegar, no, no, fue mucho antes que eso, fue el día en que Huffley, Huffley era albañil, ocupó el puesto de Furber, sea como fuere, Huffley hizo que echaran abajo la verja.

¿De verdad?

Lo de la verja fue curioso porque…

¿Lutie Root? El terreno al otro lado de la calle era suyo. ¿No la incluyó su marido en un trueque por una bandada de

gansos? Sí. Tenía su historia. No. Esa no era Lutie Root. Ella tenía una mirada de lo más gélida, igual de gélida que la de su padre, como roca translúcida. Ella nos dejó en invierno. Lo había olvidado. También la mirada gélida, cada vez más pálida hasta que se apagó. ¿Quiénes eran todas aquellas personas?

Sam Peach sostuvo en alto un juego de moldes para gelatina, un trozo de mosquitera, una taza que aseguró era de peltre pero no lo era, una caja de tornillos, un rastrillo, cuerda en un nudo de ocho enredado. Sam se enjugó la cara con una tela manchada que se anudó al cuello y con la cabeza asintió a la multitud. Exclamó que menudo calor hacía, comentó lo duro que trabajaba, el estado en que se encontraba un escurridor de ropa hecho de madera. Tenía la cara roja de gritar y de agitar los brazos y mientras hablaba se cambiaba con la lengua el tabaco de un carrillo al otro y al escupir dejó en la tierra una mancha amplia y fluyente. Sam sonrió con sus dientes marrón oscuro. Señaló una tara. Se abrió de brazos. Meneó la nariz con inofensiva honestidad. Dijo que para qué iba a usar una escuadra torcida si ya tenía una, y dijo cuánto le traían a la memoria los dedos que le faltaban el día en que se los rebajó, y que por un dólar más había vendido también el serrucho. Todos rieron y pujaron. Sam se tocó apenas el ala ancha del sombrero. Pestañeó, y las afables arrugas junto a sus ojos se retrajeron. Su esposa anotó la venta. Ambos avanzaron y con ellos avanzaron la multitud y la risa de todos.

No conozco a ese tipo, pensó Israbestis.

Vi cómo levantaron esta casa, dijo Israbestis. La primera de la calle.

¿Oh?

Vaya si se construía en aquellos días…

El verano había sido caluroso. La tierra estaba dura. El camino estaba polvoriento. Los coches habían circulado por el camino y levantado polvo. El polvo se había depositado en la hierba junto al camino volviéndola gris. Los niños habían

escrito sus nombres en la parte superior de los tocadores. ¿Nadie iba a estrecharle la mano?

Una buena subasta, dijo Israbestis.

Un montón de cacharros.

Oh, no, no…

Pensaba que conocía al tipo del puro negro. Por dios lo que se parecía a Hog Bellman. Israbestis notó que se le revolvía el estómago. Gases. Unos italianos, había oído, la habían comprado. Era una casa bien grande. Por algún motivo había olvidado que había italianos. En aquellos días no había muchos. A veces venían para reparar las vías del tren. ¿O eran mexicanos? ¿Sicilianos? ¿Qué diferencia había? A los italianos siempre les pareció que esto quedaba muy lejos. Por supuesto que había italianos. Cada vez más. Y ahora en esta casa que una vez fue un resplandor de luces.

¿Ha visto a la señorita Elsie Todd?

¿A quién?

¿Quizás a McCormick o a Fayfield? Antes venían mucho.

Hog Bellman. Con sombrero de copa blanco. Dios mío. Cazando en los marjales en época de crecidas. Mat haciéndolos callar. Ni un pájaro pero sí el discurrir del agua. Hog Bellman. Dios mío. Ahí está el alguacil. Bien.

Te manejas bastante bien, dijo Israbestis.

No me manejo mal. Vengo a todas. No falto a ninguna. Llueva o truene. Nunca falto. Ya no veo mucho a nadie. Hacía mucho que no te veía, Tott, ¿has estado enfermo?

He estado bien. Bien, sin más.

Unos *macarroni* compraron esta casa. Van a tirarla abajo. No tengo trato con ellos. Son gente problemática. Venían al pueblo por las noches a crear problemas. Me ocupé de ellos de inmediato. Cuando yo era alguacil la cosa estaba tranquila y el calabozo lleno. ¿Lees los periódicos?

Pero esta casa la construyó Bob Stout.

Recuerdo la vez que estaban arreglando el puente allá en Windham. Había un puñado de ellos —mano de obra tirada y demás pero yo siempre dije que ellos también eran unos tirados, igual que los mexicanos— y había un puñado de ellos que eran grandes. Grandes y tiznados del trabajar al sol, como los negros. Algunos de ellos hasta eran negros, creo. Sí. En este pueblo no hubo ningún negro hasta hoy.

Estaba Flack.

¿Quién?

Jefferson Flack.

En cuanto el sol se ponía ya estaban a ello. Llegaban a carretadas.

Yo estaba aquí, vivía aquí por entonces.

¿Tú? Pues claro que sí. Bueno, pues solían llegar apilados igual que leña en aquellas carretas suyas y cuando bajaban las traseras era como dejar caer una carga de leña.

Saltaban de las carretas en cuanto llegaban al límite del pueblo. Había uno que…

Se desparramaban todos a la vez. Ja! ¡Bien grandes que eran!

Bien grandes, pensó Israbestis. Grande solo había uno. Él y su tremendo yii-jaa. ¿Quién era ese al que siempre llamaban pobre Brackett Omensetter… ese tremendo, yii-jaa? A veces las paredes del cuarto de Israbestis se cerraban por los rincones igual que un libro y no le permitían recordar. Ahora el sol lo forzaba a bajar los ojos. No había nada que ver a sus pies. Podría haber estado Jethro Furber, pero no era el caso. Yii-jaa.

No parece que estés en condiciones, Tott. ¿Has estado enfermo?

Ni un solo día.

¿Has visto a Cate?

Ah, no. ¿Todavía sigue…?

Lo vi en la granja. Una lástima. Una lástima. Está fatal. Muy viejo, ya sabes. Muy viejo. Con tembleques malos. Tuvo tembleques todo el tiempo que anduve por allí. Terrible. No le queda mucho. Tuve una perra que nada más parir hacía lo mismo. Le rebotaba la mandíbula y le castañeteaban los dientes, sin parar…

Viejo estúpido y soso, pensó Israbestis, no tiene talento. Me conozco esas historias. La mayoría son mías, mi boca le dio forma a cada una de ellas, pero no me quedan dientes con los que volver a masticar mi larga y dulce juventud. Años atrás un hombre lacónico, y *sheriff* después de que Curt Chamlay hiciera enfadar a su placa en la maleza nevada, el tipo no se daba un respiro ni a sí mismo ni a la vejez, sino que abrevaba con palabras a cuantos conocía, al tuntún, como hacía el propio Israbestis, tenía miedo. ¿Larga? ¿Dulce? El calor… era por el calor. Se habían acercado al tren para recibir al reverendo Jethro Furber: Samantha, Henry, Lucy Pimber, ambos Spinks, Gladys Chamlay, otros, Rosa Knox y Valient Hatstat. Hubo trifulcas por aquello, oh, dios, vaya una riña ingeniosa. Bueno, ahora ya no sudaba tanto como antes, algo es algo. El vapor de la locomotora parecía emanar del suelo. Pulcro, recordaba haber pensado cuando Furber se apeó, y después el brazo del reverendo se alargó y le mordió. Cómo está usted. Suponía que se retrajo. Pulcro. Pulcro, rígido, planchado, negro, ardiente. El reverendo agarró a Henry, Henry balbuceaba. Las ruedas de la locomotora chirriaron, el vapor presagió los vagones y con torpeza todos retrocedieron hacia la estación, Furber hacía briosas reverencias. Es enano, pero si es *enano*, susurró Samantha, y de repente su nuevo pastor entró corriendo a la estación en la que, a través de la ventana, lo vieron subir las escaleras.

… bueno, tú nunca te casaste, ¿cierto? Ja. Bueno, he oído que tienes una pensión, y esa casa. Nosotros los hombres nos

morimos por lo general antes que nuestras mujeres. No te tienes que preocupar por eso. Aunque está Samantha, ¿no es así? Bueno, tienes esa pensión y esa casa.

Sí.

Lloyd tenía tembleques.

Se sentaban en el bote y pescaban en el río. Los árboles colgaban por encima sombreando las riberas. A la deriva entraban y salían de la sombra, trazando remolinos con el río, observando cómo flotaba el corcho, sus sombreros anchos ladeados, sombreándoles los ojos. Hacía un fresco agradable en las zonas de sombra donde las raíces de los sauces y las hayas se arrimaban musgosas al margen del río, y junto al bote el agua era negra. Se quedaban atrapados en un meandro del río, el agua quieta y negra junto al bote, hasta que Lloyd alargaba un brazo y tiraba de una rama y el bote se deslizaba de nuevo hacia el sol donde el agua destellaba y golpeaba con suavidad contra el casco. Hacía calor y se estaba a gusto y no había muchos peces, tan solo la lenta y calma deriva por el río ajedrezado.

Prudente Lacy. Lo había olvidado casi. Ford y Jasper y Willie Amsterdam. La mayoría de la gente no estaba al tanto de aquello. Prudente debía rondar los sesenta por entonces. Se peleó con los hombres de Morgan. El fuego era un milano gigante que volaba hacia el río. Prudente Lacy. Lo había olvidado casi. Tenía culo de mono.

Como pescar, dijo Israbestis Tott.

Por el estilo.

Pescar es divertido.

Me gusta más montar en trineo.

Montar en trineo también es divertido.

Eres bastante viejo. ¿Cuántos años tienes?

Soy bastante viejo.

Seguro. A qué te dedicas ahora que eres tan viejo.

Una vez fui jefe de correos.

Venga ya.

Lo fui. Fui el jefe de correos de todo este pueblo. Todo el trabajo para mí solo. Yo lo hacía todo.

Ahora no eres jefe de correos.

No. Una vez lo fui. Lo era.

Mi padre dice que soy la persona más atareada que ha visto jamás.

Seguro que sí. ¿A qué te dedicas?

Vivo en un árbol.

¿Qué clase de árbol?

Un árbol alto. Sube y sube por los aires y se puede ver con claridad hasta Columbus.

Eso es mucho subir.

Oh, es que es altísimo. Trescientos metros. Bueno, adiós.

El chico había saltado por encima de un banco. En él estaba el trasero de Henry Pimber. Israbestis lo consideró; sacudió la cabeza. El sol, además… no hay sombra en ningún sitio. Podría haberle contado al chico la historia del hombre que se hizo pedazos, le habría gustado; o la historia de la verja alta de hierro. La empezaría, poco a poco, y entonces el chico diría:

¿Y para qué iban a querer una verja, al fin y al cabo?

Y entonces él diría:

Era el tipo de verja en la que un buen palo formaría un buen escándalo si lo pasaras por encima.

Oh.

Ese era el tipo de verjas que querían, una alta de hierro con largas piquetas afiladas muy juntas que con un palo resonarían

fuerte y espléndidas. Pero no todo el mundo quería una verja así como así.

¿Por qué no?

Bueno, algunos pensaban que no estaría mal tener una verja con ciervos dentro o árboles, como esa que había antes cerca de la casa de Whittacker, el enterrador.

Yo no pienso mucho en eso.

Tampoco yo lo hacía nunca, pensó Israbestis. Nunca lo hacía. Y todos los chicos eran iguales. Plop. En fin. Hasta mis propias orejas están agotadas.

Había hileras de sillas de respaldo recto y mecedoras, de sillas de cocina y butacones, ambas pintadas y tapizadas, hileras de antiguos abrazos vacíos. Todos quieren uno nuevo, dijo. Entonces vio dónde podía sentarse: en la pendiente de la puerta del sótano. Acumulaba un montón de verduras y de fruta y de objetos, la señora Pimber. Cada año. Pero yo querría para mí una casa que contuviera algo más que tan solo mis débiles pisadas pedigüeñas. Querría algunos rincones que otras gentes hubiesen calentado. Me sentaría en mi silla en la quietud junto a la ventana, y contemplaría cómo purpurea el aire, los sombreros perezosos y los caballos, y recordaría… bueno, las épocas familiares, el recorrido de la sangre por la casa, igual que, ya sabes, me recorre a mí mientras estoy aquí de pie. Para eso no estoy demasiado viejo. Tal vez tendría que haber pedido disculpas por sus dientes. Las mangas de ese hombre eran demasiado largas, les hacía falta un elástico. Había días buenos no obstante, días en los que recordaba sobre todo las tiendas de comestibles. Una abeja voló junto a su rostro. Omensetter era un hombre ancho y feliz. Un hecho. Al menos eso lo tenía claro. Y por las mañanas Mat era como una campana. Pero al final Mat se había desvanecido igual que un sonido. Vale, vale, deja que… me calme… El sol le resbalaba por la espalda, y por un momento le pareció que nadaba, ese momento de fresco y verde descenso una vez has saltado. Cerró los ojos, pero los párpados le llamearon. Furber tampoco

escuchaba nunca. Él declamaba. Tott suspiró. Uno perdía peso nadando. ¿Ese era el motivo por el cual le encantaba el olor de las tiendas de comestibles, y todos esos cajones? Era la suerte de Omensetter. Probablemente. Perder la pesadez de la vida. Ese tipo, Furber, por ejemplo, no era más que huesos, huesos que hasta se podrían haber envuelto en un pañuelo. ¡Y sin embargo pesaba una tonelada! ¿No era así, por todos los santos? ¡Una tonelada!

Bien, amigos, aquí tenemos cuatro camas estupendas y las vamos a vender todas. Niños, no saltéis en las camas. Son unas camas estupendas y hasta los somieres y los colchones vienen incluidos. Se nota el buen estado en el que están. De primera categoría. He aquí vuestra oportunidad de haceros con una cama buena de verdad. A ver, ¿todo el mundo me oye? Hay demasiada cháchara, señoras, por favor. Muy bien, estupendo. Igual podríamos empezar por aquí mismo e ir siguiendo la fila. Esta de aquí es de cerezo macizo, ¡y anda que no es una preciosidad! Tened, palpad el colchón. Está como nueva. Pero tiene muchísimo uso. Claro, que si no queréis usar ni el somier y ni el colchón que incluye, no tenéis por qué. Le podéis poner encima lo que queráis. Fijaos qué madera. Bien, qué me decís de empezar con este armazón de cama de cerezo y este estupendo somier con su buen colchón. ¿He oído veinticinco?

El regocijo era continuo.

No hables con viejos verdes.

Henry Pimber había yacido en aquella cama con el tétanos, y el reverendo Jethro Furber había plantado suplicantes en torno a ella igual que un seto, y más tarde Israbestis lo siguió hasta el piso de abajo, el pastor maldecía la naturaleza, al hombre y a Dios en cada peldaño.

Israbestis movió los pies con esfuerzo. Estaba cansado y agarrotado. Se abrió camino despacio hacia la parte trasera de la casa por entre la multitud ahora deshecha como una camisa raída y ahuecó la mano para beber agua de un grifo exterior, enjuagándose el polvo de la boca. Escupió y observó la bola

de su escupitajo sobre el polvo bajo las caléndulas agostadas. En la deshilachada linde de la multitud el alguacil hacía gestos a un hombre que Israbestis no conocía. El alguacil mostró su placa. El hombre se estiró para ver a Sam Peach. El alguacil le tocó el brazo al hombre. El hombre se apartó, volviendo la cara, estirándose para ver a Sam Peach. La placa del alguacil brilló. Israbestis contó bolas de escupitajo y sumó, con dificultad, tres. Ahora su habitación oscura parecía fresca y sosegadamente limitante. Podías imaginar mapas en el empapelado. Las rosas se habían descolorido hasta formar difusas conchas rosadas. Solo unas pocas líneas plateadas a lo largo de los tallos desvaídos y los nervios de las hojas, parches indistintos del verde más pálido, permanecían, la vaga sugerencia de una misteriosa geografía. Un manchón de grasa era un marjal, una montaña o un tesoro. Los días fríos Israbestis descendía en bote por una grieta, bajo las ramas de los árboles, agachando la cabeza. Pescaba en un pegote de yeso. Las percas ascendían hasta el cebo y eran doradas en las aguas al sol. Las motitas representaban ciudades; las marcas de lápiz eran puentes; las manchas y los patrones de la persiana trazaban campos de trigo y avena y maíz. En la penumbra de un rincón la grieta fluía hacia un gran mar. En el papel había un rasgón que era exactamente igual que la vía del tren y otro que indicaba un grupo de colinas. Varias gotas diminutas de tinta formaban una cadena de lagos. En el borde del techo una cenefa más oscura de frontones griegos y hiedra entrelazada impedía la invasión de las tribus de Gog y Magog. En una ocasión la traspasó y se internó en el techo pero se sintió mareado y atemorizado. Las sombras hacían movimientos quijotescos a lo largo de toda la pared, generalmente de izquierda a derecha en bandas altas y delgadas, y se hundían tras un buró o debajo de la cama o desaparecían de repente en un rincón.

Echado allí contemplando la pared en la penumbra parcial hora tras hora, el dolor surgiendo con la periodicidad de la marea alta y dejando solo un ligero reflujo de alivio al

retirarse, Israbestis lamentaba amargamente su falta de formación. Se enviaba a sí mismo de viaje con tal esfuerzo que el sudor le brotaba en la frente y le humedecía las palmas de las manos y el dorso de las orejas. Subía al barco que bajaba las difusas grietas fluviales. Atajaba por las tortuosas junglas mate que designaban las hojas pálidas. A duras penas recorría vastos blancos de desierto y sediento bebía de hoyos embarrados. Los días que pasaba en la pared se consideraba ante todo marino. Conjuraba brillantes imágenes de veleros, verdes marejadas en los confines del océano, los bloques marrones en las embocaduras de ríos y el asombroso oleaje azul y el rastro de espuma de las aguas revueltas. Trepando los obenques, el somier de muelles crujiendo como una cubierta y un casco oscilantes y, como el cordaje en las poleas, avistaba una nube oscura que resoplaba desde el horizonte. Formando un embudo la nube arremetía contra el barco e Israbestis se agarraba un codo, agitando el otro brazo para zafarlo de las ropas, y gritaba, «Atención, se está acercando, atención, atención», pues no conocía los términos náuticos ni ninguno de los procederes del buen navegante. El dolor la emprendía contra sus ojos. El sudor le goteaba de la nariz. «Es un turbión, mi capitán, sí, es un tifón, mi capitán», exclamaba Israbestis. «El peor que he visto por estos mares». El siseo de sus palabras era como la espuma en la proa. Israbestis chillaba a fin de que le oyeran por encima del viento en las jarcias, que aullaba en las poleas y a través de los ojos de buey de la embarcación. Luego todo se esfumaba de repente. Observaba cómo la nube ahora más tenue y las aguas picadas desaparecían antes de quedar, por un momento, dormido.

De este modo visitaba los puertos del mundo. Era chino, hindú, un jeque; en la India montaba caballos asiáticos salvajes y a lomos de elefantes, y en camellos cruzaba los páramos africanos; pero cuanto más lejos viajaba, más estrambóticas y notorias eran sus aventuras, y menos satisfactoria su vida en la pared. Cada vez más su inventiva tenía que suministrarle objetos a su visión, tenía que

inventarse incluso el curso y el color del sol, el tacto del suelo, tan distinto por todas partes, y por encima de todo, los olores que habitaban los confines de la tierra. Era consciente, siempre, de lo inadecuado de sus detalles, de la vaguedad de sus imágenes, de la falsedad de todos sus etcéteras implícitos, porque no sabía nada, no había estudiado nada, no había viajado a ninguna parte. En consecuencia jamás se hallaba del todo en la pared, estaba en parte asido a las sábanas, arañándose la piel de las piernas y mordiéndose los brazos. Solo en parte se encorvaba ante la lluvia, la arena o la cellisca, se encogía ante el ataque de leones o de tribus salvajes, nadando por su vida. Entonces el dolor golpeaba sin obstrucción, y como una araña Israbestis se cerraba sobre él.

Los mejores días abandonaba la pared aunque siempre comenzaba en ella. Cerrando con suavidad los párpados para que entrara una pestaña de luz, zarpaba de la orilla y costeaba las colinas hendidas, impulsándose con una pértiga por la mancha de grasa que era el marjal, y para cuando había encarnado su anzuelo y largado el sedal en el pegote de yeso se encontraba ya en la historia de su vida, fuera de la pared, en el lento y viejo mundo. Se sentaba junto al fogón de Lloyd Cate o se recostaba en un banco en el porche de Lloyd Cate con un tiempo estupendo. Daba su paseo matutino por el pueblo, el yunque tañendo, e iba tres veces al día a la terminal a por el correo. Paraba por casa Mossteller para charlar o por la panadería, pasando el tiempo del modo más placentero con las noticias de la gente, el estado de las tierras o de las cosechas, el parte meteorológico. Todos sus amigos aparecían con claridad en sus figuraciones. Los conocía por sus ropas, por sus maneras de caminar, por el modo característico en que se inclinaban y gesticulaban. Sus sueños no se avergonzaban de los clichés, y en cada uno sabía siempre cuál era el tacto preciso del aire, la manera en que cantaban los pájaros, la posición del sol, el tipo de nube, la forma de la emoción en su interior y en los demás, y todas las dichas de la vida. A medida que se aproximaban sus amigos él los saludaba a voces con

regocijo. «Hola, Pete. Buenos días, Michael, Billy.

Pero bueno, si es Claude Spink, por dios, y Nichol Ames». Venían a visitarlo durante su enfermedad. Hog Bellman. Una bala en la espalda. Prudente Lacy. Los pantalones desabrochados, una sonrisa tonta en la cara. Bob Stout con clavos en la boca. Samantha. Hermana. Como una caña en muaré. Él contaba una historia tras otra, todas una y otra vez, y las contaba bien o lo procuraba, maravillado de cuánto había olvidado y de cuánto recordaba. En todas ellas había un secreto y él intentaba descubrirlo. Cuando se incendió Hen Woods, por ejemplo, por la forma en que lo contó uno podía notar el sabor de las cenizas en la boca de Prudente Lacy. La indecisión era reflejada con la claridad con que uno ve una vaca en un campo. Luke Ford. Ben Jasper. Willie Amsterdam. Y luego May Cobb. Él por supuesto que no, pero sabía lo que se sentía al ser el hombre que la había poseído. Dios. No era bonita. No tenía las nalgas respingonas ni los pechos grandes, ¡pero dios! Cada una de sus arrugas era esencial. Eso también lo reflejaba con claridad. Hacía que pareciera que se le iban a escurrir todos los jugos del cuerpo. A veces la veía metida hasta los codos en nata. La boca torcida. ¿Me servirías un poco más de ponche?, preguntaba educadamente ella. La banda tocaba fortísimo.

Prudente Lacy a caballo por caminos secundarios; el fuego era una nube. Conocía el secreto que había en aquello. Recorría la totalidad de su pasado historiado, saludando a todos: a Kick Skelton, a Eliza Martin, a May Cobb. Él le besaba las marquitas del cuello. Estaban Brackett Omensetter, Lucy Pimber, Lemon Hank. Y todos los perros. Y todos los gatos y las reses. Hog Bellman con un cuchillo. Cerdos y ovejas. *Madame* DuPont NeffF, de París, y sus ubres. Menuda francesa. Pero lo mejor de todo May Cobb y sus omóplatos. A veces Israbestis abría los ojos y bajaba de la cama como un muchacho sano y atravesaba los resonantes pasillos. Iba por toda la casa, febril, poniendo las manos sobre muebles y cachivaches hasta que se le volvían negras. Algunas veces

subía al ático y palpaba las reliquias. Otras veces iba al granero de atrás o al sótano. Pero al final siempre se agotaba y caía de rodillas al suelo, allá donde estuviera, llorando ruidosamente. Era entonces cuando tenía los peores ataques.

Bien, amigos, aquí tenemos esta porcelana. Todos sabéis lo que la señora Pimber hacía con las pinturas. Sé que muchísimos de vosotros estabais a la espera solo de esto. Hace bastante calor así que pongámonos ya mismo manos a la obra. Tenemos aquí esto decorado, ¿esto es un envase para el cepillo de dientes, Grace?, un envase para el cepillo de dientes pintado a mano dice mi esposa. Es de porcelana, y está firmado con el nombre de la señora Pimber. ¿Veis? Bien, esto lo vais a querer todos así que cuánto va a ser, ¿cuánto? De acuerdo, un dólar, un dólar tengo para empezar, un dólar, uno tengo pues, uno, alguien da dos, dos, dos dólares tengo por allí, vamos allá, todo el mundo lo quiere, bien, he oído tres, tres, gracias, bien, cuatro, he oído cuatro, cuatro, alguien da cincuenta entonces, cincuenta. Tengo tres y quién da cincuenta, tres con veinticinco, oíd, no es mucho pedir por un envase para el cepillo de dientes pintado a mano, última oportunidad y queda vendido. ¿Tres veinticinco?, ¿veinticinco? Tres, pues, adjudicado por tres a esa señora de allá, gracias. Bien, aquí tenemos un estupendo cuenco de porcelana, también pintado a mano, y es una monada. Levántalo hacia allá, George, para que nuestros amigos puedan verlo. No es moco de pavo, ¿eh? Qué son, ¿pájaros? Este también está firmado por la señora Pimber, justo aquí. Levántalo más, George, para que nuestros amigos puedan verlo. Oh, decidme a ver con cuánto empezamos. ¿Veis los pájaros? ¿A que son bonitos? Cuánto me ofrecéis. Ahí dentro cabe un buen montón de puré de patatas, muchachos. Bien, bien, bien, empecemos pues, ¿cuánto ofrecéis por este cuenco pintado a mano?

Una araña de patas largas, como un pequeño guijarro pulido andante, cruzó un ladrillo y se detuvo en una franja de argamasa. Si avanza otra fila la aplasto, pensó Israbestis, pero

la araña recorrió tres y se detuvo, agitando una pata fina como un hilo. Israbestis cubrió la araña con la sombra de la mano. Se frotó las patas. Del extremo marchito de una caléndula se balanceaba otra araña de un hilo de seda. Esta era pequeña y negra con puntitos amarillos. Un revuelo de hormigas junto al muro, persiguiéndose unas a otras de acá para allá. Israbestis se enjugó la frente y se dejó caer contra la casa. Podía sentir la sangre palpitándole en el estómago. No hables con viejos verdes.

Disculpe. Quizás pueda usted decirme los años que tiene aquella cuna. La que está al lado de la mantequera, allí junto al árbol.

La sombra del joven oscureció la araña de Israbestis. Esta corrió rauda dos hiladas y se detuvo a pleno sol. Israbestis siguió el dedo del joven y sacudió la cabeza. Tendría que verla, dijo, aunque lo más probable es que lo sepa.

No se moleste. Solo pensé que quizás lo sabría.

Vi cómo levantaban esta casa. La primera de la calle.

¿De verdad?

Vi cavar el sótano y cómo ponían el primer ladrillo. De hecho estaba en esta casa el mismo día que Bob Stout, el que la construyó, se cayó de aquel campanario de allí.

¿De verdad?

Bob era todo un albañil. Salta a la vista. Mire qué ladrillos. Todos hechos a mano. Se cayó justo encima de la verja que la rodeaba. Era sábado. Entre el Viernes Santo y Pascua.

¿La metodista? Mi esposa y yo vamos allí.

¿De verdad? Bueno, pues esa es… de la que se cayó. Antes de aquello ahí estaba la Iglesia del Redentor. O muy cerca… muy por la zona.

Inclinándose sobre la cuna había una joven, claramente embarazada, que la empujaba con un dedo cauto, balanceado

ligeramente la cabeza a la vez que la mecía.

Es la mar de bonita, dijo.

Israbestis notó que se le revolvía el estómago. Gases, resolvió. Israbestis conocía aquella cuna, por supuesto, pero ¿cómo la había conseguido Lucy Pimber? Luchó por reponerse.

Esa, esa era la cuna de Brackett Omensetter, dijo Israbestis. La señora Pimber, la mujer de esta casa, nunca tuvo hijos.

E Israbestis continuó hablando mientras se preguntaba. ¿Había estado en esta casa todos estos años? ¿Y qué pudo significar para ella? ¿Cómo la había conseguido?

Cuántos años diría que tiene, dijo el joven.

Es bastante vieja. Me parece que es bastante vieja. No sé cuánto hacía que la tenía Omensetter el día en que llegó aquí en su carreta. Eso fue… fue en el 90. Más o menos.

Pero el reverendo Jethro Furber llenaba la piel y las ropas de Tott. De pie junto a la cuna, sombrío como un rincón, recitando… cancioncillas. A Tott le dolía la cabeza; notaba una presión contra el interior de los ojos. El niño había muerto. Pero el niño había sobrevivido.

Tenía manos de artesano, Omensetter. Es probable que la construyera él mismo. Manos rápidas como gatos. Y había dos niñas, cuando llegó tenía dos hijas. Veamos. Debió de ser… La mayor tenía nueve. ¿No era así? Nueve. Digamos que era 1880 quizás.

¿Se acuerda de eso?

No muy bien, pensó Israbestis. No muy bien. No muy bien. ¿Por qué? El niño había sobrevivido y se marcharon río abajo. Pero si el niño hubiese sobrevivido, se habrían llevado la cuna con ellos.

Me acuerdo de cuando llegó Omensetter, alcanzó a decir

Israbestis. Todos los que por entonces vivíamos aquí nos acordamos.

De qué está hecha, ¿de pino?

Sí. Pino.

Pero el reverendo Jethro Furber ondeaba en sus ropas. Hacía calor ahora, como en invierno. El sol a plomo nevaba. Y sujetándose el estómago, Jethro Furber se puso a cantar una canción para Samantha:

una solterona joven y avariciosa
se comió, viva, una langosta
y ahora cada invierno
cuando se sienta a cenar
como una especie de protesta
por dentro la pellizca sin parar

Esto recordó Israbestis. Esto oyó claramente.

Es la mar de bonita.

No creo que pidan mucho por ella. Quizás podamos conseguirla. Vamos. ¿Cariño?

Imagino que no pujará nadie que se acuerde, dijo Israbestis.

¿Por qué no? Es una monada.

Demasiado viejos, pensó. Demasiado muertos. Demasiado atónitos. Omensetter debió de haber abandonado la cuna —la abandonó en la casa de los Perkins— y en algún momento, al cerrarla o al alquilarla, Lucy Pimber se la encontró allí. Y jamás dijo una palabra. Todos estos años.

Es una larga historia, decía Israbestis, una larga historia. Esta es la cuna de Brackett Omensetter. Un nombre que a

usted no le dice nada, imagino, pero todavía quedamos algunos, como hojas viejas, supongo —cacareaba desesperado Israbestis— que estábamos aquí cuando Omensetter entró en el pueblo en su carreta. Nunca ha ocurrido nada igual. Aquí no. Ni nunca ocurrirá, creo yo. Omensetter, bueno, era…

¿Cariño?

Demasiado viejos, pensaba. Demasiado muertos. Demasiado atónitos. La forma en que lo había contado siempre, era la suerte.

Había sido una primavera húmeda, como sabéis, continuó Israbestis, bueno, más húmeda de lo que la mayoría de vosotros gustáis de llamar húmeda, y el camino de Windham a Gilean estaba todo embarrado y lleno de rodadas y de hondos hoyos marrones. Apenas hubo un día que no lloviera, pero el día en que Brackett Omensetter apareció fue tan cálido y tan claro como el de hoy. Cuanto poseía lo llevaba apilado en la carreta con esa cuna atada a lo alto, y sin nada que lo cubriera. Brackett Omensetter era de esa clase de personas. Sabía que no iba a llover más. Confiaba en su suerte.

No se preocupe por mis dientes, la boca la tengo…

Sam Peach llegó de pronto y la gente se derramó en torno a él. A Israbestis lo empujaron por detrás. Sam estaba hablando en voz alta y señalando la mantequera. Movió el mango arriba y abajo. Israbestis batalló contra la multitud. Había piernas extrañas junto a las suyas. Empujó hasta el margen, con el estómago revuelto. Sam rio a carcajadas. Rugió la multitud. Las risotadas cayeron como golpes sobre él. Un granjero alto dio palmas y aulló. Peach estaba vendiendo la cuna. Que perezca con el propietario, qué sensato.

Israbestis descansó bajo un olmo que moría enfermo. ¿Aquella era Mabel Fox? Mabel Fox tenía la cabeza más grande y las orejas como las de un zorro. Cuando era niño, y Mabel una chiquilla, los chicos decían: ¿conocéis a Mabel Fox?, y luego reían con estridencia. Solían corear: Mabel Fox

tiene orejas de zorro; ponedle una caja en la cabeza y tirémosle piedras. Aquella no podía ser Mabel Fox. Tenía la cabeza demasiado pequeña. Qué habrá sido de Mabel, se preguntó. También muerta, lo más probable. Se quedó mirando al suelo hasta que su visión se desdibujó. ¿Conocéis a Mabel Fox? Vio una brizna de hierba seca, de repente, como algo extraño, en absoluto como hierba. Era como mirar una palabra hasta que se disolvía. Mabel Fox tenía orejas de zorro. El mundo parecía menguar en su visión de la brizna. Entonces se agachó y la arrancó. Tirémosle piedras. La sostuvo un instante con la yema de los dedos. Se elevó, se detuvo en el aire, cayó entre sus pies. Examinó su reborde comido, su punta roma. Colocó con cuidado el tacón sobre uno de los extremos sin vida.

Un comportamiento propio de Furber. Tott estalló en risas, dolorido.

Estaba la historia del hombre que se hizo pedazos, y estaba la historia de la verja alta de hierro. Estaba la saga del tío Simón, el incendio en Hen Woods y la batida por Hog Bellman. Él las tenía todas. Horas, días, meses —una vida— le costarían. ¿Eran todas tan imprecisas como la de la cuna? Bueno, había dicho que al verano lo vería caer, y eso hizo… un pequeño logro. Que vería… Fue la mañana del seis de abril… la mañana del seis… Dickie Frankmann encontró degollados dos de sus cerdos Tamworth. Hacían, entre los de Huff y Staub y Gustin, ocho en seis días, y Ernie dijo que Hog Bellman, enloquecido como puede estarlo un hombre, lo había hecho. Curtís Chamlay cabalgó hasta la casa de Frankmann como había cabalgado hasta la de Huff y hasta la de Staub y la de Gustin. Frankmann cabalgaba a su lado, en exceso de pie sobre los estribos. Miró los cadáveres y la sangre. No había una sola huella pese a que la pocilga estaba embarrada y el peso de Chamlay forzaba el agua hacia el reborde de sus botas. Por ahora son solo los Tamworths, dijo Dickie Frankmann, y no hay muchos. ¿Qué puede tener un fantasma contra los cerdos ingleses?

Los zapatos frente a los suyos eran como los de él. Negros

y agrietados como los suyos, tenían ganchos por ojales y llegaban por encima de los tobillos. Unos calcetines blancos de algodón sobresalían sucios de los zapatos y se amontonaban sobre unos pantalones holgados de reluciente sarga gris. Los pantalones tenían puntitos de manchas de grasa. Tenían tierra cuajada en las arrugas, la bragueta desabrochada. Unos tirantes de cincha amarilla y cuero marrón sujetaban los pantalones a un pecho encogido donde una camisa raída, sin cuello, formal, se plisaba bajo estos y bajo cintas elásticas de un azul florido. Es que acaso no oyes bien, exclamó el alguacil. Un coche salió bruscamente marcha atrás del camino de entrada. El alguacil se apartó, abanicando el aire. Israbestis se sonó el polvo de las narinas, pero se le había alojado entre los dientes mellados y le recubría los zapatos. Israbestis se frotó la pelusilla del mentón. Se hundió de espaldas con un quejido agotado.

Cuál es el gato más grande que has visto nunca, preguntó el chico.

Pues he visto algunos bastante grandes, dijo Israbestis Tott.

¿Cómo de grandes?

Oh, pues veamos. Estaba el gato de Mossteller, enorme y con los ojos amarillos, cuando murió tenía cerca de doce años y el tamaño de un perro.

¿Un perro cómo de grande? ¿Cómo un poni de grande?

No seas tonto. Ningún gato es tan grande. Aun así, te juro que el gato de Skelton podría haberse puesto así de grande, con el tiempo y las ratas suficientes, allá junto a la estación donde cazaba. Era vivaz. Por la noche había estrellas desperdigadas por entre los arcones del cobertizo, todos por pares, de un rojo gastado. Caray, recuerdo que si uno hacía rebotar una piedra allí dentro se formaba una desbandada como de hojas que un viento fuerte aventara por un camino. El gato de Skelton te bufaba por arruinarle el acecho, y veías cómo le centellaban de pronto los ojos desde lo alto de la caja en la que estuviera sentado, dando coletazos, me figuro, al

compás de los latidos de su corazón.

Eso no se puede oír.

Desde luego que no. Yo no he dicho eso. Pero los gatos tienen corazón de cazador. Si sabes, y ojo que sencillo no es, cómo evitar que te cojan como a una canica y se te lleven a casa en el bolsillo, puedes oír sus pálpitos al anochecer, la hora justa en que puedes ver a través de sus ojos voraces, si los miras fija y atentamente mientras ensanchan por la noche, y ver a lo largo de sus estrechas hebras gatunas hasta el fondo mismo de su hambre.

¿En serio?

Tú escucha. Sencillo no es. Más silenciosa aún que sus pisadas es toda su charla interior; de igual modo, sus corazones hablan a la hierba y al rocío que cae y a la piedra.

¿Qué dicen?

Nada que pueda expresarse con palabras. Pero ya has visto cómo los gatos se agazapan en la hierba y fijan sus ojos en lo que vayan persiguiendo. ¿No has visto cómo les tiembla la boca sin que salga de ella sonido alguno? Quieren que el mundo entero se quede quieto mientras ellos se mueven.

¿Para que la rata no salga corriendo?

Sí, eso es, para que la rata no salga corriendo. También para que no salga volando el pájaro. Para que el saltamontes patilargo le cepille los dientes y que la carpa flote en el agua al alcance de su garra.

¿Qué edad tenía el gato de Skelton cuando pesaba casi lo mismo que un perro?

¿El gato de Mossteller?

El gato de Skelton.

Tenía casi la misma edad que yo entonces.

¿Qué edad era esa?

Puede que catorce.

Pues no era muy viejo. El mío tenía veintinueve.

¿De verdad? ¿Tan viejo?

Bueno, veintinueve o treinta y tres.

Es lo más viejo que he oído jamás.

Lo sabía.

Pero vivió demasiado y se puso demasiado gordo.

¿Qué le pasó?

Eso tiene su historia.

Lo sabía.

Sé que lo sabías.

Cuéntame la historia, entonces. Me gustan los gatos, al menos los mansos, los que no arañan.

Este no era un gato manso, chico. No señor. Tenía el pelaje de cuero, y en lo de arañar, caray, era capaz de dejar su marca en un ladrillo igual que Guy, bueno, igual que hace surcos un rastrillo en la tierra primaveral.

Caray. Lo sabía.

Sé que lo sabías.

Por favor, cuéntame la historia entonces, si tenía cuero por pelaje, caray. Eso me gusta. Me gustan las historias sobre Kick Skelton.

¿Te he hablado yo de Kick Skelton? Él es el hombre que se hizo pedazos.

Claro que lo hiciste.

No lo hice.

Sí que lo hiciste, ¿su gato salía a cazar con él igual que hacía su perro?

Tú espera. Como he dicho, el gato de Kick vivía junto a la

estación. Vivía cerca durante la primavera y el otoño y el verano como viven las aves cerca de sus nidos. Supongo que también como las ratas cerca de la basura, pues eso hacían. Quizás el gato de Kick no vivía junto a la estación en absoluto. Quizás, como el vertedero no estaba lejos, y las ratas se quedaron a vivir cerca del vertedero, el gato de Kick se quedó a vivir cerca de las ratas y la estación estaba allí solo por casualidad. Nunca estuve seguro. Eso hizo, en cualquier caso, aunque nunca estaba en ningún sitio en particular, cuando mirabas. Pero todo era suyo y nunca andaba lejos. Si algo extraño ocurría: si dos cosas diferentes hacían ruido a la vez, o si alguien se reía de un modo que nunca antes había oído, o hacía crujir un par de botas nuevas o algún movimiento raro, como Able Hugo que a veces solía dar saltitos en el aire, por pura diversión; cada vez que sucedía lo más nimio fuera de lo normal, pues él estaba terriblemente en contra de eso, salía a mirar, y a todos los trenes. Cuando un tren venía con retraso él se sentaba en el balasto y se quedaba mirando las vías y daba coletazos hasta que sonaba el silbato. Aun así seguía allí sentado hasta que el tren se le echaba encima y en el último segundo, con la lentitud y la pereza que se le antojara, se daba la vuelta y se iba.

Caramba.

En invierno a menudo dormía en la estación. Sabía al centímetro a qué distancia dormir del fogón. Sabía dónde escupía todo el mundo y dónde nos sacudíamos a pisotones la nieve de las botas, haciendo retemblar el suelo, y de dónde venían las rachas de viento, trayendo copos, agitando las tirillas de papel que guardábamos en la leñera. Sabía dónde podía aterrizar el ascua de una pipa o las virutas de un tallista, y calculaba dónde caería y cómo rodaría hasta el rincón, estoy seguro, cada dama cuando el tablero se volcaba, como a menudo sucedía si era Jenkins quien jugaba. Jenkins. Espera, había un tipo… Sin embargo… el gato de Kick lo sabía todo sobre la estación. Sabía dónde caía la mayoría de la luz, y de qué se hablaba, y hacia dónde iba el humo. Me juego lo que

sea a que sabía, incluso, cuántos copos revoloteaban hasta el fogón cuando Kick entraba. Se hacía una bola sobre un trozo de lienzo debajo de un banco y se tapaba el hocico con la pata. A veces suspiraba y sorbía en sueños, y a veces roncaba.

No es verdad.

Es un hecho. Si tuviésemos tiempo podría enseñarte dónde arañó varios ladrillos tal como he dicho que era capaz de hacer.

¿En serio?

Claro.

No es verdad.

¿Has visto alguna vez a un gato estirarse? Los gatos saben lo que es vivir.

Lo sé.

En eso los gatos nos dan mil vueltas. Aunque Brackett Omensetter…

Lo sé. ¿Se quedaba allí todo el tiempo, en la estación, me refiero? ¿El gato de Kick?

No dormía allí con la frecuencia suficiente como para decir que vivía allí, ya que algunas veces se quedaba fuera con un tiempo malísimo. En mitad del invierno me encontraba sus huellas en lugares extraños, y en invierno sobre todo mantenía sus hábitos en secreto. Luego te cuento eso.

¿Tenía nombre el gato de Kick?

¿Nombre?

Sí, nombre. Como Isaac, quizás, o Brineydeep.

Santo cielo. Brineydeep.

Si tuviese un gato lo llamaría Brineydeep o Isabel.

Creí que habías dicho que tenías gato.

Solo lo he dicho. Si tuviese un gato sería igual de grande

que un poni y tendría el rabo largo. ¿El gato de Kick tenía el rabo largo? El mío lo tendría, y cuando lo tuviera, lo llamaría Bigotes en vez de Brineydeep.

No te sigo.

¿Cómo se llamaba el gato de Kick? La tortuga de Molly se llama Sam, se está muriendo.

Se llamaba el gato de Kick.

Si no tenía nombre podrías buscarle uno. Conozco a un niño al que le borraron el nombre y desapareció para siempre. Casi para siempre. Incluso más tiempo todavía. Acabas capum, ya sabes, ¡capum!

¿Qué le pasó?

Se volvió invisible para que nadie lo viera.

¿Nadie?

Solo los árboles. Cosas así.

¿Quién te ha contado eso?

Un hombre. ¡Capum! ¡Acabas capum!

Un mono.

Puede que un mono. Oye. ¿Cuál era el nombre del gato de Kick?

El gato de Kick.

¿Tal cual?

Tal cual.

¿Por qué?

Pues porque el gato era suyo.

Seguro que lo sabía todo sobre trenes y estaciones.

Lo sabía todo sobre trenes y estaciones.

Seguro que sabía cuándo llegaban los trenes a Chicago, Illinois.

Sabía cuándo los trenes hacían cualquier cosa.

Seguro que era más feroz que nada, como un pavo.

Los pavos no son muy feroces.

Yo tengo pavos. Te gluglutean.

Bueno, el gato de Kick era mucho más feroz.

Seguro. Seguro que podía volar.

Pues claro que no podía.

Podía.

No.

Por la noche. Por la noche sí.

Vaya, pero quién conoce al gato, chico, ¿tú o yo?

Cuéntame cómo lo sabía todo sobre trenes y estaciones.

¿Vas a escuchar o vas a hablar?

Quiero que sea una historia larga.

Es una historia larga.

No te dejes nada.

Yo nunca me dejo nada.

¿Es buena y larga? Las buenas historias son largas.

Bueno, así deberían ser, en cualquier caso. Bien, veamos: el gato de Kick lo sabía todo sobre trenes y estaciones. Podía galopar por un raíl como si estuviese de paseo y cruzar brincando las vías sin mover ni una carbonilla del balasto. Se posaba en los caños y se dejaba caer de sopetón en los arcones vacíos para arañar y olisquear la madera de la ciudad. Cuando había un tren parado marchaba por los vagones, con el rabo esponjado y enroscado por encima del lomo, frotándose contra los pasajeros y ronroneando cuando ronroneaba, con un ronroneo bajo y profundo, como el de un tractor. Los pasajeros le daban de comer: cacahuetes y galletitas y caramelos y fruta y a veces el centro de sus sándwiches. El gato de Kick odiaba

el pan. Eso te lo tengo que contar. Le venía de la vez en que unos chicos estúpidos lo encerraron en el lavabo cuando el tren se iba. Se llamaban Frank y Ned y Harry y eran unos chicos estúpidos que jugaban a ser bandidos. A esta historia la llamo la historia de la feroz venganza del gato de Kick, o a veces la llamo la historia de los chicos que jugaban a ser bandidos. Depende del final al que llegue.

Caray.

En cualquier caso, el gato de Kick odiaba el pan. Lo lamía hasta dejarlo limpio si traía taquitos de jamón, pero luego enganchaba la rebanada con una garra y la tiraba por debajo del vagón. Se comió el relleno de montones de sándwiches, ahora que caigo.

Los gatos odian la fruta.

El gato de Kick no. No era un gato común, ¿no te lo vengo diciendo?

Yo odio el pan.

Tú no odias el pan.

Que sí.

No lo odias.

El gato de Kick odiaba la leche.

Le encantaba la leche. Le pirraba. Se bebía más de doce litros al día.

No hacía eso.

Puede que más. No sabría decirte.

¿En serio?

Es una costumbre que tienen los gatos. Les tiene que encantar la leche y el pescado y perseguir ratones y pájaros. De lo contrario no son gatos. Es lo que se llama una ley de la naturaleza.

Yo odio el helado.

No lo odias. Pero eso me recuerda al viejo doctor Orcutt.

A la porra los doctores.

Ah, pero Orcutt era especial. Tenía una barba preciosa.

A la porra las barbas. ¿Se llamaba así de verdad?

¿Orcutt? Pues claro. Y puedes apostar a que estaba al tanto. Pero contaba unos chistes maravillosos sobre sí mismo. Señor. Hubo una vez, bueno, es la historia que yo llamo la historia de la amigdalectomía de saldo.

No quiero oírla.

Es divertida.

Si va de amígdalas no es divertida.

Me he acordado por lo de los helados. Piénsalo de ese modo.

Mi gato odia la leche.

Tú no tienes gato y si tuvieras uno no odiaría la leche, y si odiara la leche sería un castor y te partiría en dos de un bocado igual que a un leño.

El gato de Kick pues.

Bien. Era grande y ambarino. Tenía la cara redonda como un barril y los ojos grandes, anchos y circulares.

Jolines. Me tengo que ir. Aquella es mi mamá. Se enfadará un montón si me ve.

Pero ¿y qué pasa con el gato de Kick?

Me tengo que ir.

Pero si no he llegado a la historia. Tampoco has oído lo de la rata. Verás, había una rata gris particularmente grande, grande como una bota tal vez, tal vez más grande, y aquella rata no le tenía miedo a nada.

Caray. Pero me tengo que ir. Me tengo que ir.

Pero la rata. Esa fue la rata que le mordió a Kick en la

nariz. ¿Recuerdas? Fue el desafío de la pelea.

Adiós.

Organizaron una pelea entre el gato de Kick y la rata grande como una bota… una carrera y una pelea… entre los vagones, en los muros… bigote contra bigote… duraría hasta la noche. Tendrías que haber oído el modo en que el viento pasaba por entre sus zarpas. Organizan… Así que voy a organizar… Bueno, parecía un chico simpático, uno de esos que nuestros días han perdido. Demasiado joven para la historia de May Cobb. ¿Y cómo se iba a aprender ahora su historia? Imagina crecer en un mundo en el que solo los generales y los genios, solo los imperios y las empresas, tuviesen historias, ni tu pueblo ni tu abuelo, ni tu casa ni Samantha, ninguna de las cosas que amas. No, no he terminado con Bob Stout. Chico, tus propias hojas te impiden ver el tronco. Podría organizar una de piratas. Fuego en Hen Woods. El tío Simón, el sicomoro viejo y nudoso, ardiendo y rompiéndome el corazón. Podría organizarlo. Pero el chico se había ido, arropado por su madre. Aun así lo recuerdo todo. El gato de Kick. Gotitas de leche por toda la mandíbula. Omensetter agitando los brazos en una danza. Tendrían sin duda que servir para algo. No. Un lote raro. No podría ni subastarlas. No obstante, supongamos que se vendieran. ¿Sería capaz él de soportar de nuevo la vida con aquel tiempo apacible, con aquel cielo púrpura y aquella neblina rezagada, las nubes que burlaban al sol, el ocaso que ahondaba los caminos y se tendía en las vías hasta el amanecer? O así parecía entonces, cuando su carne era joven.

La mantequera se vendió. Y la cuna. No vio quién se hizo con ella. Todas las herramientas desaparecieron. La soga. Las conservas. Incluso botellas de soda vacías mates por el polvo. Sam Peach había limpiado la parte de atrás y barrido un lateral. Sofás. Sillas. La fila de señoras estaba vacía. Era por el calor. El cielo era de un azul ausente. ¿Ese tipo era el hijo de Sam Peach? ¿Era posible? Primero, Pike. Veamos. Luego, Meldon, Rush y Furber. En la del Redentor. Después de eso,

Hufíley, y Peach. Oh, estaba desfasado. Bueno, no se parecían en nada. Faroles. Sombrillas de satén y borlas. Y ahora platos y molinillos de café y tazas. La multitud estaba con él al frente. Parecía más pequeña. Más platos decorados por Lucy Pimber. Molinillos de pimienta. Copas de cristal color arándano. Tazones de cristal tallado. Ropa de cama. Alfombras. Sábanas. Toallas. Colchas. Trapos hechos con ropas viejas. Que perezcan con el propietario. Qué sensato. Samantha. Hermana. Ella vendería hasta los huesos de él. ¿Cuánto sacaría por los huesos?

Israbestis se levantó con esfuerzo. Trepar un árbol tan alto que pudieras ver Columbus desde él, qué maravilla. Fue la suerte de Omensetter. Una historia no, una enfermedad. Él nunca viviría a sus relatos. Henry Pimber también murió de la suerte de Omensetter, de una forma u otra, decían todos. El chico murió de eso, el bebé. ¿Cuánta suerte tuvo él?, ¿cualquier otro?

Ya que me preguntas, ese pastor está loco. ¿Te quieres callar? En aquel jardín, por dios, de acá para allá, de acá para allá, no hace más que caminar.

Bien, le dije al viejo Harris, si usas el corazón de ese modo se te va a parar, dijo el doctor Orcutt, pero si no lo haces se te obstruirá sin más, te mueres igualmente y no tienes ni que esforzarte. El doctor se dio una palmada en el muslo.

Tott, has cerrado tu casa. En efecto, has cerrado tu casa. No te puedes olvidar, y no te atrevas a recordar.

Recuerdo quién decía válgame. En aquel jardín, válgame… Sí. El negrito. Curioso… Omensetter era negro, era marrón, marrón oscuro como una olla de carne en salsa. Israbestis rio entre dientes. Luego Furber, que era negro por sus ropas, pequeño y negro, aunque de piel muy pálida… oh, muy… muy pálida… una luna, dijo alguien, donde antes hubo estrellas.

Al alargar la mano el grifo estaba caliente. Buscó los

ladrillos, consciente del sudor. Sus ojos revisaron cada hoyo y cráter. Vio su escupitajo costroso y plano en el polvo y volvió a escupir encima un escupitajo algodonoso. Apartó los tallos de las caléndulas e inspeccionó todos sus pétalos dorados. La fragancia acre le aclaró la nariz. Rebuscó con paciencia por sus hojas. Ahí, junto a su pie en la acera, sobre esos zancos que eran sus patas finas como hilos, se alzaba el guijarro. Israbestis se encorvó y la araña huyó de pronto. La persiguió por la acera con su pulgar, atizando. A punto estuvo de escapar a su alcance, lo cual habría sido una pena, porque ambos estaban solos en el mundo, pero bajó el pulgar y las patas surgieron como rayos en torno a este. Luego se curvaron poco a poco hacia arriba. Capum, acabas capum, dijo Israbestis, sintiendo cómo el cemento le calentaba el pulgar.

Qué está haciendo, señor, matando arañas, dijo una chiquilla. Sí. Matando arañas, susurró Israbestis, levantándose. Bien. Odio las arañas. Se te suben encima.

Sí.

Son repugnantes.

Sí. Repugnantes, dijo Israbestis Tott.

EL AMOR Y LA PENA DE HENRY PIMBER

1

Brackett Omensetter era un hombre ancho y feliz. Sabía silbar como silba el cardenal rojo en la nieve espesa, o zumbar como zumba el tímido blanco al salir de su refugio, o ser la alondra que ante el cielo sofoca una risita. Conocía la tierra. Metía las manos en el agua. Olía el olor limpio del abeto. Escuchaba a las abejas. Y reía con una risa profunda, fuerte, amplia y feliz siempre que podía, que era a menudo, un buen rato y con alegría.

Le dijo a su mujer: cuando llegue la primavera nos iremos a Gilean en el Ohio. Que es un lugar estupendo para el chico que estás gestando. El aire es puro.

Así pues, cuando la nieve se hundió en silencio en los arroyos; así pues, cuando los lechos de los ríos estaban marrones e imperiosos; cuando el viento rondaba hambriento las ramas desnudas de los árboles y las nubes eran serpentinas; entonces Omensetter dijo: se acerca el momento y hemos de prepararnos.

Lavaron la carreta. Plancharon sus ropas de los domingos. Les trenzaron el pelo a sus hijas. Hicieron todo aquello que no importaba. Les hizo sentir bien. Cepillaron al perro. Apilaron con esmero la leña sobrante del invierno. Se dieron los unos a

los otros una buena cantidad de pellizcos en el trasero. Todo cuanto no importaba y les hacía sentir bien, lo hicieron.

Llovió una semana. Después Omensetter dijo: parece que estamos listos, ¿nos vamos?

Apilaron sus pertenencias en la trasera de la carreta. Las amontonaron, unas encima de otras: flameantes cobertores con pompones y colchas recosidas con retales, orondas bolsas de ropa y sacas de zapatos y labores y un mantel de lino con manchas que los platos siempre ocultaban; dos sillas con peldaños, un taburete y una mecedora Boston, un banco de trabajo de roble bastante duro y elocuente, una mesa de hojas abatibles cuyo tablero tenía caras e iniciales grabadas por alguien que no conocieron jamás; jarras, una vista enmarcada del río Connecticut, unas botas de agua; y en cajas: cucharas de madera y sartenes y las tapas del fogón y paños para mangos de recipientes y cacerolas, una cubertería de hojalata y unos medallones chapados en níquel y un mondadientes, en alguna parte, con un fino baño de oro y una delicada cadena, un grabado a media tinta de san Francisco dando de comer a las ardillas, varias herramientas para moldear el cuero, dos cálices de peltre y trece vasos para la gelatina, siete libros (tres de ellos obras sobre pájaros del reverendo Stanley Cody); una colección de anillos de juguete en latas de tabaco y de collares de arroz enhebrado, piedras ambarinas y figuras diminutas de porcelana y perros y gatos y caballos estampados en metal y dos húsares de plomo con sombreros altos y las armas torcidas cuya pintura roja casi se había desgastado del todo; clavos de diez y veinte centavos, muñecas hechas con cadenetas cosidas de tela rellena, platos pequeños y vasijas enormes, una escarapela de papel, cuatro arañas planas muertas hacía mucho y guardadas debajo de una piedra en el fogón; un serrucho, un martillo, una escuadra, una almádena, otros objetos a los cuales llamaban muñecas pero que eran más bien hierba prensada o piñas o palos con formas extrañas o piedras raras; cualquier clase de caparazón de tortuga, de cascarón de petirrojo o de concha de caracol; y no en cajas: un barril y un

arado desmontado, una azada, una pala y un hacha, una mantequera, un balde de madera y una tabla para la colada, y una gran palangana blanca y un gran cántaro blanco y una gran cacerola blanca y esmaltada con la tapadera descascarillada que por las mañanas estaba terriblemente fría; una escopeta y varios arreos y una rueca, una brújula que siempre apuntaba al sudoeste en un estuche de cuero, y flechas para que el chico aún por nacer disparara a las hojas que caen y a los gorriones en otoño. Las apilaron, una encima de la otra, hasta que en la carreta se hizo una torre. A lo alto ataron la cuna. La torre se tambaleó al ponerse en marcha la carreta. Dijeron: igual se cae todo por el camino, pero en realidad no lo pensaban, y no se preocuparon de cubrir nada. Pues claro que va a escampar, dijeron, y así fue. Omensetter enganchó el caballo a la carreta. Se montó con una gran floritura y se dirigió al mundo con los brazos. Todos disfrutaron con aquello. La mujer de Omensetter se subió también. Ella apoyó una mano en su muslo y le estrechó la rodilla. Las hijas de Omensetter ulularon en la trasera. Se acurrucaron debajo de las colchas. Se hicieron una casa en la torre. Todos rezaron por el muñeco de nieve muerto una semana atrás. Entonces Omensetter sofocó una risita, ladró el perro y salieron hacia Gilean en el Ohio donde el aire era puro y bueno para los chicos. Tras ellos dejaron, donde hubieron compartido besos y charlas, el ligero gotear del agua desde los aleros de su último hogar feliz.

Todavía quedaban algunas personas en Gilean cuando llegó Brackett Omensetter. No había llovido, cosa rara, en todo el día. El remolque de George Hatstat se había quedado atascado en el lodo de South Road a pesar de que South Road desaguaba en el río, y Curtís Chamlay se había dado la vuelta en su carreta aquella tarde en la colina occidental, hombre terco que era, tres horas después de que esta empezara a derrapar por los ribazos amarillos. Eso significaba que la colina estaba intransitable dado que la otra ladera estaba por lo general peor. En consecuencia todos quedaron absolutamente maravillados al ver la carreta de Omensetter deslizándose

cuesta abajo y remolcar su tambaleante cumbre de muebles y herramientas y ropas hasta el interior del pueblo por detrás de un solo caballo maltrecho. Miraron las colchas sin proteger, las cajas y los zancos, el perro embarrado, la bamboleante cuna atada a lo más alto con asombro desconcertado, pues durante todo el día, en la distancia, cargadas nubes grises habían dejado caer sus aguas en los bosques, e incluso mientras observaban la llegada de la carreta, lejos sobre la colina occidental, a la luz del sol que desde allí brillaba, había una zona de lluvia claramente definida.

Parando tan solo para pedir indicaciones, Omensetter condujo enseguida hasta la herrería, berreando su nombre antes de que la carreta se hubiese detenido del todo y anunciando su oficio con voz enorme y áspera a la vez que se bajaba de un salto, hundiendo tanto sus talones en el suelo blando que por un momento este lo retuvo, dando tumbos, mientras se frotaba la nariz con la parte superior del brazo y Matthew Watson aparecía en el umbral parpadeando y sacudiéndose el mandil. Omensetter corrió a la fragua y se inclinó sobre ella con ansias, alabando la belleza y la calidez del fuego. Se tambaleó mientras se golpeaba una pierna que dijo que le hormigueaba, con la cara roja por las brasas y ondeando su sombra. Mat le preguntó qué asunto le traía. Omensetter gimió y bostezó, desperezándose con tal esfuerzo que le entró un escalofrío. Luego con una callada exclamación se arrimó a Mat y cogió un trozo de cuero del banco de trabajo; con él se envolvió el dedo como con un rizo de pelo; dejó que poco a poco se enderezara. Lo sostuvo con delicadeza en sus enormes manos marrones, frotándolo con el pulgar a la vez que hablaba. Lo hizo con monótona voz de ensueño cuyo flujo interrumpía de vez en cuando para escudriñar los rebordes de la tira que sostenía o para abatirla bruscamente contra su propio muslo, sonriendo ante el sonido del chasquido. Era muy bueno, dijo. Empezaría mañana mismo. En el pueblo no había nadie iniciado en el cuero, y Mat tenía muchísimas cosas que hacer. En efecto, aquello era cierto,

pensó él. Ya vería Mat cuánto lo necesitaba. Movía rítmicamente el pulgar. Sus palabras eran felices y confiadas, y si las dudas de Mat suponían algún obstáculo, con serenidad fluyeron en torno a aquellas. Trabajaré muy bien y te puedes permitir sin duda contratarme. Antes de que Omensetter se marchara, Mat le dio el nombre y las señas de un amigo suyo, Henry Pimber, que tenía una casa que quizás le alquilara, ya que estaba vacía y desintegrándose y que se encontraba a la orilla del río igual que una rana. Henry Pimber sonrió al ver las ropas embarradas de Omensetter, a las niñas apoyadas contra un costado de la carreta, riendo; a él corriendo, al perro ladrando, a la esposa plácida, alejada; si bien tenía en mente más que nada a su propia esposa, ahora callada en la cocina, empeñada en oír. Láminas de agua relucían aún en el camino; murmuraba el cielo; la carreta sin embargo iba sin cubrir, las pertenencias apiladas en una torre; y Henry notó cómo el asombro le movía los hombros. Tres moscas caminaban sin pudor por la mosquitera que los separaba. Los alambres cuadriculaban a Omensetter. A Henry le pareció que estaba gordo y que hablaba con unas manos recias y sumamente bronceadas. Tenía el cinturón apretado pese a llevar tirantes. El pelo negro le caía por la cara y había dejado en el porche restos de barro, pero su voz era musical y dulce como el agua, sus labios húmedos sonreían alrededor de sus palabras, sus ojos destellaban desde la superficie de su habla. Dijo que trabajaba para Watson, arreglando arreos y echando una mano. Henry reparó en que había pintura obstruyendo varias cuadrículas de la mosquitera. Aquel tipo tenía un desgarrón en una de las mangas, y las uñas se le habían amarilleado. Goteaba arcilla de sus botas al porche. La esposa de Henry estaba ya en el recibidor, yendo y viniendo de puntillas. Se sujetaba las faldas. Dijo que se llamaba Brackett Omensetter y que venía de cerca de Windham. Era honrado, según dijo. Moscas tan pronto, pensó Pimber, y el matamoscas en el granero. Pero eran algo en lo que fijar la vista y por un momento lo agradeció. Luego su visión se deslizó más allá de la mosquitera y recibió la herida terrible de la sonrisa de aquel

hombre. Le sorprendió su propia debilidad y se dejó caer pesadamente contra la puerta. Tenía un caballo, dijo Omensetter. Tenía un perro, una carreta, una mujer encinta y dos chiquillas. Necesitaban un lugar en el que vivir. Ni grande ni lujoso. Un cuarto para las niñas. Tierra suficiente para un pequeño huerto y alimentar al caballo. Henry quedó a la escucha de lo que decía su esposa y sacudió la cabeza. La mosquitera no era protección alguna —fútiles diagramas de aire—. Cambió el peso de pie y las cuadrículas obstruidas emborronaron la mejilla de Omensetter. El barro le llegaba a los muslos. Colgaba de las ruedas de la carreta y formaba cuajos en la tripa del perro. No tenía los dientes limpios del todo. Henry se dio cuenta de que tenía el mentón pronunciado y la misma solemnidad que Matthew Watson, la misma lentitud y cautela, como él la cabeza llena de gansos imaginarios, reproduciendo en ella continuamente el sonido de una escopeta, y sin embargo Omensetter lo había abrumado al instante, apaciguado sus temores, atendido a sus dudas y reemplazado su acostumbrada suspicacia con una confianza casi negligente; pero haber enviado a Omensetter a verlo de aquel modo no era algo típico de él, ya que Watson sabía muy bien que la antigua casa de los Perkins, que hacía bien poco había heredado Pimber, estaba muy pegada al río y que cada año era presa de las crecidas. Estaba perdiendo la pintura y la maleza no tardaría en hendir el porche. Henry suspiró y tiró de la mosquitera. Había abrumado incluso a Matthew. Matthew, que solo atendía a los fuertes graznidos de los gansos y a su propio martillo, y a quien el fuego de la fragua casi le había calcinado la vista.

Tenía una casa, dijo finalmente Henry. Estaba bajando South Road cerca del río, pero no había pensado en alquilarla tan de sopetón, en una época del año como aquella. Había algunos inconvenientes… Omensetter se abrió de brazos y Pimber, temblando, rio. Lo ve, ya está; cuidaremos de ella y la mantendremos en buena vida. Pimber apretó el puño ante aquella curiosa frase. Su mujer estaba en el recodo de la

puerta, sujetándose las faldas, respirando con cautela. Está bajando South Road, eso sí, dijo él, y cerca del río. A todos nos encanta el agua, dijo Omensetter. Lucy y yo le sentamos bien a las casas y pagaremos con prontitud.

¿Habrase visto semejantes botas? Cinco tablones estrechos entre sus pies. Tres moscas ganando de nuevo la mosquitera. Las sombras de las nubes en las cristaleras de agua. El suave frufrú de su esposa. Y aquel hombre orondo hablando, sus manos ondeando. Tiene un botón de la camisa roto. Lamparones bajo los brazos. Sus dedos rechonchos que se aferran al aire como queriendo detenerlo. Es-cushe. Es-cushe. El perro pasa corriendo por debajo de la carreta. Nuestras mujeres se llaman igual, se sorprende diciendo Henry.

Lo ve, ya está, dijo Omensetter, como si sus palabras incluyeran una explicación.

Pimber rio otra vez. Está bajando South Road, iré a por la llave. Al alejarse la oyó crujirse los nudillos. Estaba detrás de él tiesa e inmóvil como un palo, lo sabía. Tampoco le haría gracia que hubiese barro en su porche. Él dijo los días de la semana. Siguiendo la costumbre de su padre. Dijo los meses del año. Luego salió por detrás a por su caballo y se preparó para ponerse al corriente de sus crímenes durante la cena. Cinco tablones entre sus botas. Barro en cada escalón. Le faltaba medio botón. ¿Cuántos en la bragueta? La cara se le quebraba al reír. Dios, se preguntó Henry, santo dios misericordioso, ¿qué me ha entrado de pronto?

Omensetter dejó la carreta fuera toda la noche, y a la mañana siguiente bajó a caballo South Road y sacó del barro el remolque de Hatstat donde el día anterior tres caballos habían patinado, coceado y trastabillado. Luego fue a trabajar tal como dijo que haría, llevándose consigo al pueblo el carro de Hatstat mientras su mujer, sus hijas y el perro metían los objetos de la carreta y limpiaban la casa. Henry se despertó al amanecer. Su mujer estaba feroz. Envuelta en ropa de cama lo encaró como un fantasma. Él se demoró de camino a la casa de

los Perkins hasta que oyó los gritos de las niñas. Trató de ayudar y de ocuparse por tanto de cuanto pudo: echó a hurtadillas un vistazo en las cajas y se sentó en las sillas y de habitación en habitación retrocedió disculpándose frente a escobas y mopas y el agua que estas despedían, observando y recordando, hasta que, obedeciendo a un impulso abrumador, pasmado y desconcertado por este, pese a que lo colmara del más delicioso de los placeres, a escondidas se metió en la boca una de las cucharas de latón. Pero este acto acabó por asustarlo, en especial el deleite que le produjo, y no tardó en volver a disculparse por estar en medio, y se marchó.

Hatstat dio las gracias a Omensetter con gentileza, y tanto él como Olus Knox, que, con su caballo, había ayudado a Hatstat el día anterior y se le habían embadurnado de barro las ropas y se le habían inflamado las ingles, más adelante le contaron a los demás cosas estupendas sobre la suerte de Omensetter y, al mismo tiempo, pensaron en las crecidas.

Durante una semana cayó la lluvia y creció el río, agua embistiendo agua, en mitad de la confluencia una fina capa de tierra y aire subía y bajaba. La lluvia golpeó sin pausa el río. Desaguó South Road. Bancos de arcilla pasaban deslizándose en silencio, se formaron charcos; los riachuelos se volvieron arroyos, los arroyos torrentes. Tablones dispuestos para cruzar la calle se hundían y se perdían de vista. Todos llevaban botas hasta las caderas, quienes tenían. Todos se preocuparon por el sur.

No le contaste lo del río, verdad que no, decía ella de repente. Ahora cada vez que Henry estaba en casa su esposa lo seguía en silencio y en venenosa voz baja lo sorprendía con la pregunta. Ella esperaba a que estuviera a la mitad de algo, como rellenarse la pipa o sentarse a leer, a menudo cuando no tenía ni idea de que ella estaba cerca, mientras se afeitaba o se abrochaba los pantalones. No le contaste lo del agua, ¿verdad que no? ¿Cómo te vas a sentir cuando el río suba y tú estés allí abajo en un bote, rescatándolo? ¿O acaso no tienes intención? ¿Es peligroso aquello cuando el río se desborda? ¿No podrías

ahogarte?

Podría, podría. ¿Quieres hacer el favor?

Luego ya no tendría esposo del que avergonzarme… No le contaste lo del río, ¿verdad que no?

Ya lo sabe, dijo él; pero su mujer le ofrecía una sonrisa dulce y amable, y apenada se alejaba. Él intentaba leer o afilar su navaja —continuar con lo que fuese que hubiera interrumpido ella— pero de repente estaba otra vez de vuelta.

¿No podría ahogarse él?

Antes de que pudiese dirigirle una respuesta había pasado ya a otro cuarto.

¿Te refieres a que vio la marca del agua en la casa? ¿Por eso lo sabe?

Lucy, le dije que estaba bajando South Road.

Ella se echó a reír. Y él conoce South Road, ¿verdad que sí? ¿No es de Windham? De manera que le dijiste que estaba bajando South Road. ¿Vio la marca en la casa o el musgo en los árboles?

Oh, por el amor de dios, para.

Esas cosas maltrechas que traía apiladas en la carreta quedarán a flote.

No lo harán.

Aun así no pareció importarle, verdad que no, que fueran a mojarse o no. Me da que no es buena señal por parte de un casero responsable. Tendrías que haberte dado cuenta al primer minuto, supongo, que con barro en las botas y la ropa y una carreta llena de trastos totalmente a la intemperie.

Lucy, por favor.

Todos y el bebé que ella lleva dentro… en tierras tan bajas.

Cállate.

Cuando él se levantaba de la silla o soltaba la pipa o estampaba la correa de afilar contra la pared, entonces ella se iba, pero no antes de preguntarle cuánto le había pedido por la casa.

Paró de llover pero el río creció igualmente. Cruzó impetuoso South Road. Colmó los bosques. Anegó las ciénagas. Arrambló los cercados. Alejándose de sus márgenes, dejó cieno pegado a los lados de los árboles. Arrojó madejas de limo por encima de los setos. Se llevaba más de lo que daba. Olus Knox informó de que el agua se adentraba como unos treinta metros en el lado de la valla de Omensetter, y a Henry le pareció que había caído más lluvia de la que había caído en años, pese a que en el pasado la casa de los Perkins había mostrado la marca de las riadas bien alta en sus desconchados laterales. Las cosas le van bien a Omensetter, le dijo a Curtís Chamlay con lo que esperó fuera una sonrisa cómplice. Curtís dijo: por lo visto, y aquello fue todo.

2

Henry Pimber se convenció de que Brackett Omensetter era un hombre estúpido, sucio y descuidado.

Primero Omensetter se clavó una astilla en el pulgar y observó divertido cómo se le inflamaba. La inflamación creció de manera alarmante y Mat y Henry le rogaron que fuese a ver al doctor Orcutt. Omensetter se limitó a meterse el pulgar en la boca y a hinchar los carrillos por detrás del tapón que se había formado. Hasta que una mañana, con Omensetter sujetando cerca, a Mat se le escurrió el martillo. El pus salió volando hasta casi el otro lado del taller. Omensetter sopesó el alcance del tiro y sonrió con orgullo, lavándose la herida en el barril sin decir palabra.

Guardaba la paga en un calcetín que colgaba de su banco de trabajo, era ajeno a la hora o al tiempo que hiciera, con frecuencia dejaba que las cosas que había recogido igual que un colegial se le escurrieran por los agujeros de los bolsillos del pantalón. Guardaba gusanos bajo unos platos, piedras en latas, hurgaba todo el tiempo en la tierra con palitos y las ardillas comían de sus manos alubias y a veces fideos. Las herramientas rotas lo pasmaban; a menudo almorzaba con los ojos cerrados; y, huelga decirlo, se reía muchísimo. Se dejaba crecer el pelo; se afeitaba solo de vez en cuando; quién sabía si se lavaba; y cuando iba a orinar, dejaba caer los pantalones sin más.

Luego Omensetter le compró algunos pollos a Olus Knox, entre ellos una gallina vieja cuya edad, según le contó más tarde Knox a Henry, creía que le había pasado desapercibida a su comprador. A la mañana siguiente la gallina había desaparecido mientras el resto corría atemorizado y volaba a brincos. Al principio pensaron que se había perdido en algún lugar de la casa, pero las niñas no tardaron en encontrarla. Estaban sumergidas, dijo Omensetter, escondidas bajo la niebla casi disipada, encorvándose para mirar por debajo y ver el mundo sobrenatural y las patas peladas de las demás persiguiendo con sigilo a los gigantes. La gallina yacía muerta al lado del pozo abierto y el perro le gruñía agachado junto al brocal. Henry había venido a cobrar el alquiler porque su mujer había insistido en que fuese en persona —cara a cara es más seguro, dijo ella— y Omensetter le enseñó los ojos del zorro reflejando la luna. Las niñas se contoneaban dando gráciles giros alrededor del agujero, pálidos sus vestidos a la vista. Sus ojos parecen esmeraldas, dijeron. Son esmeraldas verdes y amarillo oro. Es porque los ha cogido prestados del fuego del centro de la tierra e igual que balizas ven en la oscuridad. Luego Omensetter les habló de los ojos de los zorros: de cómo quemaban la corteza de los árboles, lanzaban conjuros a los perros, cegaban a las gallinas y derretían la más fría de las nieves. Para Henry, con cautela arrodillado sobre un

tablón podrido, eran tenues puntos rojos, y el corazón se le encogió ante la visión de su malicia.

Has pensado en cómo vas a sacarlo, preguntó, irguiéndose frente al pecho de Omensetter. Ya ves cuánto lo quería el pozo. Tendrá que quedarse donde se ha metido. Así es como ha ocurrido y puede que el pozo se harte de él y lo eche fuera.

Henry intentó reír. Estaba mareado de haber estado de rodillas y al abrigo de Omensetter le faltaba un botón. Nuestro zorro está en nuestro pozo, nuestro zorro está en nuestro pozo, vacía tenía la tripa nuestro pozo, ahora nuestro zorro está en nuestro pozo, cantaban las niñas, dando vueltas aún más rápido.

Id con cuidado, dijo, esos tablones están podridos y falta uno. Tendrían que haber reparado la cubierta.

En realidad el pozo era suyo, y al acordarse guardó silencio. Intentó una cautelosa sonrisa de disculpa. Pensó que podría tratarse del zorro que ha estado robándole las gallinas a Knox. Propio de la suerte de Omensetter, desde luego, que el zorro se hubiese apoderado de la gallina más agria, se hubiese atragantado con ella conforme huía y que después el suelo se lo hubiese tragado de la manera más estúpida. Qué cosa tan horrible: que la tierra se abra para engullirte casi a la vez que coges la gallina con la quijada. Y morir en un conducto. Henry descubrió que no era capaz de apretar el puño. En el mejor de los casos, el zorro debe de estar herido de gravedad, terriblemente apretujado, con el hocico pegado al muro húmedo del pozo. Ahora tendría el pelaje apelmazado y el rabo enredado, y su oscuridad se extendería hasta las estrellas nacientes. Un perro se desangraría las patas y se rompería los dientes contra los lados y después se reventaría el cuerpo saltando una y otra vez. Por la mañana, el hambre, y el sedal del sol descendiendo por el muro, los olores fétidos, el amargo agotamiento del espíritu. Con razón ardía de malicia.

¿Sabéis lo que son esos ojos? Son los ojos de un gigante.

Las niñas chillaron.

Sin duda, ese agujero llega hasta el país de los gigantes.

Omensetter le dio a Henry un buen golpe en la espalda.

De niño Henry no había sido capaz de sacar del pozo un cubo rebosante de agua; no era capaz de usar con fuerza la pala ni la azada, ni de usar el arado; no era capaz de serrar ni de blandir un hacha barbuda. Daba tumbos cuando corría; cuando saltaba, resbalaba; y cuando hacía equilibrios en un leño, se caía. Odiaba la caza. Le sangraba la nariz. Bailaba, aunque nunca fue capaz de aprender a pescar. No montaba a caballo, le disgustaba nadar; se enfurruñaba. Llegaba el último colina arriba, se quedaba en casa durante las caminatas, siempre era «ese». A sus hermanas les encantaba fastidiarlo, a sus hermanos avasallarlo. Y ahora no era capaz ni de apretar el puño.

En serio, ¿qué piensas hacer?

Omensetter se contoneaba felizmente alrededor del pozo con las niñas, sus cuerpos arrojaban una sombra débil sobre la hierba amarillenta.

Naaa-da, cantaban, naaa-da.

Omensetter debe percibir la crueldad de su humor, pensó Henry, ¿o estaba también libre de eso? Mudada la piel de la culpabilidad, ¿quién no bailaría?

No puedes no hacer nada, por supuesto, dijo; tendrás que sacarlo. Se va a morir de hambre ahí abajo.

Tendrá que quedarse donde lo ha puesto la gallina, dijo Omensetter con firmeza. El manantial lo hará flotar hasta la superficie.

¿A ese pobre animal?, no puedes hacer eso. Además es peligroso.

Pero Henry pensó en cómo saldría parado si la tierra contara sus crímenes. Imagina que al instante de pronunciar

una palabra cortante, te sangrara la mejilla.

En cualquier caso, tendrás que sellarlo con tablones… las niñas, dijo.

Imagina que la lengua se te hendiera al mentir.

Este pozo es, por decirlo de alguna manera… mío. Lo olvidé del todo, la existencia de…

Suspiró. Un asesinato sería también un suicidio.

Te ayudaré a taparlo, dijo.

Oh, ellas lo disfrutan, dijo Omensetter. Si lo cubro se pondrán a llorar.

Las niñas tiraban con regocijo de los brazos de su padre. Él se puso a dar vueltas como un poste festoneado.

¿Cuánto… creéis que… aguantarán… esos ojos de gigante?

Henry se sujetó inestable a un árbol joven.

Podrías dispararle, supongo. Tienes una escopeta.

El pozo lo quiere… igual se escapa… ooh… niñas, está oscureciendo… no… fiiuuu… parad.

Entonces lo haré yo, dijo Henry, e imaginó la bala saltando desde el cañón de su escopeta y dirigiéndose contra el zorro.

Lámparas iluminadas en la casa. Mientras se alejaba hacia la calesa Henry midió las murallas de su cielo. No se había hundido todavía, pero pronto no habría nada a lo que apuntar, pues la oscuridad silenciaría los ojos del zorro. La hierba había empezado a espejear. Los animales sentían dolor, según tenía entendido, pero pena nunca. Eso parecía cierto. Henry podía aplastarse un dedo, aun así no permitiría que la herida le ocasionara mayor preocupación que una guerra en un país lejano, tal era el miedo con que vivía; pero el zorro era una criatura que colmaba los límites de su cuerpo como un lago que el disparo motearía al penetrarlo. Uno podía sobresaltar a un animal, pero sorprenderlo jamás. Los asientos de la calesa

estaban resbaladizos, el rocío era abundante. Pensó que en alguna parte debía de tener un trapo, un trozo de felpa. Había murciélagos por encima. Sí, aquí estaba. Henry se puso a secar un asiento para sí. Revoloteando igual que hojas, los murciélagos volaban sobre seguro. ¿Y se sorprenderían las estrellas, alzando la vista, al descubrir al zorro ardiendo en sus tempranos cielos?

Ya está, has sido bastante precavido, has evitado que se te moje el trasero.

Henry hablaba con enfado y el carruaje empezó a hacerlo rebotar.

Así que el pozo llega hasta el país de los gigantes. ¿Por qué no? ¿Debería apartarse de aquello, de aquella insensibilidad y aquel romance, volverse hacia la firme y remilgada boca de la señora de Henry Pimber?, ¿sus manos que alegres se desasen?

Omensetter es un político nato, había dicho Olus Knox; es lo que llaman un tipo carismático. Qué inadecuada era esa imagen, pensó Henry, cuando era capaz de arrancarte el corazón del sitio. Jethro Furber se había puesto dramático, como siempre, dándose dolorosos pellizcos en ambas manos. Ese hombre, declaró, vive igual que un gato dormido en un sillón. Mat sonrió con dulzura: una visión llena de caridad, dijo; pero Tott reía al ver a Furber manteniéndose de una sola pieza en realidad mientras trataba de condenar lo que en Omensetter no eran más que armonía y ligereza, tal como Henry supuso, con una imagen tan sosegada. Aun así, ¿cómo podía soportar Omensetter aquel par de ojos? Desde… desde luego, tartamudeó Furber. Un gato es algo hermoso, desde luego. ¿Pero cuán hermoso un hombre? ¿Resulta atractivo en un hombre pasarse la vida durmiendo?, ¿cuidarse cual vaca?, ¿rechazar cualquier gramo de responsabilidad? Tott se encogió de hombros. El gato es un egoísta redomado, una bestia perezosa, esclavo de sus placeres. No hace falta que sermonees, dijo Tott, irritado; idolatraba a los gatos. Yo lo he

visto, Furber giró en redondo para atraer cada mirada, yo lo he visto… vadeando. El recuerdo hizo sonreír a Henry, que refrenó la calesa. ¿Vadeando? Visualizó a Jethro de pie en un charco, con los pantalones remangados. Tott afirmó más tarde que Furber llenaba una silla como un saco de patatas que gotea. No, no, un inestable montón de paquetes, una torre tambaleante, un agarre incierto, sí, una silla llena de paquetes que peligran, o, en suma: un hatajo de hatillos desatados. ¿Y dormir?, ¿dormir? Dormir es como Siam —jamás había estado allí—. Era verdad, pensó Henry, ambos eran totalmente opuestos. El cuerpo de Furber era una caja en la cual vivía; sus brazos y sus piernas lo propulsaban y lo asistían como los agarres de un lisiado y el bastón de un ciego; en cambio, las manos de Omensetter, por ejemplo, tenían la misma expresión que su tez; tendían su naturaleza como una ofrenda de frutas; y se sumaban a lo que tocaban, ampliándolo, como ríos que afluyen y aumentan sus caudales. Vadeando. Divertido, Henry volvió a dar forma a la palabra, y se permitió observar cómo todo se inundaba de árboles. Encolando cometas, dijo Furber. Rodando aros. Voceando en plena la calle. Fur-berr (respondió ahora Henry como tendría que haberlo hecho entonces), Fur-berr, estás hecho una vieja… sí, una vieja con encajes. Pero el atardecer había inundado también a Furber, y a su intensidad feroz y puritana. Henry lo agradeció. Sabía que jamás se acostumbraría a aquel ardiente y oscuro hombrecito de cara blanca, siempre y rara vez el mismo, que aseguró un domingo que Dios lo había hecho pequeño y que le había entregado sus vestiduras para que en el púlpito pudiese representar ante todos la oquedad interior de sus cuerpos. No, apenas una vieja de encaje. Todos somos unos negros aquí, por dentro, había gritado. Os ha dado un retortijón, había dicho, doblándose, anudándose los brazos alrededor de las rodillas, y yo soy su sombra. Antes yo medía dos metros y medio casi, había exclamado, pero Dios me hizo pequeño para este propósito. ¿Qué clase de lenguaje era aquel?… oquedades corporales ennegrecidas. Jesús, pensó Henry, como la columna del pozo. ¿Y si se hubiese caído él?

Ding Dong Dang,

Pimber en el pozo está.

Henry intentó apremiar a su caballo hasta el galope, pero en un camino con tanto bache, con una luz tan pobre, este se negó. Maldijo durante un momento, y desistió.

¿Quién lo empujó ahí?

El pequeño Henry Pim.

El propio Omensetter no era mejor que un animal. Eso era cierto. Y Henry se preguntó qué era lo que amaba, pues creía saber lo que odiaba.

¿Quién lo sacará?

Nadie, claro está.

Cuanto Omensetter hacía lo hacía con tal sencillez que parecía un milagro. Afloraba de él con soltura, su vida lo hacía, como la línea amplia y suave a carboncillo del hombre que dibujaba tu caricatura en las ferias. Tenía una soltura imposible de imitar, pues en el momento en que eras consciente, en el instante en que tratabas de…

Menuda travesura esa,

Encerrar al pequeño Pimber allá,

Que ningún daño hizo jamás,

Pero…

O se movía con tanta soltura porque, pese a su tamaño, por dentro no era gordo; no había apretujado el pasado alrededor de sus huesos, ni metido el alma en manteca. Henry había

visto los grabados —los del baile de los esqueletos—. Era, no obstante, un *baile*… ¿y si uno tuviera que morir para bailar…? ¿Qué posibilidades tenía el zorro? El zorro, sentía él, nunca había visto su pasado desprenderse cual salto de agua. Nunca había medido su día en momentos: otro… otro… otro. Pero ahora, arrojado tan al fondo de sí mismo, a la oscuridad del pozo, sorprendido por el dolor y el hambre, ¿no podría quizás retornar a un estado previo, recobrar capacidades que anteriormente le eran inútiles, pasar de animal a Henry, volverse humano en su prisión, X sus días, contar, esperar, quedar a la escucha de otro… otro… otro… otro?

Al llegar a casa su mujer le preguntó enseguida si tenía el alquiler y cuánto era, pero él atravesó la casa ofuscado, furioso y frenético, y salió de nuevo con su escopeta sin contestar, así que ella tuvo que gritarle a su espalda: ¿qué estupidez te traes entre manos?; pero ya lo vería, pensó él, observando con amargura que no había pensado que fuese a matar o a cazar sino que era un estúpido enrocado en su estupidez; y en la parte de atrás de la casa de Omensetter, sin molestar a nadie, le disparó al zorro ambos cartuchos. El disparo retumbó en los laterales del pozo y un perdigón salió volando y a través de la chaqueta le dio en el brazo con tanta fuerza que se le incrustó; pero, con gran esfuerzo, pues las frías estrellas vigilaban, hizo caso omiso a su herida, oyendo al zorro revolverse hasta quedar inmóvil. Además lo voy a sellar mañana mismo, pensó.

Conduciendo despacio hacia su casa, evaporándose su júbilo hasta dejarlo solo con miedo y frío, Henry recordó cómo, de niño, había esperado arriba de las escaleras del sótano a que su padre apareciera, y cómo, cuando tuvo la cintura de su padre a la altura de sus ojos, sin motivo ni ningún tipo de emoción reconocible, le había dado en el estómago un puñetazo terrible, vaciándole los pulmones de aire y forzándolo a doblarse bruscamente, a que su rostro sorprendido descendiera hasta tenerlo cerca. Henry se había llenado la boca de saliva; la base de la lengua le había hormigueado; había cogido aire. Pero gracias a dios había

salido corriendo, llorando en su lugar. La saliva le anegó los dientes al huir. Recordó también el sonido de las manzanas al caer lentamente por las escaleras. Sus piernas habían sido lo primero en quedar paralizadas. Se habían derrumbado como estacas.

Matar al zorro le había proporcionado el mismo feroz y negligente tipo de júbilo, se recostó en la calesa, sin atender a las riendas, débil, a la espera de su castigo. Desde luego se sentía extraño. Había percibido su pasado con demasiada viveza. Su cabeza rodaba con el camino. Sabía, claro está, que era a Omensetter a quién había dado. Le traía sin cuidado sus vidas, a ese hombre. Una suerte como la suya no llega de un modo natural. Había que merecerla. La rabia empezó a removerse de nuevo en su interior muy ligeramente, y alcanzó a estabilizar la cabeza. Pero se había ennegrecido la noche, la luna y las estrellas quedaban ahora bajo las nubes, el mundo se había borrado en torno a él. Fatigado se hundió en sus ropas y dejó que la cabeza le oscilara libremente en el círculo del cuello de la camisa.

Henry Pimber descansó en la playa, pasándose de mano en mano cinco piedras minuciosamente reunidas. No alcanzaba a ver en las aguas dónde había caído su rostro. En su cabeza la casa a oscuras de Omensetter se alzaba en mitad de la hierba recortada. Le golpeó el relente frío y el sonido de las aguas al anochecer, suave y lejano, como pasos lentos que llegan en sueños, lo poseyó. Ese hombre era algo más que un modelo. Era un sueño al que podrías entrar. Del pozo, en un sueño como aquel, podías sacar con facilidad dos cubos rebosantes. En aquella agua una imagen de la fuerza de tus brazos echaría a volar como la alondra hacia su canto. Dichas aves, en dicho sueño, correrían como corre tu espíritu por su cuerpo, en el cual, a imitación del aire, la carne se ha tornado prado. Los guijarros cayeron, uno a uno, sobre la arena. Henry luchó contra las ganas de volver la cabeza. En vez de eso se agachó y cogió los guijarros. Apareció la luna. Los guijarros eran las perlas más suaves —como los dientes de los más golosos—. Y

el farol de Lucy atravesó la casa y subió las escaleras. Arrojó las piedras. Formaron un círculo, atrapando la luz. Una se hundió en la orilla; una dio contra una piedra más grande; una encontró la arena; otra rozó la maleza del pantano. La última yacía a sus pies como una polilla muerta. Condujo despacio ante una luna rodeada de bruma.

A Henry le encantaba hablar de todo lo que veía cuando pasaba frente a la casa de Omensetter, aunque respecto al zorro se mantuvo cobarde y en silencio, y ni él ni su audiencia pensaron nunca en cuán extraño resultaba que se tomaran tanto interés por la cosa más nimia que hiciera su reciente vecino, pues Omensetter atraía el interés como en verano atrae la sombra. Era como si, al saber cuándo añadía las judías o cuándo cortaba leña para la colada, usaba la azada, o paseaba sin más por la mañana en el bosque de robles y arces como un árbol entre otros árboles, uno pudiese conocer su secreto, cualquiera que fuese su secreto, ya que de alguna manera debía ser la suma de aquellas cosas nimias puestas todas juntas, pues como al doctor Orcutt le gustaba remarcar, todo sarampión era síntoma de enfermedad, o como decía Mat Watson, cada giro del viento o barranco o nube era una parcela de la extensión de los elementos.

Henry le preguntó cómo sabía que era un niño, pues era sabido, dijo, que también las niñas daban patadas, y Edna Hoxie, lo bastante flaca, decía ella misma, como para entrar a gatas y sacar uno bien gordo, se pasó por allí para ofrecer sus servicios llegado el momento. Pero Omensetter dijo que él sabía. Dijo que a un niño que ya había aprendido a gatear le resultaría sencillo nacer. No te desilusiones, Brackett. Olus Knox tiene tres, dijo Henry. Cada vez que su mujer quedaba encinta él abrigaba las mismas esperanzas que tú, y tiene tres. Se le hace difícil no tener un chico, con tres quién va a llevar su apellido ahora que a ella se le ha pasado el arroz. A ti podría ocurrirte lo mismo. Espero que no… pero podría ocurrirte justo lo mismo. No deberías contar demasiado con lo que vaya a salir de ella este otoño ni figurarte nada por lo

fuerte que dé patadas el bebé ni por lo alto que se coloque. Omensetter rio sin embargo. Dijo que él sabía. Que había interpretado las señales.

Al principio la herida tan solo le dolía y luego el brazo se le quedó rígido. Ve a buscar al doctor Orcutt, por el amor de dios, dijo Henry, y se escabulló a la cama. Entonces la rigidez se le extendió al cuello. Lucy supo en Gilean que Orcutt estaba con Decius Clark en lo profundo del condado. Cuando Watson y Omensetter llegaron, Henry había parado de hablar y la cara se le tensó mientras lo vigilaban. ¿Una herida de escopeta? Extracto de olmo entonces, me parece, dijo Mat. Lucy lloraba, corriendo de habitación en habitación con telas en los brazos hechas una bola. Los labios se le apartaban de los dientes, los párpados se le caían, opio, me parece, dijo Mat. Se le dobló el cuerpo. La habitación tendría que estar a oscuras, me parece, dijo Mat. Lucy subía y bajaba a tropezones las escaleras y por último la mandíbula se le agarrotó del todo. Los resuellos atrajeron a Lucy y cuando Omensetter le preguntó: ¿tienes remolachas?, los trapos le rodaron de los brazos de ella. El reverendo Jethro Furber, su figura retorcida igual que un cordel anudado, murmuraba, sepúltalo, cúralo o sepúltalo, o algo así, si estuviera de verdad en el rincón igual que un perchero, ¿estaba?, ¿ese era Watson donde las paredes se henchían? Matthew arrastró a Lucy a otra habitación. Con qué facilidad los vio. La deidad le ocultaba Su sagrada farsa. Sepúltalo, murmuraba Furber, cúralo o sepúltalo. A través de la pared que agostaba vio que ella intentó besarlo cuando él la ayudó a tenderse en la cama; le tiró salvajemente de la ropa. Un pelín de suerte y lograremos que ese tétanos te suelte, ¿quién ha dicho eso? Entonces Mat salió de puntillas hacia los bramidos del pasillo y se encerró en el armario más grande. A su alrededor ropa de cama, toallas y prendas de mujer en estanterías.

Omensetter hizo un emplasto de remolacha cruda machacada y lo ató con trapos a la herida y a las palmas de las manos. Henry notó que le fallaba la vista mientras los labios se

le abrían y trabajosamente el aire se hacía hueco por entre sus dientes. Mat los observaba desde el umbral, en apariencia tranquilo; pero parecía llevar roto un botón de la camisa y un desgarrón en la manga. Entonces su cuerpo se ablandó. Ahora es entre Henry y el tétanos, dijo Omensetter; nada más que entre ellos. Me quedaré, dijo Mat, necesita compañía. Pero igual que unas cortinas Furber colgaba manifestándose, su oquedad, todos pudieron verla, hinchiéndose apenas, la pared de gasa, y titilando las leyes de Dios. Omensetter tenía en las manos manchas de remolacha. Le da lo mismo, dijo, menguando también su cuerpo. Le has aflojado las ropas a Lucy, estupendo, Henry oyó decir a Omensetter mientras sus pisadas se perdían en las escaleras, ahora está dormida. Mat cogió a Henry de la mano mientras Henry silbaba sin pausa como vapor.

Orcutt llegó al caer la tarde, arrancó el emplasto de la herida, le dio opio y acónito, le metió a la fuerza lobelia y pimiento en la boca, contempló las palmas vendadas pero no tocó las envolturas, esperó los vómitos. Watson dijo más tarde a Henry que en su opinión la mandíbula ya había empezado a aflojarse, y no se sorprendió cuando comenzaron los vómitos. Habría jurado que era un caso perdido, dijo el doctor Orcutt. El reverendo Jethro Furber vino a rezar y por la mañana la mandíbula se había aflojado. Edna Hoxie, la matrona, descarada, le pidió a Omensetter la receta y presumió ante todos de la facilidad con que la había conseguido.

3

Que Omensetter tenía un secreto ya nadie lo ponía en duda. El cotilleo no cesaba, la opinión se dividió, se politizó el ambiente. Cualquiera habría pensado que aquello era Francia. La propia salvación de Henry era el asunto central, y era

frecuente que Henry se viera fastidiado hasta rozar el llanto, débil como todavía estaba, por los constantes interrogatorios, las ruidosas trifulcas, las alocadas conclusiones de sus amigos. Nada se les escapaba: la casualidad ahora se percibía como cálculo, las posibilidades remotas se llevaban a las bravas hasta lo probable, las hipótesis más endebles se hilaban hasta formar lanas para tapices, y cada conclusión era transmitida al pueblo igual que una enfermedad. Consignada al principio por casi todo el mundo a Dios y por tanto a la fe del reverendo Jethro Furber, y siempre por un grupo eso sí más reducido a la ciencia y de ahí a las habilidades del doctor Orcutt, la cura —salvo por unos pocos desperdigados que hicieron hincapié en la voluntad y la constitución del propio Henry— se adjudicaba ahora casi con unanimidad al emplasto de raíz de remolacha y a la suerte de Brackett Omensetter. ¿Pero a qué equivalía aquello? Aquello atribuía la cura a… ¿a qué? A Edna Hoxie le aumentó la clientela, Maggie Scalon sin embargo —soltera, enorme— se mofaba de la pregunta. Acaso no consigue siempre lo que quiere, dijo. Es feliz, a que sí, el hijo de perra. Dios, ojalá lo fuera yo.

Para Henry su enfermedad era una dicha y una agonía que aún perduraba. Hubo días enteros de lluvia continuada y el agua rebosó de los recipientes. Se sentaba al sol con una manta sobre las rodillas y sentía la lluvia caer sobre las rígidas hojas estivales y volar desde los polvorientos canalones. Rogaba constantemente al zorro que lo perdonara, tan débil y postrado en su silla, tan desligado de su propia voluntad, como lo había estado durante los primeros días de su convalecencia. El brazo le salía disparado, apoderándose con el puño de un torrente de luz. Bueno, exclamaba con sorpresa, parece que sigue lloviendo. Lucy le chillaba, el sol le tamborileaba en el pecho. Su ojo todavía lo penetraba todo como una aguja —penetraba, se volteaba y luego emergía— y enhebradas en un cordel cual abalorios se colgaba al cuello las imágenes. Durante horas toqueteaba el aire de manera obscena, y cuando se movía, sentía que congeniaban. Le decía a su esposa: aquí está tu

vulva, junto al hocico del *beagle*; o decía: aquí está tu sangre, negra como la corteza húmeda; o decía: aquí están las heces que moldean tus intestinos; y así continuó, hasta que ella le golpeó.

La crueldad no le trajo alivio, como tampoco la vista, y aun así pensaba a veces que su dolor podría no ser más que el dolor de su muda, pues con frecuencia parecía que estaba mudando como una serpiente las pieles de todas sus estaciones; sus grasas blancas y su carne roja se perdían en una marejada luminosa. La luz del sol lo lamía, ascendía sobre él y enseguida pedazos de sí mismo iban alejándose —la cabeza cual sombrero, las piernas cual leños—. Luego secaba cuidadosamente sus huesos con una toalla hasta que relucían. Formaban un hermoso árbol; no estaban tan mal. Henry no estaba preparado para alguien como Omensetter. Se había contentado con creer que viviría por siempre con hombres normales en un mundo normal; pero todos estos años había vivido consigo mismo como un extraño, y con todos los demás. De manera que con aquellos relucientes armazones imaginó que moldeaba una nueva arcilla fina y lisa por medio de la cual la vida se elevaba con ansias como esa humedad a la que el calor agrada. La semejanza con Omensetter era inconfundible; Henry había renacido ahora en aquel cuerpo danzante; se había unido a él como nadando te unes a un río; sin duda Lucy debió de haber visto… pero no le importaba que así fuera. Las percepciones ya no le perforaban los ojos —que retornaran sus agujas—; en su lugar, él se desbordaba vertiginosamente.

De aquel humor Henry pudo recordar la vez en que apiló una montaña en la carreta: las colchas y los cobertores, los juguetes, las herramientas y los utensilios, notar en la boca el sabor del metal. Las nubes vivían en el río; junto a él reposaba Gilean, el aire tan puro. Todas las casas a la vista eran dignas y todos los graneros estaban en bancales con arreglo al tiempo. Los árboles estaban preciosos y deshojados y las rodadas de las carretas relucían. En el camino cantaron *Rose Aylmer*.

Luego contaron pájaros a ratos. Había anillos en el agua de los charcos al lado del camino y el aire estaba limpio como lo está tras la lluvia. Pensó que sería bueno para la salud del chico vivir junto al río, pescar peces y criar sapos, crecer con entusiasmo.

Pero su mujer venía y lo zarandeaba. La edad le había perfilado bellamente la mandíbula. Tenía los nudillos enormes. Hacía repiquetear las cazuelas y la cubertería en los cajones.

¿Qué te traes ahora? ¿En qué piensas?

En nada.

¿En nada? Tendrías que verte la cara. ¡En nada!

En nada.

En la gordita. Tendrías que verte la cara. En la gordita.

No.

¿Para qué vas al taller? Apenas puedes caminar y aun así estás siempre allá abajo, y con este tiempo cuando más calor hace. ¿De qué habláis? ¿Tott cuenta historias? ¿O anda sermoneándote el Furber ese, intentando pescar tu alma como si fuese el último pepinillo? Oh, ya sé lo que ha pasado. Que te has ido al infierno. Eso es lo que ha pasado.

No.

Es la gordita.

Tan en silencio se sentaba entre las sombras detrás de la fragua que las visitas apenas notaban que estaba allí. Parecía ser efecto de su enfermedad, pues tras un periodo de dolor y confusión pensaba que los ojos se le habían aclarado y que había mirado desde su cama como desde fuera del mundo. Había sido como imaginaba que sería ser invisible. Tenías los ojos abiertos. La gente te los miraba pero sin creer que vieras. Eran menos que un espejo, no más que unos ojos pintados. La enfermedad no era nada. Muchas veces se había esforzado en decir que podía oír. Dar de sí hasta hacerte pedazos no era

nada. Muchas veces había intentado gritar puedo ver, puedo verte, siseando en su lugar. Luchar por respirar no era nada. Arder no era nada. Encerrado en una bota de carne que encoge, recordaba hora tras hora los rezos de Jethro Furber.

El hijo de Decius Clark, dijo el doctor Orcutt a través de su barba, está muy grave. Una abeja le picó en el cuello hará el martes seis semanas. No se ha visto hinchazón igual.

Los dedos del doctor formaron un huevo.

Clark antes era alfarero. Lo dejó. Ahora es granjero, o lo intenta. No cuenta con mucho. No le voy a cobrar.

Orcutt apuntó su escupitajo.

Déjame ver el dedo que te aplastó Matthew.

Eres un cabrón, Truxton, dijo Watson.

Cómo te pones, pensé que podría verlo. ¿Bien, Brackett? La curiosidad es gratis. ¿Se te ha puesto negra la uña? Mat me contó que te lo dejó limpito de un porrazo, ¿es verdad eso?

Omensetter alargó la mano en silencio.

Orcutt sonrió con ganas.

Mat se ha metido a cirujano, según veo. Me podría echar del negocio con todas las de la ley.

Volteó el pulgar.

Una cicatriz de gran bravura, dijo el doctor. ¿Cuánto cobras?

Mat sacudió la cabeza con impotencia.

Bueno, pasa siempre, se corta y listo.

Orcutt soltó la mano. El brazo cayó como sin músculo.

Un martillo no es un cuchillo muy considerado que digamos. La próxima vez que te claves algo vienes a verme cuanto antes y puede que no te salga una hinchazón como esa.

Le di por accidente, exclamó Mat.

A todas luces tiene usted mucha suerte, señor mío, dijo Orcutt.

Luego le preguntó a Hatstat cómo iba la pesca.

De pena, dijo Hatstat.

Como siempre, en esta época del año, dijo el doctor.

Tendrían que estar río arriba.

Ah, George, nunca lo están, es lo que tú querrías. ¿A que sí, Brackett?

No hace el frío suficiente, dijo Tott.

Mat revolvió entre sus herramientas.

Hacía un calor sofocante en el taller, y feroz junto a la fragua.

Bueno, es un tipo amable, ese Clark, dijo el doctor, escupiendo. No cuenta con mucho. No le voy a cobrar. Pero es amable. Su mujer está llevando fatal lo del chico pero Clark está tranquilo, diría yo. Está tranquilo. ¿Cómo va tu infección, Henry? ¿Se te ha pasado? ¿No has salido un poco pronto, como un petirrojo en invernó?

Ya hace semanas, masculló Henry, retirándose más al fondo del taller.

Remedio casero, por dios, así han caído a porrones, Henry. Podrías haber perdido el brazo. Apañarte de por vida las partidas de herradura. ¿Brackett juega?

No le dejamos, dijo Israbestis Tott.

Una pena, eso me gustaría verlo.

Al doctor le rezumó jugo de la boca. Escupió una mancha fluyente.

Todos guardaron silencio.

El chico de Decius Clark está fatal, dijo el doctor Orcutt una vez más, pero Decius es un tipo amable, y tranquilo.

… luego estuvo Israbestis Tott entreteniéndole con cancioncillas: jigas, yox *trots*, polcas —Henry creyó que iba a perder el juicio—. Luego estuvo Matthew Watson, que se sentó al lado de la cama y le puso sus enormes manos sobre el regazo como un par de ranas; luego filas interminables de mujeres que susurraban; Jethro Furber con disfraz de bruja, conminando con conjuros a lo divino; estuvo Lucy, preciosa como la copa de un árbol en las vetas de la puerta, Furber como unas cortinas, Mat una lámpara, Tott un alarido, Furber ambas ranas, Orcutt sus brincos…

El primer huevo de una gallina siempre es hembra.

Orcutt quemó su escupitajo.

Las yeguas que han tardado en ver al semental tienen potros. Es un hecho científico.

Luther Hawkins comprobó con el pulgar la hoja de su cuchillo, luego la examinó entera y le guiñó a la punta.

No es buen mes, dijo. Las mujeres eligen los impares.

Orcutt sacudió la cabeza.

Todos pensaron durante un momento en silencio. El hierro era de un rosa pálido.

Leí a un profesor suizo… demonios… ¿cómo se llamaba?… Thury. Eso es, Thury. Dice lo mismo. Danielson, al sur del estado, lo ha probado. Con las vacas funciona. Funciona estupendamente. Es un hecho.

Orcutt enseñó los dientes.

Pues no sabría decirte, pasas la cuestión de las vacas a las señoras.

Henry soltó una risita contra su voluntad.

Lo sé por experiencia, dijo Watson, y la risa de George Hatstat sonó como el silbato de un tren.

Orcutt se retrepó y se quedó mirando a Henry a través de la oscuridad.

¿Cómo anda Lucy últimamente, Henry? ¿Tirando?

Watson puso las tenazas sobre el hierro.

Orcutt revolvió su mascada. Le relucieron los labios.

Debería salir más.

Las guerras, dijo Watson.

Empezó a dar martillazos.

Las guerras, gritó, más niños… reemplazan a los muertos.

Cayeron chispas en arcos y chaparrones hasta el suelo.

El doctor Orcutt se limpió la boca y observó a Henry a través de la lluvia de chispas.

La barra —reacia— se dobló.

Orcutt se recostó, inclinando la silla. Contempló el techo con solemnidad donde una araña descendía a tirones por una hebra.

Omensetter enhebró una aguja.

Había un arrullo en los martillazos a través del cual cantaban las orejas de Henry.

Al pasar, Lloyd Cate saludó con la mano.

Todos los hombres parecían taciturnos y pensativos.

Tott se palpó los bolsillos, en busca de su armónica.

Orcutt dijo finalmente: por dios que es una suerte que estés vivo —en voz baja pero enrabietada.

Los martillazos comenzaron de nuevo. El hierro frío daba saltos.

Luther Hawkins movía con cuidado la hoja de su cuchillo, extrayendo una tajada en espiral como una tira de piel. Hatstat lo miraba de hito en hito, mientras Omensetter apuñalaba con su aguja un trozo de cuero.

Orcutt se enderezó; escupió con fuerza a la araña colgante.

El escupitajo se la llevó por delante. Ante esto el doctor se palmeó la rodilla y se puso en pie.

Autoridades que he leído… mentes científicas honradas, recuérdenlo, caballeros… aseguran que los machos se gestan cuando hace un tiempo concreto… que son el resultado de posturas concretas… o que depende del testículo que se haya vaciado. Mentes científicas honradas. Para ellos esto supone un verdadero problema. Unos joden por la ciencia solo a media tarde, mientras otros mantienen la fe en el anochecer —aquí Orcutt soltó una risita—, es una cuestión de luz, según tengo entendido, pero no me acuerdo de cuál se gesta con cuál.

Sopesó su maletín.

Guarda reposo, ¿eh, Henry? No levantes peso. No te subas a ningún sitio. No uses la pala. Ese tipo de cosas.

Por debajo de la barba, Orcutt se aflojó el cuello de la camisa.

O es el tamaño de la polla, lo lejos que lance la simiente.

El doctor se sacudió con esmero el polvo de los pantalones.

Puu-uf.

Así permaneció un momento.

Todo esto es estiércol, dijo. Estiércol.

Luego se marchó a zancadas.

Henry observó la fragua hasta que le ardieron los ojos.

Más tarde Curtis Chamlay se asomó a preguntar si alguien tenía pensado salir a pescar por la mañana, y Luther Hawkins, admirando la punta de su palo, continuando la conversación en su cabeza, rio entre dientes.

A los perros les da igual, dijo. Es un hecho.

George Hatstat dijo: ¿sabéis qué dijo Blenker que Edna Hoxie le dijo a su mujer? Duchas con leche si quieres una

niña.

Y ella lo único que hace es darse duchas con el holandés ese.

Hawkins sacó tierra de una grieta.

Ese holandés gordo, ¿cómo se las apaña?

Tranquilo, dijo Chamlay, riendo. A Tott se le están encendiendo las orejas.

Por qué tendrían que encendérsele, dijo Hawkins. Escuchas igual que él a ese sacerdote, oye con las orejas cada palabra que hay.

Ese holandés, dijo Chamlay. Seguro que tiene la polla enroscada.

La polla de un gorrino, dijo Hawkins.

Blenker no es holandés, dijo Tott.

Mierda.

Hoxie dice que con los niños se hincha más la teta derecha.

Ah, mierda.

No, en serio, Curt.

Hatstat se llevó la mano al pecho.

Las niñas dan dolores concretos en el costado derecho. Fue lo que dijo Edna.

Edna no dice más que chorradas.

Hawkins empezó en la tierra un dibujo del holandés montando.

Es la carne lo que lo provoca, dijo Chamlay. La ternera. Trae químicos.

La barra volvió a resplandecer.

Hawkins tachó el dibujo hasta borrarlo.

En una feria vi uno en un tarro, dijo. Una cosa pequeña, ya

sabéis. Rosa y púrpura, del color que fuera. En conserva… arrugado… pálido de verdad y bocabajo en aquel mejunje… parecía un cerdo… pero muerto… jesús.

Mat sopesó el martillo con impaciencia.

Hawkins dibujó un bote de conservas.

Depende de lo que coma la madre, insistió Chamlay.

Entonces Hatstat hizo un ruido grosero.

Venga, Omensetter, ¿tú qué opinas?, ¿va a ser chico?

Si se repantinga y se atiborra de caramelos, dijo Chamlay, tendrá una niña empalagosa.

Nah, mierda.

Tú tienes chicos, George, ¿cierto? Pero ¿y Rosa Knox? Cuando Rosa se queda preñada no come más que bollos de azúcar. Pregúntale a Splendid Turner si no es así.

Luther Hawkins asintió con la cabeza.

Es un hecho, dijo. Un hecho científico… Me pregunto con qué le llenó la barriga a Maggie Scalon ese pequeño demonio de Perkins.

Ese Perkins, dijo Chamlay. Lo conozco. Seguro que no fue con la polla.

Crees que esa barriga se hincha a base de escupitajos, Curt, dijo George.

Menuda bruja, dijo Hawkins. Esa va a parir perros.

El martillo de Mat tañó el metal.

Más tarde, cuando Mat hizo sisear su hierro en el barril de agua de lluvia, discutieron un buen rato sobre pesca. Había venido Olus Knox y siempre se mostraba elocuente al respecto. Todos, en realidad, pero Omensetter, que cosía en silencio, tenía en la cara un gesto de intensa perplejidad.

4

No podía dormir. ¿Notaste lo inquieta que estaba y cómo me revolvía en las sábanas? Tiene que estar cambiando el tiempo. Siempre estoy inquieta cuando cambia.

Ella se llenó las mejillas de aire.

Henry ignoró la voz de su esposa; sumergió la mano en el viento. Las hojas oían hablar del frío. Giró la palma de la mano, dejando que el viento le pasara por entre los dedos. Frío como agua de montaña parecía manar de las nubes pálidas. Esto es lo que se siente, pensó, al correr por las manos ahuecadas de Omensetter. El tiempo pasa sereno a través del embudo de sus dedos —clic, clic, clic— como el agua sobre las piedras. Cuando últimamente sentía el viento rara vez tenía otra sensación; aun así había momentos, como en un sueño, en los que podía sumergir la mano en el aire y sentir el cauce en la orilla del ser, y el agua vacilante. En el precipicio había un bañista con los pechos tan grandes como los de Dios, los pezones como bayas, brillantes como la escarcha. Vello dorado como el maíz se reunía en Sus muslos. No a mi imagen. No como yo. Pero en el sueño que lo incapacitaba, estaba a flote en el saliente, suspendido como un pájaro sobre el increíble golfo, mientras cada minuto lo aterraba sobrevolándolo. Con las manos en los oídos podía sentir cómo caían. Por debajo se extendía una planicie vacía en la que el brillante arroyo se secaba. Se convertía entonces en un camino que se estrechaba hasta formar una vía en el horizonte frío. Oía el rugir de un milagro inminente, un pico largo en busca de serpientes.

Un suave pluf. El aire se alejaba en ráfagas.

Va a llover, salta a la vista.

Henry retiró la mano.

Nos deben el alquiler. Iré andando.

Andar. Andar. Él también vendrá andando. Os cruzaréis.

Seguramente, dijo, yendo a por su abrigo.

¿Caminar es lo que te ha mandado el médico? Uoo. Nuestra habitación estaba anoche cargada como una tumba. ¿No lo notaste? Sabe el cielo que yo a ese no lo quiero aquí, a esa bestia. Es como un animal. Respira como un animal. Puaj. Huele como un animal. Sabe el cielo que yo a ese no lo quiero aquí.

Por eso me voy. No vendrá.

Oh, no, para nada. Vendrá. Se presentará. Quieres encontrarte con él lejos de mi vista, eso es todo. Deberías quedarte aquí a descansar. No es más que una bestia, una bestia. Y enorme como está ella desde hace poco no ha pasado con ella mucho rato, a no ser que le importe poco su dolor.

Lucy, por favor.

Ahora que han tenido a ese niño pasará un tiempecito hasta que se atreva a acercarse otra vez a ella, me parece amí. Imagínate a esa criatura gorda despatarrada encima de ti. Seguro que está lleno de pelo igual que un gato macho.

Por el amor de dios.

Oh, bah, no me seas mojigato.

Ella hundió la cuchara en un cuenco.

Me pregunto cómo puede permitírselo el pobre de Mat, dijo ella en voz más queda. Apenas gana para el alquiler, de eso tengo constancia.

Dios, ojalá…

Sal. ¿No me olvidé de poner sal la última vez? Acuérdate. Estaban sosas. Estuviste toda la tarde quejándote y era un horror lo que quemaban.

A veces ella hacía que Henry pensara en vapor, o en algo peligrosamente vaporoso y blanco, pero ahora estaba ahí de pie ante la encimera tan tiesa y metálica como la cuchara cuyo reborde pasaba ella una y otra vez por el cuenco que tenía

pegado al estómago.

Bueno, trabaja duro y estoy segura de que merece lo que saca… Desde lo de tu enfermedad te pasas la mayor parte del día allá abajo.

Omensetter me salvó la vida. Por eso lo odias.

Oh, por todos los santos, Hen, sabes que siempre lo has negado. Nunca antes habías dicho que te salvó la vida. ¿Esa especie de magia? Tú lo que quieres es sulfurarme.

Se volvió de pronto hacia él con expresión débil y triste.

Yo también tengo muchísimo por lo que quejarme, Hennie, no solo por la sal, muchísimo por lo que quejarme. Ya sabes… nuestra… y, oh, no deberías tratarme así, Hen.

Su expresión volvió a endurecerse.

Bueno. ¿No fue eso lo que dijiste? Fue al doctor Orcutt, creía yo, a quien le diste las gracias. Uff. El brazo se me cansa enseguida. En esta cocina. Tendrías que haberlo visto en esta cocina, mi espacio privado. Picando remolachas. Estas encimeras no son de mi altura. Bueno, no las hicieron para mí sino para tu madre, por supuesto. Puso perdida la madera de las encimeras, se puede ver, ahí, ahí…

No, esas…

Mira, por ahí, y ahí, y ahí, ahí, ah, esa bestia inmunda.

Ella soltó la cuchara y apoyó la mano en la encimera; se puso a palpar la madera.

Tu madre podía pasarse el día removiendo y no suspirar más de lo normal en ella.

Trabaja bien. Es un manitas.

Oh, estoy segura de que Matthew no se arrepiente de nada. Es un manitas.

Ella soltó el cuenco de golpe.

Aunque menudo idiota es bailando al son que le marcáis

vosotros dos.

Mat le paga como es debido, y al fin y al cabo ya es mayorcito.

Uy. Es enorme. Le da para hacerse cargo de sus hijos, ¿no? ¿Y también de su mujer? Ella debe de estar ahorrando una barbaridad. ¿Cuánto te debe?

Me paga, me paga.

Caray. Por supuesto que te paga. Es lo que, si no fuese yo una señora con educación, llamaría un pobre cabrón estúpido, un pobre cabrón estúpido.

Bueno, Lucy, eso es cierto, *eres* una señora.

Ella lo miró con aspereza.

Más de lo que eres tú un hombre decente, dijo ella.

Entonces ella se echó a llorar y dio la espalda a la encimera para sonarse la nariz.

El doctor Orcutt, pensó Henry. Lo odio. Desliza los dientes por la barba y los ojos le bizquean.

Aparta de la puerta. ¿Me estás oyendo? ¿Henry? Cuando estuvo aquí se me quedaba mirando igual que un búho.

Deberías peinarte.

Era una indecencia, cómo me miraba. Me miraba. No es más que un animal. Peludo como un oso. La cabeza le gira por completo.

Me voy.

Vete pues. Vete. Os cruzaréis en el bosque, vosotros dos. Lo sé. Os cruzaréis. ¿Tienes que ir andando hasta allí? Te vas a resfriar otra vez. Te vi tiritar.

No.

Como un perro viejo yendo adonde sea que haya un parche de sol en el que sentarse a tiritar. Nadie viene a vernos nunca.

Antes la gente venía, Gladys, Rosa, Mat. Nadie desde que caíste enfermo. Siempre coge por el camino del bosque. ¿Por qué?

Ahorras tiempo.

¿Tiempo? Ay, cielos. Tiempo. Ese animal. Huélelo. No existe el tiempo para él. Solo existe él mismo. Igual que una vaca a la que se le mueven las entrañas. Cielos, tiempo. ¿Qué quieres de él? Jamás lo conseguirás, sea lo que sea. Él no se preocupa por nadie, ¿es que no lo sabes? Ni siquiera por ti, Henry. Oh, fíjate en lo que haces, estás dejando que entre viento. Cierra la puerta.

El sendero condujo a Henry Pimber, pasado el escorial, al otro lado del arroyo del prado donde un único carpe se endurecía despacio a la sombra meridional del collado y los árboles de los bosques colindantes empezaban en filas tal como hacía el angosto camino de su sueño, estrechándose hasta quedar en nada en el horizonte blanco, pues las vías del tren se estrechan al fondo del viaje de cualquiera; y él los nombraba según los pasaba: olmo, roble, avellano, alerce y castaño, como si él pudiese haber sido el Adán caído que los pasara y gritara sus suaves y familiares nombres, como si esos nombres familiares pudiesen hacer amigos por él al ser pronunciados para el mundo desconocido y hostil que le habían contado que había sido su paraíso. En el nombre de dios, ¿cuándo fue aquello? ¿Cuándo había sido? Pues había odiado él cada día que había vivido. Fresno, abedul, arce. Cada día pensaba que duraría para siempre, y para siempre la noche, y que el amanecer arrastraría eternamente hasta la luz otro día, para siempre, largo y vacío; pero pasaban a gran velocidad, el día, con un chasquido pasaba la noche mientras caminaba junto al arroyo, junto al carpe, los saúcos, las acederas, los cedros y el abeto; pues al nombrarlos, sus suaves nombres, que sonaban en su solitario cráneo, en ellos estaba el fuego del otoño, y nombraba los días que había perdido. Era, aun así, triste morir. La eternidad, para ellos, había finalizado. Y él caería, cuando llegase su hora, como una hoja jamás

vista, el brote que fuera la gloria de su nacimiento olvidado antes que recordado. Nombró el chopo, el haya y el sauce, y en voz alta nombró la acacia cuando la vio deshojada como un campo de batalla. En el nombre de dios, ¿cuándo fue aquello? ¿Cuándo había sido? Omensetter llevaba hoy su abrigo largo. Aparecieron pedazos entre los árboles. Luego pelo enmarañado. Un rostro redondo y acalorado: resuelto, churretoso. Dientes como guijarros. Levantó el brazo en un saludo. Y desapareció. Su mano brotó de una rama. Henry echó a trotar. Omensetter cruzó un pequeño claro, arbustos le ocultaban los pies. Saltó una rama delante de Henry y dividió su visión a la altura de la base. El sonido de su pulso se hizo más fuerte en sus oídos. Debemos ser cuidadosos, pensó, lo tenemos todo en contra.

Las vainas del saúco no aguantarán el invierno, me temo, dijo Omensetter. El musgo está espeso y el pelo de la oruga es denso.

Pensé en cruzarme contigo, dijo Henry, por hacer ejercicio.

Omensetter rio. Tenía los dientes descoloridos.

No era por el alquiler, sabía que te acercarías con ese… ¿Y cómo está el chico?

El chico está bien. Hacemos que duerma hacia el sur para que coja sol.

Qué nombre le habéis puesto, no me he enterado.

Amos.

Omensetter se demoró en la palabra.

Tengo un tío rico con ese mismo nombre.

Rio entre dientes.

Precioso, dijo Henry. Amos Omensetter. Sí. Precioso. ¿Y las niñas?

¿Las niñas?

¿Cómo están?

Están bien, y Lucy está bien. El perro también está bien. Igual que yo.

Bien, dijo Henry. Estupendo.

Las hojas del chopo, vio, habían amarilleado pronto. Omensetter llevaba dinero en la mano. Había salpicaduras de rojo en los arces. Ahí estaba el dinero y ahí estaba el final. Se lo pondría en la mano y se dirían adiós. Omensetter le daría la espalda y se despediría con un gesto. Los robles blancos, todavía verdes, lo engullirían, ausente ya el sonido de suaves que eran sus pisadas en el bosque. Henry se agachó y cogió una bellota. Si hubiese otra manera. Se llenó la mano de bellotas, las volteó distraído. El puño de Omensetter ocultó el dinero y Henry lo agradeció, pero vio que se había recortado las uñas, y Henry se sintió terriblemente contrariado. Trató de encontrar en el rostro de Omensetter una señal más profunda pero ambos se encontraban al parecer en una nube de mosquitos. Henry agitó la mano delante de sus ojos.

Me alegra oír lo bien que está Amos, dijo al fin.

De nada valdría, pensó, preguntar si viviría allá en libertad.

Quiero ver cuánto han cambiado de color las hojas. Subamos la colina, no queda lejos.

Omensetter retiró una rama de roble y Henry lo siguió.

De tanto en tanto una hoja se desprendía y navegaba hacia el valle. Henry intentó hablar pero Omensetter iba delante. El viento discurría en torno a él como en torno a una roca, y Henry sentía que su voz no era lo bastante fuerte para remontar semejante corriente. Vio una hoja ancha soltarse y zambullirse mientras el bosque se hundía por debajo de ellos como una ola al retirarse. Pararon un momento en la loma desnuda y Omensetter señaló el fulgor que despedía la colada de su esposa tras los árboles.

Dice Orcutt que ella no debería hacer mucho esfuerzo, gritó Omensetter, así que me he puesto a colgarla yo.

Levantó los hombros con expresividad.

No logro que las niñas lo hagan.

Henry se dio cuenta entonces de que podía ver a través del verde inmenso y de la marea cambiante como si viese el fondo.

Desde que cayó enfermo… Todo empezó con… desde que cayó enfermo. Antes petrificarse y morir había sido su deseo; petrificarse sin más había sido su miedo; pero había sido una piedra con ojos y visto como ve una piedra: el mundo como es en realidad el mundo, sin el menor prejuicio de corazón ni artificio de la mente, y había accedido a esa verdad como solo puede soportarlo una piedra. Anhelaba ser de nuevo duro y frío y no tener sentimientos, pues desde que cayó enfermo había sido presa de los sueños, dormir y desvelarse, y de súbitas ráfagas de visiones anormalmente nítidas e inhumanas en las cuales todos los objetos eran deslumbrantes, gloriosos y aterradores. Entonces vio, pensaba, como veía Omensetter, salvo por la belleza dolorosa. Si hubiese al menos un modo de ahuyentar el dolor.

El sendero era empinado. Su cabeza quedaba casi al nivel de las pisadas de Omensetter, sus zapatos tenuemente abrillantados. Henry se sintió abandonado. Ese condenado estaba al tanto de su suerte. Sabía. El viento soplaba con fuerza y riachuelos de lágrimas protegieron los ojos de Henry.

Quizás la altura, quizás el viento, quizás se estaba constipando después de todo, pero Henry notó que sus sentidos se nublaban y se mezclaban, luego volvían a centrarse. Algo estaba intentando salir —Omensetter gritaba que la escarcha era trabajosa—, algo le saltaba contra los lados del cráneo. Ay, dios, el zorro, pensó Henry, frotándose los ojos con los nudillos. Tenía la gallina en la boca, vida en los dientes, chorreando saliva. Plumas babeadas por el hocico. Y entonces la tierra había gruñido. Hacía solo un momento. Nunca llegó a sellar con clavos el pozo, aunque ahora cuando apretaba los dientes este se cerraba por completo. Algunas han

cambiado pronto, dijo el grito de Omensetter. Las hojas igual que pececillos. ¿Se había creído que estaban jugando a Adán y Eva?, ¿tres hijos y un perro? PARAÍSO JUNTO AL RÍO. Quizás junto a Deshielo Pintorescamente Desbordado. Arrendado a precio exorbitante por el señor Henry Dios, un demonio menor, a quien las agallas no le dan para convertirse en Cristo. No. Omensetter no. Ha parecido siempre igual de inhumano que un árbol. Los demás, quienes lo visitaron, eran humanos. Lo ponían enfermo dentro de su enfermedad. Allí estuvo la señora Henry Pimber, el pelo en desorden, ojos mate, los pechos caídos y los hombros clamando aflicción y culpa ante el deceso de él, mientras cada gesto era una figura en un lienzo de deseo; allí estuvo el reverendo Jethro Furber, una llama que ennegrecía, y la señora Valient Hatstat, aros moteados en los dedos, una pequeña cicatriz blanca como clara de huevo sin limpiar que le recorría la comisura de la boca; allí estuvo el doctor Truxton Orcutt el de los dientes podridos y la barba manchada de jugo, que parecía una casa con un alero herrumbroso; allí estuvo la señora Rosa Knox, encarnada en sofá y un surtidor de cháchara, con su intermitente risita nerviosa que le agitaba los pechos, y también Israbestis Tott, mendigo, zanfonista, escudilla, cadena y mono todo en uno; y allí estuvo la señora Gladys Chamlay, esa caña rallada, con nariz de tucán, dientes de bestia; la señorita Samantha Tott, tal alta que pensaba que debía encorvarse bajo el sol; y todas esas otras, con sus maridos o sus hermanos, invisibles tras ellas, haciendo ruiditos para celebrar la muerte de ese té flojo de Henry Pimber; mientras el señor Matthew Watson, ni rezando, ni hablando, ni llorando, ni exclamando, incómodo en un rincón, se rascaba una roncha subrepticiamente por encima del pantalón.

Todavía no han cambiado… del todo, dijo Omensetter.

No Adán sino inhumano. Por eso lo amaba acaso, se preguntó Henry. No era por su vida —una maldición, sabía dios—; no era por el emplasto de raíz de remolacha. Residía en algún lugar de la oportunidad de ser nuevo… de vivir con

suerte y de perder a Henry Pimber. Siempre lo había llenado todo de humanidad. Hasta el aire se sentía culpable. Antes habría visto cada árbol a lo largo de esta cuesta con osamenta humana y enramados de emoción como el árbol de negra hiel, la acacia, abatida incluso en el cénit del mayor de los veranos. Cuán conveniente habría sido hallar a amigos y enemigos embarcados en troncos mansos y lentos, en este o aquel árbol vencido, a salvo sus aspiraciones en las ramas más altas y sus fuegos dentro de una vaina de semilla silenciosa. Podría palpar sus cuerpos con las manos y grabar su nombre e inventar para ellos emociones animales que ninguna fruta podría contradecir. Siempre era más fácil amar a los grandes árboles que a las personas. Esos árboles eran honestos. Sus muertes se notaban.

Venga, Henry, qué demonios, vayamos hasta donde podamos ver.

En primavera eran de plata. Todavía eran de un verde reciente como el río. El sol acudía a ellas. El viento las tornaba. Y un verde oscuro, espeso y radiante en el culmen del verano.

Era como el verde que a veces veía, cuando el sol daba directo y había muerto el viento, cubrir una piedra que estaba apenas bajo el agua. Existían el verde seto y la hiedra, pringosos como el extracto de olmo y fríos como el mirto. Existía el verde cieno pálido con amarillo; algo parecido al musgo o a la hierba bajo una roca o al interior de la cáscara del maíz. Existía cada matiz de verde del mundo. Existía más de lo que los ríos poseían, más de lo que cualquier prado.

El viento soplaba a rachas sobre la cresta de la colina, hinchando el abrigo de Henry y aplanando el pelo de Omensetter. Detrás de ellos, en el valle, las hojas estaban inmóviles como si desde la cima de la colina hubiesen ellos enjugado el viento. Aquí las ráfagas les cubrían los oídos. Omensetter gritó algo. En sus zapatos Henry encogió los dedos de los pies para asir el suelo. Caminó de lado con

desgarbo, el abrigo azotándole las piernas hasta que pareció que su cuerpo cantaba igual que un cable.

… el desfiladero.

Henry avanzó tras él por el saliente. Con el cuello de la camisa inflado. De algún modo, en ese lugar de locos, lo estaba perdiendo todo. Omensetter se desvaneció. El suelo parecía caer a plomo. No estaba al tanto de que el mar tuviera agujeros pero ¿de qué otra forma te ahogabas si no? Entonces vio la cabeza tupida de Omensetter y fue a caer al desfiladero donde el viento rugía sobre los dos como las cataratas del Niágara.

Henry se sentó en una roca y se ciñó el abrigo.

No te gusta, dijo Omensetter.

Oh, no, es estupendo.

Tenían que gritar.

La piedra fría apretada contra él.

Bonita vista, dijeron.

Hacía un viento terrible.

Vengo aquí a menudo, dijo Omensetter. Allá hay un bote. Me pregunto de quién será.

Henry se encogió de hombros y aguardó. Pensó en la belleza salvaje de los árboles, en su propio afecto por ellos, sus sentimientos románticos, en su miserable enfermedad con su embustera claridad.

¿Subirás hasta aquí en invierno?

Omensetter hizo una mueca.

Demasiado frío. Te congelas. ¿No te encanta el ruido?

No, pensó Henry, no me encanta el ruido; el viento me va a arramblar las entendederas.

Pero en invierno, reflexionó, cuando el sol estaba en el

oeste, los árboles sin hojas imprimían la nieve. El cercado de Chamlay contra las serpientes entrelazaba sus campos meridionales. Todo arbusto florecía, echando con fuerza cada brote, y todo poste insignificante embarcaba rumbo a la consciencia como si fuese enorme. Aquí el viento podría soplar sin parar, no alteraría nada; pero esta era la estación del cambio, el abrigo de Henry se hinchó separándose de él, y el semblante de Omensetter escapó hacia el valle. Una fatiga inmensa se apoderó entonces de Henry, pese a que el sol calentaba en el desfiladero. Pues claro, qué tonto había sido, Omensetter vivía no observando, uniéndose a lo que sabía. La necesidad hacía volar a las aves con la misma facilidad con que el viento arrastraba estas hojas, y nunca percibían la curvatura que describía el arco de su búsqueda. Ni un zorro gritaría belleza antes de haber masticado.

¿Recuerdas…? Recuerdas el día en que llegaste, exclamó finalmente Henry, señalando la colina occidental.

Omensetter alzó la cabeza hacia la corriente en la que el viento se llevaba sus palabras.

Ah… mbarrado…, iedo de que llov…

¿Tuviste miedo?

… ott?

¿Tuviste miedo de mojarte?

Ah… laro.

Me salvaste la vida.

… ott?

Digo que si eres feliz en Gilean.

… laro.

Omensetter dejó abruptamente el desfiladero, y emprendió el descenso. Obediente, Henry lo siguió, y vio entre ellos y el sol un halcón con las alas desplegadas igual que una hoja en la riada de aire. El navegante del viento anda suelto, pensó; mi

vida se perdió al pie de esta colina estéril. Había levantado los brazos y ahora los dejó caer. Estoy terriblemente enfermo… estúpidamente enfermo. Hecho científico. Una risita queda lo sacudió. Y apenas si he estado vivo. Henry Wilson Pimber. Muerto a causa de una voluntad débil y un tiempo deshonesto. Alguna enfermedad por el estilo. ¿Cómo quedaría eso grabado en mi lápida?

Tropezó. «… por todos los santos, Henry, tú nunca tendrás una lápida…». Yo seré entonces mi propia lápida, querida, mi propia conmemoración muda, de igual modo que todo este tiempo he sido mi muerte y mi sepelio, mi propio pozo seco —agujero, pared y tinieblas—. Deberían dejarme a la intemperie en una montaña donde las aves pudieran picotear mi cuerpo, ya que nadie sería capaz de meterse adrede en este barro. Además, cualquiera que haya vivido de un modo tan lento y tan estúpido como he vivido yo debería pasarse la muerte en las alturas. Se le llenó la boca. Pobre, tonto, estúpido cabrón, tipo tonto… palabras tontas… Pero he creado a un Omensetter más digno, todo grasa nueva, el pelo revuelto y testículos velludos como los de un tigre. Henry escupió. Hecho científico. La saliva voló hasta su abrigo. Y cuando llegué en mi carreta como un despreocupado héroe del oeste, las nubes nadaban en el río. Caía la lluvia más allá de nosotros en el bosque, el Ohio igual que una brillante cinta para el pelo… Gilean, un sueño. Lalaa. Naaa-da. Lalaa.

Tengo que sentarme en alguna parte.

Oh, no, mantén el paso. Seguiremos bajando.

¿Tenía suerte? La tenía, se preguntó Henry, con sus zapatos abrillantados y todas sus preocupaciones nuevas.

El río desapareció bajo los árboles.

Caminaron junto al arroyo, junto al carpe, Omensetter, la mano en el bolsillo del abrigo donde estaba el dinero del alquiler, la espalda indiferente como un muro, junto al olmo y el roble y el arce, en la hondonada que torcía junto a la ribera,

hacia la casa de Henry Pimber adonde Henry le siguió, junto al chopo, junto al verde sasafrás de ante, el haya. Ahora la plateada hierba de la mañana era dorada y resistente. La pizarra estaba limpia, la arenisca era intensa como azúcar de caña, y la arcilla roja, más suave tras las horas de sol, húmeda, guardaba los pies de ambos de la pizarra, las piedras de azúcar y hierba áspera y resistente.

Tengo que descansar, dijo Henry. Al tronco le faltaba la corteza y estaba blanqueado. Yacía junto al arroyo como un hueso prehistórico.

Oh, vaya, has estado enfermo, es cierto. Esa colina está un poco empinada. Qué tal te sientes ahora, ¿bien?… estupendo, eso está bien.

Omensetter sacó el dinero del bolsillo.

Tendremos que mudarnos cuando demos con otro sitio. Allí hace un poco de humedad para el chico, ya me entiendes, la tierra está un poco baja cerca del arroyo. Bueno… has sido muy amable.

Vació el dinero en la mano de Henry.

Será mejor que vaya a ver a Lucy, dijo Omensetter.

Se balanceó rítmicamente durante un instante igual que un oso.

Lucy estará bien.

Claro, aun así, hay que vigilarla, el chico…

Omensetter se despidió con un gesto. Ramas le dividieron la espalda.

Adiós.

Bien, pensó Henry, bueno… va a dejar el zorro allí donde ha caído. En cualquier caso, eso era todo. Sí. Todo. Porque era imposible hablar con viento. Y, al fin y al cabo, dentro no había más que tiempo. Tiempo. Hojas. Polen, le habían contado, de infinitas plantas. También tierra, claro está. Y los

granos que transportan la cocina, la floración y los pinos hasta la nariz. Semillas, naturalmente. Moscas. El canto de los pájaros y el bordoneo de las abejas. Él mismo, Pimber, precipitándose. Ayer fue la larga noche de las lluvias que cayeron, intempestivas, hasta el amanecer. ¿Mañana? Puede que mañana haya calma.

Muy bien. Me ocultaré en las alturas. Eso haré. Al fin y al cabo, ¿por qué hablar con viento? ¿No esperé a que hiciese viento para decir: me salvaste la vida?

Ding Dong Dang,

Pimber en el pozo está.

¿No esperé hasta que el viento pudo llevarse mi mentira?

Que ningún daño hizo jamás,

pero se hirió el alma a través de la manga.

De igual manera pensé por el modo en que caminabas por el pueblo, susurraba Henry apenas en voz alta, portando tu espalda con la sencillez y la despreocupación con que portarías una toalla, recién llegado siempre de nadar, parecías estar siempre a medio secar, eras una señal. ¿Recuerdas la primera tarde de tu llegada? Eras un extraño, desnudo para los cielos en realidad, y en tu lengua moraba tu alma cuando me hablaste, como si fuese yo un amigo y no un extraño, como si fuese tu propio oído. Traías barro bajo los brazos, barro resbalando por los laterales de tus botas, pelo abundante y revuelto, uñas sucias, un botón de menos. Relucían las nubes, un rosa cálido e intenso, y las observé navegar hasta que oscureció cuando llegué a casa. Me pareció que tú eras como aquellas nubes, igual de natural y de hermoso. Conocías el secreto, cómo ser.

Henry se aclaró la garganta. ¿Y había estado equivocado

sin más? ¿U Omensetter había sido persuadido de su suerte tan concienzudamente que ahora la guardaba como si fuese oro, y con temor a que le robaran? Henry se envolvió la cabeza con los brazos como con un pañuelo. A Omensetter ya le habían robado. Le han robado todos menos el sacerdote. Furber odiaba sin más. Pero yo lo que cogí fue esperanza, un sueño, el oro de los tontos, peleas, suculenta gallina, dijo Henry. Qué fatigado estaba, y cuánto lo sentía… lo sentía todo. Sentía lo del alquiler, lo de la casa, la humedad, el pozo abierto, el río. Lo sentía por Omensetter, por Lucy, lo sentía por las niñas, otra vez por Lucy. Lo sentía por sí mismo. Lágrimas le encharcaron los ojos.

De igual modo, dijo Henry, pensé que, como los árboles, nos medías con tu inhumana medida, y que nosotros éramos hormigas atareadas en colinas o abejas en su panal cuyo amor era entregarse a la reina y causar la muerte. Cuando me pusiste vendajes y remolachas en las manos creí entenderlo. No había entre nosotros persiana alguna más que la persiana que había echado yo. Eras el mismo para el ojo humano que para el inhumano.

Se deslizó por el tronco y acalló sus susurros. Empujó los matorrales bajos hasta que dejó de ver los sicómoros. Era frondosa esta parte del bosque. Apartó las ramas con los brazos. Antes de marcharse Brackett Omensetter se había ocultado detrás de su rostro y hecho de su espalda un muro. Aquel hombre había sido un milagro. Lo había sido, exclamó Henry con rabia. Un milagro. Uno imposible de creer. Y, como todos ahora, se defendía del mundo. Un milagro no, un hombre, con máscara de hombre y muro de hombre. Henry rio entre dientes, desabrochándose el cinturón del abrigo. Tiró de él. Era una prenda fuerte. Sus lágrimas acumuladas manaron. Si Brackett Omensetter hubiese poseído en algún momento el secreto de cómo vivir, no lo habría sabido. Ahorala diferencia estaba en que… ya sabía. Al final todo el mundo se las había arreglado para decírselo, e igual que todos ahora se preguntaba en qué consistía. Como todos. Henry se secó los ojos. No

busques a Henry aquí, querida, se ha ido. Rebosa estupidez, y a matar un zorro que se fue. Pero yo no moriré tan abajo como lo hizo él, pues yo podría decorar un árbol como las hojas de un arce. No. Tendría que ser alto. Un roble blanco quizá, con sus amplios lóbulos. Había belleza en el juego de palabras: dar el adiós[1]. Aunque no sería una ascensión fácil para un hombre que hasta hace poco había estado enfermo. Aun así el sol lo alcanzaría temprano y se quedaría el día entero, el viento soplaría apacible. Tendría que parecerse a saltar al mar. Pasó junto a los cerezos y junto a los túpelos nombrándolos en voz alta. Él era el Adán que los recordaba. Las lágrimas sin embargo regresaron. Cuánto lo sentía todo. Cuánto lo sentía por Omensetter. Cuánto lo sentía por Henry.

EL REVERENDO JETHRO FURBER CAMBIA DE PARECER

1

Perros afónicos, ladrando, salpicaban en el río persiguiendo palos. Habían colgado abrigos y corbatas de los árboles y los hombres arrojaban piedras a botellas de soda o hacían rebotar en el agua trozos de pizarra y contaban los brincos a voces. Él distinguía a los niños chillones y las risas de las mujeres. De no haber habido un muro habría visto sus refriegas al borde del agua. Descendía la tierra y se abrían los árboles de tal forma que sentado donde estaba el Ohio podría haber hecho que sus ojos parpadearan, pero el muro tenía casi dos metros y medio de altura y estaba envuelto en parras como una botella de Burdeos. El banco estaba húmedo y frío, toda la mañana a la sombra de los olmos, y se deslizó su Biblia por debajo. Era un jardín pobre, entregado a la hiedra y a las plantas que preferían la sombra densa, pues el sol alcanzaba tan solo en el cénit del día cuando encontraba una abertura entre las copas de los árboles y la torre y la nave de la iglesia. Distraído, palpó los poros del cemento. Las sombras de las hojas de los olmos pasaban con delicadeza por encima de las parras y las gramíneas. En invierno uno podía ver con bastante claridad a través de la verja al fondo del jardín hasta el río que se extendía sereno en su hielo —plomizo, grave, inmortal—.

Nunca llegó a saber cuándo se había perdido la llave pero ahora la cerradura estaba oxidada y la verja doble estaba encadenada. En la primavera, cuando echaba hojas la hiedra y como un telón cubría las estacas, la venda en sus ojos quedaba completa. Aun así alcanzaba a ver la arena elevándose en pequeñas rachas y el agua reluciente batiendo la orilla. No era cierto, pero Jethro Furber sentía que se había pasado la vida aquí. En efecto, él había traído al jardín el ligero orden que tenía, disponiendo la senda con sus propias manos y clareando de maleza y enredaderas los sepulcros, frotando con cuidado las lápidas. El banco frío y áspero le resultaba tan familiar como su propia piel, y el jardín, con su diseño secreto y su significación sagrada, era como él mismo. Sonrió al considerarlo (lo había considerado a menudo), pues el cuerpo de cualquier símbolo era absurdo, ridículo como lo era el cuerpo de Cristo, tan lacio y de costillas tan marcadas. Y aquellos maderos de fabricación tan grosera clavados torpemente en la tierra eran una tontería. La crucifixión estaba tan lejos del amor. ¿Cuán lejos él de lo que significaba?… hombrecito pálido, de rostro plisado y ropas del color de los negros, el reverendo de ojos como clavos, Jethro Furber, el cuarto en esta iglesia y un embustero; ¿cuán lejos estaba de la consciencia de su gente? La niña de los Scanlon daba vueltas, haciendo florecer su falda rosa, y el Ruidoso llamaba a su perro. Vio el pelo de el Ruidoso sacudirse como el de una niña; sus piedras hacían añicos el agua. Furber les había contado qué deberes requería el Sabbath; había postrado su voz ante ellos de una manera bochornosa; los había amonestado y amenazado; había forrado de metal sus palabras y soplado a través de ellas con fuerza como un coro de trompetas. ¿Pero qué sentido tenía predicar? Fútil. Fútil. No era capaz de volver a amedrentarlos. Eso también era fútil. En tres rincones del jardín había sepulcros, torcidos, donde habían sido enterrados los cuerpos sin vida de sus predecesores, y aún quedaba un rincón vacío para que él yaciera fútil y olvidado. Todo era oportuno y apropiado. Incluso los clichés del predicador eran apropiados: los oídos que habían dejado de

escuchar, pulmones que habían dejado de hincharse, los dientes que habían dejado de reír, o de bailar el pelo, la polla que había dejado de estar amargamente emponzoñada. Se golpeó el muslo, a medias levantado, luego volvió a sentarse despacio. Las piedras de Omensetter se mojaban y volaban y se iluminaban como gaviotas por sobre el agua. Furber restregó los dientes unos con otros de tal forma que le rechinaron, el sonido lo hizo estremecer. Pronto el sol caerá sobre el banco, pensó, y blanquearán las hojas. Esperaría donde estaba. Tenía que hacerlo. Sin duda no volvería a salir.

Era aquí donde ensayaba. Despacio, la cabeza gacha, la Biblia sujeta con firmeza contra el pecho, rodeaba el jardín. Sus ojos barrían el suelo cerca de sus pies, las hojas aplastadas y las raíces desnudas, la hierba en rastrojos y el barro que rezumaba entre las piedras. Lirios del valle crecían frondosos cerca del muro en el que rastros de argamasa desmoronada, manchas de humedad del río y musgo eran visibles bajo las parras. Florecían la violeta, el álsine y el llantén menor. Había una alheña todavía viva de un endeble intento anterior a su tiempo de dividir con setos el jardín, y un rosal que cada invierno el viento abrasaba hasta la raíz que se extendía sobre el tocón podrido de un sauce, con los tallos casi deshojados por las enfermedades, y que pugnaba por florecer. Los pulgones se alimentaban de los brotes, pero él refrenaba su mano, verificando, una vez más, el curso destructivo de la naturaleza. Amarilla anaranjada cuando florecía, era una enredadera, y creyó reconocer su fragancia. Una vecina de su madre la cultivaba, o lo hacía ella… como un sueño de oro a lo largo de la valla —*Reve d'or*—… y la dorada madreselva que trepaba las celosías de su porche, también con estridentes campanillas y clemátides tan purpúreas como la túnica de un rey; y había azucenas de un blanco perlado, y forsitias y muchas lilas como fuentes, dondiegos y lamprocapnos, begonias derramándose de canastas que se balanceaban como cadenas, siemprevivas, margaritas, hortensias rosas que ella fertilizaba a veces con clavos para volverlas azules,

polemonios rastreros magenta y aguileñas, verbenas, cimbreantes petunias rojas, acianos, zinnias, menta poleo para poner a secar y prensar entre los salmos, geranios rosas en macetas a lo largo de las barandas, gencianas, claveles, alverjillas, capuchinas del naranja más claro… él miraba toda esa belleza frondosa y dulce a través de las estacas, atemorizado en cierto modo, pues tenían un perro, y en el césped áspero y dulce, tan fresco y húmedo, la senda en torno a él bordeada de agératos niveos y de lobuladas violetas, pensamientos rosas como labios, uvas de gato que se apretujaban entre los ladrillos, mientras en los parterres tras ellas había ásteres azul cielo sobre tallos anillados, pálidos y metódicos, tan perfectos que parecían cultivados por arañas; y oculto por la hierba alta y las varas de oro y el alhelí observaba él a la mujer, a la señora Kermit Hazen —¿Maisie era?, ¿sobrevivió a la operación? Fidel era el perro—, su estridente estampado amarillo dando de sí en las nalgas y enseñando la liga de sus medias al agacharse a cortar los tallos y apilar las flores en su polvoriento delantal. Se le formaban lágrimas en los ojos, emborronando las siluetas de las flores con la de la mujer, y cruelmente apretaba él las mejillas contra las estacas de la valla. Ella había plantado caléndulas cerca y a través de la valla alcanzaba él una, de un tirón la arrancaba de raíz y se frotaba contra la cara sus rasposas hojas antes de entrar a la casa y ofrecerle a su tía la mejilla para que se la besara y hacerla estornudar.

Mientras caminaba meditaba sobre algún pasaje de las escrituras o algún pensamiento que hubiese hallado en san Jerónimo o en Agustín, tratando de penetrar en él para reformularlo. Finalmente las palabras comenzaban a brotar, movía la garganta, comenzaba a balbucear y tamborileaba con los dedos en el libro. Aunque había dado los mismos pasos muchas veces, en efecto, los había organizado minuciosamente y le había dado a cada uno un carácter simbólico, y aunque su mirada gacha pareciera vacía y su postura afectada, no pasaba por alto los movimientos de la vida a sus pies. En efecto

alimentaba su alma con estas sensaciones y en ella se mezclaban con sus pensamientos de manera equitativa, pues Jethro Furber sentía que la naturaleza era la palabra de Dios con la idéntica certeza con que lo eran las escrituras, era tarea suya, por lo tanto, observar y escuchar, interpretar y dar testimonio. Todos tendríamos que ser centinelas, y tendríamos que rezar para que Dios nos abra los ojos al mal y nos incendie los corazones para reprender a los impíos. Pensad, decía con frecuencia, cómo aúllan los demonios. Sus voces son roncas y burdas; viven en el fuego; gritan; sajan sus palabras como sajadas están sus cabezas; ¿pero no es dulce la justicia que hay en ello? De igual modo que lo peor de este mundo representa lo mejor del otro. Mientras decía esto se elevaba su voz, ondeaban sus manos, se apretaban arrobados sus párpados.

Rencorosa hiedra. Al otro lado del muro, en la ribera del río, la arena ardía. El río yacía en llamas. Unos martines pescadores caían como puntitos atravesando su mirada y la risa era dorada. Cada domingo Omensetter paseaba junto al río con su esposa, sus hijas y su perro. Venían en carreta, hablaban con la gente que iba de camino a la iglesia, y mientras Furber predicaba, ellos se espatarraban en la grava y arrastraban los pies en el agua. Lucy Omensetter tendía su cuerpo hinchado sobre una roca plana. Furber sentía el sol lamer las orejas de Lucy. Era como un rubor creciente, y las manos le temblaban al extenderlas para formar los maderos de la cruz. Que Dios te bendiga y te guarde… Cerraba los ojos, apartándose despacio. Verían lo conmovido que estaba, lo intenso y sincero que era. Que haga que Su luz brille sobre ti… Encontraba las huellas del perro y las marcas de sus cuerpos. Todos los días de tu vida… El desvergonzado desfile del infecto cuerpo de ella. Vigilante. Arcoíris como anillos de aceite en torno a ella. Vigilante. ¿No tendríamos que ser nosotros? Te espío, Gordita, detrás del árbol. Quería frotarse el recuerdo de los ojos. Centelleando. Abalorios de agua permanecían en su piel y gotas que huyendo se internaban en otras gotas hasta que se rompían y corrían, borrándose al final sus vetas. Ella tenía el

ombligo hacia fuera, dulce lugar donde Zeus la había atado. Era tan blanca y reluciente, tan… pálida, aunque más oscura en el contorno de los ojos, oscuros los pezones. Ábrenos al mal. Separó los párpados una rendija. Incendia nuestros corazones. Mantones de luz de sol se derramaban por los respaldos de los reclinatorios. Des… nu… dezzzz. Las gotitas se reunían en la punta de su codo y de ahí colgaban, un saco hinchándose hasta que caía y le salpicaba el pie. Des… nu. Envolverla igual que la había envuelto el agua del arroyo. Des… Un cuerpo digno de un amante. Quién fuese piedra. Por favor, fin de las miradas furtivas. Por favor, deprisa. Deprisa. Fuera de mi iglesia.

Aunque desde luego no ahora. Con el niño recién nacido tendría que estar en casa junto a él; era más probable sin embargo que lo tuviera acunado en un brazo donde él hocicaría buscando sus tetas en los holgados pliegues abiertos de su vestido. Siempre azul o amarillo por algún motivo, llevaba encajes alrededor de la garganta y le caía desde la barbilla como una fuente dorada. Quién fuese hilo. Señor. Y todas las demás madres, todos los hombres incluso, sonreían, deseando tener aquellos pechos para sí. Dee dum dee dum. ¿Cómo había desaparecido? Mientras su madre dormía, el Hombre del Saco entró reptando… Culpable de su dezzzz. Mm… algo, algo de su pezón escarpado con lo que acabar achispado. Cubrir su des… No, aquello no estaba bien. Vergüenzzzz. Había mezclado los días. Tan distanciados. Años de distancia. Aun así parecidos. Aun así iguales. El cielo era de idéntico azul claro. Corría la misma brisa dulce, todo fresco como una lechuga. Años no, por supuesto. Estaciones. Dos para ser exactos. Y ellos estaban allá abajo con sus refriegas y sus gritos muy lejos de él, fuera de su alcance.

Rodaban las brillantes pelotas azules y amarillas, los aros blancos y rígidos, la hierba oscura y dulce se extendía más allá de la valla y un hombre enorme con camisa blanca, su abrigo en la hierba, se arrodillaba, guiñando por todo el mango de su mazo de *croquet*, mientras una niña con pantuflas blancas,

borlones de pelusa conejil en las punteras y los talones, un vestido de gasa tan verde como lo era la hierba, tan fresca, daba vueltas muy lentamente alrededor y balanceaba su mazo en un lento círculo; y también estaba allí la señora Kermit Hazen, con los pies espaciados, reclinada un tanto hacia delante usando su mazo como bastón, hablándole al hombre con rapidez mientras él apuntaba hasta que sacudiéndose las rodillas se incorporaba y le apuntaba con la cabeza manchada de hierba de su mazo, haciendo que ella se tambaleara de la risa; luego, realizando su golpe, la bola hermosa y brillante rodó por una suave pendiente a través del aro y golpeó la amarilla con un resonante clac. Había también un niño con cara de hurón y un traje negro de cuello blanco que no paraba de aclararse la garganta ni de escupir y que se suponía que estaba jugando pese a no saber cómo pero que solo se frotaba el estómago y se quejaba de que le dolía.

Fútil… Oh, mis talones clavados deliberadamente repiqueteaban sobre el esquisto y como una piedra negra sujetaba yo la Biblia firmemente contra mi pecho, clavándome los botones de mi abrigo, y yo dije ¿es esto cosa del domingo y con tanta facilidad se limpia la misa que podéis reír y gritar en presencia del campanario? Su corazón reaccionó a la presión de los botones, atronando. La congregación había venido por la ribera, se había ido a casa, mientras Omensetter le tiraba palos al perro, haciendo añicos imágenes en el agua, cuando una ráfaga repentina le voló el andrajoso sombrero de paja que siempre llevaba los domingos hasta el Ohio donde la corriente enseguida lo arrastró lejos de su alcance. Estaba tachonado de anzuelos y reposaba sobre su coronilla igual que un nido descuidado. Como si de un palo se tratase, su perro cobarde lo persiguió. Hubo en consecuencia una gran excitación, y las apuestas y el entrechocar de risas se elevaron hasta Furber con el timbre de un júbilo tan insolente y vulgar que, enrabietado, salió a toda prisa de su jardín, tan vidriosos los ojos y tan sombrío como fue capaz, y bajó volando entre ellos para, con las piernas rígidas, quedar al acecho igual que

una grajilla, farfullando fútilmente.

Al principio, entre los árboles, vislumbró cuerpos que giraban y saltaban. Heya-heya-heya. Alguien trepando. Piedras que iban a parar detrás de un tablón; y en el río basculaban parches de reflejos. Heya-fulla-heya-heya. Niños que se deslizaban por la orilla sobre sus traseros, arando la arena escamosa. Botaron la tapa de una lata y en el agua al principio giró, a flote, y después se hundió, relumbrando como un espejo. Hiya-smilah. ¿Soy-yoo? Coltch. Faldas se elevaban despacio, despacio descendían. Se abrió al vuelo una sombrilla con un chasquido. Ou-rauk. Gah. Ouf. Medio enterrado en la playa de guijarros, un ladrillo rojo intenso quedó entonces anegado. Yo-yo yiiiyiii. Tiituu. ¿Shiiik? ¡Num! Lissa-lissa. Se asomaba un sauce, arrastrando las hojas por el agua. Alguien se escondía debajo de la copa. Una corriente de arena se derramó de la espalda de la niña de Cate. Aunque se contoneó sugerentemente, con la mano en la boca, no tenía ni indicios de pecho, y Furber resolvió que todavía tenía la rajita glabra. Z-i-i-i-i-p. Arriba que fue una cinta, rotando, y cayó en una rama. Barriendo la playa con una escoba de hojas había una chiquilla escuálida con un vestido de organdí verde pálido, muy tieso y con volantes, muy de ciudad. A ella no era capaz de ubicarla. ¿Dónd…? Condenado. ¡Carc! ¡Carc! ¡Carc! Unos gritaban ánimos al sombrero; unos chillaban ánimos al río; otros daban como favorito al perro. Pero nadie estaba en realidad dispuesto a apostar en contra de Omensetter. Furber sabía que estaban fingiendo.

La corriente atrapó el sombrero, haciéndolo girar y girar sobre su copa. El perro, coronando el agua con el hocico, nadó más rápido, y creció el entusiasmo de la multitud. Los niños correteaban frenéticos. Las mujeres trataban de contenerlos y de contener a sus maridos, que se palmeaban las rodillas, agitando en alto sus sombreros y animando a voces al sombrero, al perro y al río. Arthur iba ganando con claridad y hubo vítores para él. Omensetter sonrió. Tenía la boca ancha y húmeda que presumía tendría su hijo. Entonces el sombrero

brincó hacia delante, hallando cabida en la vitalidad del río. Arthur se abalanzó, y se meció el sombrero. Hubo más vítores. Crecía el delirio. El sombrero se alejó a toda velocidad, una mota en la luz de yeso. Omensetter chilló ven aquí por encima del griterío y sus niñas también chillaron, ven aquí, ven aquí. Su mujer estaba sentada plácidamente, con las manos cruzadas sobre la tripa.

Esto es la iglesia. Esto es el campanario. Mirad dentro y ved a toda la gente.

Los testamentos contra su corazón, siguió refrenándose con firmeza. Con una estela de pañoletas, violetas y verdes, manos pálidas como lirios por fuera de las magas, las chiquillas daban vueltas. Esa noche él soñaría con prendas de doncella. Olió a bolsitas de lavanda. La gente empezó a hacer visera con la mano y a inclinarse hacia delante. Omensetter chillaba ven aquí. ¡Arr-thurr! Su cuello rojo ladrillo estaba entramado con finas líneas. Penetrantemente, sus hijas chillaban ven aquí, separando las palabras. Sus pies desnudos agarraban guijarros y el agua corría por sus piernas. La gente gritaba ¡ven aquí!, ¡heyheyhey, ven aquí! Los niños cesaron sus correteos y sus refriegas. Algunos cogieron a sus madres de la mano. Uno de los chicos de Hatstat estaba haciendo el pino y sus hermanos daban palmas. Canguro, pensó Furber. Canguro, gritó casi. ¿Por qué diablos querría yo hacer algo así? ¡Yazebo, heeni, yazebo! El perro estaba cansado cuando se dio la vuelta. El agua lo cubría aún más y su hocico se sumergió una o dos veces. A mayor altura en la ribera, Furber vio que el sombrero proseguía. Lo sintió girar sobre su copa, los anzuelos de su banda colgando bajo el agua hacia la nariz y los dientes de los peces. El perro había fracasado, el sombrero que tan a menudo Furber había visto y odiado, cada domingo, en aquella terca y malsana cabeza había desaparecido al fin. Se arrepintió de no habérselo aventado él mismo de aquellos ojos saltones, y que flotando se perdiera. No sentía ahora ninguna euforia por lo que había hecho el viento. El perro se bamboleaba y pataleaba. Si Omensetter nadara en busca del

perro, ¿se quitaría los pantalones? Dios nos guarde de algo así. La luz salía a raudales del agua y fatigado se pasó la mano por los ojos. El río era una veta de rojo en sus párpados. Cantaba un arrendajo. Deseó con fervor que el perro se ahogara.

Era un error haber venido aquí. Las mujeres tenían manos rojas y cuerpos rústicos —piernas del grosor de un árbol—. No es que eso importara. Él había renunciado a todo aquello. Furber se revolvió, dándose deliberadas y dolorosas patadas en los tobillos. El libro le resultaba incómodo. Ni mucho menos lo bastante ancho, notaba su mordedura en los muslos. Se deslizó hasta el banco y no tardó en sentir la humedad a través de los pantalones. La niña de Cate, por ejemplo, o May Cobb. ¿Qué sería de ellas? Las ubres y el pelo les crecerían como a cualquier mujer. A May Cobb ya le había crecido. Rubio sin duda, mullido, rizado debajo, tal vez un toque de rojo, de cobrizo… esa era una de las leyes de Dios. Llevarían consigo sus nuevas bocas durante algunos meses, siempre húmedas, un poco hinchadas. Los chicos de las granjas les toquetearían los pechos con menor pericia, desde luego, que cuando ordeñaban vacas, preferían las braguetas desabrochadas de sus amigos. Tenían los dedos gruesos y rechonchos, mordisqueados como lápices, una serie de magulladuras como anillos en torno a ellos, la pintura rota y desconchada, amarillas la mayoría, ¿por qué sería…?, tenían uñas sucias, mordidas, descoloridas; ya tenían ásperas las manos; tenían manos ineptas; manos titubeantes, malintencionadas; manos que con torpeza soban, con torpeza desabrochan, empujan, tironean, abren, jalan, ¿por qué…?, ¿para introducir un hocico frío y húmedo?, ¡ah, el perro de pelo empapado!, vaya, chist chist, Charlie, una hábil palmadita en el trasero y arriba esas nalgas, jovencita, eso es, amorcito… mmmn, acaricia al perro del amor, Dickie, ¿mmmn? ¡Eeeeh, qué gustosa golosinaa! Luego a casarse y a echar raíces. ¿Cómo va ese pulgar, chico? ¿Bien? Sí, hurra, es el símbolo del pene. Con las mujeres, atiende, tú fíjate en la oreja. Si las partes aparecen y se juntan. Obesidad y malicia. Quejas y fastidios. Cotilleo, envidia, rencor y avaricia. Si van

internándose poco a poco. Debilidad femenina. Piedad desalmada. Moralidad salvaje. Si se juntan. Se acabó la gustosa golosina. Despiadada venganza de por vida. Zrr. Grasa en una sartén fría. Mantente alejado de las que tengan lóbulos cautelosos y delicadamente ahusados. Así aparecen las partes. Haz caso a tu tío, muchacho, que sabe. Y luego los hombres. Habla lasciva y hábitos desaseados. Y la suspicacia del rústico, su crueldad y su encono, su rabia, su ebriedad, su obcecada ignorancia y su bestialidad. Inevitable que hayan de figurar. Hoolyhoohoo. Todo conforme al curso normal de la naturaleza. Y decían que habíamos evolucionado. ¿Qué significaba eso? Pero, dijo con una voz claramente audible, yo proclamo este mundo de pollas no iluminadas. Captó el sentido de sus palabras —tan absurdas— y su cuerpo empezó a sacudirse, mitad de risa, mitad de desesperación.

Casi siempre acababa igual: con un estallido de habla. Iba hasta el banco y se sentaba un rato en silencio, los brazos cruzados con fuerza y los pies contraídos; pero al cabo de un rato se obligaba a saltar abrazado a su libro, moviendo los labios según empezaba a deambular, examinando el suelo con atención. Poco después el ritmo de sus pasos se alteraba y, mientras con el brazo libre hacía gestos grandilocuentes, una serie de expresiones, cada una prueba fehaciente de un sentimiento, le atravesaba rápidamente el rostro. Por último alguna emoción real hacía que los ojos le escocieran, que se le aguaran al final, y sus murmullos se inflamaban y brotaban y echaban hojas, ocupando su lugar en una oratoria personal, recargada y violenta. A veces iba directo a un rincón del jardín en el que estaban situadas las lápidas de quienes le divertía llamar sus ancestros, y como quien no quiere la cosa allí colocaba un pie sobre un sepulcro, y en voz baja y meditabunda, con solo un atisbo de sorpresa y asombro en ella, igual que Hamlet ante la tumba de Yorick, ejercitaba su destreza sobre una multitud de temas sagrados… Los reclinatorios abarrotados, quietos los abanicos y los pañuelos, quietos los pies mientras de pensamiento en pensamiento él

cargaba con todos ellos, tan a salvo de sus peligros como una liebre entre un zarzal.

Fútil amor, Horacio, fútil amor Cae mi mano de su muñeca. No hay mejor lirio. Hay empero un dedo extendido con rigidez. Fíjate. Y la uña reluce. *¿Cuánto tiempo se hubieron amado el uno al otro…* mi sonrisa es como una hoja que flota… *esta carne sobre los huesos de Eva, nuestra encantadora madre, y muerte en la fruta del árbol? Los delicados alambres de mi mano, mi delicada muñeca de gozne, el afilado grillete, extremidades de sauce… ¿Cuánto tiempo había yacido ella de tribulaciones colmada, tan magra de grupa, desconsolada, el anhelo dentro, la manzana ardiendo? ¿O se acuclilló con las manos reverencialmente mezcladas bajo las ramas mientras florecía, a la espera…* oh, ah, con paciencia… *su corazón como un molusco?* Mi tronco se inclina y se me resbala el flequillo. *Ella sabía lo que quería*. Tendría que estar sujetando algo mientras hablo, un fragmento de nuestra Madre Universal, algo no demasiado ridículo, algo no obstante común y simple aunque profusamente emblemático. Quizás un pedazo de Palestina. Me río, aparecen mis dientes. Y la luna. Bueno, la rosa resulta demasiado común y el falo demasiado ridículo. ¿Estás ahí, en el tintineo, Madre, en igual medida? No importa. Mis manos servirán. Finos hilos a lo largo sujetan los tubos. *Mírala ahí dentro, en mi cuerpo de quiromante; mírala, ¿cómo es que sabe? Imagínatela, a tu progenitora, Horacio, a tu madre inicial, vagando por el jardín, lejos de su esposo: delgada, sin pelo, rígida, extremidades cual listones… un niño…, por* todas *partes angular y escatimado, alimentado apenas con gachas… un chico de lomo suave. Pero hueco, amigo mío, oh, tan hueco. Escucha. Hay viento contenido en ella. Y qué prometió la serpiente —ser como un dios, conocer el bien y el mal—, ¿qué era aquello? Era la manzana de la que comió Eva. Era la manzana, la fruta, la plenitud, lo que ella quería*. Frota la lámpara, muchacho. Hagamos bromas y poesía. Hagamos que aparezca la progenie. Ahí va una para Tott a ver si es capaz de

entenderla.

Nell se comió una lechuga,
y en sus hojas
Bel se sentaba pensando
en enemigos.
Nell se comió a Forcas,
y en su lengua
notó que ardía el infierno
para la Cristiandad.
Nell se comió a Satán,
y en su lujuria
sano crecía
un íncubo.
Nell me comió a mí,
y subiendo por sus mangas
el atroz otoño giraba
con todas sus hojas.

Demasiado manso, para un íncubo. Íncubo:

Se comió a Nell,
y de su trasero
cayó la mierda dando forma
a Babilonia.

Riendo entre dientes, deslizo mis siguientes versos por la manga resbaladiza. Entintadas las espirales de las tinieblas allí

arriba. ¿La oyes, oyes? Hay tan solo una ráfaga en el oído de quien escucha. *Fue por eso que ella desobedeció. ¿Qué sabía del bien y el mal o qué le importaban, cuando su preocupación era crecer? Supongamos que hubiese sido advertida de que no cruzara cierta línea, o de que no se sentara de manera indecorosa, o de que no se hurgara la nariz, o de que no chillara en el parque —¿habría desobedecido?—. Por el conocimiento, por el bien y el mal, ¿habría antepuesto Eva su voluntad a la de su Padre? Ah, Horacio, tú y yo conocemos a las mujeres. Por eso no lo haría. Pero se habría comido la manzana de todas formas, para ser la madre de todo lo vivo. Y con qué perfección se escogió el símbolo, piénsalo, Horacio. Pendiendo de una corona de hojas, este globo, tan firme y terso y rojo por fuera, tan agridulce y blanco por dentro, contiene en su centro, como lágrimas, sus semillas. Oh, es muy conmovedor, Horacio. Me hace llorar como una tía en una boda… o un tío en un velatorio… ¿cuál…?, ¿soy yo la tía o el tío, hombre o mujer, Horacio? Es demasiado enigmático*.

Vestido con calzas negras y un holgado jubón blanco, sonriendo con dulzura, brillándole los ojos, miró directamente a Horacio, con profunda decisión, dispuesto a retomar su discurso para mejorarlo, a cambiar su significado de ser necesario, cualquier cosa, con tal de que fuese elocuente. *La carne, comenzaría quizás, la carne es macho y hembra en un único tejido, como dedos entrelazada, buen Horacio, y la muerte es su sombra doble; hay por tanto cuatro en este lecho matrimonial. Se yergue sonriendo; se gira de puntillas. Lindas mis ropas de baile, lindos brotes en mi danzarina rama, se desenrolla mi brazo. Celda de hueso, celda de carne, celda de cartílago, celda de sangre… hueso… hueso… golpeteo contra el muro como una estrofa. Pero dado que la carne es en parte canina, observa la lengua, Horacio, la abundancia de saliva, el hocico gacho, la respiración jadeante, debemos añadir un quinto. Hueso… oh, amor, contiene este guante de carne —la madre del mundo—. Qué clase de perro crees que sirve mejor para tal propósito, uno que a la perfección encaje en la*

oquedad del regazo y tenga el pelo suave, ¿por ese votas? Finalmente, porque la muerte tiene un esclavo negro calvo gordo y achaparrado sin genitales ni dedos, debemos contar hasta seis… en un único fardo de amor envueltos… y admitirás, Horacio, que solo un dios podría haber concebido semejante maraña. Tras la puerta del dormitorio la comitiva nupcial aporrea con satenes.

Séfructífero. ¿No fue Él mismo un guasón, el Viejo?

A veces mientras caminaba estallaba en cambio en salvajes palabras medio susurradas, y se giraba con los brazos abiertos hacia los muros y las hojas, la mirada extáticamente fijada en los cielos, adoptando la postura de los santos que había visto en grabados. *Soy el Francisco de este lugar. Doy de comer a estas parras y ellas se amansan por amor a mí*. O incapaz de digerir su propia actuación, recurría a la burla. *Oh, regálanos un discurso dramático*. Y a menudo complacía, encantándose a sí mismo con su retórica como una serpiente tocando la flauta.

¿Cuál es la cosa más sagrada en el mundo de Dios?

Manos llevadas a los ojos tal como hacían cada domingo cuando hablaba él desde su sagrado tocón.

Todo es de Dios —los corazones, las estrellas y las zanahorias, las ramitas secas y los espacios infinitos— ¿ajá? Empecemos por ahí. ¿Qué muestra Su gloria ilimitada?

¿Las partes pudendas? La más delicada ocurrencia. Chanza de Dios. ¿Y qué decimos a eso? Bla-a-a-a-a-a…

Se inclina junto a los brotes de un arbusto y clava en ellos una mirada fiera. ¿Te has enterado de que competimos, tú y yo, como Jacob y el ángel? Me estás enmarañando el cabello[2]. Con una risa ronca, descabeza una flor.

¿El buen hombre? La boca se le abre por las comisuras. Aj. Agotado se apoya contra el muro. *¿El río más hermoso?* Se le iluminan los ojos, se tapona los oídos con los pulgares,

menea los dedos. *¿El sol cuando arde en el corazón de una nube?* Brinca… *la, la, la…* Sus ojos se alzan desesperados. *No. No. Oh, no no no. En nada de esto hay ansias de Él; no hay aquí extensión de Él. Caray, Él se suavizaría con semejante ejercicio; le faltaría el aire y se debilitaría*. Tambaleándose, dobla las rodillas, un bastón palpando las baldosas. *¿Nos sorprendemos más cuando el hombre fuerte levanta la pierna que cuando levanta la silla sobre la que está de pie? Uoo-ee. ¿Impresionado? Desde luego*.

Una súbita patada ha cambiado el espíritu del amor. Con rigidez militar, una estatua despegada, habla.

Considerad pues que Él está presente ante todo en lo que parece más alejado de Él.

Con juvenil brío se eleva hasta el banco, antorchas en torno a él, brazos que vibran: *oh, este es Su gran triunfo: convertir el estiércol en un monumento*.

Ah, en fin, una lástima. He descubierto el pastel.

¿Um? ¿Eso he hecho? Qué pena.

Desliz.

O sea que es el Diablo, por supuesto, la vieja serpiente ladina, quien es más sagrado… piénsalo. Cayó, él mismo era La Caída, la estrella suicida; pero cayó en el extremo de un fino elástico. Es el cordel por medio del cual aun así se alimenta y medra. Es obvio si lo piensas. ¿Eh? Una sandez. Obvio. Mie-e-eerd… cío, cío, cío… Intentad pensar. Intentadlo. Cua, cua, cua… Satán muestra mejor el poder de Dios. Oh, sois todos vacas. Paced pues, malditos. Revolcaos. Bebed. Muu-uu-uu… Qué bien le sienta la máscara trágica; ¡qué espléndido y perfecto está el bien en ese papel! ¿No hacía Dios de Pondo Pilatos? ¿Y de todos los demás? Él hacía de clavos, de lanza, de espinas, de soldados dormidos. Por el amor de Dios, ¿cómo podéis no creéroslo? Ahora sí, ¿no? Mucho mejor. Sí. Una actuación brillante, ¿no estáis de acuerdo? Sí. Ay, sí. Escuchad. Aquel de las ropas rojas es Él.

Ah. Bendito día. Es Él. El viejo Noelín, el alegre hombre de rojo. Venga, aplaudid. Aplaudid. Cerdos. ¡Cee-e-eerdoos!

Tú y yo, tú, maestra albañil, hilandera, tú y yo, como Jacob y el ángel, nosotros… luchamos. La araña flota sobre un trocito de tela. Furber la imita lúgubre; levanta un pie.

Aun así cerdos. Oh, sí. El mal es Su obra capital. Deleitaos con ella. Hacedlo. Hacedlo hacedlo hacedlo. Bien podría haberle reservado uno de los seis días de la creación. Hombre, mujer, perro faldero, negro, gnomo y gusano, luego descanso. ¿Qué día habría sido? ¿El día del gnomo? ¿El día del hombre o el día del gusano?

¿O llovió, y Él se quedó en casa, desmochando la ingle masculina? ¿El día del perro? Bueno, qué más da. Se merece un aplauso. Deberíais poneros en pie y vitorear, sombrero en mano… Ah, ahí está Él, en lo más alto de la carpa, con mallas rosas y un paraguas a rayas en la mano. ¡Sinsinsinsin red! Espero que ya os lo sepáis. Es Su obra capital. La palparéis; la saborearéis. Pero escuchad. Haberse incluido sin percances Él mismo, por entero, incluso en eso… Ahí, queridos míos, ahí…, ¡ahí reside su gloria!

Pero un momento. El diablo es un tipo listo, sin duda. Se esconde, ¿eh? Bien. ¿Dónde? ¿Dónde se esconde? Encontrad su cara en el cuadro. Se habrá posado en la nata igual que una mosca en una lechería. Caramba, ahí está, sarmentoso y enlanado, un mohín en su cara de carcamal… ¡oh, no!, en el trasero y el cuerpo del mejor… ¡ajá!, en los zapatos de piel de alma del buenazo, una sorpresa cómica, quién lo habría imaginado… ¿Flack? El buenazo guarda glori-aj en la barriga, Flack; es lo que guarda el buenazo, glori-aj.

¿Flack? ¿Dónde estás, Flack? Ayúdame a levantarme.

El hombre de color llegaba sin decir palabra y ayudaba a Furber a ponerse en pie donde fuera que se hubiese caído y lo conducía, entumecido y débil, hasta su dormitorio.

Quiera Dios que medren mis lindes rosas[3]. Sí señor. Eso

espero. Desde luego que sí.

Le habían confundido los días. Había sido el aire. Desde donde estaba sentado se veían con facilidad los escaramujos del rosal. Aquella chiquilla era de Cleveland, una huésped de los Chamlay. No la había vuelto a ver. También tenía pololos verdes, de un tono a juego, y le florecían por debajo de la falda… dulces y frescos. ¿Quién había creado la genista? Él tenía las piernas rebosantes de energía. ¡Canguro! Al abrirse el telón él se hallaba a la izquierda del escenario sobre su puntera derecha en la pose de Mercurio. Lentamente doblaba sus miembros y se hundía hasta quedar en cuclillas… ¡Arriba! De improviso estaba remontando el vuelo, girando, desplegando sus alas; elevándose de nuevo después, yendo cada vez más alto, rotando, flotando… Un pez en las aguas del cielo, un destello de oro al atravesar él las ramas de los árboles marinos, navegando hacia el piélago, hasta las sombras púrpuras del fondo donde se tendió de lado a esperar ratones de mar, pequeños camarones luminosos y mariposas. ¿No era esa la sombra del sombrero, con anzuelos colgando? ¿O era una luna en un cielo verde? Ahí baja el sedal, con un cebo casero, de Knox lo más seguro, un poco oxidado, el plomo nublando ya una pulgada del fondo. Qué usa, ¿gusanos? Larvas de mosca tal vez. Nada palpita de vida como palpitan ellas. Hay dos o tres ensartadas en el anzuelo como guisantes. ¿Son peces gato lo que anda buscando? Es ahí donde estoy tendido. Um. Su cebo está danzando. Llama la atención. Ancas blancas revolviéndose. ¿Y si pico? En cuanto la boca rodee el gusano, la garganta se empeñará en tragar. La saliva hará entrar al gusano; se llevará consigo al anzuelo. Ah, pero el pescador —esa es la huella del paso de su bote…, ¿ves las vetas y burbujas de los remos al sumergirse?— recoge su sedal. El anzuelo se desprende del gusano y se aloja en el cielo de la boca o en un lado de la mejilla o en la base de la lengua. Y entonces arriba… rotando, girando… arriba… y estás fuera y todo se acabó. Dulce mundo de aire, otro elemento.

Y este es el jardín. Cohibición en la voz de ella, cierto espesor,

aspereza, ¿era desdén? Ella no permitía que el hombre de color la ayudara y ahora forcejeaba con el cerrojo, empujando la puerta con su hombro huesudo. Ella conocía la sociedad de Gilean tal cual era. No podías llegar a mucho si te mandaban a un lugar así, en especial si ya no eras joven. Ella estaba en lo cierto. Era evidente que lo habían desterrado. De pronto la puerta cedió y ella la cruzó tambaleándose con un grito de bochorno. En la iglesia había un frescor agradable y estaba oscuro, incluso la habitación de él parecía apacible, pero en el jardín la luz hacía daño; el aire estaba caldeado y olía a polvo. Habían fijado muros de piedra a una caja de madera. Esta es tu alcoba, había dicho ella desdeñosamente. La propia iglesia tenía cierto encanto tosco; no le importaba. Cómo se llamaba. ¿Pico Pike? Ella estaba diciendo que al reverendo Rush le interesaba poco la jardinería. Tenía un manchurrón en el brazo y con que se moviera solo un poquitín él podría pasar despacio por su lado. La mujer de Chamlay se había referido al *señor* Rush, una y otra vez, muy resueltamente. Bastante correcto, desde luego, pero aquí en el quinto infierno deberían decir «reverendo». Estaba siempre tan ocupado, pobre hombre, tan ocupado, hasta en sus últimos días… cara profesionalmente apenada. Luego la rancia, la severa señora Pimber, con un tic. Guapa en su día. Una mujer turbadora, por algún motivo. ¿Era su modo de caminar o el volumen de sus labios? Murmurando, murmurando, el tipo ese, Flack, arrastrando los pies, ¿de qué raza era? Ella acababa de ponerse a murmurar. Sí, su murmurar era nuevo. ¿Incómoda? Tenía una corcova permanente; caminaba con las rodillas ligeramente dobladas, tortícolis. Su hermano no tenía su porte pero sí su misma nariz burda. Dios, vaya tonto del culo era. Aquella broma durante el almuerzo sobre mandar al pastor a pastar. ¿Qué estaba diciendo ella?… puede ver. Él se quedó mirando lúgubre el jardín.«… cuando el rocío estaba inmóvil en las rou-saas…». No nos podemos permitir pagar a alguien que lo atienda, aunque Flack le da a la azadilla de cuando en cuando, ¿no es así, Flack? Sí señora, algunas veces. Era un tanto beligerante con el dinero, pensó; quizás estaba advirtiéndolo; y

amenazando al morenito. Sí. Estaba quejándose de que estaba viejo. A nadie se le había ocurrido donar mano de obra, por supuesto; así era como se hacían las cosas en la iglesia, por el amor de dios, ¿no lo sabían acaso? Aquel reclinatorio del fondo está un poco desvencijado, señor Knox. Risita. Temo que se desplome en mitad de la música del ofertorio. Tócale el hombro. Por favor, en absoluto un quejica reumático, todo lo contrario; un embustero, un mirón, un ladrón. Durante el almuerzo, ¿quién pareció interesarse por el dinero? ¿La señora Pimber? La señora Pimber. Importante saberlo. Desconfiaban de él, saltaba a la vista, al menos él cogía el tenedor como es debido. Granjeros tacaños, apestando a vacas. Oh, esto va a resultar deprimente, un erial, un desierto. Bueno, san Jerónimo había tenido éxito en uno… y atraído a las mujeres. La senda estaba tomada por las enredaderas y cubierta de hojas verdes secas. Habría que recolocarla. Había un reloj solar pero le faltaba el gnomon. Un objeto pagano, dijo él, señalándolo. Ella sonrió. Boca infinita. Él se preguntó si los niños la fastidiarían mucho de pequeña. No hace tanto en realidad. Un himen como un bombo. Podrían haberla llamado la Huesos. Hay un buen montón… de Samantha Tott. Plantas de avena. Estramonio. Ortigas. El rastro de una culebra rayada en el polvo, o una cuerda. Digitaria y diente de león. Al menos había un muro. Plátano. Ah, señora Tott, se está usted rezagando. Puede que a ella le cueste un poco, después de todo. Aquí estaba san Francisco con forma de bebedero para pájaros, le falta un brazo, con la nariz abollada. San Francisco, por el amor de dios, en este jardín protestante. Cuidado con las púas, dijo él, se le va a enganchar el vestido. Ni un rinoceronte podría atravesarlo, estaba seguro. Al lado un tocón mal cortado. ¿Eran incapaces de hacer algo bien? Lo escarbó con la puntera. Plagado de hormigas. ¿No le saltaba a ella un músculo en la juntura de la mandíbula? Cómo parloteaba su hermano, un joven estúpido con pinta de holgazán. Pico Pike. Y aquel lenguaje luterano. Así que este era él. ¿Al pastor le apetecería quizás otra taza? El pastor tiene una bola de gases del tamaño de un globo incrustada en el intestino delgado. Le

gustaría tirarse un pedo pero no se atreve. Pastor cobarde. La mujer de Chamlay tenía ojos antipáticos, y a la señora Knox, ¿Rosa era?, no se le quedaba el busto erguido. Atravesaría por allá. En el rincón estaban floreciendo crisantemos color bronce. El calor excesivo los había dejado raídos. Al lado había parches de terreno pelado con una gruesa capa de polvo. Soltó una risita. ¿Es aquí donde los meten cuando se consumen? Eso era cruel. Es este el señor Rush, dijo él, mirando al suelo. Ella estaba sonrojándose. La sangre se acelera por el señor Rush. En paz descanse. Si hubiese llevado sombrero… qué buena ocasión. De todas formas agachó la cabeza. Malos modales, sin sombrero. Una especie de símbolo. El terreno muerto de Gilean no tenía este aspecto. Esto era el bolsillo de un indigente. Estuvo a punto de decirlo tal cual. Ella tenía en la mano un pañuelo que él no había visto. ¿En la manga? El polvo. Suaves toquecitos en la nariz. Hecha de masilla. Samantha Tottilla… cultivó su naricilla… en su bacinilla… igual que una florecilla. Él hizo un gesto hacia las flores. ¿En su honor? Eso también era cruel. ¿Llevaba el sombrero puesto cuando lo echaron al hoyo? Sí que se extiende la maleza, ¿verdad? Oh, vaya, oh, me gustaría gritar y lavar de mis ojos el mal. Nadie diría que todo esto se escarbó en junio. ¿O murió en julio? ¿Aguantó hasta el cuatro? Milagros de la vegetación. Tic en el párpado. Otra vez el polvo. Ella hablaba a través del pañuelo. No muy orgullosos…, desalentador…, falta de iniciativa…, años de servicio…, lo queríamos aun así… un bonito epitafio en la lápida… Podrías puntualizar que la iglesia jamás lo destinó a otra parte. Dejó que se pudriera en este agujero de Ohio. ¿Cuál era su debilidad? ¿Las chiquillas en ropa interior color crema? El ahorcamiento era costumbre por estos lares pese a las leyes de la Iglesia. Por siempre por sus pecados. Gilean. Fin del trayecto. Bájense. El negro estaba sonándose la nariz. Lo hizo con delicadeza y a Furber le sorprendió. Ella tenía un buen par de ojos marrones. Pero llevaba una pulsera esclava. ¿Los demás están por allá?, ¿y allá? Supongo que es mejor que nos vayamos. «… el hijo de Dios re-vee-eel-aadoo…». Esa

condenada melodía estaba persiguiéndolo. «Oh, Él caminó conmigo, Él me habló y Él me dijo que yo era suu-yoo…». ¿Por esa verja? ¿No?

Dos años viviendo en este jardín como un sapo. Ni lo desbrozaron para mí, ni podaron los setos, ni segaron, ni recolocaron la senda. Tampoco yo lo hice. ¿Acaso no toqué amablemente el hombro a OK, no di palmaditas de lástima a la espalda de C. Chamlay? ¿Qué rodilla me faltó por estrechar? Y encima el Ruidoso. Fútil… fútil. Ya no escuchan. La brisa parece más suave por donde él camina. Donde él se detiene el sol parece más cálido. La tierra crece con facilidad a sus pies. Inútil para mí… vano.

Furber había reconocido, casi de inmediato, al espíritu borracho de aquel hombre, tan piel roja y salvaje. El saber lo había recorrido como un fuego. Había estado lloviendo otra vez, y hacía viento. Había entrado a la carrera al taller de Watson, cerrando el paraguas. Detrás de él un hombre como una cadena montañosa. Pero lo habían saludado con tan solo una sonrisa. Mat había dicho: señor Furber, este es Brackett Omensetter, acaba de llegar de Windham. Brackett, el señor Furber predica en nuestra iglesia. Las dos manos de Omensetter se habían alargado a por la suya, cercándola con calidez. La suya le había parecido terriblemente pálida y húmeda, erróneas entre las del otro, como un gusano en la fruta. La había retirado en pánico y, alegando asuntos urgentes, había huido. Deambuló a zancadas por la iglesia con el abrigo y los pantalones calados, gesticulando con el paraguas. ¡Oh, este no es un brujo normal! Luego la rabia y la desazón lo abrumaron. El señor Furber predica en nuestra iglesia. Golpeó el muro con los puños hasta que sintió que se los había roto. El señor Furber predica en nuestra iglesia. Cuando empezaron a dolerle se puso a gritarles: vaya, vaya, ¿disfrutáis con esto?, ¿lo que ambos os habéis merecido?

Si tocara el *banjo*... ¿Cómo va la pesca, Olus?, ¿la avena bien?, ¿el heno?, ¿menudo calor hace, menuda lluvia, menudo frío? ¿Y la mujer?, ¿la flaca y llorica Marjorie, por ejemplo?,

¿la sosa de Susan?, ¿el patán de Pat?, ¿Carol la cardo?, ¿Clarissa la bicha? ¿A Constance le ha bajado ya la terrible?, ¿y no le da miedo?, dios, a la mía sí que le dio, le metió el miedo en el cuerpo. ¿Cómo está tu anciana madre la calva, Willie Amsterdam? ¿Y el indio ese que tiene viviendo con ella? Boylee, se te han ablandado las pelotas, eso es todo. ¿Pulgones? ¿Saltamontes? ¿Hongos? ¿Has probado con tabaco?, ¿tan arriba?, mierda, Ames, pues te vas a llevar una sorpresa. El precio del cerdo está otra vez por los suelos. Bueno, al carajo esos cerdos mierdosos. Un gorrino es más malo que el demonio, chico. Lo digo en serio. Más malos no los hay. Un gorrino malo es malo de verdad, desde luego. No miento, deja que te diga. Malo. Siiií. Y los granizos son grandes como un porrazo con el puño contra el suelo. ¿Yar? Por la bolsa de Judas. Aquí viene Al. Vaya lengua que tiene esa perra, le da igual lo que lama. Jejejejejejejeje… Oh, Señor, te rogamos que no te olvides de tus buenos siervos de Gilean. Son siervos buenos y fieles, Señor. Aquí he estado todo el tiempo, observando, observando, observando, como un sapo entre la hierba alta… Dios, oh, Dios misericordioso… Y son siervos buenos y fieles, puedes estar seguro, y necesitan que llueva, necesitan que llueva sin falta. Los sacerdotes son personas igualmente, ¿no es así, Curtís? Los católicos son caníbales, se comen a los suyos. Críos, dios, chico, vaya si tienen críos. Eh, cómo va la cosa. Como al mismo Judas. Aquí viene Luke. Un estiércol puñeteramente bueno, ya te digo. Las vacas dan la mejor mierda. Tiene un olor fortísimo, ya te digo. La mejor mierda del mundo. ¿Os han criado los gansos? A Connie le sangra el conejito; no va a empollar ni por todo el oro de este mundito; Patrick piensa que eso tiene mucha gracia; ni es rico ni tiene audacia. Rum a dum dum, rum a dum. Oye, Luther, ¿cómo se te rompió la rueda de esa carreta? Pasé por encima de una piedra, Turner, ¿por qué? ¿Pasaste por encima de una piedra, Luther?, ¿y no la viste?, nah, Turner, nah, el chiquillo la tenía escondida en el bolsillo. Rum a dum dum, rum a dum. Pastor, astor arre arre, tiene una polla que no hay quien amarre, siempre graznando, menudo desbarre,

Pastor, astor arre arre. Rum a dum dum, rum a dum. El puñetero gobierno. Escucha, ese era capaz de golpear a un hombre con más fuerza que nadie que haya visto jamás, aunque fuese un negro. Zas. Lo digo de veras. Blam. Heemeny heemeny ha ha ha, llevé a mi mujer a ver el carnaval. ¿Y qué vio allí, heemeny hee? Vio un coño en un mono macho. ¿Y a ella qué le pareció, heemeny ha? Bueno, sobre qué le pareció no pienso ni bien ni mal, pues me dejó para irse con el carnaval. Rum a dum dum, rum a dum. ¿Qué sabor te gusta? Me encanta el sabor a naranja. Lo único que me mantiene sobrio es que borracho uno no puede lanzar herraduras. Chamlay, sí que puede. ¿Alfalfa?, ¿cebada?, ¿timotea?, ¿centeno? Cántanos otra canción, tra-la-rá, cántanos otra canción ya. Maíz lino espino. El puñetero gobierno. Ding dong dang, el minino se encuentra regular. Billy Butter tenía una moza, a la cual tumbó en la broza, dame un revolcón, Billy Butter, y abandonaré a mi madre y mi choza. ¿Cómo va la cosa? Como al mismo Absalón, como el culo. Me encanta el sabor a ce-ree-zas. Aquí viene Fred. Si piensas que los saltamontes hacen daño en Ohio… Oye, ¿qué hace el pez para divertirse, Lloyd? Caray, no lo sé, Boylee, qué hace el pez para divertirse. Pues nada, Lloyd, nada. Uoo-oo-ee. Los chiquitines, los chiquitines verdes, cuando se mueven por entre la hierba crees que está lloviendo. El trigal como un humedal. Es en lo único que pienso. El trigal. Duermo fatal. Me encanta el lameculos. Bien, oye, Boylee, a ver, ¿cuál es el colmo del monje? Caaramba, no lo sé, Lloyd, cuál es el colmo del monje. Tener malos hábitos, Boylee, malos hábitos. Uoo-oo-ee. Pasado Sandy Point hay un agujero con forma de collera y están todos allí dentro, cientos de ellos, y algunos días puedes verlos, dorados, reposando en montones quietos como parches de sol. ¿Conocéis a Mabel Fox? De todas formas he oído que los cementerios de sus conventos están llenos de bastardos. ¿De verdad? Usan horquillas para el pelo. Nunca se lavan. Caníbales. Sé de una gata que hizo lo mismo: comerse a los suyos. ¡Nah! Billy Butter tiene una moza, sin tocar el suelo de ella goza, follándose con ligereza cual ánade, primero a su

hermana y luego a la madre. Aquí viene Ben. En la Iglesia del Redentor no hay ley que prohíba follar, ¿verdad, Furber? Caray, pues claro que no, Luther, pero solo puedes con tu mujer, y más de doce centímetros es pecado disfrutarlo. Por cristo, eres un buen tipo, Furb. Por cristo que sí. Pat. Eh, chicos, ¿a que Furb es un buen tipo? Apretón. Por dios. Puedes tocar en nuestro pícnic. Rum a dum. Rum a dum. Rum a dum dum.

Furber había llegado entrado el otoño que siguió a aquel verano inmenso, hoy famoso, en el que la temperatura se había mantenido durante semanas por encima de los treinta a lo largo del río, abrasando los campos, secando y destruyendo; semanas que, ajenas al calendario, se habían adentrado sin menoscabo en octubre de forma que las hojas se amustiaban antes de caer y caían todavía verdes, bajó el nivel del río, dejando al descubierto tramos llanos de lodo y algas, las Siren Rocks quedaron a la vista por primera vez en veinte años, bastante redondeadas y decepcionantemente pequeñas, y una inmóvil capa de polvo se extendía espesa por doquier, sobre los campos, los árboles, las casas, sobre el propio río que bajo ella se arrastraba a ciegas igual que un topo. En octubre se incendió Hen Woods, torres de llamas —ardieron sauces, sicómoros y hayas— derrumbándose en el río y causando que el humo y el vapor cubrieran como la niebla el meandro más bajo. El joven Israbestis Tott, para vergüenza de su hermana, corría como loco por la orilla opuesta al fuego, tirándose al suelo en un ataque de desesperación cuando un sicomoro plateado de ramas finas al que los ribereños llamaban tío Simón, desde hacía mucho un hito en aquel margen del río y que según se decía tenía cerca de cien años y casi diez metros de alto, estalló finalmente en llamas y derramó sus ramas en el agua. En general tímido y desgarbado, Henry Pimber le había dado un abrazo varonil. También en octubre, el reverendo Jethro Furber, comparándose a sí mismo con un viento seco, dio su sermón de bienvenida sobre un amenazador texto de Jeremías. Se preguntó por qué Dios estaba dejando baldía la

tierra, y halló la respuesta en las almas pecadoras de Gilean a las cuales apenas conocía. «Porque el suelo está agrietado, pues no había lluvia en la tierra, los labradores estaban avergonzados, se cubrían el rostro…». Pero no me hacía falta *conocerlos*, ya los conocía, decía siempre cuando saboreaba de nuevo el amargor de aquel día desastroso; pero esta excusa había dejado de servirle. Sencillamente la encontraba en sus labios del mismo modo automático que encontraba las fórmulas de adoración, y el amargor perduró.

La iglesia estaba en silencio, envuelta en capas de calor Partículas de polvo parpadeaban al hundirse pasadas las ventanas grises. Señora… ¿cómo se llamaba? ¿Simpson? Simpson no, pues claro que no, Simpson es una mujer viuda… Spink, dios; Simpson… ¿Sampson…? ¿Stinson?, no, Simpson… Simpson se llama la mujer de Cleveland, la mujer del doctor, esta al menos no cojea aunque parezca un manojo de trapos… Señora Spink, pese a que había dejado de tocar, todavía vacilaba con nerviosismo sobre las teclas…, cree que debería tocar otra cosa y que por eso estoy aguardando… Frío, negro, inmaculado, él mismo en silencio, sondeó a su congregación…, pero aguardo por el efecto, señora, el efecto dramático, y ojalá no vacilara usted; relájese… Zapatos grises, suelo gris, astillada madera seca, ventanas grises, bancadas chirriantes, toses secas, grises rostros femeninos. Las mujeres, inexpresivas, se abanicaban, y los hombres se enjugaban la frente y se pasaban grandes bandanas con manchas por la nuca y bajo los cuellos de sus camisas. De tanto en tanto una mujer se inclinaba hacia delante y le daba un tirón del brazo a un niño, enderezándolo en su asiento. ¿Señora Stimson?, lleva ¿p?, también a mí me llamaba ella doctor, de ahí que pensara yo… no… Kinsman… de dónde demonios me habré sacado el Stimson, no conozco a ninguna Stimson… se casó con un cirujano que le trinchó la rodilla para nada, nueve veces según decía… sí, desde luego es Kinsman, ¿de dónde ha salido el Stimson…?, tenía dos niños, anormales los dos… curioso… Kinsman… Kinsman…, se me están pasando mis años fértiles,

doctor, ¿no le parece?, pañuelo en la cara, la punta de la nariz enrojecida, rastros de lágrimas… Y *doctor* —eso estaba mejor —. Rígido, severo, inmóvil, en el silencio continuo, los contó, examinando sus caras, alcanzando con su mirada fija la dominación y el mando, como uno hacía con los perros. Primera cara: gorda y rolliza, pálida por el calor, oscilando tras el abanico, ojos opacos, ah, la lengua que asoma como la de una serpiente, tic, tic, tic, un mechón de pelo gris meciéndose, tic fiu, tac fiu, otra vez la lengua, tic tic. Frente a una fila de zapatos bien disciplinados, todos pegados al suelo, todos polvorientos, uno, dos, cinco, siete, diez, eso hace cinco a la izquierda del pasillo, y a la derecha, cuatro, seis en la segunda fila y los mismos a la izquierda, el banco endeble vacío, ya me lo figuraba, luego cuatro, qué hace esa pequeña zorra rizando las páginas de su himnario, luego cuatro más, no podría haber sido más vieja cuando su marido se cayó por la ventana y se rompió la espalda… ¿no quedó paralítico?, la gente se preguntaba, ¿se cayó o lo empujaron?, rápido, será mejor que empiece, seis, ocho, los he atado más corto imposible… solo un momentito… una bota por cada zapato, también sucias, seguro que el polvo se ha colado en ellas, piel seca cuarteada, uñas torcidas y amarillentas, piensa en los dedos de esos pies cuando prediques… y por debajo la sangre en lo que la ocupe. Afianzó el atril de la Biblia y pronunció las primeras palabras de su texto. La señora Spink empezó a tocar. Pararon a la vez y Furber la fulminó con la mirada. Por qué no enseña piano, señora Simpson, toca el órgano tan bien, seguro que se las arreglaría. Apartando la mirada, la señora Spink volvió a empezar, acopiando fuerzas a medida que tocaba hasta que las notas se atropellaron y ganó el piano. ¿Piensa acaso que he olvidado mis frases? Furber hizo un gesto de indefensión y parte de la congregación se puso en pie. ¿Qué número era?, ¿uno veintidós? En-pie-sentados, indeciso, me-dio-en-pie-sentados. Como imágenes del clima en relojes. Cantaremos el número uno cuarenta y cuatro. Mierda, ese no era. Están de pie; con los dedos de los pies contraídos; están frotando los dedos de los pies contra las punteras de sus zapatos puestos-

en-fila. Ah, gracias a dios, este es. Uno cincuenta y siete, por favor. «Levantémonos para alabar al Dios resucitado». Por los clavos de cristo, ¿lo he dicho bien?

Podría haberlo incendiado, el jardín estaba lo bastante seco, y desbrozarlo a fuego —alheñas, parras y malezas—; pero en vez de eso esperó durante todo el invierno en su cuarto, llorando y soñando. La congregación menguó; era por las grandes nevadas, dijeron, y luego por las lluvias primaverales, y luego la siembra, y luego el calor intempestivo y los fuertes vientos, y luego ya no se molestaron en mentir, sencillamente no acudieron; y Furber subía despacio al púlpito, y la señora Spink tocaba y algunos cantaban, y luego le hablaba a una rendija en una ventana, y bajaba después a gatas como un borracho de un árbol. Sabía que estaba habiendo quejas por él, pero ¿para qué lo habían enviado desde Cleveland si no para esto —para ser el azote de Gilean, que Gilean fuese para él una caña—?

Y luego, por dios, él los trajo de vuelta. Pero eso fue antes de el Ruidoso y del sombrero de nido y del perro del Ruidoso. Ahora todo pendía otra vez de un hilo. Ladrad. Oh, sí, ladrad, ladrad lejos. Eran una familia de bestias apocalípticas.

Pisaban ya el margen externo del verano cuando empezó a trabajar en el jardín. El trabajo lo comenzó de manera ociosa, en un momento de desesperación, y continuó de manera obsesiva, como un demente que se quita de la manga pelusas imaginarias. Limpió de maleza las sepulturas para que sus montículos quedaran definidos; arrancó las parras de las lápidas, estregando sus frontales; y luego leyó en alto las inscripciones lo mejor que pudo, empezando con la de Pike, pues Pike fue el primero y exigía aquel honor.

rev A dy Pike

cuando su iglesi

era una cabaña

muri d amor

Las otras inscripciones eran estúpidas y sosas, frases de melosa palabrería conmemorativa, pero esta siempre lograba aligerarle el espíritu. Andrew Pike había sido el primero en predicar por todo este trecho del río, y de entre los muertos del jardín, el suyo era el único espíritu que importaba. Todavía contaban historias sobre él, Tott y Mossteller sobre todo, Lloyd Cate a veces, Watson casi nunca; eran relatos vagos, confusos, angustiosos y llenos de desastres, apasionados como la leyenda en su sepulcro; y Furber comenzó a ir con frecuencia al rincón de Pike, para redescifrar las líneas y para ponderarlas. El reverendo Andrew Pike, cuando su iglesia era una cabaña, murió de amor, mil ochocientos nueve. Estaba seguro de que ahora no era más que un esqueleto, envuelto en tierra como huesos en papel de carnicero. Furber se preguntó qué sería lo que había aplastado, una larva o un gusano lo más probable, difícil que fuera una mosca. Era extraño que en la lápida no se le llamara hermano. Al hermano Pike le apetecería quizás otra taza. ¿Una galleta? Las hacía la señora Hatstat. Su nombre de pila era Valient. Dice Tott que le pusieron ese nombre por su corsé. El pobre Pike debió morder fuerte. Eso decía por lo visto la lápida. En cualquier caso ha cambiado; ahora Pike es un pescador. Ahí está la sombra de su bote, flotando silenciosamente en el rincón, haciendo que el agua saltase. Y aquí está su sedal que desciende, un tanto rizado. Furber se agachó y arrancó un trocito de hiedra. Este es el hermano Pike que predica en nuestra iglesia. Tiene voz de indio, Brackett, debería caerte bien. Aúlla cuando le entran las ganas. Estamos orgullosos de él. Eso que lleva al cinto son las cabelleras de veinte demonios. Déjalo en manos de Omensetter, veremos entonces quién es el morenito. Cómase otro bizcocho, están rellenos de nueces, puse en abundancia. Muchísimas gracias, señora Spink, pero si me lo como sin duda me voy a hundir. Segundo rostro: delgado y refinado, nariz de pico, cejas como orugas lanudas, labios de un azul pálido, ojos estrechamente anillados como los primeros años

de un árbol o como guijarros recién caídos en un pantano o como… ah, tiene la tensión baja… los pies fríos, sin ninguna duda, durante todo el año. Señor Pimber, ¿no es así?, ¿marido de la del dinero?, la verdad es que ella tiene la cadera y un muslo de hierro. Veamos, ¿quién era? El serio Pitágoras… que se comió el oro que le entregaron sus conversos. Nueve y dieciséis igual a veinticinco. Y convirtió la vulgar carne en una hipotenusa de oro. Arre, pastor, arre. Es por las alubias. «Mas el de corazón alegre dispone de un festín continuo». En honor a quién, oh, ¿al hocico de un chacal? En su corazón alegre, el pico del milano. Bolsas de gases en las nalgas. Pike asaba osos que había estrangulado con los dedos de los pies. En efeeecto, competimos. Intenta recordar por favor aquellas plantas, con calurosa amistad cristiana y plena cooperación de acerezadas hojas en oposición a los despiadados alegatos del condenado inglés aquel, purifica y renueva el aire. Mentiras, mentiras. Absorben luz y exudan sombra. Entra Tott hablando. Aplaude. Precioso. Esto que has hecho. ¿No te parece, Samantha? Este jardín ha sido absolutamente… refurberizado. ¿Te apetece darle a la lucha libre? ¿Quieres compartir un codillo de puma al que Pike le ha exprimido la vida con las rodillas? Gigantes en aquellos días; ahora espíritus, ahora tú y yo.

Furber se levantó y comenzó a caminar, frotándose el trasero. Pasaba la hora. Luego se irían arrastrando su carreta.

Los demás, Meldon, Rush, alardeaban de la cifra de sus años. Treinta y cinco en esta iglesia inalterada desde su construcción; después Rush, rebasando con cuarenta y uno incluso la fuerza con que picaba Meldon… cuarenta y un años en el desierto… y ni un león. Cambiaban habitualmente de destino a sus pastores, un proceder muy irregular, esta interminable tenencia. Consciente siempre de a quién representaba, de qué significaba y de qué debía significar, Furber raspaba con las uñas la tela oscura de su abrigo y recorría las baldosas contando cuidadosamente los pasos. Había caído la tarde. Varias luciérnagas, con su fulgor conjunto, habían aureolado la cabeza del santo de nariz

quebrada. Él había sonreído en su aflicción. A media luz, la lápida se percibía vagamente… era Andrew Pike con su fantasmal telón… y recordó haberse inclinado hacia él como un borracho para decir, ah, Pike, insúflame tu espíritu. Seis años no habían logrado atenuar aquel recuerdo. ¿Seis? ¿Seguro que *eran* seis? De algún modo parecía una eternidad… el momento de su nacimiento. Se había sentado allí durante horas en una suerte de estupor que lo empujaba a llorar y a morderse las manos, en ocasiones a apretar dolorosamente la frente contra el suelo, desgraciado de verdad si bien levemente consciente, también, de que Flack, su alma y su sombra de negro, podría estar observándolo. Eso intensificaba su representación y ampliaba en gran medida su alcance. Se embravecía, luego callaba; maldecía y rogaba; confesaba y amenazaba. Se hacía una bola, como el papel. Marchaba, vitoreando: heyheyhey. Reía por lo bajo mientras lloraba, y bromeaba mientras rezaba. Escupiendo, ofrendaba su alma. Vanidoso, era humilde. Orgulloso, sentía vergüenza. Firmo mi petición, gritaba, bastante exaltado, con mis treinta millones de nombres. Y en soledad me encuentro entre mis voces, voces que rugen en mí. Al final las fuerzas empezaban a fallarle; las agotaba todas, y por fin, cuando nada le importaba ya, caía a medias dormido. Por su cabeza, al son de las melodías de canciones infantiles, sus lastimosas creencias, sus pequeñas frases de sabiduría, bailaban como tontas mientras él dormitaba, las métricas forzadas a la omisión hasta quedar reducidas a un vulgar galimatías. Intentaba concentrar sus pensamientos y darles forma de plazas inexpugnables, pero ni una sola línea aguantaban, se rompían antes de cualquier cañonazo, y el logos se alejaba errando desleal, solo, hipando con tosquedad y mascando trozos de patata cruda, con aspecto hosco y peligroso. No un libro sino la naturaleza es la palabra de Dios. Logos. Ningún espíritu. Arremolinado. Chirrido. Shssst.

Willie el llorica,
su nariz brillante y bonita,
va a morir, morir, morir;
como Millie la atontada,
con su tripa tan abultada,
va a morir, morir, morir;
y Minnie la conejita,
la de las nalgas jugositas,
va a morir, morir, morir;
y la bella Lily igual
cuyo busto sin rival,
sube y sube sin parar
se debe asimismo rendir,
quiera o no que sea así,
y morir, morir, morir.

En una ocasión anterior, pero de un modo totalmente distinto, tuvo una revelación. Fue a los once años, todavía un niño asexuado, ya por entonces débil, con síntomas de parálisis y una tendencia tan pronunciada hacia el miedo que casi había hecho perder el juicio a sus padres. En aquella época buscaba el terror como si de una flor de dulce fragancia se tratase. Blanquinegro, patizambo y ciego de un ojo, el *bulldog* de la señora Kermit Hazen atravesaba corriendo el jardín desde su lugar de costumbre bajo un arbusto para morder la sombra de Furber donde esta caía por entre las estacas.

Con demasiada frecuencia encontraban a Jethro allí tirado e inconsciente, y entonces su madre y su padre se abrazaban,

llorando, preguntándose qué diablos iban a hacer con su hijo y por qué se sentía tan atraído por aquellas maneras tan extrañas y demenciales, tan crueles y antinaturales. Le negaron todo libro que con sumo cuidado no hubiesen examinado ellos mismos, al igual que le prohibieron ir al cercado de la señora Hazen y más tarde a la cantera y a los riscos más allá del pueblo, y al final a todos los rediles a causa de los gansos y a las estaciones a causa de las locomotoras, luego a los funerales, a los cementerios, a los zoos y a los circos, a los sótanos, a los armarios, a las buhardillas, a los bosques frondosos y a las casas deshabitadas, a las competiciones atléticas, a los fuegos, a los mítines y a las reuniones evangélicas —a cualquier forma de entusiasmo público, de hecho— y trataron de guardarlo también del ruido y de la violencia de las tormentas, así como de cualquier otro notable sobresfuerzo de la naturaleza; pero ninguna de aquellas prohibiciones surtió ningún efecto pues licenciosamente él las desobedecía, y las amenazas de su padre, los ataques de histeria de su madre, las horas de duelo y conmiseración de ambos, al ser cosas a las que temía él tanto, las buscó con las mismas ansias con que buscó al *bulldog*, o los relatos de caníbales en los libros, o el mareo que siempre se adueñaba de él en los lugares altos.

Prohibirle la Biblia era impensable, y como era un libro con el cual podía ser visto sin peligro, Jethro Furber tuvo de él un conocimiento completo desde edad muy temprana. Leyó cómo lapidaban a un hombre por recoger ramas en Sabbath. Le resultaba fácil imaginarse en un círculo de piedras y rostros implacables —lo peor, los rostros— pues ¿no había sido él mismo aguijoneado por los guijarros y derribado con una gleba y golpeado además por sus compañeros? Tercer rostro: pequeño y delicado, casi liso, los rasgos apenas engastados en la superficie como adornos en una galleta… sonrisa trémula… diminuta mandíbula que retiembla. Al caer, las ramas que había recogido estaban desperdigadas en torno a él de cualquier forma. Luego la gente se repartió sus ropas y demás

pertenencias, y sus familiares apartaron su recuerdo de sus mentes tal como había sido apartado él del pueblo. También su mujer lo olvidó, incluso el tacto de su mano. ¿Por qué no?, una mano es una mano. ¿Era un héroe? Plantado desdeñoso en medio de todos, dijo: vamos, ¿quién va a ser el primero? Y luego: buen tiro, viejo Korah, hijo de Izhar, compañero de juegos de mi juventud, amigo en mi adultez, vecino y querido. ¿O corrió hasta que una piedra le rompió la rodilla? Quizá les suplicara. Quizá cayó a sus pies y ellos le tiraron un canto sobre el cráneo. No, ya lo tengo: empieza implorando. Las piedras llegan aun así y hieren. ¿Por qué el asombro? Es un trato justo, piedras por ramas. Jamás creyó que se las tirarían a *él*. Buenos amigos, parientes míos. Pero debe protegerse la cara. Se ovilla, empequeñeciéndose. Las pedradas comienzan a doler y ahora echa a correr. Ah, la diversión ha comenzado. Vamos, arre. Arre. Hurra.

¿Héroe? Poco probable. En cualquier caso: ¿para quién? Una vez estás muerto no hay diferencia, no te fastidian los milanos.

Leyó cómo a Korah, hijo de Izhar, hijo de Korah, hijo de Levi, se lo tragó la tierra junto con todos sus seguidores, mientras el fuego consumía a otros doscientos más. Leyó cómo las hijas de Lot yacieron con su propio padre borracho; cómo el Señor destruyó Sodoma y trajo el diluvio. Leyó cómo el Señor aniquiló a los primogénitos de los egipcios, y cómo, a petición de Moisés, los hijos de Levi masacraron a tres mil de sus hermanos, y más tarde a todo varón de entre los madianitas, y a sus hijos varones, y también a todas las mujeres que se hubiesen acostado con hombres, quedándose para ellos solo con las jóvenes vírgenes. Leyó cómo Israel, a las órdenes de Josué, masacró todo Jericó salvo a una prostituta, y cómo Josué ahorcó a cinco reyes en cinco árboles antes de destruir sus ciudades, y cómo cierto levita, a cuya concubina violaron unos hombres de Guibea en vez de a él (pues eran pederastas y lo habrían preferido a él), dividió después en doce partes el cuerpo de ella igual que un pastel y

envió cada parte a cada una de las tribus de Israel que pudiesen declararle la guerra a Benjamín. Leyó cómo Saúl y sus hijos y su escudero y todos sus hombres murieron el mismo día, y cómo Uza cayó fulminado por tocar el arca al flaquear los bueyes, y cómo Amnón violó a la hermana de Absalón así que Absalón mandó matar a su medio hermano Amnón, y cómo Absalón le robó luego a su padre, el rey, la lealtad de su pueblo, y para vejarlo yació con las putas de su padre, y al final condujo lejos a su pueblo. Leyó cómo finalmente Absalón fue derrotado, y cómo huyó en mulo y se enganchó con las ramas de un árbol y allí Joab, el capitán de su padre, le clavó tres flechas en el corazón para que los perros se bebieran su sangre. Leyó cómo Joab derramó en el suelo las entrañas de Amasa y recibió la cabeza de Sebá, la cual fue arrojada desde las murallas de su ciudad para aplacar la ira del rey David. Leyó cómo el Señor envió una plaga a Israel, cómo Su ira devoró a setenta mil, y cómo fue vengada Amasa, pues Salomón mandó matar a Joab, y cuán enamorado estaba Salomón de las mujeres extranjeras así que el Señor le arrebató las doce tribus de Israel y se las entregó a Jeroboam, al cual, sin embargo, maldijo El más tarde con una terrible maldición, que causó la muerte a su hijo.

Estos y muchos otros. Vio a Absalón vivo en el roble y la cabeza de Sebá cayendo del muro y la espada de Joab penetrando en Amasa. Oyó al Señor maldecir a Jeroboam por medio de la boca de Su profeta Ahías: un perro se comerá a aquellos de la casa de Jeroboam que mueran en la ciudad, y los pájaros se comerán a aquellos de su casa que mueran en el país, y todos los de su casa se consumirán como se consume en el fuego una plasta de estiércol seco. Imaginó a los hombres del rey David al pie de las murallas, la cabeza de Sebá remontándolas en parábola, y a Joab corriendo a cogerla antes de que se aplastara contra las rocas, echando a perder sus rasgos, ya que el rey gustaba de hacer que le trajeran a su presencia las cabezas de sus enemigos, pues en la disposición final de sus rostros esperaba encontrar el sentido de sus

muertes. He aquí la cabeza de un hombre estúpido. ¿Por qué sonríe de un modo tan juicioso? Cuarto rostro: bigotito y barbilla triangular, ojos que giñan nerviosos… ¿algo en ellos?, ah, se está mascando la lengua… guiña tic masca toe, guiña guiña. Llevas esperando demasiado tiempo, como se llame ya ha empezado, de dum de dum de dum de dum: pongámonos en pie para alabar al Dios resucitado. Oh, no, en efeeecto. Incorrecto. La tercera piedra, rojiza, pequeña, plana con los bordes redondeados y un corte glacial —tras haberse quedado las dos primeras penosamente cortas— la lanzó un niño con aspecto de hurón y traje de marinerito. Rebotó dos veces antes de girar hacia su objetivo, luego dos veces más, rápidamente, golpeando al gigante entre los ojos de tal manera que este cayó con un gruñido, haciendo temblar la tierra. Hubo un aplauso generoso y un griterío considerable. Una columna de polvo se elevó desde debajo del cuerpo, dos mil estornudaron. Con un estruendo de armas colisionaron los ejércitos. Ar. Ar. Ar.

Vio a Absalón vivo en el roble. Salió volando una nube de langostas y los sirvientes del rey David las vieron elevarse y supieron dónde se encontraba Absalón. Mientras Joab le atravesaba el corazón y diez de sus hombres le golpeaban, el mulo pastaba. Dijo Absalón, oh, ha venido el amigo de mi padre, mi pariente; pero Joab no habló, afianzando las flechas. Entonces la cabeza de Absalón fue como la cabeza de Sebá arrojada desde lo alto de la muralla y como la de Amasa, que fue asesinada en la carretera; fue como la cabeza de la concubina que el levita envió a Judá a modo de mensaje; fue la cabeza de Goliat y la del otro hombre lapidado; fue la cabeza de Saúl y las de los cinco reyes que Josué ahorcó en los árboles; fue como las cabezas de millares introducidas una por una en sus sueños y sostenidas por el pelo como el roble había sostenido la de Absalón, todos aquellos a quienes la guerra y la plaga y la traición habían masacrado, cada una en las garras de un guerrero, y todas sonreían del mismo modo… juicioso… y Furber oyó que el rey David murmuraba, ¿por qué sonríen?, ¿cuál es su sentido?, pues cabeza tras cabeza, incluso aquellas

con ojos tristes y dientes precarios, aquellas que encontraron la muerte llorando, sonreían. Estaban todos de pie junto al árbol formando un grupo, incluso Jethro, que era el más bajito. Abner, que llevaba la diadema de hojas, ya se había escondido. Ruth, la chica gorda, empezó el cántico.

Hingle-di

dingle-do

esto es tan lin-la-do

que si vamos solo-lo-los

hallaremos la corona

Entonces todos corrían, Jethro gritaba, sacando a sus padres de la casa a la carrera. En la carpa junto al rey había gente en bancadas, plañendo. Dijo el rey: ¿corto en dos a este niño? Tal cual. Alguien tocaba el piano y todos se levantaron a cantar. Oh, creo en ti, Señor, así es. Jethro corrió al frente, diciendo: he visto a Absalón vivo en el roble. Su padre lo sacó de allí a rastras, berreando. Nunca más. Basta de circos religiosos, ¿te enteras? ¿Ni siquiera un saltimbanqui canta-salmos? Un poco de música introductoria, por favor. Damas y caballeros. Permítanme dirigir su atención hacia la Cúspide de la Carpa: ¡El Señor de las Huestes!, ¡desde el mismísimo Egipto!, ¡flotando!, ¡por Los Aires!, ¡y sin red!, ¡sin Apoyos!, ¡de Ninguna Clase! ¡Nadie Más en el Mundo es Capaz de semejante Festín! Dum diddi dum dum, dum daaaa. Pero a quien veía sobre todo era al hombre lapidado. Cuando empezaron a lanzar piedras corrió hacia una pequeña colina. Las moscas bebían de su sudor. No era más que un juego llamado el rey de la montaña. Del sol llegó un piedra y le dio justo detrás de la oreja. Muerte en todas direcciones. Se tambaleó como un borracho ladera abajo hasta los brazos de todos.

diadema

diademita para el pelo

dónde estará nuestro reyezuelo

el rey ha huido

Furber no se detuvo mucho con los libros posteriores. Le decepcionaron. Con el Apocalipsis incluso se mostraba un tanto desdeñoso. Lo que aquel santo había soñado, Moisés y Josué lo habían hecho. Su libro estaba lleno del viento de las trompetas y de las alas insustanciales de los ángeles, y si bien se daban cataclismos de todo tipo, los cuales el prisionero del emperador prometió que destruirían la quinta o la cuarta o la tercera parte de la tierra, sus amenazas eran como las que el propio Jethro había proferido a veces desde su jardín a la intimidante gorda con quien a menudo jugaba y que le había enseñado, como suponía él que Roma le había enseñado a Juan, sus partes íntimas; y en consecuencia nadie cuyo pie levantara en el camino auténtico polvo era privado de sus entrañas por la espada; pues Furber ya había leído cómo el rey David había censado Israel, enojando al Señor, y cómo el Señor le había dado a elegir el castigo para su pueblo; tres años de hambruna, tres años de huida ante sus enemigos o tres días de peste traída por un ángel, y cómo el rey David había elegido sabiamente esto último, diciendo: déjanos caer en las manos del Señor, pues Su misericordia es grande; pero no nos dejes caer en las manos del hombre; así que Furber tuvo, incluso de niño, la sensación de que si el Señor deseara de verdad llevar al mundo a un terrible final, Él no haría chocar cielo y tierra ni haría brotar fuego del suelo ni encresparía cual voluta el mar, sino que se limitaría a retirarse para que la tierra entera y los cielos más allá de la tierra se posaran silenciosamente en las manos del hombre.

He visto a Absalón vivo en el roble; he visto su cuello entre las ramas; langostas le salían volando del pelo. Luego un

sirviente de David también lo vio y corrió a decírselo a Joab. Oh, evítalo… ¡evítalo! Pero Joab ha venido con su toga de sangre para desnudarle el pecho a Absalón, mientras Absalón lo observa, y buscar su corazón. Nunca he visto a Dios nuestro Señor. Pero he visto a Absalón vivo en el árbol.

Jethro fue sacerdote de Madián, suegro de Moisés y sabio consejero. Furber, además, tomó la determinación de vivir por la Iglesia. Pero en un principio era solo aquella época salvaje y su propio terror lo que lo atraían: la inmensa expansión de las huestes opositoras y los estridentes gritos de la batalla, las plagas y el envolvente mar, la nube y la columna de fuego. Entonces una mañana, todavía con los ojos doloridos por un sueño desagradable, entró al salón donde la Biblia descansaba abierta en una mesa junto a una ventana, la brisa de la mañana pasaba sus páginas, y mirándola distraídamente vio estas palabras de san Pablo, que parecieron saltar de la página para golpearle: «pues desde la creación del mundo las cosas invisibles de él están claramente a la vista, se entienden por medio de las cosas hechas, incluso su poder eterno y su Divinidad». Y su corazón se detuvo. Se hizo un inmenso silencio en su interior. Era un silencio como el que se apoderaba del mundo cuando dormía. «Son sin excusa alguna». Se había pasado la noche en la carpa de David, ante las filas de bancos y de la gente que aplaudía. Se habían traído cabezas, y David, escrutándolas todas, le había preguntado una y otra vez: ¿qué ves?, ¿por qué sonríe?, ¿qué sentido tiene? La cabeza de Goliat. Riendo, David le había metido los dedos en la boca. Eres un pez que ya no muerde, viejo amigo. Saúl.

Las lágrimas habían empapado la barba de Saúl pese a estar sonriendo. David agredió a la cabeza con su lanza. ¿Cuánto hace que sucede esto? Saúl —muerto— llora. Y nadie se ha atrevido a decírmelo. La cabeza de Sebá, que Joab cogió al vuelo corriendo con desmaña, y la del propio Joab, y otras muchas de los capitanes de David, sonreían. ¿Qué sentido tiene? La página se curvó y la pasó la brisa. Furber había gritado: sí, así es; mientras en la cocina las cacerolas

resbalaban ruidosamente. Para Jethro eran trompetas. Incluso ahora, al recordarla, la piel le hormigueaba. Aquella terrible noche de las cabezas. Hubo una plaga entre la gente de la carpa. Se pusieron a gruñir y a caer de frente sobre sus caras. Dijo David: cantemos una canción que he compuesto yo mismo.

roja

roja

doncellez

Janet ya no es ningún chico-oh

Un hombre y una mujer se asomaron a la carpa. Jethro se levantó, gritando airado: esa es una mujer madianita. ¿Quién fornica con esta hija de Moab, trayéndonos esta plaga de cabezas? Y cogió la lanza de David, pues David lloraba —la cabeza de Absalón se balanceaba de los pelos— y atravesó corriendo el pasillo para ensartar magníficamente con ella al hombre y a la mujer —bravo—. David lo alabó, diciendo: has aplacado la ira de Dios para con el pueblo de Israel. Entonces trajeron una cabeza extraña, una cara sin rasgos, sonriente, sin mejillas ni labios ni barbilla, y Furber dijo: ¿este quién es?, ¿qué sentido tiene?, y David respondió: es la cabeza de Jethro, sacerdote de los madianitas, en su día suegro de Moisés y sabio consejero.

Su madre vino de la cocina donde estaba pelando pepinos. Qué ocurre, Jethro, dijo. También esto, pensó él, es una señal, hasta el olor a pepino, y he de procurar entenderla. Al final de su sueño, mientras se sentaba paralizado junto al rey, habían traído otra cabeza. Esta es la cabeza de Salomón, tu hijo, dijo una voz a David. El rey David se levantó despacio, cayéndosele sus armas. Pero yo morí antes que Salomón, dijo. ¿Corto en dos a este niño?, dijo la cabeza de Salomón. Morí antes que Salomón, dijo David, cayéndosele sus prendas. Dime que no estoy sonriendo. Dímelo. No te oigo, gritó él,

cayéndosele el cuerpo. Dime que no estoy sonriendo no estoy sonriendo no estoy sonriendo… Pero su rostro mostraba una sonrisa tan dulce y apacible y sonrosada como las cabezas, por ejemplo, de Saúl y Amasa, como las cabezas, por ejemplo, de Goliat y Joab, o como la cabeza del estúpido Sebá que con tan poco garbo atrapó Joab justo a tiempo. Jethro dio a su madre un besito tranquilizador y le preguntó qué había para desayunar: melocotones con nata, leche fresca, rollitos de canela y mantequilla, mermelada de fresa con trocitos.

Te habría encantado mi madre, Pike. ¿Feliz? ¿Orgulloso?

Damas de visita con elaborados sombreros de domingo me protegían la cara del sol que entraba a raudales por las ventanas del salón las tardes de verano. Madre me abraza. Ya lo ha decidido, dice ella, y ellas —las damas con alisados rostros maquillados— sonríen y suspiran. Tan joven. Y madre siempre las malinterpreta. Pero no demasiado joven para decidir, insistía ella. Quizás tía Janet se apartaba de la pecera.

Tenía esperanza de que los peces le mordisquearan el dedo. Decía que creía que le harían cosquillas. Si paraba era siempre para clavarme aquel dedo, goteante, en las costillas. Su ancho sombrero me ensombrecía los ojos y yo parpadeaba ante los objetos que colgaban del ala. Así que has elegido a Cristo, hijo mío, decía en voz baja y suave, arrimando su cara a la mía de tal forma que siempre veía los polvos en lo profundo de sus arrugas. Eso —me clava el dedo en un costado— es estupendo. Madre tira de mí hasta sus senos en un aluvión de amor, abollándome la nariz con uno de sus botones. No cuenta gran cosa al respecto… pero Janet, creo que ha tenido una vivencia.

Pike, ¿y si hubiese dicho: sí, madre, le he visto las partes íntimas a Ruth la gordita? ¿Habría cambiado mi vida? ¿Mucho? Oh, tendría que haberlo dicho. Lástima. No alabar las partes de Ruth la gordita. Ah, si yo hubiese tenido tu espíritu, Pike, cuando se levantó la falda. Insúflame tu espíritu.

contonéate, oh

gigoló

viviremos en un bungaló

allá en mis blandos bajos

hasta que te hayas ahogado

Habla Pike: a las damas les encantan los chiquillos religiosos.

Por dios, Pike, tienes razón. Yo les encantaba. Me abrazaban, pellizcaban, estrujaban, rodeaban de abalorios. Luego Morton, además, viejo santurrón chuloputas, me estrechó la mano y me regaló un himnario con el lomo roto. ¿Qué número era? ¿Noventa y dos?, levantémonos para alabar… no, el diecinueve, no, ese es el número de salmo: «los cielos cuentan la gloria»; pero Pike, es lo que de niño aprendí de Pablo, aunque ya estaba al tanto desde mucho antes. «Un día emite palabra a otro día». ¿Qué sentido tiene? Dios habló aquel día por entre los labios inferiores de Ruth la gordita pero el sentido de su proposición se me escapó. Bueno, incluso Moisés estuvo lento de entendederas con aquella zarza ardiente. Se me escapó también el sentido de tía Janet que acaba de amartillar su pulgar y apunta con su dedo índice, ¡blam!, abrázale el pecho rápido, demasiado tarde, se me ha alojado en la costilla justo debajo del brazo y se está poniendo cerca la luna, ves las montañas y los cráteres y las líneas de nieve y hielo. Hay un ratón sajado royendo indistintamente quesos por valor de, ssh-¡blam!, diez centavos. Quesos. Quesos con agujeros. Janet, creo que ha tenido una vivencia. Bueno, el chico es muy excitable. Pero está cambiado; no te haces una idea. Y tan joven, mi niñito querido. No tiembla. Puede que lo haga, de nuevo, hay tiempo de sobra.

Tendría que haberle recordado, Pike, que Jesús ya era un Dios cuando era un feto, pero yo no tengo un espíritu, un espíritu

como es debido. Cristo. Ningún espíritu. Tumulto. Chirrido.

uno un pastor
dos un clérigo
panecillos de pascua
tres un doctor
cuatro un hermano
bien horneados
cinco un reverendo
seis un ovejero
comeos todos uno
siete un predicador
ocho un profesor
no hemos acabado
nueve un pastor
diez el siniestro
el fin ya ha llegado

Escucha, Pike, ahora eres un espíritu pétreo, un efecto de la luz, y tal vez sepas ya lo que trato de decir, pues has pasado por todo esto y has muerto de amor, la mejor de las muertes. Tengo la cara enfundada en las ropas de mi madre. Sus diamantes de bisutería me hacen daño. Mira: se me van los pies. Los peces rehúyen el dedo índice de mi tía. El sol cae a raudales sobre los geranios. ¿Qué tiene esto que ver con lo que siento, con lo que soy?

Tía Janet se sienta despreocupadamente en el borde de la silla, sus manos en su regazo como fruta caída. Su mirada es tierna y acuosa. El pasado la ha sobrepasado, al igual que tú, Pike, me has sobrepasado a mí. Yo tenía unos doce, entiendes,

y la buscaba con las ansias de un amante. Pero ella llevaba toda su aflicción por dentro, Pike. Bien podría haber sido de piedra o escayola como aquel santo sensiblero. Y cuando en mi cuarto me echaba a llorar, pues en aquellos días tenía yo querencia por el llanto, me di cuenta de que mi aflicción no tenía conexión alguna con mis lágrimas. Cualquiera podría verlas caer, pero nadie podría saber cuánto quemaban. Entonces probé las partes íntimas de Ruth la gordita en mi tía y mi madre. Oh, fui como el príncipe en busca de Cenicienta, levantando cada falda. Pero tenían nombres gravemente equivocados. Nada tenían de íntimas aquellas partes que más tarde oí a los chicos del seminario llamar los márgenes del río Orina, ni eran de la talla de las zapatillas de baile; pues si bien todas las chicas y damas se las ponían, a ninguna parecían encajarle a la perfección. Un día, algún tiempo después de «mi vivencia», tal vez tres semanas o un mes, Janet había venido con arreglo a su costumbre a dar empujoncitos y a alborotar a nuestro peces, después de que su beso me hubiese pringado de maquillaje la mejilla y hubiese amartillado su puño y arponeado dolorosamente mi costado, felicitándome por el cese de mis temblores (un almohadón para la cabeza de tu madre, dijo); después de haberse posado en el borde de la modesta silla escalera que le gustaba porque era tan ligera y delicada como ella, y de haber cogido aire de cara a uno de sus «temas peliagudos» favoritos, pues su conversación consistía exclusivamente en prefacios, prólogos e introducciones para punzar temas tumescentes que con prudencia nunca llegaba a tocar; y cuando, siguiendo un preámbulo especialmente largo y tortuoso hacia lo que adiviné era el problema de la madre soltera, se hundió detrás del mar que de repente se elevó en sus ojos como siempre hacía, la vi, ojo a esto, Pike, ¿estás despierto?, la vi, posada en el borde de su silla tal como he dicho que tenía por costumbre, dejarse ir y lentamente desplomarse. La ayudamos a incorporarse enseguida, por supuesto. No parecía herida, ni siquiera indispuesta. Se ha resbalado, dijo mi madre, porque se queda ahí posada y no atiende nunca a lo que sea que esté haciendo. Quizás pienses

que es cosa de mi imaginación enfermiza, que tiene el cuerpo de un mendigo, lo admito sin reservas, pero todavía la veo, cada vez que lo deseo, dejándose ir y cayendo, su falda alisándose y fluyendo tras ella e hinchiéndose después conforme ella se gira en el aire. Yo había captado la naturaleza de aquel acto, Pike, y mi conocimiento me perturbó sobremanera, si bien procuré no exteriorizarlo y me marché en cuanto hallé el valor. Estaba ahíta de vida, y al fin se desasió de ella y soltó lastre. A veces también la veo en sueños, resbalando de la cornisa de una ventana o del saliente ventoso de una montaña, las faldas se le levantan rodeándola mientras desciende y dejan al descubierto las partes íntimas de Ruth la gordita. Da volteretas hasta que ya no sé qué es cara y qué cruz y ella se hilvana sobre sí misma hasta formar una única máscara cómica de sonrisa amplia.

Habla Pike: en Ruth la gordita estaba en realidad la cara de la verdad.

Por dios, Pike, tienes razón. La cabeza de Medusa, con la sonrisa levemente bigotuda de Medusa. ¿Te convirtió en piedra semejante visión? Morton, recuerdo, me frotó la espalda. La humildad, hijo mío, también es importante. El himnario que me regaló tenía las hojas dobladas por todos los lugares de costumbre y siempre se abría por *Castillo fuerte es nuestro Dios*. He ahí un hombre que hizo de mullido almohadón. Pike… cuando dejé de temblar y de desmayarme, las damas me envolvían con sus cálidos brazos y me arrullaban al oído y me revolvían con dulzura los cabellos. La silla de tía Janet había patinado, volcándose cuando ella se cayó. Ambas era ligeras pero mi tía era voluptuosa. La sostuve cual amante, recibiendo su alma. Fue entonces cuando sentí que todo mi interior se estremecía. No se parecía en nada a la perlesía corporal. Esa todavía la tengo. Era un temor del espíritu, un miedo terrible a los fantasmas. Sombreros me tapaban el sol. Los pétalos de las plantas en macetas se estaban volviendo púrpuras. Ella se levantó a través del círculo de mi agarre, frotándose en éxtasis contra mí. Bueno, ¿por qué no?

Yo era el vulgar receptor de carne, ¿no es así? ¿Y no se acabó todo, la severa presión y el escrúpulo de la vida? Debió haber cierta ternura en consolarla por la caída. Eso creyó ella. Pero fue su espíritu lánguido lo que yo sostuve, tan desvalido, echado sobre mi brazo, como un chal. Fue la primera vez que hice uso de la mirada devota, Pike, y al principio no me hizo ningún bien. Los abalorios y camafeos y botones me hacían cortes. Morton me estrujaba el brazo, ese estúpido viejo verde. Al momento de incorporarla, la vi estimar la edad de las zinnias. Rendida de espíritu, Pike. Ya sabes lo que eso significa. Rendida de espíritu, y aun así se preocupó en adivinar cuánto tiempo llevaban cortadas las flores de mi madre. Que yo me había decantado por dios, dijo mi madre, y unas asistentas viejas vestidas con elegancia vinieron a verme y a hablarme con susurros sobre Jesús. Flaco favor habría hecho insistir en que yo no lo había elegido, que había elegido al Señor de las Huestes, Su Carpa, Sus Mallas y Su Trapecio, que no era ni de lejos lo mismo; así que me abstuve. Mi prematuramente arrugada tía alargó la cabeza. Tenía los labios extendidos con amor. ¿Qué me dices de eso?

Habla Pike: en las mujeres la venganza cobra forma de religión.

Por dios, Pike, tienes razón. Y yo tuve la mía. Acudía con fe a los servicios del hermano Morton y me sentaba aparte, no por orgullo ni por desdén, sino con la mente absorta, como arrobado; y me atrevo a decir que había ojos que veían las volutas de una querúbica nube rosa como briznas en mi pelo. Yo agachaba la cabeza y escribía en su himnario con un cabo de lápiz, que, no lo dudes, mantenía oculto con el mayor cuidado, cualquier palabra o rima guarra, cualquier cancioncilla obscena que recordara o fuese capaz de inventarme sobre la marcha (tenía talento, aunque los once no es una edad muy aventajada), mientras que al mismo tiempo anotaba las páginas de los himnos en las que hubiera escrito, refiriendo al lector a ellas, o daba al devoto consejos como este

el salmo uno once has de cantar

si los cielos quieres avistar

pero si es pasar un buen rato lo que te mueve

canta el salmo sesenta y nueve

Pop pop pop, rompía los lomos. Oh, Pike, entonces mi espíritu era ligero. Cuán pesado es ahora. Insúflame tu espíritu: no sé en qué creer. Me ha abandonado la suerte. Predico y nadie escucha. Tan solo se amplía la grieta en la ventana. Nar. Nar. Nar.

Habla Pike: no creas en nada que no suene bien.

Por dios, Pike, que ahí tienes algo. Pero me pitan los oídos, y todos esos rostros ruidosos… El quinto rostro es el de un cerdo, las narinas dirigidas como ojos, la piel de sus carrillos centelleando húmeda, los dientes como guijarros cubiertos de musgo, demasiado tiempo metidos en saliva, filas de blanco pelo tieso por encima de la frente. Difícilmente circeano. Vamos a por otro número, señora Samson, digamos, *The Oíd Rugged Cross*. Qué bien se está en el jardín, ¿eh?, la brisa fresca y los aros blancos de *croquet*. Seguir a Cristo es estupendo, mi niño, lo vas a disfrutar. ¿Feliz? ¿Orgulloso? ¿Dormido? ¿Pike? No me dejes, estoy solo. Oh, Señor ¿no eras acaso un religionario del birimbao?, ¿no espachurrabas un acordeón?, ¿te palmeabas la rodilla?, ¿bailoteabas? Samson no, maldita sea, sino mi Kinsman[4], el hombre lapidado, cuyo cadáver es ciego. ¿Qué ha pasado con la luz? Ah, Pike, las moscas nos han fallado. La tal señora Pimber tiene una mano maliciosa, un pensamiento que se me acaba de ocurrir, no como la señora Claude… um… Spink, la alterada, que se está quedando calva pero que por vocación acude allá donde haya música. Qué tal *Throw Out the Lifeline*, esa es estimulante. ¿Otra magdalena? No tires la mantequilla, el mantel está tan blanco, la hermosa extensión de un objeto limpio, y las

sombras azules de la cubertería me otorgan una calma maravillosa, ¿y no notas la frescura del vidrio y el silencio de la porcelana? ¿No? ¿Otra magdalena? ¿Café?, leche y azúcar, por favor. Mira el fantasmal espíritu derramándose en la oscuridad, nublándose. ¿Mojar? Solo en ocasiones. La señora Chamlay fríe las mejores rosquillas; le van a encantar, señor Furber. No hay nada como la cocina campera. Bueno, lo copioso siempre me ha encantado. La iglesia debe organizar un mercadillo, una manera de salir adelante. Por amorosa caridad. Tartas, ropas y besos. Premios a la castidad. Son tan divertidos los helados en julio. Piensa en esas mesas largas con blancos manteles de papel bajo los árboles. El frescor de la sandía en la boca. ¡Pike, Pike! ¡Ven! ¡Unete a mi causa! Los alborotos son raros aunque es sabido que ocurren. Tiraba piedras al pudin de la anciana señora Jasper. Lo compró Cari Skelton para hacer enfermar a su propio perro. Resultaba bastante entretenido. Me acuerdo del cuenco; ella lo sacó a subasta. Y vaya unos objetos preciosos que tenía, pobre mía. Un toque de azul no muy agradable en el chocolate. ¿Quién se hizo con él? (Samantha se ha ensombrecido; tiene los labios serios). El gordo aquel del señor Arthur que se volvió a Windham. Y ni un mes aquí. ¡Pike! Un desierto, Pike, un desierto en el que ni Jerónimo habría morado. Habría recogido sus libros y se habría vuelto a Roma. Tú viviste con los indios, muy bien, pero yo he caído entre gente. ¿Es que nadie va a sentir lástima por mí? Habla y di, oh, gran postración de cielo, vasto torso y hueca botella de agua, ¿escupirías sobre tu imagen, eh? ¿Eh, Barlar? ¿Grunn? ¿Petvich? ¿Hooloo? ¿Kishish? ¿Quarckaling? ¿Sull Yully? ¿Nannerbantandan? ¿TuK? Hay demasiados grajos, no van a contestar, demasiados trinos de cuervos, de vencejos y de aves de presa. Da igual, demos una respuesta… un pájaro de mal agüero… ningún fantasma… shreeeeeee…

La luna se está poniendo cerca. He aquí los desiertos y las montañas. Ahí estoy yo, el de la mirada en alto, cruzado de piernas en una piedra. ¿Es eso un león comiendo de mi

regazo? Mi espíritu se alimenta de sal y de agua. Supongo que no conoces a los padres del desierto, Pike, no fuiste ningún erudito. Pues escucha, tienes mucho que aprender. Un monje que vivía en uno de aquellos monasterios egipcios se vio asaltado por pensamientos de lugares remotos, y el deseo de abandonar el agujero seco en el que estaba y visitarlos empezó a atormentarlo de un modo severo como ya te puedes imaginar, pues a él lo hicieron igual que al resto de nosotros, ojos débiles y rodillas lampiñas. Le habló al abad de sus tribulaciones, igual que estoy hablándote yo de las mías, Pike, y el abad dijo: ve a tu celda y entrega en prenda tu cuerpo a sus muros; deja vagar tus pensamientos a su voluntad pero prohíbe a tu cuerpo removerse. Así que el monje hizo lo que le sugirió el abad y al parecer sus deseos fueron aplacados. ¿Ves ahora lo equivocado que fue aquello? Santo cielo. Satán tenía al abad ese comiendo de su mano. Los tenía a todos comiendo de su mano, incluidos Macario, Pablo y Antonio. Los zarandeaba como al desierto una tormenta.

Habla Pike: cargarse el cristal no es castigo para el cristalero.

Por dios, Pike, eres rápido. Una vez prediqué en Cleveland sobre ese tema. No puedes sentir el espíritu por medio del cuerpo, es demasiado lanudo y grueso. Aquel monje tendría que haber atado su mente al muro y dejar que su cuerpo se fuese al cuerno. Pero sé de una historia mejor, es sobre san Arsenio que heredó una propiedad de cierto pariente suyo, un senador. Presta atención, Pike, tienes muchísimo que aprender. Cuando el juez de paz le trajo el testamento, lleno de frases ceremoniosas y con una veta pía, tal como vienen invariablemente nuestros testamentos, él lo rechazó con indignación, despachando al juez de paz. Yo fui muerto antes que él, dijo Arsenio, y ahora que él ha muerto, ¿cómo puede nombrarme su heredero? Sí señor, ahí queda eso. Ahí dio esquinazo al demonio, y salió airoso. Y así fue cómo vi a mi tía Janet caerse de la silla estilo Shaker. Ella murió, alma desdichada, en el salto. No sin embargo como una santa sino

como una suicida. ¿Qué más daba si el cuerpo le floreció durante treinta años y se le secó la cara? La edad cavó trincheras en sus ojos. Podría haber sido fuente de fastidio a medida que los años pasaran, aquel cuerpo de retoño y aquella cara marchita, pero me parece que ella vio lo que estaba por venir. Tienes que echar una mirada bajo las colchas, Pike; ¡y por la santa vara de Moisés lo que uno ve entonces! Antes, solo las superficies me asustaban. Di mi cuerpo en prenda al cercado pero mi amor cayó más allá. Y cuando leí sobre la guerra en Israel, fueron los estandartes y el polvo en aquel desierto egipcio lo que me movió, los árboles deformes en que ahorcaron a los reyes. Todo mal. Más adelante, cuando avanzaron los ejércitos y los guerreros se hicieron muecas mutuas y gritando entrechocaron espadas, no remoloneé entre los escudos y los filos de las armas, sino que mis ojos cabalgaron junto a la lanza.

Habla Pike: ¡oh, hemulous blarsh!, ¡colé shemli kitch!, ¡rah poffbrraton tuild!

No te burles de mí, Pike. Después de haberte provisto de vida, no es justo. Además estos insectos me están picando por tu bien. ¿Qué ha sido eso? ¿Alguien hablando? Le pediré a Samantha Tott que enseñe en la escuela dominical, qué buena jugada, una idea encantadora que se me acaba de ocurrir ahora mismo. Oh, me encuentro mal, me encuentro mal, me he rebanado la nariz y nada me repondrá. Abramos nuestros corazones pues, ¿ch? Arrojarme, ya sabes, como arroja la novia el ramo, a los brazos de todos. Mi padre imprime un periódico, Pike. Todas esas palabras. Las voy a espolear hacia casa y haré que me quieran como a un animal abandonado. Un milagro, Pike, vida hecha de tinta. Caray, me libera. ¿Feeesh? ¿Quién es el listillo? ¿Quién no para de hacerme bufachuflas? ¿Eres tú, Flack, o estas malditas abejas febriles? Bueno, Él es un gran comediante —el Rey de la Cuerda Floja, y seguro que se ha burlado de mí—. Mal. Mal. No siento ya, tan solo recuerdo. Mira: ha perdido Sus pantalones. Caray, Ruth la gordita tenía una cara en ambas rodillas. Santo cielo, lleva Sus

calzoncillos rojo chillón. Querubines resoplantes, parecían, labrados por un genio de engoznadas arrugas: el pequeño Norte de mofletes paperosos, el Oeste de mirada cruel. De este modo aparecen las partes. Menudo aullido, por todos los santos. ¿Orzar? ¿Quién ha dicho eso? ¡Oh, insúflame tu espíritu! ¿Pike? No me dejes. Mal. Mal. Mal. No me vayas a dejar. Escucha. Tengo contigo una deuda de seis frases de sabiduría, pero el número sagrado es el siete. Haz crecer otra y así no tendré ningún otro fantasma ante mí. Sé Pedro Lombardo, Pike. Siete metales, siete maravillas, siete edades… esa frase de Pablo, casi se me olvida cuánto me transformó cuando tenía apenas doce y recogí del suelo el cilicio de Jane. Mañana voy a arrancar de raíz el reloj de sol y a apalear el cuerpo de ese san Francisco de escayola.

Habla Pike: por el modo en que está el mundo, tienes que mirar debajo para ver lo de arriba.

Lo haces por Dios. El pensamiento lo puso patas arriba. Parecía condensar la totalidad del inservible modo del mundo —de existir uno—. Y versiones de eso empezaron a pulular sin control por su cabeza. Tienes que mirar en derredor para ver en línea recta. Bastante buena. Util. Y llanos los lugares escabrosos. Pero eso no es sino geometría. Pero mide la tierra. Tienes que ir despacio para alcanzar. ¿Comer para adelgazar?, no, mejor ayunar para engordar, esa ha estado bien. ¿Perder para ganar entonces?, ¿fracasar para triunfar? Arriesgado. Parar para empezar. La forma creaba música silenciosa —lumli lum lum o lum-li-li lum—, como llenar para vaciar, todo extremo físico. Morir para vivir estaba ya un poco manido. Pero incumplir para retribuir. Y mentir para ser honesto. Le gustaba el retintín de aquella. ¡Flack! Soy blanco a fin de ser negro. Primero pecado y santo después. Cruel para ser amable, por supuesto, y el daño está en el dañador, eso dicen, un montón de bla. He ahí mi nombre, mi nombramiento: san Después. Entonces: humilde para ser arrogante; pobre para ser rico. ¿Esclavizar para liberar? Esa conmovía, desde luego. También multiplicar para restar. Dee dee dee. Joven san

Después. Una lista de todas, como la que tuvo el viejo Pitágoras. Par engendra impar. ¿Cómo sería eso pues? Ocho es cinco más tres. No había santos de mediana edad, había viejos o bebés. Ah, dios —el tonto sabio—. El sublime simplón. Bebé en el bosque, cucaracha en el pudin, príncipe en el pobre, belleza embrujada en el sapo. Esta era la sabiduría del paisano y del filósofo por igual, el desorden de la lira, o el arco tensado de aquel loco cuerdo, el sagrado Heráclito. El poeta Zenón. El lógico Keats. Un descubrimiento tras otro: cuanto más coman los ratones, más gordos los gatos. Estaban las lágrimas y risas, por ejemplo, cómo se agitaban y corrían a unirse en una sola pena festiva. Elocuencia muda, rápidas aguas quietas, profundos bajíos. Veamos: remordimiento impenitente, descuidada ansiedad, desatenta preocupación, tenso reposo. Tan cierto en los tigres. Estaba luego la enemistad del sol y la nieve, y la dulce discordia de toda unión, el pringoso acople de la polla y el coño, los polos cósmicos, la guerra que hay en la paz, el tropiezo que hay en la pose y el equilibrio eternos, la primavera y el otoño, amor, conflicto, salud, enfermedad, y la fría duplicidad del Número Uno y todas sus templadas divisiones. La mismidad que hay en la diferencia. El límite que hay en lo ilimitado. La permanencia que hay en el cambio. La distancia de lo cercano a casa. Así, vagar, quedarse en casa. Luego perseguir para ser atrapado, rendirse para conquistar. Método —antiguo— de los chinos. Para pacificar, incendiar. Amor, odio. Besar, matar. Dentro, fuera, arriba, abajo, empezar, parar. Ah… del placer, dolor. Cual circuncisión del corazón. Sentencia y clemencia. Pecado y gracia. Poco importaba; a Lurber le pareció que todo era mágicamente cierto, y su corazón engordó de satisfacción. Hay por tanto bien en todo mal; uno debe descender despacio para elevarse; buscar lo que ha encontrado para llorar su pérdida; concebir en piedra y ejecutar en agua; voltear lo profundo y lo obvio, lo milagroso y lo ordinario; pecar para salvar; destruir a fin de crear; vivir al sol, pero bajo tierra. Sí. Dudar con el fin de creer, esa es vieja, pues así lo cuadrado *está* en el círculo. Oh, Ledón, Ledón. Oh, infinito final. El alma es inmortal después

de todo, probado queda al fin. La única diferencia existente entre la muerte y la vida es que la primera tiene huesos más blancos. Lurber se incorporó, con una nube de mosquitos en torno a él, y corrió adentro.

Eran seis, en efecto. Contando desde el momento en que llevó su cuchara al melón y recorrió con la mirada la fila de rostros, de labios que se arrugaban, de mandíbulas en ligero movimiento, con gesto de bienvenida todos, hacían siete; de manera que seis desde la noche en la lápida era lo correcto. Andy Pike no puso en pie la iglesia tal como ahora se alza, desde luego, eso lo hizo el hermano Rush; algunos de nosotros pensamos que la ubicación original queda un poco más al oeste, sobre todo Mossy y yo, supongo, más tarde conocerás a Mossteller, un tipo de primera, lamenta no haber podido venir; pero la gente de por aquí la llama Pico Pike, de todas formas, a resultas del campanario, por amor a su recuerdo, ya sabe, no por irreverencia… Una mosca cerca de la mantequilla. Mossy y yo. Yo y Mossy. Si inclino mi taza tal vez logre vislumbrar al fabricante. ¿Tendría aspecto de liquen? Una forma agradable la de los cuencos, ligeros como plumas; veo mis dedos a través. Oh, dios, lo que debe uno comerse en Tu Nombre —sin contarte a Ti—. A mí me parecía que ese campanario no era más alto que un olmo y un tanto achatado. Ahora que el hermano Pike se ha podrido en ropas y en espíritu hasta la misma traba de su rienda, para este bocazas él es el viejo Andy. Yo también voy a ir a ver su tumba. Qué pelmazos son los muertos. Seguro que los aparceros usan el Pene de Pike como uno de esos marcapáginas de tela de las biblias. Bueno, igual que *sir* Thomas Browne, me siento bien en los lugares de reposo. Oh, sí, veneración, desde luego. Lo vi desde el tren. Impresionante. Una tajada de melón se le escurrió de la cuchara al llevársela a los labios. Cayendo, rodó desde el montículo de fruta y patinó por el reborde del cuenco donde su diestra cuchara la detuvo justo a tiempo. Una mentirijilla. Probablemente sabían que más allá de las colinas no se podía ver nada. ¿Por qué no había dicho que había echado un ojo

desde el segundo piso de la estación? Imposible. Pensaron que se estaba haciendo pis. Había sal, gracias a dios, pero del limón ni habían oído hablar. En realidad, tendrían que haberlo servido con hielo por debajo y con una fina rodaja de lima. Ahora el melón estaba tibio y escurridizo. ¿Una mala cosecha? No tenía mucho zumo. ¿Muy poca lluvia? Y la fruta tendrían que haberla aderezado con *kirsch* o empapado en vino blanco. Se llamaba Tott, acuérdate, no sé qué Bester. ¿Telegrafista?, ¿taquillera?, ¿tendero?, textiles quizás, o negocio inmobiliario o seguros. Algún tipo de chupatintas sin duda. El oráculo local. El tonto del pueblo. El correveidile del lugar.

Todo tipo de recipientes dispuestos por la mesa en hosca desconexión. Algunos humeaban pese al día de calor; otros albergaban charcos de un escabeche verde en el que como cocodrilos dormitaban pepinillos; otros sostenían montículos de gelatina derritiéndose. Jamón en abanicos y pastel de carne extendido en fuentes dejadas a la deriva entre conservas y quesos, y cuencos de zanahorias confitadas, patatas gratinadas y alubias en salsa que sobresalían por encima del mantel, raído por los lados, al tiempo que se colocaban cestas repletas de rollitos entre tartas en blondas y pasteles en bandejas y galleta en rodajas redondas. Dios maldiga las cazuelas. Que maldiga este Trimalción campero que tengo al lado. La comida campera era veneno. La mayoría, tal vez todos ellos, mira si no a la señora Bocaseria, eran charlatanes de la moderación, de la peor calaña. Beatería del paladar. Recordó el proverbio favorito de san Jerónimo: cuando el asno come cardo, en sus labios tiene la lechuga que merece. Se hizo cierto bochorno en el andén cuando se fue a hacer pis tan bruscamente pero no pasó nada en realidad porque estaba ansioso por ver la torre de Dios, el asta que iba a ensartarlo. Función natural, señoras, como el menstruo. Por las heces de Jesús, como solían decir en la escuela. Aquí, señor, en esta antigua caja de metal, cubierta de cardenillo, tengo varias reliquias curiosas de Nuestro Salvador. Qué maravillosa belleza acrecienta esa noción. Una lástima que los mejores sermones no puedan predicarse. Calor

debilitante… pavor a viajar… ríos de polvo. ¿Le gustaría asearse antes de almorzar? Desde luego él… pero quizás el trayecto… ¿Me ha alterado? Oh, sí, por favor; ¿debajo de las escaleras?, qué ingenioso y divertido, absolutamente encantador, se lo agradezco. Espacio desaprovechado, dice el señor Tott. Asearse. Atisbo de malestar: asearse. Una palabra sucia. Hee. Techo en pendiente, ataúd sofocante. Un espejo redondo y plateado para examinarte los dientes. Escalofríos con poner un pie en las escaleras. Rosas en el techo en pendiente. Hojas plateadas a juego con el espejo plateado. Las mejoras más recientes. Cúspide del lujo. Jesús, me va a dar un telele. Abróchate el pantalón y respira hondo. No están hechos para las tripas, los incontenibles gases. Su último suspiro. Muerte por bosta. El cuerpo de Nuestro Salvador cagó, mas Nuestro Salvador no cagó. Sería apropiado entonces decir que el cuerpo de Nuestro Salvador vio, mas Nuestro Salvador no vio, sudó mas no sudó, se deslomó mas… El cuenco estaba lleno de manchas. Sangre de los mártires. «En inocencia lavaré mis manos…». Se tapó los ojos; le gorgoteó el estómago; todavía oía el tren. Lo había visto todo a través de una bruma: chisporrotear la pila de rescoldos, danzar los manchurrones de tierra, las moscas impacientes. Había en el cristal un paisaje de taras, marcas de dedos, y se halló viajando por todas ellas, llevando cuidadoso la cuenta de todas como si se tratara de las cuadrículas que componen esa peligrosa vereda que va alejándose en cierto juego de niños. Serpenteaba sobre páramos de gris azulado y ríos pegajosos. El cristal empañado, la amplia sonrisa de las rosas, él se sacudía como si fuese a caballo. Polvo en los marcos, huellas de botas en los pasillos, el vagón sofocante en silencio, el calor intenso… un pasaje al Infierno, aquí, bajo la pendiente de rosas sonrientes y la escalera que crujía cual zapato, en compañía del sonido del agua y del opresivo olor de su orina, sonora y naranja; mientras el espejo zarandeaba su imagen y él se inclinaba sobre la palangana Proponiéndose Purificarse como Preparación para un Festín de Amor; empezó a entender la naturaleza de su destino y el alcance de su castigo. Hasta el

momento había ausencias significativas: el marido de la señora del pecho voladizo, por ejemplo, y el marido de la señora de nombre fatuo, ninguno de ellos presente. Lo menospreciaban sin duda; odiaban su nombramiento, que se lo hubiesen encasquetado tan a la ligera, tan inmoderadamente embutido entre los rieles de sus objeciones; y él era además un urbanita, estaba claro, rancio y escuálido, su modo de estrechar la mano distaba de ser cordial, era incluso, cabría decir, poco varonil (mejor eso que un cura tartamudo); y tenía una notoria tiritera general, si bien aquellos ataques no parecían frecuentes; y era pálido, pálido de veras, como quien se ha mantenido a la sombra en cavernas… sí, en conjunto daba la impresión de algo malsano y oculto; pertenecía a la especie de la araña, el murciélago o el escarabajo, compañeros que… una clase que…, o menospreciaban a Tott, podría ser, era un charlatán redomado, ¿quién sabía qué más?, o no menospreciaban ellos sino que ellos eran los menospreciados; o más bien, al ser maridos que… no, había ñaca-ñaca por alguna parte, eso sin duda, y rencor, con eso se podía contar, nimio orgullo local y afrentas imaginarias, pequeñas intrigas como enredos en cordeles. Bueno, su anfitrión estaba encantado con sus, ah… ay, dios… con sus diversas piletas. Mejor no mencionar nada en ese sentido. El ingenio y la pedantería no tenían cabida entre estos tétricos pueblerinos. Arboles, colinas, el río… no obstante la vida resultaba tediosamente plana, llana, acartonada… con una espantosa monotonía como polvo por doquier… un clima sin ningún extremo real, privado de virtud incluso en su promedio… pese a haber árboles, campos en pendiente, un río, aun así la vida era dura, igualada… rígida… inevitable… y los momentos pasaban desidiosos como el ganado arreado, y los jóvenes batallaban en las redes de sus amigos, de sus parientes y demás vínculos durante un rato como peces que gotean antes de agotar sus voluntades y quedarse a vivir con el resto de los mansamente pobres, con sus mascotas y con sus obsequiosas enfermedades… donde como la hiedra la amargura lo cubría todo. Sin embargo el hecho era que buscaba la opinión favorable de todos. Señor,

señor, era una criatura espantosa. ¿Por qué se molestaba? Eran tan poca cosa. ¿Cómo iban a nutrirlo? Furber tiró de la cadena. «No juntes mi alma con pecadores, ni mi vida con hombres sanguinarios…». Tripas arriba, vejigas abajo. ¿De dónde sacaban el dinero?, ¿otra feliz consecuencia de la defunción de papá? Con torretas, festoneada, las tablillas estampadas, las parhileras perfiladas con tracería de hierro, la casa era enorme, con amplios porches en curva y vidrieras en el rellano; había sido construida para ser grandiosa. Descorrió el cerrojo, y encorvándose de un modo grotesco, salió. Alguien lo sujetó del recién purificado. «En cuyas manos reside el mal…». La gente estaba de pie en el vestíbulo, tropezando cuando se movía. Entre ellos, pasada la puerta, vio la mesa, otro paisaje, de un blanco estridente, atestada ya de cuencos y copas. ¿Eran de verdad tantísimos o no los había contado bien? Sonrió y asintió con la cabeza y como la visera de un yelmo dejó caer la mandíbula. El techo se volteó lentamente. Quizá ahora vengan ventiscas, tornados primaverales y riadas; pues él se había posado siempre en el extremo del balancín, venciéndolo con su peso. Al tacto el aire parecía lana. ¿Algo que había traído consigo desde Cleveland? La escalera se enroscaba en torno al interior de la torre. Por supuesto. Estaban al pie de la torreta. La cúspide parecía la de un casco prusiano y al sol resplandecía mate como el plomo. Estas gentes no eran capaces ni de levantar los pies. En presencia de lo sagrado, cayeron sus voces hasta un murmullo, y él apenas si podía entender una palabra. La muerte, sin duda, era la causa. La reverencia en realidad. Aquella chiquilla lo había traído consigo. No, ella se había apeado en una estación anterior a la suya y liberado nubes de punzantes Picas que volaban desde Windham: Vejez, Trabajo, Enfermedad, Vicio. Por espiar los misterios de las mujeres. Pasión. Locura. Ciega, falsa Esperanza, confinado. Repiqueteo de alhajas, botones quizás. Frufrú de ropas. Y la persona con aspecto de alguacil con la que se había cruzado un instante en Cleveland también faltaba. Sujeto por el codo, estaba siendo conducido. Un momento, no *toques* al pastor. ¿Tan arriba?, ¿en el nacimiento?, ay, dios. En

la caja: aire vencido, vientos postrados, vapor inmóvil. Las damas esforzándose por no sudar, aun así sus partes velludas goteaban. En lo profundo de la pecera, en lo profundo de la jaula, descendiendo. Va cayendo la luz. Coraje, viejo amigo.

A la espera, las manos descansando ligeramente sobre el respaldo de su silla, la cabeza presta a inclinarse, ¿qué iba a decir sobre los alimentos que el buen Señor de las damas había proporcionado? *Benedictus benedicat Pro Christum Dominum Jesús Nostrum*. Ni pan, ni peces. Cazuelas cien veces. Que tu gracia ilumine las patatas pero líbranos de las alubias. Que se las *lleve* el diablo. Tampoco pan embebido, echado-sobre-las-aguas. Al fin y al cabo, en este caso el agua era él. Que estos alimentos formen una imagen de los extremos gemelos de nuestras vidas; que sea en su despedida tan sosegada y resignada como nocivo e indómito es su comienzo. ¿Está todo en orden? ¿Listos para empezar? ¿Hago ya la reverencia? He vuelto al hogar con los rollitos y las galletitas, mamá, con los abrazos de mantequilla y los besitos de bayas. Aparta de mí el lavado de pies y toda sangre y cuerpo. Caat-ooli-ciss-mooo. El amor no es ningún tipo de comida aunque el odio es una apetitosa ortiga. ¿Quieres a mamá?, cómete una más. Sus anfitriones tenían intención de sentarse a cada lado suyo, al parecer. Sus anfitriones… ¿qué sentido tendría aquello? ¿Cómo se lo tomarían? ¿Sería un plantón del cual el pueblo hablaría durante años?, ¿o no era más que vanidad desbocada? ¿Oscuro rencor?, ¿mera torpeza honesta? Patea a tu hermanuchi en su mamuchi. Envidia en alguna parte. Malicia. Avidez. Es el modo en que… amamos a nuestro bee-beeé. Ataque de resentimiento. Confía. El Esposo de su Arpista en el Santo Hogar estaba aquí, sujetando sobre su cabeza y hombros la cabeza y el rostro de un pequeño mamífero que Furber no era capaz de ubicar; cinchado con fuerza alrededor del talle, sin huesos en las manos; oh, sí, ahí estaba el tipo con el crepé sobre los ojos, el que tenía la cara de un hombre, como dicen los libros de secretos mágicos, destinado a morir ahogado. Con ese eran dos los que conocía. Los Tott eran dos. Enumerar es

conocer. Bendice estos copiosos alimentos. Con untuosa voz de obispo. Era la propia sangre de Cristo con la que estaba él ruborizándose. Cargaría sin duda con la culpa por estar en medio de todos. Mejor gritar: veo mierda en la sopa, zurullos en la nata; sé sincero y sal de aquí, sé libre. Estudia sus caras por un momento. Disfruta de la revelación del mundo. Sí. Regocijo. Luego atraviesa discretamente el portal y adiós. Pero no, dios, no, adula como el cobarde, masca una ramita. Humedecidas por su lengua, sus palabras cruzaron sin percances el lino ardiente. Como un gorrión pasó la esquina de la mesa y se aferró a la silla de Samantha, pero oyó batir de alas tras de sí, por dios, al volar Tott veloz para hacerse con la de él. Que el diablo le hierva el pis. Samantha se inclinó de mala manera; él tropezó con el dorso de sus piernas. No es una mujer mayor pero es una mujer mayor. Luego se hizo necesario reunirse con el Maestro Tott. Furber temblaba de maledicencia pero en la cara del verdulero había una sonrisa. Era la cara de un… discípulo. Sonrisa frente a sonrisa… llama compartida… tablas. Vaya, por el amor de dios, ¿se han clavado las patas? Agarró el asiento y tiró de la silla hacia delante. Sonrisa risueña y simpático murmullo. Abejorros. Tormenta de maldiciones. Reacias a tocar el mantel caliente, sus manos se escondieron en el regazo; el melón crudo a la espera de su cuchara. Llevo los pies secos pese a que llueve en mi corazón. Esa es la melodía, sin duda. Me brillan los zapatos pese a que… El tipo seguía raspeando y revolviéndose. ¿Era él quién arrastraba los pies por el zaguán? Alabado sea, al fin se ha quedado a gusto… se le ha desprendido la suela. ¿O agujeros le han salido?, ¿y la rima dónde se ha metido? Puñetas. Dum dee. Dum dee. Sálvanos, Señor, se está aclarando la garganta. Maldiciones vacías, inútiles. Un aluvión hirviente o no había Dios. ¿Cómo decía? ¿Llevo los pantalones planchados, la camisa limpia? No hay nada como las viejas canciones, pero de qué sirven si uno no es capaz de recordarlas. Mem. Mem. Memoria.

Pike, el barbado profeta con piel de castor, las cabelleras

de los perdidos le cubren con modestia los miembros íntimos, de puntillas cual salvaje por valles y calveros, el hacha y la Biblia sus únicas armas aunque como una daga sujetaba el amor con los dientes, y trajo a Jesús a los indios del país del Ohio de manera que los domingos se reunían en la cabaña que había construido Pike en la cima de una colina baja que en suave pendiente descendía hacia el río cercano junto a un claro en el que previamente había instalado una cruz hecha de árboles jóvenes y un Cristo de arcilla, y allí los indios, hachas enfundadas en la tierra, arrastrando sus taparrabos, se arrodillaban a rezar retorciéndose las manos y gruñendo, recibiendo al final varios abalorios de colores brillantes antes de que se marcharan.

La reverencia en realidad. Fijó la vista en la vaporosa planicie… el humo de la industria pesada: carnes, alubias, papas… Oh, desesperación. Que el diablo se lleve esas semillas. Que renazcan en otros cuerpos. Se apuren sus espíritus también a buscar alivio, intempestivos y desmedidos todos. Que persigan a otros. Lejos. Aquí y allá se avistaban varias piezas bonitas, varios pájaros marrones y preciosos en un cántaro de porcelana. Una brisa en el follaje, las cabezas erectas, quizás notaran el agua de pozo a través del esmalte. Sus picos estaban alineados y parecían estar en realidad unos a la vista de otros. Doña Apretujones lo estaba observando. ¿Y si mis pensamientos se derramaran, señora, qué haría usted?, ah, ¿y si lo hicieran los suyos? Su vestido la mantenía ferozmente apuntalada. Una auténtica tripona de tetas caídas, ¿verdad que sí?, grasa de amor. Oops… ah… pillada. ¿Eso en el mantel es mostaza? No, señora, se me ha derramado un pensamiento. Ser un pájaro como esos en la orilla del estanque… una briza dulce y fresca… los guijarros me humedecerían los dedos de los pies… tan en calma.

Tienen las patas espigadas, y los pájaros en la porcelana no tienen ácaros en el plumaje. En su lugar tengo a mi lado a este comediante huero, y la señorita Samantha cada vez más sombría. El infierno es la punta de un campanario invertido.

La elevación es descendente. Llamémoslo la Frívola Falange de Furber. Llamémoslo el Empujón en el Culo de Gilean. Aquí estoy y soy inocente. Embísteme Billy, Billy Butter, dame con ganas como golpea el viento en las ventanas. ¿Qué clase de placer de su huesudo amante? Puñetas, ¿cómo se llamaba ella? Na, na… Knox. Al rascarse ella con disimulo bajo el brazo no lejos del sobaco provocó que el melón inmóvil en su cuchara rodara de manera tan severa que Furber temió un accidente similar al suyo. Alguien dijo cuánta elegancia —¿qué?, ¿cómo?— mientras la señora Tott, sentada todo lo erguida que su taburete le permitía, sumergía su cubierto y lo sacaba luego como el cubo de un molino de agua, agitándose entretanto la pulsera. Ensalada de guisantes enlatados y trozos de queso. Ningún antídoto la inocencia. ¿El nombre de aquel emperador? Era un sexto pero no el que prefería el pájaro metálico de cuerda cantarín. Se envenenaba a sí mismo con pequeñas dosis y de manera gradual. La mirada de Furber se deslizó por la punta de, cómo recordarlo, la nariz de la señora Knox y saltó su oreja perlada y se internó a nado en el espacio tras ella. Había perros encima del muro, *setters* oxidados sonreían con refinamiento, faisanes muertos, varias codornices, cercados oscilantes. Traídos del extranjero sin reparar en gastos. Casa de campo inglesa y caballos ingleses. Furber descubrió que odiaba lo británico. ¿Aquello era un zorro mordisqueado?… una arboleda de aulaga amarilla. Oh, sí, tengo varias plantas para la iglesia. En caso… de que… se haga necesario… para… pero… es prontísimo para decir… el qué. Una especie de vaina reseca subida a un palo hablaba desde el otro extremo. Y Tott no paraba nunca. No paraba nunca. Nunca nunca nunca. La tortura china del agua. Chorrito rojizo de zumo de fruta por la barbilla de la persona punteada… ahora se lo limpia. Joven, pero viejo como su hermana, era coleccionista de botones, director de museo, cavaba tierra seca, rascaba letra impresa del papel antiguo, se atiborraba con el pasado, expoliaba a los masacrados, sodomizaba cadáveres. Salvación, oh, salvación. Conserva. Oh, redigerir. Y he aquí uno que se cayó de la bragueta del

príncipe Alberto una vez que, aburrido e incómodo, juntó demasiado las piernas al cruzarlas en una velada musical. Fíjese en el escudo de armas repujado. Esa mujer con aspecto de algodoncillo estaba gritando algo, semillas aventadas desde su boca, se giraban cabezas, todas menos la mía, estamos alineados como los pájaros, yo sonrío, veis, entiendo, ella asiente, ella entiende, entrechocar de cucharas, cabezas se balancean hacia la mía, dejo caer la mirada, dios bendito, más palabras y más réplicas. En alguna parte sus patucos están clavados a una pared, junto con el recibo. Pídele a la asistenta que te cuente la historia. Esa carnosa hembra Knox… en plena madurez, de lo contrario no tan enorme, mejillas bastante rosadas aunque parece que a la barbilla le hubieran cogido el dobladillo… esa clase de tetas entre las que colocar la polla. ¿Había visto al marido?, ¿era uno de los que estaban en Cleveland?, ¿dirigente local? Prueba uno de estos, viejo verde, dios, soy yo. Pero no digas viejo, que apesta a afecto. Resollabas en las escaleras de la estación. Corriste a ver el cielo azul enfermo de mugre. Si al menos fuese yo un trozo de queso, me disolvería en su boca. Ahí estaba, llena de churretones entre los árboles, la tambaleante cúspide de la carpa, banderas al viento. Descorazonado, me arrastré escaleras abajo. Záfate si quieres pero por la parte inferior parece que flotaran. Recuerda, acabas de aliviarte. Se plegarían estupendamente bien. Brazos de gitano. Fresca nata montada. Sí, me sentí igual que cuando la señora Kinsman me enseñó la rodilla. Nueve operaciones dijo ella. Está hablando mi Arpista. Ya lo creo. Ya lo creo. Ella se levantó la falda sin pudor. Pero qué cobarde es el clero. Aun así recorrí con un dedo la cicatriz y casi reviento. ¿Le sigue doliendo? Ah, menudo embustero. No pierdas de vista los caballos aéreos. Ni los perros con las bocas abiertas a la fuerza. Allá va mi plato. Ha hecho un calor terrible en Cleveland. Seco. Bueno tenemos el lago. Y vosotros el río. Seco. Sí, señora. Seco. Como lava. Sí, señora, ya lo creo. Como plomo al sol. Sí, ya lo creo. La cabeza de un casco prusiano. Como el río Estigia. Oh, como… Oh, muy como… nos hallarán en nuestras posturas de

pederasta igual que en Pompeya. ¿Alguien acababa de llamarlo Henry?, ¿quién? ¿Melisenda? ¿La virgen de algodoncillo? Nombrar es conocer. Desde aquí veo que ella tiene los dientes picados. Tienen a un negro para recoger la mesa, ¿quién es? Señora, ¿conoce la vieja cancioncilla: Golly Molly Vive Alegre en Tu Burdel? Su rodilla desnuda. Lo mejor de las furcias era su suspensión voluntaria del gusto. La candente casa del pecado de Samantha. Oh, siempre quedaba espacio para las mejoras. No hay sin embargo. ¿En todos nosotros? ¿Eh? Oh, espacio. He dicho que había espacio, he dicho eeeessss… paaaaaaaa… cioooo. Habría bancos apacibles de cara al río. Lugares de reposo a la sombra. A gusti-dumti. Con esta hinchazón jamás me atreveré a levantarme. La señora Kinsman se me ha echado encima. Concéntrate en el jadeo de los *setters*. Desde luego que hay una guarra en el pueblo, la furcia de Gilean, desterrada a las afueras, una que se descarrió, se le ha dado mucho tute, ahora es por muy poco superior a las ovejas, y puede que reciba de buena gana un polvo regenerador. Por ti rezaré si para mí te recuestas bajo el verde laurel. Por dios, Furber, tú… eres valiente.

Lugares de reposo. ¿Dónde, por el amor de dios, había lugares de reposo? Apenas si los conocía, sus rasgos se disolvían al mirarlos; sabía no obstante que no se sentían en casa más de lo que sentía él. Había pelo y nariz y una servilleta y moldura pintada por toda la escalera. A través de los ojos de él a hurtadillas miraba jugar a los demás chicos, temeroso del cristal frío, su reflejo incompleto igual que un negro que observara, o igual que Dios, transparente, evanescente, aquí y allá. Bien, el cráneo contenía la cabeza, el pecho a salvo enjaulado. Era el maestro de los lugares de reposo. ¿Cómo? ¿Dónde? Esos gatos que merodean, esos osos, esos pájaros que cantan sin cantar nada, esos arcones pizarrosos… si el cuerpo posee un alma para su tumba, las tumbas no son ningún lugar de reposo. Aquí dentro estoy a flote. Los cristales están sucios; el vapor en el aire y el

revoltijo de voces. No me tocan. Su ventana torcía el mundo. Cenizas al vuelo y banderas de humo; la hierba era gris; el sol parecía enorme y naranja pese a que era de mañana; él se agitó ligeramente en su turbación y la sombra de su mano descendió sobre el regazo de la carnosa joven sentada a su lado. Allí revoloteó con delicadeza pese a su pasión, arañando la tela suave de su falda donde una franja como de caramelo de menta empezaba a describir la amplia extensión de sus muslos, objetos que ensanchaban bajo su peso, sentía él, como charcos de miel. Estaba seguro de que ella había visto su fantasma posarse y notado su roce. De mejillas infladas, pelo lanudo, ojos pespuntados, parecía tan calmada como una tórtola, tan rosa y rolliza y suave además. Furber flexionó los dedos. Una cabeza de conejo cayó despiezada. Ella tenía ojos acogedores, ¿a que sí? ¿Acababa de ver él cierta laxitud en sus labios?, ¿su respiración acelerarse? Esquinándose, observó él cómo su pecho se elevaba despacio mientras su propia mano palidecía ante aquella cintura. Agonía. Empezó de nuevo por la rodilla… pulgar, dedo índice en un pliegue, juntos pellizcaron con delicadeza. Había una tormenta en su interior, rachas de deseo, intervalos de flaqueza, lluvia… la mano le echaba a volar, después reaparecía… de nuevo… Él observaba la mano nervioso, deseándola por debajo cada vez hasta sentirla hundirse en la piel de ella. A él se le escapó un suspiro. Preciosos cachochirritines. Ella se revolvió; movió ligeramente las piernas bajo las yemas de los dedos de él, que bajaban cosquilleándolas, y su ondulante ave del paraíso se posó en el hueco del regazo de ella. Acaricíame el conejito. Eee, dulce higo. Le dolía la espalda. La había llevado hasta los confines de su naturaleza; estaba enseñándole océanos ignotos más allá; ella se enjugó la frente con el brazo. Seeecreeeciioón —oh, muñequita mía—. Sus dedos se sobresaltaron, y escarbaron luego hacia la intimidad de ella. El tren dio una sacudida y al sonar el silbato ella se levantó con desmaña, tropezando con la pierna de él. Su mano cayó de la ventana, ah… se abrazó a sí mismo con fuerza, agotado. La muchacha se alejó despacio por el pasillo, la sombrerera meciéndose, las

nalgas húmedas ajustadas al vestido. Corazón de puta, por lo demás una vaca, pensó Furber, y mientras el sol se ponía trató de arrojar su propia silueta a las ruedas del tren, pero cuando miró al exterior no vio más que las sombras de los vagones y en ellas los rectángulos grises de las ventanas, con borrones irregulares. Así que la porcelana dejó una mancha en el mantel. Su propio plato se le había escapado y ahora pasaba a locas de mano en mano. Maestro de los lugares de reposo. ¿No tenía él este ropaje ennegrecido?, ¿no se sabía de memoria las palabras para marcharse? Dios arrojaba Su sombra sobre él; era divino en su oscuridad; en cierta medida, al igual que estos pueblerinos, un agricultor acérrimo, un especialista en tierra. ¿Podría haberme salvado aquella amuñecada patena? ¿Por qué no? Ponga la mano aquí, reverendo, solo mientras viajamos, podría haber dicho ella, y repose. ¿Inapropiado? Tía Janet había tenido éxito donde él había fracasado. Suerte tenía de que no lo abandonara su propia imagen. ¿Reposo? ¿Paz? ¿Allí? Sería un recorte que los brillantes raíles arrugarían, las cenizas le plisarían el torso. Pero ella tropezó contra mí del modo más antipático; se alejó con andares de pato. Él se estremeció; oyó el repiqueteo de las cubertería. Cauto. Cautela, oh, cautela. Para hundirse a reposar. Patito. Para tocar. Estas caras hechas añicos, palabras de paso, vasos que entrechocan, vapor y condensación… Trazó una línea en su copa. Como rocío, fría, una gota pendida de la yema. No había ley que declarara lo contrario. El extremo a su labio entonces. Mano apartada. El regusto de la vida. La prueba del esfuerzo en el vaso. Triste tributo al amor.

La suerte de Omensetter, decían. Furber creía que era capaz de distinguir los ruidos de Omensetter de los del resto. ¿De qué servía un muro que ni cegaba ni ensordecía? Podía verlos y oírlos igual de bien que si estuviese en la playa junto a ellos, humeando como las ramas tiernas que se prenden contra los mosquitos. Palpando la hiedra notaba mucho más sus tactos que si sostuviera con la mano mechones de sus pelos sin cortar. Extraño método de comunicación, saltarse los espacios

y contravenir las leyes de la causalidad. Recordaba, en las raras ocasiones en las que por la noche su familia atendía a las visitas después de que él se acostara, cómo el sonido de sus voces lo tentaba y lo atraía, cómo la risa le parecía maravillosamente musical, profusamente bañada en algo dulce, como gelatina en chocolate algunas veces, que le llenaba la boca, y reptaba hasta el rellano, estirándose para distinguirlo todo, entonces también los olía, sus perfumes y el tabaco, el aroma de las tartas templadas y el café que se elevaba con el entrechocar de sus tazas y cucharillas y sus voces bajas y burbujeantes, y de tanto en tanto sobresalía con claridad una palabra en mitad del arrastrar de sillas y del frufrú de sus ropas, hechizándolo. Cuánto odiaba dormir. El mundo —cómo se atrevía— proseguía sin él mientras dormía, proseguía felizmente —aquello era la prueba—, pues todo lo que deseaba y echaba en falta y sentía que debía existir, existía justo por debajo de él, tan a mano y a la vez tan lejos de su alcance como sus propios adentros, a la mañana, sin embargo, cuando era liberado y despertaba y bajaba las escaleras, las estancias estaban viciadas y antipáticas, un platito olvidado, quizás, lo asqueaba, y sus padres estaban aletargados, picajosos e incómodos con los objetos. Al final se le había ocurrido que la cifra que alteraba la suma era él, al igual que mucho después su presencia en la playa había restado placer a todos. Así que su familia y los amigos de su familia eran felices porque él dormía. Si muriese durante la noche como a veces deseaba, pensando en castigarlos, no lo llorarían sino que se pasarían las horas de su muerte mojando galletitas en el café, riéndose por lo bajo y removiendo la leche en sus tazas de adornos delicados. Arbol, pelota, carreta: eran más verdes, más firmes, más suaves sin él. Los aros, la calle: era intolerable que no lo necesitaran, pero cuando se echaba él en su cama ellos *eran* de un modo más completo. Dormir resultaba soportable solo si el mundo entero dormía, decidió; sí, todos debemos dormir juntos, era lo justo; y esos pensamientos, las palabras «dormir juntos», sin comprender lo más mínimo en su momento por qué, habían despertado de

repente al monstruo en su interior. Entonces se restregó las orejas con crueldad y en el rellano escuchó igual que un ciervo. Creyó oír sus ropas separándose. En efecto, soltaban risitas ante la carne que enseñaban. Vio a través de las barreras de pared y suelo el pálido enredo de sus miembros. Más tarde comprendió qué temía la gente al temer a los fantasmas. Formas extrañas que recorrían humeando las escaleras. Siluetas que imprecisas se movían bajo sábanas. Agarrándose la garganta se levantó y trastabilló hasta su cama y buscó el sueño como lo había buscado desde entonces: como a un amigo y un amante, más aún: como a un remedio y un dios.

Vigilante. Vaya un embustero monstruoso. No había detenido sus juegos en absoluto. Ellos habían detenido sus oídos de manera que los ruidos que hacía él eran inútiles. Componiendo frases corrió abajo. Kek. ¿Es esto cosa del domingo? Ke-kek. Ahora cuando cerraba los ojos… hulla-billyhooly… ¿qué sucedía?… ¿eso?

Escabúllete, esfúmate, escúrrete —escóndete—.

Dentro de Furber hay animales de caza.

¿Qué encontrarán? ¿Qué comerán?

Riñones, hígado, pulmones y jugosa carnaza.

Mucho después de aquel momento tumbado en la escalera, en el pabellón adornado de flores de sus sueños, él también había hecho el amor, con atractivas monstruosidades tan castas como brujas, sus cuerpos tendidos sobre divanes cuan largos eran, con los miembros llenos de filas de bocas que imploraban besos, vaginas calvas que traían vientos; pues el dormir lo embaucaba constantemente. Eso por supuesto no lo dejaba descansar, y cuando poco a poco llegó a tomar conciencia de que fue su propio corazón lo que había oído en las escaleras, aquellas visiones habían penetrado sus sueños para suplantarlos. A veces, agradecido, él era un largo pañuelo de seda multicolor que un mago se sacaba del puño con

cautivadora lentitud. Triunfal, no había mariposa más hermosa, aparecía él y, con un chasquido, se desplegaba. Tan esbelto era que el viento lo hacía bambolearse. Luego el rostro del mago se le arrimaba. El maquillaje le suavizaba las mejillas. El pañuelo se doblaba en torno a su nariz.

Detrás de la pared, más lejos de lo que habían estado las escaleras, creyó oírlos con claridad: Omensetter y su perro, los niños y los arrendajos, palos que flotaban y salpicaban, el lento chapoteo del agua en la orilla. Bien, pues mi reloj no funcionará sin mí. El mecanismo soy yo. Una más para Tott. Fantasma, gnomo, bruja, compañeros de pesadilla nocturna (como insistía Tott, que lo miraba fija e impacientemente para ver cómo se lo tomaba él, llevándose una decepción cada vez): al menos ellos lo necesitaban si es que querían existir. Por crueles, aterradores y malvados que fueran lo esperaban bajo su ventana igual que una pandilla de amigos. En ocasiones, despierto, los oía llamar.

> Aquí llego cabalgando
>
> como un explorador del salvaje oeste,
>
> como te pille escondiéndote,
>
> Pike, estás acabado acabado ACABADO.

Aun así, y le otorgaba a Furber el coraje para recordarlo, en el asombro de Gilean ante la suerte de Omensetter había recelo; en su agradecimiento había una parte de ingratitud; en su admiración —sí, no sería excesivo decir en su amor ferviente— había no poca envidia. Bueno, ¿por qué no? Natural. ¿Quién no tenía envidia de los animales? Él tenía, desde luego, su ración. Eran el tronco de su vida, esos sentimientos de envidia. Le había sacado provecho a aquel asunto: al incendio de tío Simón, el mismo asunto que antes había supuesto su ruina, una recuperación poéticamente apropiada, pensó. Se vació los bolsillos. Muestro cuanto hay

dentro de mí: mirad. Justo aquí. Mondadientes. La esquina de un vale. Un penique. Una bola de pelusas. Y cómo había predicado después —una prédica apasionada—, trayéndolos de vuelta. Orgullo —confesado—. Arrogancia —confesada—. Error —confesado—. Ira —confesada—. Aflicción, desesperación, fracaso, vergüenza —confesados—. Remordimiento, ah, sí, eso —confesado—. Bien podría haberlo anunciado después de santiguarse: Este domingo: Las Partes Pudendas de Vuestro Entrañable reverendo Al Aire; Próximo domingo: El Auto-Abuso de un Tiznado Truhán. Humildad, amor, fe —confesados—. Tan bien los confesó que lo invitaron a Windham para que realizara el numerito del mondadientes. El tío Simón resultaba demasiado local, por supuesto, una referencia ribereña; pero menudo recorrido tuvo su incendio. Rama tras rama, dijo, la gran iglesia orgullosa, dijo, costrosa y ulcerosa, ardía en el corazón del agua. Ardía sobre la piel del río. Se hundía. Ardía en el vientre del agua. Ardía. Se internaba en la sangre del río. Se hundía. Se alojaba en el lecho fangoso, ardiendo. Ardía y ardía. Ah, y venían igual que el ganado, en manadas, embistiendo y empellando. Furber se tiraba de la camisa, se soltaba los puños, se aflojaba el alzacuellos. Y vosotros sabéis más sobre Dios de lo que sé yo, dijo. Y relataba cuanto se atrevía de su noche ante la lápida —oh, legendario Pike, oh, valioso recolector de almas— y de la totalidad de la época previa de desesperación, y cómo se había arrastrado ante ellos, una semana tras otra, viéndolos menguar. *¿Fui todo ese tiempo un rey de Judea? Lo fui. Lo fui. Pues como una golondrina parloteaba. Como una grulla, clamaba, agitando los brazos. Gemía como una paloma. Tenía los ojos desgastados de llorar, de clavar la mirada en mis pies y en el suelo, del esfuerzo de marchar contra las cosas nuevas. Tenía las manos anquilosadas de rezar y los tobillos amoratados. Pero igual que un león Él me rompió los huesos. De la mañana a la noche. Él me condujo hasta mi final*. No, por dios, lo suyo no eran arengas, no era sonajeo de panderetas. Se hizo con ellos, inventadas incluso como en su mayoría eran, con palabras grandiosas expresadas

grandiosamente —ni una sílaba de discurso llano— y dejó que aquel logro le acallara la conciencia. Cada vez que pronunciaba, despacio, con largos silencios entre ellas, sus palabras de cierre (las mismas para cada sermón de la serie): *Él me condujo hasta mifinal*; oía sollozos, y a menudo veía lágrimas caer.

Como un colegial en la libertad de su verano, hacía cabriolas por el jardín. Sabía lo que el orador, el actor, sentían; lo que ambos buscaban en el éxito. Podría hacerles cosquillas, y reirían; podría azotarlos, y aullarían; podría acariciarlos… y suspirando, responderían. Era un auténtico sacerdote por fin. Ahora, por aquella espesura, podía hincar su vara para remover el alma. Era mejor, sentía, conmoverlas de esa manera que de todas las maneras que, había imaginado, causarían éxtasis con haberse atrevido tan solo a alargar la mano para valerse de ellas, a mirarlas con descaro o con descaro a hablarlas, a asirlas con severidad y a agarrarlas con avidez: esa rodilla, por ejemplo, por la cual había conocido él tan amargo arrepentimiento, podría haberla humedecido con sus labios mientras aquella mujer de tan delicadas concavidades que le hacía de acompañamiento fingía que la pasión de él no era sino mera lástima por su sufrimiento y le enredaba las manos en el pelo, ¡qué altar podría haber creado él, cómo podría haber alabado allí!, o la muchacha tierna y tersa que como una eminente dama de Cleveland lo había llamado para mantener con él una conversación tan dulce y santa que se sintió acicalado a lengüetazos y de agradecimiento deseó abrazarla; o todas aquellas veces que, la nariz en la maleza, se había recostado junto al cercado, observando la partida de *croquet*, incapaz de preguntar si podía jugar; por Ruth la gordita, o la rolliza muchacha del tren a quien solo le había acariciado la sombra; o cualquiera de los millares de bajos impulsos que desvalidos se arrojaban contra los muros de su corazón: toquetear el lóbulo de una oreja extraña u olisquear en las manos y las rodillas un trecho de algo húmedo, componer versos obscenos y recitarlos en alto,

brincar en el aire, mordisquear el pulgar de un guante de cuero, jugar al fútbol en la calle… cualquier gesto repentino de amor o júbilo… pero ¿quién podría saber, cuando oía él su propio corazón, de qué latido se trataba?, y de quién podría esperarse que entendiera aquellos gestos, tan impropios, tan amenazantes, pues ¿no eran los mismos movimientos que acompañaban a la rabia, a la lujuria, a cualquier clase de acoso?, bien, qué más daba, no era más que un sueño, aquel arrobo del tacto; saboreabas la áspera cobertura de la rodilla con tu lengua; la chiquilla gemía y cerraba los ojos; tu cariñito se ponía húmeda en tu mano; sí, las palabras eran superiores; mantenían un control superior; tocaban sin que tú tocaras; eran a la vez el cebo, el anzuelo, el sedal, la caña y el agua entre medias.

Él, Olus Knox, Chamlay y Mat estaban de pesca, sin coger gran cosa, pero de pesca; probando en la zona rocosa pasado el gran meandro, sin coger gran cosa, pero pescando de buena mañana; el bote pasaba por entre el largo surco de esquisto opuesto a la ribera arcillosa, trayendo los cebos del fondo a la superficie, sin éxito pero de pesca; y él, Olus Knox, Chamlay y Mat habían renunciado casi a toda esperanza de pescar y habían alcanzado ese grato punto en el cual disfrutaban, tanto como de cualquier pez que pudiesen haber cogido, de las gotas de agua que pendían de sus sedales y de los anillos que formaban en la superficie del río que poco a poco ensanchaban; cuando, de entre todas las cosas que ver flotando en un río, vieron un sombrero de paja meciéndose sobre su copa, girando muy despacio, avanzando con mucha paciencia corriente abajo por entre sus sedales en dirección al bote; y Olus Knox enseguida dijo: oh, dios mío, es el sombrero de Omensetter, pero Jethro Furber enseguida dijo: oh, no, no lo es, ese no es su sombrero, mientras el sombrero flotaba hacia el bote, rozando con el ala el costado desde el que Chamlay y Mat estaban pescando, Jethro Furber y Olus Knox se estiraron para verlo, sin que nadie dijese ni una palabra más ni se moviese para cogerlo; y el sombrero pasó por debajo del sedal

de Mat y pasó por debajo del de Chamlay y rozó el costado del bote al pasar rodeando la proa; entonces Jethro Furber cogió de la caja de aparejos de Chamlay la plomada más grande y pesada que pudo encontrar y dando tumbos se puso de pie en el bote y la arrojó dentro del sombrero mientras este se alejaba. Después recogieron sus sedales y remaron en silencio. Jethro Furber se bajó trastabillando con la maroma de amarre y en el embarcadero se acuclilló torpemente empuñando la maroma pensando en la plomada de Chamlay que yacía en el interior del sombrero y en cómo el ala se había combado igual que una flor acuática amarilla. Cuando los demás hubieron reunido sus aparejos y el bote quedó amarrado, oyendo al niño en su voz, incapaz aun así de evitarlo, Furber se volvió hacia ellos con la ira en el rostro. Esperad, dijo, temblando de pies a cabeza, esperad… vosotros esperad.

Así pues. Todo lo tan amargamente ganado, se perdió. Sus palabras habían echado a volar como pinzones. Luego la trampa de aquellas manos. ¿Por qué?

Había estado lloviendo con fuerza, entre toda protección el viento le daba en la cara. Había abierto cual tienda su paraguas, disparado hacia el suelo. Distinguía el resplandor de una camisa blanca… no la de Mat… y un hombre rugoso color yute. Pero nadie llevaba camisa blanca, recordó. Aun así una palidez bajo el chamizo de sombras de la fragua flotaba ante él como una nube, y allí estaba Mat, reconfortantemente familiar, su silueta perfilada por la luz del fuego. De haber sido capaz de recuperar la totalidad de aquella escena, incluso tan atenuada como habían estado sus sentidos mientras huía del chaparrón, en alguna parte habría encontrado en ella la señal, inequívocamente pegada igual que el cartel que anuncia el circo de los Ringling; pero resultaba todo tan provocadoramente vago; aquello lo había cogido injustamente desprevenido; y con él permanecía ahora tan solo un puñado de impresiones dispersas —la luz sin rumbo, las delicadas celosías de sombra y la abrumadora sensación de la magnitud de Omensetter, de su inmensidad ilimitada, con la perplejidad

resultante, y después la vergüenza y el miedo repentinos e inexplicables— e incluso estas tenían el desafortunado hábito de mezclarse con las de encuentros posteriores… al aire libre, a pleno sol, levantando polvo con sus enormes pies, parches de sudor en la camisa como mapas de los Grandes Lagos, el olor de la maleza… de modo que a veces se preguntaba si aquella presencia fantasmal no sería sino un destello del lago o una intrusión de caliza o tan solo un arce que removía sus hojas del cual se valía aquella hora temprana para avivarla, como si aquel peculiar brillo fuese la señal en pos de la cual iba él, el payaso que reventaba el aro de papel o el acróbata con mallas plateadas, una sonrisa histérica pintada en el rostro, colgando del trapecio por las rodillas.

Un domingo, antes de misa y en contra de sus costumbres, donde la gente se reunía, se acercó a Omensetter, al perro de Omensetter, a su mujer y a sus hijas, y dijo, con la muchedumbre alrededor a la escucha, por qué no venís a la iglesia, venís al pueblo, ¿por qué no asistís a misa en lugar de tirar piedras al agua?, y Omensetter sonrió y dijo, caramba, si es lo que quiere, lo haremos; y al poco tiempo así hicieron. Qué tonto había sido, qué tonto, pues perdió la llama. En su boca se dulcificó el pecado. En el infierno se atemperó el clima y el día de la gran perdición quedó cada vez más lejos. En consecuencia Furber se convenció de que en el reclinatorio en el que se sentaba Omensetter moraba el mal, y resolvió hablar en su contra. Ya no más un mero comediante de sombría jeta, vio su brazo estirado hacia Dios, el dedo apuntando como una espina en su rama. Vio su mano abierta ante su cara, protegiéndose los ojos del horror, la cabeza echada hacia atrás y apartada ligeramente hacia otro lado. Oyó el eco de su voz desde su boca como si saliera de un pozo que extrajera sus aguas del centro de la tierra. Contempla, oh, señor, a tu paladín, a tu afectuoso creyente, pues Furber sentía su cuerpo pleno de resolución, y se quedó en su estudio para crear el gesto. Sacudía la cabeza y arqueaba la espalda y levantaba los brazos, y cuando en el rostro sus ojos yacían

vacíos, ululaba de júbilo. Cuando sin embargo apareció frente a la congregación y ocupó su puesto y por encima sostuvo el libro, preparando sus palabras para que guardaran relación con el tema, dando forma a sus labios para fortalecer los sonidos, su certeza devino duda, su fortaleza mansedumbre y sus sonidos descendieron con la suavidad de las aves grises que anidaban en el campanario. Se escuchó a sí mismo como a otro hombre. Predicó un Dios, una ley, que no había conocido jamás. Vio las caras de la gente ensancharse por la sorpresa y la revelación, y reparó en que estaba anticipando ya el momento en el que se quedaría de pie en la puerta de la iglesia a la espera de la carcajada de Omensetter, recibiendo sus felicitaciones mientras guardaba la fila —sin duda me ha leído el pensamiento, reverendo Furber, excelente— al tiempo que su mano se hundía hasta la muñeca en la de Omensetter, y el corazón le dio un vuelco. Estoy habitado, estoy poseído, pensaba. Cuando surgió la oportunidad se apartó y con gran esfuerzo se arrastró hasta su estudio donde insultó a las paredes y maldijo a Flack por negro tiznado. Pero el cumplido que soñó que había recibido de Omensetter, persistente como una mosca, lo perseguía bordoneando, aunque ahora las palabras estaban maliciosamente alteradas, así que oía —sin duda me ha leído el pensamiento, padre Furber, excelente— repetidas igual que un cántico de tal profundidad espiritual que su significado no podía captarse a la primera, y eso aumentó todavía más su ya intolerable sensación de futilidad y desesperación. Aun así, por dios que Omensetter era un tipo estúpido; tenía la boca demasiado grande; el contorno de los ojos lleno de arrugas; relleno de grasa el rostro; el pelo siempre revoloteando. En efecto, su rostro era otro —el sexto rostro, estaban todos—, uno de amplia sonrisa, de lado a lado agrietado. Rebotaba la lluvia cuando se adentró encorvado en la sombra del taller de Watson y por poco no ensartó a Omensetter con la punta de su paraguas. ¿Estaba aquel hombre calado hasta los huesos? No… pero aquella era la impresión que daba. En realidad… ¿cómo?, ¿camisa parda?, ¿cuello abierto?, ¿un botón de menos?, seco sin duda… sí, calado

hasta los huesos, salpicado de gotas, chorreando, floreciendo en el agua como un chapoteo. Maldita sea la luz gris, la lluvia que lo empujó a entrar, la idiotez que lo empujó de nuevo a ella y a echar a correr de modo tan impropio, tan errático y descorazonado, mientras forcejeaba con el cierre de su paraguas y se tambaleaba por entre los charcos, ahogándose su dignidad en la bañera de sus pantalones, con la lluvia llenándole también los zapatos y bajándole por la espalda como una partida de hormigas de tal manera que al intentar rascarse entre los hombros su sacudida le echó el sombrero sobre la frente y lo hizo volar hasta pasada una valla de alambre fino a la cual culpó al instante con furia y con furia sacudió, y fue allí, con el alambre cediendo en su puño, cuando lo alcanzó la noción de lo indecoroso de su representación, cuando lo golpearon su futilidad y su insensatez… pues podía ser observado con la misma facilidad, supuso, que su sombrero, enganchado al tallo de un repollo del año pasado (imaginó de hecho los carteles pintados a brocha, revoltijos de letras de un rojo y un azul brillantes que anunciaban su aparición en la localidad, de viernes a domingo, él era el morenito en el suelo amarillo, en el famoso papel de bufón de pacotilla, el payasito negro y desvalido a quien los demás empapaban de agua, hacían cosquillas con matasuegras y le quitaban los pantalones, para así poder estampar sus grotescos zapatos de cartón contra su trasero de nalgas extravagantes, espolearlo después al compás de silbidos taladrantes y aterrorizarlo con pirotecnia y jaurías de perritos chillones equipados con pieles de papel de seda para que parezcan tigres)… una insensatez de proporciones egipcias, la vergüenza casi lo clavó de rodillas; y se dio el alto a sí mismo como a un ejército, plegó su paraguas con una gran muestra de compostura, y puso camino a casa con un traje de la más seca despreocupación, cabeza erguida, pelo enredado, pestañas vencidas, como si el sol de primavera fuese su protección, hasta que, al llegar al fin al patio de la iglesia, echó a correr igual que un conejo y en la sacristía le entró un berrinche, desparramando los puños de la camisa y renegando de Dios.

Al mirar atrás se daba cuenta de que involuntariamente había imitado las maneras habituales de Omensetter, pues cómo si no se habría ido a casa Omensetter bajo la lluvia, de haberlo querido, sino como uno en su medio natural, con total tranquilidad, haciendo sereno acopio de sus placeres. Si aquello era la consecuencia de un simple apretón de manos, lo convertía en una suerte de infección mortífera. Estoy habitado, dijo Furber. Ay, dios, estoy poseído. Se sentaba en su estudio durante horas, rebuscando en su mente alguna pista de la naturaleza de aquella criatura, la fuente de lo que sombríamente llamaba «la magia de Omensetter», mientras observaba por la ventana a las tórtolas revolotear para ocupar sus ojos. Por último salió a buscar al propio Omensetter cuando Omensetter paseaba en los campos. Por qué me habitas, exclamó, ¿por qué posees mi lengua y la apartas del lugar al que quiere ir? Déjame, Omensetter, déjanos a todos. Abordó a aquel hombre abruptamente, soltando de golpe su discurso antes de que su resolución lo abandonara y gritando por la excitación, si bien las palabras brotaron tal como las había preparado y con frecuencia ensayado. Omensetter se detuvo y se volvió despacio para encarar a Furber, quien debió de haber dado la sensación de haberse posado tras él como un cuervo. El tipo tenía unos ojos enormes, de mirada firme; todo su cuerpo estaba a la escucha, apuntando hacia Furber igual que una bestia; sí, igual que una bestia, una vaca, para ser exactos: recelosa, estúpida, muda; sí, tal como lo recordaba ahora no había nada en sus maneras que pudiese atribuirse a un animal superior, ni dio jamás respuesta alguna; Omensetter sin embargo no había vuelto a ir a la iglesia, había regresado a tirar piedras en el río donde la gente al ver su ejemplo dijo que era un hombre irreligioso, mientras Furber predicaba con ardor en contra de la frivolidad.

Era en verdad asombroso el modo en que sus piedras brincaban libres en el agua y desaparecían en el fulgor. Omensetter siempre las escogía con esmero. Las sopesaba en la palma de la mano y registraba sus filos con los dedos,

haciendo con ellas malabares mientras caminaba y dejando caer las descartadas antes de enroscar el índice alrededor de los bordes y liberarlas como si fuesen odiaros. Furber también escogía sus piedras con esmero. Al principio, cuando fracasó de manera tan estrepitosa y perdió a su congregación, había caído sobre el jardín como cae un sitiador y arrancado la maleza. Suficiente llevas ya de luto, declaró, disfrutando lo bastante del chiste como para repetírselo a Flack, que asintió con la cabeza sin sonreír y replicó con su intenso contralto: sí, fue un hombre amable; comentario que enrabietó tanto a Furber, que igual que Moisés, arrojó la roca que iba cargando y gritó: sea el mediodía y la medianoche, hala; acompañando sus palabras con una carcajada para ocultar su confusión.

Ahora daba briosas zancadas de piedra en piedra, rodeando los sesenta. De qué manera tan distinta damos a la piedra apariencia de vida, pensó. Y, en efecto, parecía una piedra hasta que brincaba en el agua… elevándose sin esfuerzo… luego brincaba otra vez, y brincaba, y brincaba… una maravilla del trascender… despareciendo como el breve ascenso del pez, de un espíritu incluso, curvado en su huida, elevándose y elevándose, luego casi fuera de la vista hundiéndose, o más bien sin volver a elevarse nunca por ese lado de los objetos sino que abrazado por el elemento acuático brincaba allá, brincaba y brincaba hasta que alcanzaba el fondo. El mismo Pike no era más que una sombra, tan solo algo fino y tenue que nadaba al costado del bote, un enredo momentáneo, un silbido de luz. También el sombrero, pasando en torno a ellos, girando, balanceándose húmedo, se esperaba que, al final, absorbiera en demasía, se combara, se replegara y se hundiera. Omensetter lanzaba las herraduras de igual modo. Las mandaba al aire y con ellas ascendía el corazón, preguntándose si alguna vez regresarían, de tan ligeras que parecían. Un suave shissst… y la herradura podría escurrirse bajo la superficie del aire como aquel erudito chino, ¿o era un pintor?, que desapareció en su cuadro, salvo que Omensetter obraba aquel milagro con los objetos, las piedras y las

herraduras, al tiempo que nada hacía por liberarse o aligerarse a sí mismo, no, pesado y completo, él permanecía. Pike murió de amor, decía la piedra de su lápida. Las piedras de Omensetter tampoco brincarían por siempre, aunque parecieran cobrar ánimos, ¿o renovaban sus miedos?, de su encuentro con el agua; pero pese a aquel impulso cada intervalo era menor, como esa falta de aire que más crece cuanto mayor es el esfuerzo que se requiere —y plipplip… plipplippliesco era el indicador de sus corazones y lo único que eran.

Dígame, señor Rush, en ese desacostumbrado país, ¿se encuentra usted a gusto en este momento? Un niño, pese a su miedo inicial, también se hace a la vida, incluso le coge cariño, y rechupetea sus caramelos hasta que le aflojan la mandíbula. ¿O le preocupa si sus huesos estarán en condiciones de dar el siguiente salto cuando de nuevo llegue su final, pobre criaturita…, bueno, el agua se ocupará de usted, o el fuego, aunque habrá nuevas responsabilidades como siempre, se requerirán nuevas ascensiones, a esas no escapará jamás, pero acaso no eras tú, cuando vivías en el aire, el que incordiaba al cuerpo a cuentas del espíritu? Lo fantasmal es lo que siempre hemos exigido. Estar por encima de uno mismo, es lo que hemos ansiado —Pike, tú y yo—, el anhelo del otro lado. No tenemos, pues, motivos para quejarnos si un obstáculo nos espachurra la entrepierna. Pero me pregunto —puede que ahora lo sepas— ¿es un embuste? Qué calma si no fundirse en brazos del cuerpo y ser la dulce concubina de uno mismo. ¿Y Omensetter? ¿Es, en su diseño, como nosotros? ¿Qué opinas ahora que te has hundido con un chapoteo? Sea lo que sea eso que les da, dura solo un instante. No hay remedio, han de tener el final de la piedra.

Los talones de Furber se expresaban con fuerza al caminar. No demasiado deprisa, se movía con el sol; arrojaba sombra como el gnomon, su ausencia templándose, su presencia enfriándose, el rostro de su reloj.

* * *

Nombra su nombre, el tipo desaparecido, o eso dijeron, demasiado tiempo enfermo, el que huyó de su mujer, bueno, casi seguro, no era de extrañar, ¿alguien la soportaba?, no acordarse después de todos estos años, en la punta de la lengua, aun así… ¿alguien la soportaba?, aunque bajo aquellas ropas ella tenía un cuerpo extraño, pechos con botones, imaginaba él, un alma extraña; era Henry… Henry… y ella era… era… un efecto como la viruta que cae… ella era… ni existía la piedra flácida ni ella parecía creada a partir de una… ella era… ninguna conexión con Kinsman, con la rodilla arrugada y el miembro grácil, ¿por qué se me escapan? Oh, ella era extraña, extraña, ¿alguien la soportaba?, el modo en que le chasqueaban los dientes, como un candado de juguete, bueno, eso fue lo que tenía él, una mandíbula de piedra, él —¡Pimber!—, y ella se desmoronó como si lo amara la noche en que él atravesó el valle de las sombras muerto de miedo, y aquel doctor que escupía jugos posado a su lado igual que un pájaro cagador nocturno, y debajo el moribundo de encías enormes que llamaba a Dios, mientras el reverendo Furber —ah, ese era yo, con mis ropas color sepulcro, desde antiguo un querido amiguito del casi finado— nombra su nombre, con golondrinescas oraciones en voz baja suplicaba a nuestro buen Dios que lo perdonara, oh, perdónalo, y a Él le imploraba salvación, oh, la salvación. Su Henry, nuestro humilde y apreciado, que no permitiese que cruzara todavía los límites de los vivos o que los cruzara sin dolor alguno si era esa la voluntad de su Padre o que encontrara entre los muertos algún bienestar y misericordiosa recompensa, y reposo… de su esposa, pensó alguno, pues ¿alguien la soportaba? Si hubiese muerto no habría supuesto molestia alguna para sus huesos, ya estaban rígidos en sus articulaciones, mientras el cráneo le resplandecía a través de la piel, casi a salvo sus dientes sonreían, pues no tendría ya que soportar que ni ella ni nada desechara sus partes sensibles; y estas, estas oraciones y estas

peticiones, patéticamente como abalorios de besos en torno a la frente de un niño febril, *nuestro niño febril*\ enhebró él en un momento crucial, como insuflado por una divinidad, en confidentes susurros, que de manera conmovedora lo describían a él, a mí, o sea, al reverendo Jethro Furber, a él, al del habla melosa, oh, al melodioso charlatán… nómbrala, nómbrala, nombra su nombre… solo un fraude, solo un embustero —suscitó lágrimas en los ojos de: ¿quiénes estaban al principio?—. La señora de Curtís Chamlay, la señora de George Hatstat y la señora de Olus Knox, que hacían juego con los abalorios… tornasoladas… como los ojos de Cristo… los ojos de mi alma… y también en los de la señora de Hesiod Harmon, de visita durante el fin de semana desde Bridge, quien por lo general guardaba su corazón envuelto en piel de talón, mientras residía con la familia de Luther Hawkins todavía en casa, también de la señorita Millicient Andrew y de la señorita Grace Cate y del señor Quentin Martin que se había mudado al pueblo hacía apenas un mes y aun así en lo social sus ancestros eran tan buenos como los de cualquiera en Gilean, y su hija Eliza, hermosa como una lila, cuya mano sostenía ella, también el señor Emory Root con Lutie en el tresillo Sheraton, recién retapizado en reps de lana *beige* por la señora Pimber trabajando por las noches hasta que los ojos le escocían, y más atrás el señor Claude Spink y señora, además de Edna Hoxie, mosca que atrajo aquella muerte, y el señor Israbestis Tott, desde luego, que ganó a los sollozos; mientras más tarde, a medida que avanzaba la noche y se cansaban los vigilantes, la señorita Samantha Tott, seria de principio a fin y, pensó Furber, severa, sirvió con café galletitas de jengibre que había horneado la señora Chamlay; bueno, un poco de buen juicio quedaba, aquel guirigay no la alteraba, a no ser que fuesen las manchas de remolacha, pues no era la vida de Henry lo que tenían en mente en aquella casa sino las manos vendadas que el doctor no tocaba, el pulso rojo por debajo, y la superstición que la apresaría si moría, si las de Orcutt no lo hacían, pues la muerte significaba el triunfo de las del clero, eran los maestros de los lugares de reposo… y ella estaba…

aquella otra estaba… estaba… repleta, tersa, radiante, blanca… la vida en cambio significaba, en este caso… la suerte de Omensetter… y sería algo propio del Señor elevar a Henry en el círculo del conjuro de la remolacha… nómbrala, nómbrala, nombra su nombre… mientras se ofrecían otros refrigerios los señores Knox, Stitt, Hatstat, Mossteller y Chamlay, quienes entraban un momento y al momento salían con gesto serio, oliendo a licor y frotándose las caras, pues ¿alguien la soportaba?, con razón se estaba largando Henry, bribón suertudo; y Furber sentía que el humo de sus oraciones ascendía hasta el dios de las brujas: te conviene más la muerte, Henry, y también a mí, por supuesto, y a Gilean; derrótalo, lucha con él por todos nosotros, redúcelo como Jacob al ángel, quizás la culpa recaiga en Omensetter, merece la pena morir por ella, por la causa de Cristo; escucha, de todas maneras no la soportas, piénsalo, fin de las noches y los días; escúchame, a tu consejero espiritual, fin de la vida, ¡menudo premio!, mira, pregúntale a Rush, a Meldon… a Pike, sí, pregúntale a Pike, él te contará, él te aconsejará, él mismo es ahora piedra, y sabe lo que significa que te alivien de sentir… ¿Henry?, ¡recuerda!, de lo contrario es Omensetter… entonces la oscura oquedad de sus ojos y las lanudas cejas amenazaron, amenazó su sonrisa, amenazó la almohada que refulgía bajo la luz pálida, y Furber oyó el silbido de las brujas o del dios de las brujas, ¿era el viento por entre los dientes de Henry?, pero continuó cercándolo valerosamente, con las manos juntas en santurrón ademán, los labios moldeando palabras de amor y vida y luz y Dios, pero gritando muere, chillando muere por todos sus adentros, retumbándole los pulmones, resonándole el hígado, atronándole el vientre, muere, es mejor que te mueras… pero era como si el cuerpo de Henry se hubiese hundido por debajo de sí, o se hubiesen elevado sus huesos, pues tan solo los huesos se mostraban, con un resplandor luminoso, fantasma iluminado, y Furber cayó de espaldas, terriblemente asustado… *saliendo del cuerpo pues, como se sale de una cueva cegada con rocas, volvió Él a la vida, una red de trallas y alambres era ahora Su naturaleza, imperecedera, un Dios…*

y dejándole la habitación a Watson y la vigilancia a Watson, huyó al sótano… nuestro niño febril, dijo, a rezumar las lágrimas… nombra a la embustera… embustera… nombra a la embustera… en voz alta… escucha… Lucy… es Lucy… luuu… siii… mira… qué gorda está y qué malcarada, el vestido remangado por encima de la rodilla para cruzar un tronco, ¿y dónde estoy yo todo este tiempo, dónde está el vigilante?, está a la espera de la cruel señal de Dios igual que una comadreja entre la maleza… oh, nada dejo con vida pese a que me cuesta respirar, me palpita el pecho… me he rasguñado las manos y los tobillos, ¿cierto?, tendido detrás de esos saúcos jóvenes y estos pliegues de granito… Henry, si hubieras visto… ella estaba… estaba… ¿quién iba a creerme?, soy el predicador que perjura, solo hacen oídos a mis mentiras, en cambio para tocar… tan solo para… te digo que los vi bañándose en el arroyo igual que dos vacas… indescriptiblemente tersa y repleta y radiante… no era una vejiga de cerdo, ni una piedra que el sol ha blanqueado… tú habrías salido corriendo para ir a echarle un vistazo… me golpeó en la cara igual que una rama… ni tampoco igual que un champiñón, incluso fresca e hinchada de un modo perfecto… su hijo dentro… ¿quién iba a creerme?, que ella estaba…

Permanecía incómodo en la puerta como si un pensamiento desagradable lo tuviese cogido de la manga. La portentosa pregunta aún abrazaba el aire. Al cabo de un rato suspiró para mostrar su resignación y se volvió hacia Watson, abalanzó las manos para indicar que una especie de confrontación estaba teniendo lugar, otra clase de derrota. Mesuró su tono con el cuidado de un carpintero y como da en punto un reloj dio él con su ocasión. Para semejante pregunta, una respuesta monstruosa, y por entre cada objeción abrió paso a sus palabras, maniobrando su voz y su cuerpo con elocuencia en el espacio pequeño, agachándose, girándose, encogiendo los hombros, siseando…

Si él lo dice, será niño. Si él lo dice, será niño sin duda. A

veces, Matthew, a veces se da una certeza en esta clase de cosas —de este tipo de fuentes— que es *como* la certeza que emana de Dios —*como* la certeza, digo, *como* ella, solo como — pues este hombre no es de ningún modo divino — difícilmente— pero si él lo dice será niño. Al igual que creo en mi Dios *,porque* él lo dice. Imagino que se me considera alguien que se esfuerza en decir la verdad en todo. ¿Hay en eso solo vanidad?

Escucha, Matthew, cuando Omensetter entró en la iglesia no pude hablar de mi manera habitual. Hablé de la suya. Tú lo oíste. ¿No te asombró oírme hablar de esa manera y no de la mía, mi dura y honesta manera de hablar? Escucha, Matthew, me pasé horas en mi habitación suplicando a Dios. Y luego fui al lugar por el que caminaba en los campos nuevos, el maíz con un pie en el verano —¡déjame que siga, por favor!— se lo planteé de la manera más franca, le pregunté por qué me había poseído la lengua apartándola del lugar al que quisiera ir. Dije poseído, sí. Esa fue mi palabra. Escucha, Matthew, y él dijo: «habrías hablado con dureza contra mí», lo admito, así era, «y por eso me he llevado todas tus palabras. Nadie hablará contra mí». ¡Oh, no! ¡Oh, no! Había un fulgor en torno a él, Matthew, mientras hablaba, y el pelo se le enderezó por encima de la cabeza y le enrojeció la cara y se le llenó de un tipo de ira del cual no tengo yo conocimiento. ¡Oh, no! ¡Oh, no! Eso fue lo que dijo. Escucha, Matthew, estaba caminando entre el maíz joven y yo dije, déjanos, Omensetter, déjanos a todos. Oh, lo acusé. Eso hice. Sí. Dije, eres de los que tienen métodos oscuros, Omensetter, déjanos a todos. Se detuvo —espera—, se detuvo, el pelo de punta —espera un momento, espera—, se rio sonoramente. «Soy de los que tienen métodos oscuros, reverendo», dijo. ¡Oh, no! ¡Oh, no! Imagino que se me considera alguien que se esfuerza en decir la verdad en todo. ¿Hay en eso solo vanidad? Luego se rio de aquella forma terrible y prolongada. Dijo: «Soy de los que tienen métodos oscuros, reverendo». Sí, dijo: «camino por el sendero tenebroso». Esas fueron sus palabras. No, no, esas fueron sus

palabras. Las tengo grabadas. Escucha, Matthew, escucha, entonces me fui a nuestra iglesia y recé a Dios.

Los días iban dejando atrás la escarcha; volvería a hacer calor durante el veranillo de san Martín. El paseo había perdido los últimos restos de rocío, ahora sus zapatos estaban secos, la hierba ya no destellaba aunque el muro estaba húmedo en varias partes. Se estaban retirando. Oyó las ruedas sin engrasar, el ladrido del perro mientras corría junto a ellas, y sintió que su rabia disminuía. Debería visitar a la señora Pimber, quizás esta tarde. Ella estaría nerviosa, por supuesto, preocupada y predispuesta a derramarle su corazón en el oído. ¿Qué trabajo espiritual podría recomendarle? Furber se permitió sonreír mientras marcaba el paso. Sabía lo que ella tendría en mente. Que gruñiría y escupiría. Guau. Puf. Veinte fanegas, medio echadas a perder. Balanceándose en su mecedora. Este tresillo. Esa silla. Tarros de sandía encurtida, melocotón en conserva, peras condimentadas. Contaría espacios en el aire y los empujaría con el dedo índice. Vasos de mermelada de uva y manzana —¿cuántos?—. Antes arándanos, judías, remolachas, maíz. Ahora calabaza. Más que el año pasado —¿cuántas para ser exactos?—. Tras completar su inventario, absorta se crujiría los nudillos. Pintas de ciruelas y cerezas. Cuartos de compota de manzana. Al lado del pisto de tomates, un tanto así de jugo. Todo bajo cera y cristal. Embotado —la frase favorita— en conserva. Sobraron del año pasado —¿cuántos?—. También ruibarbo y frambuesas. Regaladas —¿cuántas?—. A Henry la mermelada de saúco le trae sin cuidado, él prefiere la de fresa —sin embargo, ¿cuánta?—. Guardar. Conservar. En la hierba rígida y seca… por entre las matas de saúco, sus bayas que llenan, verdes, el cauce… Furber espantó sus pensamientos. Siempre luchaba por mantener alejada aquella imagen: él de pie, ella al lado. El sentimiento no era de lujuria. La lujuria no era nada, si bien en su lujuria olía continuamente a queso. La lujuria era para las chiquillas de ropa interior aspera. La lujuria no era nada… nada. Debería intentar recordar que Omensetter era un hombre

como cualquier otro hombre. Otro pecho de vello apelmazado. «Cada uno de ellos ha retrocedido; se han vuelto del todo inmundos; ninguno hay que haga el bien, no, ni uno». También ella, Lucy, tan valerosamente nombrada. «¿Dos pueden caminar juntos a no ser que estén de acuerdo?». Eso era por Amos. Amos. Llamaron al niño Amos… sin ningún pudor… Amos Omensetter… impelido del pene de su padre como esos ángeles escupidos por la boca del cielo, mala simiente en fruto amargo, para que atravesaran a trompicones la eternidad. Fuera. Como un acróbata a través del papel. Fuera. Fuera del todo. Vaya suerte. Por aquel pensamiento blasfemo se propinó un golpe. El jardín estaba punteado del sol que dejaban pasar los olmos. Ahí, pensó Furber, está el verdadero fruto de la vida. Alargó involuntariamente la mano para coger el señuelo. Otro gesto. Fútil. Y en ocasiones no alcanzaba a entender de dónde procedía su satisfacción —salirse de los minutos de su reloj— pues él también, con cada paso que daba, estaba enviando al fondo su propia vida.

Furber es una píldora pringosa

que te va a hacer enfermar

eso es lo que hará

¿Tal desprecio albergaba? Suspiró. Otro gesto. ¿Desprecio?, había bastante. Esto, sin embargo, le gustaría que se mantuviera: estos trozos de sombra; ¿era pedir demasiado? Se detuvo en seco pero su corazón continuó, notaba su esfuerzo. Aflojó su agarre del libro y con ternura se palpó el pecho. En cualquier momento, si lo deseaba (y lo deseaba siempre) podía llenar sus ojos de ella. ¿Era esta la clase de visiones que enviaban a los padres del desierto? Bueno, resultaban excesivas, excesivas para la mera mortalidad —esas figuras perversas en un cuadro del paraíso—. Ah, señora Pimber. Buenas. He hervido seis cubos de espiar por la ventana con seis tazas de azúcar y he enlatado tres cuartos de

amor de solterón para calentarme este invierno. Tendría que durarme bastante si no se lo ofrezco a las visitas, es calorífico. Pero quizás Henry había en verdad escapado y a ella le hacía falta el consejo y el consuelo del clero. Chamlay había empezado a hablar de deber penoso, mala señal. Estaban preocupados, sin embargo algo los mantenía alejados, un hecho en sí mismo lo bastante singular ya que habitualmente habrían tenido los hocicos gachos igual que perros. Ahora daba la sensación de que habían esperado tanto como eran capaces. Por la mañana Knox y Chamlay habían venido a provocarle, a decirle cuál era su obligación por dios, y la esperanza que había oído en sus voces lo había hecho estremecer. Curtis estaba enfundado en su abrigo pese a que la hierba apenas si estaba rayada de escarcha. Mientras Knox hablaba, Chamlay se arrancaba piel muerta del labio y la echaba al vuelo desde la lengua. Quizás debería ir. Era, al fin y al cabo, el representante de todos. Lucía sus colores, ostentaba sus poderes, ejecutaba sus ritos. Consuelo para Tott. Aun así tenía miedo de que ella se limitara a hacer una pausa en su mecedora y que mientras murmuraba con aire pensativo inclinara la cabeza hacia el techo para calcular grosellas en cajas de cuarto y transformarlas en tarros de mermelada. Dadas la circunstancias él dudaba de su capacidad para soportar aquello. ¿De verdad era eso? Podría sugerirle quizás que pintara platos, era muy aficionada a decorar sillas.

Curtis, dijo, ¿qué andas tramando? Chamlay desvió la mirada por entre los árboles. Alguien tiene que ir allá, dijo quejumbroso, no ha dicho palabra y no ha ido a ver alma alguna. Eso tiene mucha gracia, lo sabes. Llevaba sombrero de pelo como el de un cazador. Cara fina y acalorada. Resuelta. Manchada. Knox de su brazo como de un bastón. Orgullo, sugirió Furber. Orgullo. Un riña doméstica. Protege sus sentimientos. Espera. Lo que ella finge no existe —para sus amigos tampoco debería existir, dijo él—. Para sus amigos. Hábil empellón que erraba. Todo erraba. Entonces vio la placa —condenado brillo de hojalata— y se le cayó el corazón. Ellos

repitieron sus palabras —sus exigencias, de hecho—. Nada más importaba. Las repitieron. La ocasión como una mano que agarrar y estrechar. Las de ellos. La suya. Estrechar. Muy cierto, ella no se había quejado, aun así seguía en la casa, todas las persianas bajadas, la puerta atrancada, y Valient Hatstat decía que no hacía más que llamar y que era inútil. Por la noche, en la parte de atrás de la casa, decían los curiosos que veían una luz pasar tras las persianas o que oían el chirrido de la bomba de agua una o dos veces, y la puerta trasera cerrarse con fuerza. Varios, más crédulos, sostenían que a veces el granero se iluminaba, por toda la cara superior, al pasar la misma luz pálida. Eran chicos, exclusivamente, a quienes sus padres enviaban a ver. Orgullo. Proteger. Y si ella finge, que finja. El hecho es que Henry Pimber ha huido —de Gilean, quizás del mundo— y su mujer se ha vuelto extraña. No sabía que eras alguacil. Bonito brillo. ¿De dónde la has sacado? ¿Algo nuevo? Chamlay alarga el brazo. Sombrero de pelo. Se sopla la piel del labio. Alguien tenía que. Está hablando Knox. No te va a dejar entrar, pero es el procedimiento adecuado. La luz escarcha sus gafas. ¡Oh, procedimiento! Se ha largado, no hay ni rastro de él por ninguna parte. Pelo en la parte superior de sus botas. Bueno, tanto frío no hace. Salvo por dentro. ¿Por qué no se marchaban? Si lo pensaba con la fuerza suficiente —¡marchaos!—. Chamlay palmea sus guantes. Bueno, tanto frío no hace. En realidad hace calor. Salvo por dentro. Avergonzado y débil, Furber se concentró en el banco, el sol *era* frío. Arriba y abajo. Palmada. Reluce la bota. Palmada. Abrigo de pelo. Palmada. Sombrero de pelo. Marchaos. Brilla la placa. Una decisión de la junta local solicitando autoridad a la sede del condado. Los ojos escarchados de Knox. Una vez tomando el té con Rosa Knox había tenido la misma sensación. Había tres chiquillas… que corrían… y ella había dicho: no mordáis vuestros zapatos. Una y otra vez. Palmada. Es de locos. Tiene a Pimber debajo del abrigo. Henry lleva mal desde que estuvo enfermo. Y tan callado. Solía sentarse como un fantasma en un rincón del taller de Mat. Ahora… se ha ido. Como un fantasma. Marchaos. Sí sí sí sí. Marchaos.

Entonces su mujer también estaba enferma. Palmada. No estaba muy en sus cabales, acuérdate. Allá, en la habitación a oscuras, emergiendo de una espuma de sábanas, los ojos de Henry tan gélidos y brillantes como los de un oso de peluche fijos en él adonde fuese que se moviera. Knox cabecea. Cristal escarchado de oficial. Por favor. ¿Qué hace ella allí? ¿Qué anda tramando?, ¿qué está pasando, por todos los santos?, ¿qué ha pasado?, ¿qué? Zump. Extremos de bota. Qué qué qué. Olux Knox dijo pregúntale a ella. Sí sí sí. ¿Por qué no?, ¿por qué no lo hace alguien?, por qué por qué por qué. Por culpa de las hileras de tarros, las patatas en contenedores, las manzanas en barriles, las vasijas de pepinillos y de chucrut, las cebollas puestas a secar… No seas absurdo. Por culpa de las calabazas… No seas tonto. Interrogatorio. La causa local. El sol era frío. Y ella parecía una imagen residual inmóvil, una cicatriz de luz, el hondo tatuaje de un marino. Ella salió de un charco de ropa interior. ¡Oh, Anthony lo había tenido fácil! Porque él había visto a la otra Lucy como su madre la trajo al mundo (en cueros, Pike, creo que dirías tú), ¿pero quién iba a creerle? Me temo que el reverendo Furber anda mal de la cabeza. No era la lujuria lo que lo había tumbado. La lujuria no era nada… cosa de colegiales, en realidad. Había sido… la percepción. Creció su rabia, colmándolo. ¡Estos interrogatorios!, ¡estas condenadas sugerencias! Le encantaría aplastar al hermano Chamlay contra el suelo igual que a una manzana pisoteada. Escuchad. Después se besaron como acículas. Y él tenía un miembro, caballeros, que envidiarían. Parecía… infinito. Por debajo… una pila de estruendosas nubes. Se había empinado con el roce de ella mientras arrastraban los pies por el agua. Por su tamaño podría haber sido el enorme ariete y el martillo de los dioses. Uno podía ver que aquello no engendraría más que varones. Bueno, Egipto fue benévolo con Jerónimo. Y suerte tuvo Macario de no estar conmigo. ¿Es pecado lo que vi? ¿Es eso lo que me ha quemado los ojos y dejado en ellos su imagen brutal? Entonces, escuchad, entonces, tan llena estaba, ella derramó la simiente de él, y ambos rieron como gaviotas. Furber estampó

la Biblia contra el banco. No, dijo en voz alta, levantándose. Es materia para la teología, no para los sentimientos. La rabia lo hizo temblar. Aun así se enderezó y se volvió para dirigirse a una hueste de querubines, hablando en calculado tono sereno: *anteriormente en sus vidas paradisíacas Dios Nuestro Señor bendijo a Su hombre y Su mujer y dijo sed fructíferos, multiplicaos. Pero ¿cómo podría engendrar un hombre a menos que la carne se le empinara y qué residía en la inocencia que moviera al más simple de los músculos en un gesto de deseo? ¿Iban los hombres a amar irreflexivos, por debajo de las bestias, como flores? Por supuesto, es imposible saberlo. Ese momento ha pasado por siempre jamás. No obstante observando a Omensetter a veces pienso que estoy temblando al borde mismo de la comprensión. Es entonces cuando pienso que reconozco la naturaleza de su magia. Pues lo que sea que Omensetter hace, lo hace sin deseo en sentido ordinario, con una especie de abandono, un pétreo automatismo que siempre me hace pensar en el Edén. El pensamiento es blasfemo, me hago cargo. Y esa es por supuesto la clave, pues más que cualquier hombre que haya conocido nunca, parece Omensetter más allá del alcance de Dios. Está verdaderamente desconectado*. Furber caminó de un lado a otro un momento con los brazos simbólicamente flexionados. *El pecado no es sino exilio. Ocurre cuando Dios se retira. ¿Tan bienaventurado y libre tendría que parecer el exilio?* Avanzó a vigorosas zancadas. *¿Tan estupendo tendría que parecer todo al otro lado de la valla, mientras nosotros…? Escuchadme, escuchad*, gritó, deteniéndose y manteniendo las manos extendidas, *sabemos que los hombres son malvados, ¿no es así? ¿No es así? Oh, dios, ¿no lo hemos observado a menudo?, ¿no se nos han abrasado los ojos y aturdido los corazones al descubrir la dureza de esa verdad? Aun así Omensetter no parece ser. No parece. Parece. ¿Es correcto, esto… parece? ¡Oh, sois vacas! ¿Es este el sentimiento? Exijo una respuesta, no un hipo. ¿Nannerbantan? ¿TuK? Bien que lo hace. Lo hace, ¿no es así? ¿Bien? ¿Bien? ¿Y que? ¿Y qué debemos concluir pues de todo esto?*

Debemos concluir que es el peor.

Es el peor.

Por tanto.

2

El crepúsculo avanzaba entre los árboles sobre los campos cuando el reverendo Jethro Furber, con piedras en los zapatos, arena empujando entre los dedos de los pies, cojeaba por River Road hacia la casa de Henry Pimber. Arboles dividían la pálida lámina de agua a su izquierda, mientras a su derecha un ribazo de oscuridad se cernía como una almena. El aire estaba tranquilo, había nubes y todos los sonidos que el silencio humano agudiza se habían, de un modo preternatural, detenido. La casa parecía una profunda extensión de los árboles, y Furber comenzó a preguntarse qué estúpida presunción o cobardía lo había impulsado. Decidió que ambas: había cobardía ante todo en haber venido; había presunción, desde luego, en el melodrama del momento que había escogido. De vez en cuando la luna aparecía y blanqueaba un sendero que atravesaba el camino. Oyó un caballo, y muy a lo lejos, quizás en el pueblo, un ladrido solitario. Las piedras se le clavaban en las plantas de los pies. Al principio había sido un delicioso par de dolores pero ahora hacía que se bamboleara con desgarbo. *Madame*, el clérigo ha acudido a la llamada: dele la bienvenida. Miró en derredor. El largo camino de entrada estaba en silencio. El Espíritu Santo no tenía mejor emisario: tres hurras por él. Torció la boca con amargura al oírse a sí mismo. Furber giró pasada la forsitia, vadeando un trecho de sombra hasta penetrar en la oscuridad que se extendía tras las lilas, y no tardó en alcanzar los escalones en los que pudo ver el regalo de buena vecindad de la señora

Gladys Chamlay que relucía bajo la luz de la luna y quejándose del abandono. Aunque su destello sea silente, hay discurso en el daño. Furber consideró si la expresión merecía ser anotada y resolvió en contra. Levantó la servilleta que cubría la cesta de pícnic y a la luz de la luna las hormigas se derramaron como pimienta frente sus pies. Apoyando la vergüenza en el miedo, se quitó al fin un zapato, y a la luz de la luna lo vació de arena y piedras, sacudiendo con brusquedad el calcetín. Como el cuero tendía a contraerse, le costó volver a meter el pie por la lengüeta del zapato. El otro entró con relajante fluidez. Con ambos pies cómodamente calzados de nuevo, cruzó el porche clavando los talones y aporreó la puerta, sobresaltando a un pájaro, que enfadado se elevó desde su arbusto. La llamó dos veces por su nombre, luego esperó, sintiéndose absurdo. El dolor en los pies remitía. Sintió que debía parar y atarse los cordones, pero le daba reparo arrodillarse. Por la mañana tendría más de un moratón. Tratando de escuchar, bajó con cuidado los escalones y fue rápidamente hacia la parte de atrás de la casa. En aquel momento las ramas latentes cambiaban sus hojas. Radiante, la hierba inmóvil destellaba. Halló cerrada la puerta lateral, echado el pestillo de la trasera. La puerta del sótano parecía atrancada. Sin éxito, jaló y tiró de las ventanas, empezando a resollar. Los talones se le levantaban dentro de los zapatos, los cordones le golpeteaban. Era intolerable el pavor que sentía. ¿Había duendes en los eucaliptos, espectros en los aparadores? No tenía miedo de los espíritus, desde luego, de las brujas en escobas, de los gnomos, elfos, trasgos. Ten en mente: al odio nada le cuesta. Eso tendría que anotarlo. Sin embargo no podía ignorar la imagen que estaba dando. Turbado, anduvo sin rumbo por los alrededores hasta que tropezó con una rama que, al descubrir lo que era, agarró con furia, ensañándose con la casa. Haciendo palanca, hizo chirriar una de las ventanas. Luego puso en equilibrio una roca sobre una caja y se subió encima, para poder empujar y tirar mejor. Sin lugar a dudas, era un comediante consumado y un fascinante equilibrista, favorito de las reinas. Por fin logró escurrirse al interior. Algo

cayó al entrar. Fuera lo que fuese, no se rompió, pero rodó despacio por todo el suelo: a-runc, a-runc, a-runc. No se acordaba de cómo estaba dispuesto el mobiliario ni en qué lugar de la casa se encontraba. Los niños que habían estado espiándola, según le habían contado, aseguraban que ella deambulaba por la casa con un farol, pero aquel lugar estaba frío, el aire enrarecido, la oscuridad enquistada. Estornudó —la cortina por la cara—. A ver, Lucy, dónde estás, chilló, avergonzado del gorjeo en su voz. Pero podría quizás toparse con su cadáver. Nadando a oscuras, podría quizás tropezar con él, o aplastarle quizás los dedos con un pie. Entonces la cabeza de Henry asomaría quizás como la luna, fija la fiera mirada, el cuello envuelto en el cubrecamas como en espuma, y Furber oiría su propia voz canturreando muere con incesante tono monocorde —muere muere muere—. Regresó a la ventana, aterrado, tropezando con una silla que se deslizó por el suelo sin alfombrar. Por encima de él, en lo que más tarde resolvió eran las escaleras traseras, apareció una silueta envuelta en gasas, sosteniendo un farol que apenas si alumbraba. Encorvada. Furber profirió un gemido acobardado. Brackett, eres tú, dijo Lucy Pimber con un susurro.

Fue, nadie podía dudarlo, un gran golpe de suerte, y el sentido de aquellas palabras hizo que él se incorporara al instante. Soy yo, anunció el reverendo Jethro Furber con formalidad. Ella huyó escaleras arriba. La pálida luz danzaba mientras él trastabillaba tras ella. No te asustes. No te asustes. Ella apagó el farol y él pensó que jamás la encontraría. Antes de lograrlo, todo aquel asunto lo había puesto absolutamente de los nervios, su vieja enfermedad había regresado e incluso los huesos se le sacudían. Acunó la barandilla bajo el brazo. Estaba ciego —un bordoneo en los ojos—. Pese a lo grotesco de su deseo, una parte de él quiso ser confundida con el enorme mojapellejos que tan maravillosamente dotado estaba y tan universalmente deseado era. A otra parte eso le traía del todo sin cuidado, aunque habría agradecido inmensamente haberla hecho caer debajo de él, abriéndose con facilidad, sin

importar quién pensaba ella que era él. Qué más daba si tenía los pechos como tortitas. Tampoco era eso todo lo que deseaba, pues igual que un ejército en desbandada era él un millar de añicos que bandeaban. Sin embargo cuando sacó a rastras a Lucy del armario de la ropa de cama y le arrebató el farol —era un espíritu desgarrado y sucio, en efecto, pues había ensuciado sus ropas— su olor casi le provocó náuseas, de tan intenso y fecal que era. Estaba en posesión del farol pero no tenía nada para prenderlo, y mientras esto consideraba allí de pie como un imbécil, huyó ella de nuevo por entre las sombras, gimoteando de forma extraña como un murciélago. Al perseguirla, Furber cayó por las escaleras, aplastando el pabilo. Ofuscado, la amenazó a gritos. No le cuentes a nadie que me he caído, me oyes, vientre pestilente, rugió él. Estás chiflada, ¿me oyes? Estás chiflada, Lucy. Empezaba a ver bastante bien, y la encontró agazapada bajo la mesa de la cocina maullando y escupiendo igual que una gata. Retorciéndole el camisón en un gran nudo, la sacó a tirones, diciendo a modo de experimento, «soy Brackett Omensetter», con voz grave de contrabajo. Cuando la oyó reír entre dientes él lanzó puñetazos a ciegas, golpeándola varias veces en la cabeza y los hombros. Aquellos golpes la tornaron dócil, y pese a estar exhausto por sus propias emociones, fue capaz de devolverla al cuidado de sus amigos sin mayor dificultad o esfuerzo.

No muchos días después, en casa de Hatstat, donde habían llevado a Lucy para que se recuperara, incluso fue capaz de ofrecerle una buena cantidad de excelentes consejos relativos al manejo de su vida en un futuro. En ese instante, fue consciente de su propia rigidez, de la extrema corrección de su conducta en definitiva; pero Lucy Pimber, aunque parecía abrir los ojos tanto como un búho y estar casi igual de atenta, escuchaba aquel extenso y en cierto modo rebuscado monólogo, pese a la fría lejanía de su tono y a la impávida franqueza de su mensaje, con aire inmutable, calmo y sereno de principio a fin, algo por lo que Furber, en más de una

ocasión durante las semanas que siguieron, dio encarecidas gracias a los espectros, elfos, trasgos, gnomos y brujas, a todos los ángeles desleales, a cada uno de los dioses caídos.

3

Era una tarde de sol débil, a última hora, y lentamente Mat apareció al final de la calle. Delante de su taller, ligero como un ave acuática, Jethro Furber esperaba, y de ahí que observara cómo se adentraba la reticencia en las rodillas del herrero. Es agradable que lo amen a uno, pensó con amargura, poniéndose de puntillas y ciñéndose al cuello las solapas de su abrigo. Amor… odio… ¿qué importaba cuál era cuál? Estaba listo para ambos. Había elaborado planes. Había ensayado bien sus discursos. Tenía a punto su coraje y su ira, preparado el maquillaje, flamante el disfraz, planchadas sus arrugas con tal ardor, que les había dado el filo del cuchillo. Más aún, conocía a su hombre. Era algo terrible —conocer a tu hombre —; terrible, es decir, para el hombre conocido, de ser cierto. Y en este caso, *era* cierto. Él sabía. Él *sabia*. La imaginación de Mat lo desbarataría.

Ahí estaba ahora acercándose a él, el cuerpo que sopesa, las sienes que se fruncen, una bestia, cargada de sombra. Furber parpadeó. Los hombros de Mat pesaban demasiado para su espalda. Las arrugas contraían sus ojos. Desbaratado, y un vaivén de miembros, estrépito de huesos en montones. Oh, siempre fue un hombre de mucho peso. «Aun así Su carga es ligera». Pero Mat arrastraba su sombra como un trineo y a Furber le perforaban la cabeza fragmentos de una canción de sala de baile.

Imagina el desatino
si me desbaratas el vestido,
pues si me lo desbaratas,
¡ay, sí!, desbarata,
pues si me lo desbaratas,
¡ay, sí!, desata,
entonces estoy acabada,
pues he de confesar;
que yo sin mi vestido
me moriría sin más.

Se sentía otra vez extrañamente a la deriva. Una sombra voló bajo sus pies. Era curioso, este flotar. Mejor ándate con ojo. El pelo lamía las orejas de Mat.

pues si me lo desbaratas,
¡ay, sí!, desbarata,
pues si me lo desbaratas,
¡ay, sí!, desata.

Mat era por lo común un hombre apesadumbrado, de una amabilidad taciturna, inequívocamente obtuso en ese sentido, lento y sombrío; a Furber le parecía que el centro de gravedad lo tenía en las rodillas.

considera que este vestido

se lleva al pecho bien ceñido;

tiene corchetes y ojales,

y lazos y alamares,

tiene broches y costuras

que me llegan a la cintura,

Furber había abandonado su piel pero todavía tenía frío. Manos infelices, desprendidas de los bolsillos, revolotearon para saludar. ¿Saludar? El cielo huía sin moverse. Mat avanzaba despacio.

Y es difícil de planchar

tan difícil de planchar.

No obstante en aquella pesada persona vivía una vivida inventiva… sí, como podría anidar un ratón en un oso o un pájaro en un castor. De ahí que Mat fuese un curioso, aunque un terrible gazmoño, y si bien cotilleaba tan solo cuando se sentía obligado, era constante e infalible en el despacho de sus tareas. Tenía afición por las obras de filosofía popular, las cuales malinterpretaba de un modo penoso, y una vez abochornó a Furber al regalarle ciertos tratados sobre misticismo oriental y ocultismo que había adquirido siendo carretero en Chicago en su juventud.

Si insistes

en que me despoje

del vestido que se cierra

por la parte del escote,

y que protege mi honra,

y que protege mi honra,

Pese a la reputación de Mat de tener eso que los barberos, al afeitar, llaman un tacto ligero —una cualidad insólita, irrelevante incluso, en los herreros— rompía cosas habitualmente: sillas, cántaros, platos, cacerolas y herramientas.

lo que sea que vayas a hacer

háztelo a ti también.

Se enorgullecía, además, de que sus pensamientos eran a veces profundos; de que su mente era, en ocasiones, tortuosa; de que veía a través de las personas, o en torno a ellas, lo que a menudo era la mayor proeza; y de que tenía el don de hallar afinidades, por diferentes y estrambóticas que resultaran sus formas externas (Pimber y Omensetter hacían una pareja natural, decía siempre), que según declaraban sus amigos era tan preciso como extraordinario.

pues la ley de oro es,

de oro, la ley de oro es.

Para Furber, observando el renuente progreso de Mat calle arriba, era la representación perfecta de una polea, ya que un suave tirón por uno de los extremos movería una montaña en el otro, o sacaría a un renuente Lázaro de la muerte.

Y cuando al fin hayamos acabado,

te ha de pedir esta dama,

que lo que sea que hayamos hecho,

como un caballero,

lo que sea que hayamos hecho,

de nuevo lo hagas.

Antes, sin embargo, sería necesario entrar. Furber llevaba un buen rato de pie inmóvil, la mente dormida, y los dos hombres se inclinaron el uno hacia el otro como dos varas clavadas en la tierra con poca fuerza. La calle estaba extrañamente vacía, las fachadas de las tiendas parecían pintadas en un telón y Furber tuvo la sensación de que en cualquier momento podrían alzarlas hasta desaparecer, que podría cambiar la escena de repente —¿y luego qué?, podría rodearlos un desierto o una selva… montículos de nieve o el inquieto terreno del océano—. Por medio de su incomodidad reconoció la necesidad de fortaleza y de movimiento, y agarrándose a sí mismo, recobró su estatura. Por lo general bajito y delgado, pareció que su propia voluntad lo impulsaba por entre las mangas de su abrigo negro y por los pemiles de sus pantalones y por el rígido tubo blanco de su alzacuellos hasta que tuvo la altura que pensaba que debía tener, el total de su cuerpo y de su sombra arrojados juntos y tan al completo que Mat apenas si pudo distinguir las siluetas separadas que constituían la suma.‘Ah, Matthew, aquí estás al fin. Noto un poco de fresco, dijo.

El prolongado *ah*, el nombre de Mat nadando en su aliento, el lenguaje de folletín, el tono de sacerdote: el escenario. Demasiado tiempo de pie, le había salido un gallo; la determinación se le había vaciado por los zapatos. En consecuencia Watson recobró la suya a ojos de Furber. Mat tenía manchada la camisa y churretes en los lados de la cara.

Matthew, canturreó Furber. Matthew, berreó. Matthew, Matthew, cantó, llenándose la cabeza con los sonidos que significaban herrero, como si dichos sonidos le proporcionaran una sujeción a sus objetos. ¿No crece un hombre como su nombre a la larga, y no hay embutida en este una parte de él, entre las sílabas, como la carne en un sándwich? ¿Cómo si no podría saber uno si los sonidos encajan? Eso es lo que al final acaba con las personas famosas, soba decir su padre, sacudiendo un dedo largo y rollizo; cada vez que piensan en ti, una parte de ti se desgasta. Es una erosión lenta. Muerte por simple uso. V Doble y T. Aquello fue la vida de su padre, el lema de su padre. Desgaste y desgaste. Y luego se acabó. No es más que V Doble y T. Demasiado V Doble y T. Te hacen un agujero, solía decir, igual que en un zapato. Y luego se acabó. Lo decía una vez y otra y otra, desgastándose los filos de los dientes. ¿Qué vamos a hacer?, ¿qué vamos a hacer? Furber era despachado —mareado—, todo temblores. Otra de las verdades de periódico de su padre: ¿dónde están el licor y el tabaco?, caray, viven en la oquedad del hábito. Una y otra y otra vez. Si todo hombre estuviese en alguna parte de sus sílabas, de ese modo podría ser alcanzado. Y tocado. Una y otra vez. ¿Amado? ¿Qué más daba eso? Podría ser masticado y engullido. Jethro, por ejemplo… o Matthew. Él conocía la verdadera oquedad del hábito. Omen…[5] ¿Y si el nombre de Romeo fuese Bob? O Jethro. Y si el nombre de Jethro fuese —¿cuál?— sabio consejero, fluido embustero, escurridizo espía, llorón gritón, negador de Dios, con el alma en llamas —no— y si fuese —¿cuál?—. Pero no podrías desgastar a Romeo. Él crecía con cada repetición. Omensetter. Simpson. Supongamos que fuese Simpson. O Henry Pimber. U Olus Knox. Una porqueriza, esa era la oquedad del hábito. Stitt. Tott. Chamlay. Aquí está tu nombre, jovenzuelo, rodeado de mi gargajo —¿qué me dices a eso?—. Hatstat. Flack. Cox. Hawkins. Cobb. Bueno, ahí podría haber algo. Otra más de las verdades de periódico de su padre: no tomarás el nombre de Dios Nuestro Señor en vano. De haber uno… tendría Él que haber masacrado… De haber habido, habría Él… Hágase mi

voluntad. Y arroja el rayo contra la casa. Supongamos que el nombre de Dios fuese Simpson. Supongamos que, todo este tiempo, durante todo este alarido y esta alharaca, Él fuese Simpson. Inaudito. Eso explicaría… todo. ¡Eh, qué hay Simpson! ¡Eh, eh! No muy oportuno. Mi nombre no es Jethro Furber. Te has equivocado de hombre una vez más. Es Joe Pete Andy. Es Philip Kinsman. ¿Cómo sería ser? Kinsman. Cualquiera. Deslizarse a una nueva vida. Y quedar así a salvo del V Doble y del T. Ah. Luego estaba Brackett Omensetter. A ese hombre lo había desgastado hasta volverlo una sombra, si era cierto aquello; su nombre solo podría llamar a un fantasma.

La mema Billie

tiene una panza

grande como la de Marge

y ancha como la de Nellie.

Matthew Omensetter. Ambos son gemelos de una misma clase, Furber lo veía ahora; poseían una similitud terrible, y se sintió aún más debilitado.

… los tesoros que ella portaba

en lo más hondo enterrados estaban…

Ser Philly Kinsman… nadar en un río de árboles… el sol dormido en la hierba, en la maleza… oh, dios, se iba a morir y nunca…

… la bella del Reino de Tierra Firme…

Matthew Omensetter. Los dos eran caballeros corpulentos, siempre húmedos como la arcilla de río, que mientras trabajaban oscurecían sus camisas con patrones, que hablaban en manchas y churretones.

Nunca me habré de desposar

con una dama que sea un hada;

sería demasiado sargenta,

y no me gusta la guerra,

o… o…,

pues no me gusta la guerra.

Ambos tenían piel arcillosa, además, intensos bronceados amarillentos; y el pelo espeso y tropical que les caía en desorden sobre la frente, aunque Mat se lo cortaba a menudo y no lo llevaba tan burdo, esa era la diferencia.

Y no he de entretenerme jamás

con una muchacha que perdió su castidad;

de su virtud tendría ella cautela,

pese a gustarme las rameras,

eras… eras…,

pese a gustarme las rameras.

Había además una soltura respecto de las partes carnosas de Omensetter, no precisamente desagradable, tenía que admitirlo, ni rechoncha ni como la piel que abulta el hueso como a veces hace la masilla con el papel, sino más bien como si ahí los músculos estuviesen relajados, niños dormidos en sus edredones…

«¿Qué quieres tú?». ¿Ya está? ¿Es así como se dirige a su pastor?, con un *tú*. Mientras que yo grito: ah, ah, Matthew, ah… Mientras que yo grito: ah, el nombre del autor del evangelio, *ese* nombre, tú, en cambio, dices: «¿qué quieres tú?». Bueno, él no respondería. Él derribaría silencio sobre

ellos igual que el templo. Él no respondería a un *tú*.

Sansón el Simplón fue a la feria,

allí estaba todo el pueblo filisteo.

Quiero… quiero ser Philly Kinsman. Orcutt. Cate. Mossteller. Jenkins. Amsterdam. Reconocía la maldad y la fortaleza de la tentación, pero a veces se veía sobrepasado por la increíble dulzura de la vida, la calidez, la suavidad de sus mujeres imaginarias, sus pieles tan blancas y luminosas por la comodidad.

Pero una sabia boticaria

me mandó tener cautela una vez

con las muchachas que le dan al jerez

y se pasan el día durmiendo en casa,

asa… asa…

y se pasan el día durmiendo en casa.

A fin de sobrevivir al silencio tendría que pensar en cosas disimilares y de oscura lejanía: la Antártida, camellos, Bogotá. Mat tenía los pulgares enganchados a la parte superior de los pantalones, así que Furber trató de volver sus pensamientos hacia el zorzal maculado, después hacia el rey Sardanápalo. El herrero tenía el vientre enorme de tantos esfuerzos y le abultaba levemente por debajo de la ropa.

Sus pezones brillantes como bayas,

las grandes mamas de *mi* dama,

como ubres leche me darán,

hasta que no me guste nada más,

as… as…,

hasta que no me guste nada más.

El silencio era una cruz, pero Furber resolvió compartirla, y con placer vio cómo Mat había empezado a cambiar su peso, de una pierna a otra, como un oso. Era obra de Dios, gran obra de Dios, pensó Furber; se quedaría por siempre de pie tal cual si fuese necesario, como una imagen sagrada, aunque su iglesia le negara las imágenes —bueno, al diablo con ellos y con sus aburridas doctrinas—, muy bien, pues como un testigo de cargo mudo, un recordatorio interminable…

Y allá abajo donde tiene ella pelillo

encerraré yo a mi pajarillo,

un pajarillo cantor de leyenda,

hasta que cantar más no pueda,

eda… eda…,

hasta que cantar más no pueda.

La mano izquierda de Mat voló hasta su cara y la arañó con rudeza, luego cayó y le palmeó el costado. La derecha todavía colgaba de sus pantalones como un murciélago de una viga. Bogotá… Bogotá, Colombia.

Sería fútil decir: como hombre, yo no importo. No. No importo. Pero recuerda a qué me refiero, pues el cuerpo de todo símbolo es absurdo. Dime: ¿cómo meaba Jesús? ¿Quién

va a predicar sobre ese asunto? ¿Quién se hará esa pregunta? ¿Meaba Él? Oh, sí, Hermanas y Hermanos, Él meaba. Meaba igual que vosotros. Igual sin duda alguna, Hermanos. Igual de bien, además. Sí, con la misma frecuencia. Un pálido chorro amarillo paja. Es más probable que Él estuviese circuncidado que tuviese barba rala, que fuese rubio claro, lampiño como una chica, un chico a los veinte mas un hombre a los diez, carpintero y cada centímetro rey. Era, en resumen, un Hijo de Dios normal y corriente, del montón, en todos los sentidos pío, manso, conflictivo, flaco. Se le quedaba comida entre los dientes, por ejemplo; le salían ampollas en la piel.

Vacía, la tripa le resonaba; se cortaba los pies con las piedras. Consideremos un instante la química de La Ultima Cena. Y colgado de la cruz, entre los ladrones, no sentía el beso de Sus clavos de manera distinta a como ellos sentían los suyos. Eso os lo puedo asegurar. Encantado estoy de hacerlo, Hermanas; encantado… encantadísimo, Hermanos. En muchas cosas, además, sois iguales a este Dios. Él soltaba sus ventosidades como todo el mundo. Le tosía el trasero, y puedo imaginar que se veía tentado, al aliviarse, a salpicar a la araña que lo había mordido. Su cuerpo lo volvía humilde, aun así meaba con orgullo. ¿Qué sentido tendría si no decir que Él tuvo uno? ¿Qué sentido? Mas fútil. Sí, Hermanos —bumbadabum—. Lo han restregado, le han desecado Sus fluidos, le han fregado Sus colores, planchado Sus arrugas. Bello Jesús, el orgullo del embalsamador.

Y luego Furber, por pasar el rato, pensó sal, pensó eneldo, pensó vinagre. Al menos debería mirarme, debería tener el valor. Mirra. Mirra. Watson cogió con estridencia aire por la nariz. Si escupe… Pero Furber no podía correr ese riesgo.

Quiero tratar contigo un asunto, dijo, cruzándose bruscamente de brazos.

Es tarde.

Sé que es tarde. Hay tiempo.

¿Ah, sí? Es tarde. Tengo muchísimo que hacer.

Hay tiempo de sobra, de todas formas.

Tengo que lavarme y comer. He tenido un día duro.

Hay tiempo, te digo.

Bueno, qué entonces. Sobre qué.

Pero Furber se protegió el pecho con los brazos. No contestes preguntas. Escribió «rudeza» en un lado de un reglón.

Estuvieron Ptolomeo, Seleuco, Pérdicas, Gónatas, Casandro —reyes todos—, y Furber arrojó la vista al fondo de la calle vacía. No eran reales, eran ecos de edificios. Era como si la mañana hubiese sido tan tonificantemente fresca y clara y soleada que los tableros hubieran ahuyentado a gritos sus sustancias, y ahora, desde aquellas horas tempranas, solo esas imágenes habían quedado reflejadas en la tarde.

Creo que es mejor que me lave. Tengo muchísimo que hacer.

Tienes. Tienes.

Mat se balanceaba con la mirada clavada en Furber, la sangre le coloreaba la cara.

Bueno, dijo al rato, achinando los ojos, es la verdad.

Hizo una pausa para ladearse.

Qué era lo que querías.

Sí, parpadea, pensó Furber. Nunca me habías visto. Soy nuevo, un extraño, y mis ropas oscuras deslumbran. El tono de Mat se había alterado, eso era algo. Furber se aconsejó moverse con cautela, no llevar las cosas demasiado lejos. Esta era una disputa que no osaría perder, y su hombre estaba inquieto, incómodo e inquieto, ansioso, agotado, no solo física sino también espiritualmente forzado, agotado y ansioso de corazón. Aun así para ganar tenía que ir lejos, fantásticamente lejos, y su confianza lo había abandonado. Había desaparecido

al momento de ser invocada, pese a sus minuciosas preparaciones. Ea duda le había debilitado la voz y Mat no respondía al nombre de Omensetter. Avergonzado, Furber lo repitió, pero Watson no contestaba. Meneó la cabeza y revoloteó el faldón de su camisa. ¿Cuánto, la pregunta volaba en el oído de Furber, cuánto le pagaba Mat a Omensetter por su ayuda?

¿Podía permitirse a semejante hombre? Quizá fuese un asunto en el que merecía la pena profundizar. Pero yo quiero ser Philly Kinsman. Furber se permitió suspirar una vez. Habría lealtad en ser desbaratado, rectitud, la sensación de Mat de la utilidad de Omensetter, su rivalidad (y ahora que se había mostrado de manera tan clara, resultaba ser mucho mayor de lo que había imaginado —pero ¿por qué? ¿por qué?—), ¿y cuántos botones más?… ¿fe?, ¿confianza?, ¿creencia?, cada cual menor, cada cual más fácil, eso, también, era algo; y además un montón de estupidez e ignorancia rotundas, de eso podía estar seguro. No resultaba tan sencillo, tampoco, sacarlo de la terca madera de la que estaba hecho. Era bueno que Mat estuviese agotado, sería voluntad contra voluntad. Ciempiés, cantó sin convicción, a la espera. Pulgones, babosas. Luego llegó Eglón, rey de Moab. Jeroboam. Nadab. Basá. Ela. Zimri. Omri. Ahab. «Y Eglón era un hombre muy gordo». Se estaba rindiendo otra vez.

Hace un tiempo traicionero. ¿No notas el fresco?

En la fragua solo hay ascuas.

La voz de Mat seguía sonando agotada y desalentada, apenas cortés.

Pongámonos junto a ella, Matthew. Bastará para calentarme.

Una daga de doble filo y de un codo de largo bien ideada y ceñida con astucia al muslo del asesino Aod, libertador de Israel. Cuando Aod estaba a solas con Eglón en su sala de verano, trayendo según dijo un mensaje de Dios para el rey,

sacó la daga de su vaina y con la mano izquierda, pues era él un hombre zurdo del todo, la hundió hasta más allá de la empuñadura en el vientre del rey, un vientre tan enormemente gordo que fue imposible extraer de nuevo la daga, y tuvo en su lugar que permanecer allí, espina de la muerte profundamente clavada, al tiempo que las deposiciones del rey se derramaban sobre la alfombra para sorpresa del rey. Al principio no se levantó griterío alguno, pues Aod cerró la estancia al huir de manera que el rey yacía en su cenador con sus sirvientes fuera como si (según creyeron) estuviese respondiendo a una llamada de la naturaleza. Así fue cómo Dios se tomó a risa a Eglón, y cómo fue liberado Israel aquella vez.

Las puertas, cediendo poco a poco a la presión del hombro de Watson, chirriaron. Luego Mat gritaba por encima del ruido.

O… Omensetter no ha venido a trabajar… no ha venido a trabajar hoy… está enfermo… digo que está enfermo… vino su hija a contarme… vino a decirme que está enfermo… me dijo que está enfermo.

¿Oh?

Lurber se arrimó a la fragua. Ascuas iluminaban el bajo de su barbilla. Al abrirse de golpe la puerta —retales de sombra, parches pajariles—. Roboam, Abías, Asa, reyes de Judá. De pronto Mat parecía dispuesto a comunicarse, estupendo. Alargó las manos hacia el fuego. Las ascuas eran amigables. No parecía que abrasaran al tacto de ningún modo. Dejó caer las manos, frotándoselas con fuerza. La oscuridad era un consuelo. En penumbra igual que una iglesia, en aquel momento igual de silencioso, el taller parecía un refugio, y Lurber, bostezando y tragando, olió a paja, luego a madera y a cuero, aceite y metal antiguo, estiércol y agua refrigerante. Quería hundirse y abrazar las ascuas contra su pecho. Llamígeras… monedas de luz… aceite, madera, andrajos… gases de ácidos, jabón, humo… la luz del sol dispersa. Brevemente se preguntó cómo se sentía Watson, en este lugar

salvaje y fértil, si hallaba en su confusión algo de paz. Era triste, pero rara vez las iglesias bullían tanto. Pocas veces se permitían tal derroche de sentimientos. De hecho, eran —al menos la suya— una agria denegación del espíritu humano. Rápidamente se contuvo. Se refería, por supuesto, a que eran una sobria condena del mal en el espíritu humano… que era distinto. No obstante era él un embustero notorio. En este tipo de lugares, Furber podía sentir que la vida se desplegaba ante él, que el tejado de los cielos se elevaba en la oscuridad; pero era la oscuridad, la honda tenebrosidad del taller la responsable de eso; era una ilusión de sombras, y con su amargura habitual se percató de que fuese cual fuese su amor jamás sería capaz de mostrarse ante él con honestidad; siempre se desnudaría a oscuras. Rodeando la fragua, vio que Mat había permanecido en el umbral, y distinguió sus dedos nadando en el barril. El impulso de Furber fue echar a volar hacia él como una chiquilla y golpearle en el pecho con los puños.

Como sin duda has adivinado, Omensetter es el asunto que me ha traído aquí. Es algo bastante confidencial, en mi diócesis, como sacerdote, dijo Furber, usando la palabra con disgusto, pero, pensó, con habilidad.

Ahora había perdido su sombra, era pequeña, ni siquiera delgada, asomado al fuego.

¿Oh?

Indiferente como una estaca, Mat se apoyó contra la jamba. Su rudeza era absoluta, y pese a que Furber luchaba contra ella, descubrió que la rabia lo había arramblado. Estaban las ciudades antiguas. Piensa. Palmira. Nínive. Corinto. La indiferencia de Mat era una pose. Acre. Tiro. Una actuación para mi actuación. Issos. Damasco. Gaza. Rodas. Hoy desaparecidas. Todas perdidas. Tiene miedo, sin más. Persépolis. Tampoco a mí se me ve enfadado, aunque esté ardiendo como este cerro de ascuas. Incluso las mangas de mi abrigo están en calma. Merv. Furber dio no obstante una

palmada brusca y repentina, Mat dio un brinco.

He hecho averiguaciones, dijo, en referencia a las señales de Omensetter. Tuve intención de preguntarte antes pero vi que no estabas muy receptivo.

¿Oh?

Cayeron los párpados de Mat; parecieron cerrarse.

¿Qué te hace pensar que ahora sí estoy receptivo?

Otra clase de señales, Matthew, dijo Furber, con una ligera sonrisa.

¿Oh?

Todas esas ciudades, esos hogares huecos, todas esas vidas, esas tumbas, las tumbas de la esperanza… con una locura como la de enterrar que se apodera de los hombres, la manía de cubrir todo aquello que los sobrepasa, las ciudades se cubrían con arena y fango, parras, hierba, lava, con ciudades más ruidosas, ruinas más absolutas, más tumbas y más hierba. Yo soy el digno señor de todas, pensó Furber. Mis credenciales me convierten en el maestro de los lugares de reposo. Era así —entierro tras entierro, vergüenza tras vergüenza— como había sido siempre desde que Adán se ocultara con la hoja de parra, su sexo y su muerte juntos y por igual, y era así como sin duda continuaría siendo. Él —Furber— se perdería en una ingesta de personas. La lápida en el rincón de su jardín no hablaría verdaderamente de él, el gran Leviatán lo recibiría, sería enterrado en sus cuerpos —cubierta tras cubierta llegaría — pues eso era la totalidad de la vida en la tierra, nuestros cuerpos durante un tiempo transversos uno al talle de otro, como hojas nuestras vidas, elevando generación tras generación el nivel del suelo, el propósito de cada nueva capa la eficiente asfixia de la última.

Frotándose la barbilla, Mat altera el cierre de sus ojos. También se tira de la nariz a conciencia. Como un actor. Sí. En profunda meditación. Oh, sí. Pero en realidad no para quieto. Que sus pensamientos se hagan brea y que con humo espanten

su ingenio.

Me parece, si no recuerdo mal, que esto lo hemos…

¿Tratado ya? Sí que, por así decirlo, lo hemos tratado, pero me temo que debemos volver a revisarlo, aunque esta vez con más cuidado, más a fondo ya sabes, más a conciencia.

¿Oh?

Un enorme bostezo floreció de pronto en el rostro de Mat.

De manera que he de ser la tumba de mi padre y mi madre. En la agonía de la vergüenza, Furber se tapó la boca. Esas condenadas fantasías eran la maldición de su vida. Además, él tan solo deseaba ser Philly Kinsman, un amigo imaginario, huérfano por conveniencia, aunque sin duda heredero ducal. Pero ellos todavía no han muerto, viven en el sur. Se metió los dedos entre los dientes. Él sería la lápida de ambos, aun así; su habla era la inscripción de los dos. AQUÍ YACE. ¿Cómo podría haber sabido que iba a enervarse de aquel modo? MEMENTO. La semana pasada recibí una carta. Amable. Detallada. Las noticias habituales. Sin interés. Sin motivo. MEMORIAE SACRUM. Escoria. Pis embotellado. Pero en realidad están bastante bien, y muy activos en su iglesia. MEMORANDO. Se había humedecido los dedos con la lengua. MENDACEM MEMOREM ESSE OPORTET. ¿Qué se le estaba pasando a Mat por la cabeza? ¿Sombras eólicas?, ¿el lenguaje del muerto? Los espectros de sus padres seguro que no. Bueno, al diablo con ellos, si he de tenerlos, me merecen. MORS JANUA VITAE. Luego el recuerdo de los brazos de su madre rodeándolo y de fragantes prendas lo abrumó. Brotaban flores por toda ella como en un cercado. Le escocían los ojos. Llevo demasiado tiempo aquí, esperando a Mat. Es la sombra que se ha llevado el mal tiempo, y la hora del día. MEMORIA IN AETERNA. He perdido los nervios, dios mío, no pienso en ellos ni una vez al mes, y aquí estoy envuelto en mullida franela azul igual que un niño en una cuna. Empezó a reírse por lo bajo pero en vez de eso tosió. Vas a ser mi muerte, decía ella a menudo; ¿qué voy a hacer contigo?, ¿en qué te vas a convertir?, ¿qué vas a

ser? Volaba saliva por entre los dientes de su padre. Muy bien, muy bien, morid, morid, pero en mí no hallaréis reposo. MORS OMNIA SOLVIT. Mentira.

Furber gruñó, asegurándose la atención de Mat, y después dijo: quizás recuerdes la ocasión…

La recuerdo.

… pero pareces haber olvidado lo que se dijo.

No recuerdo que yo dijera mucho.

Muy bien, lo que yo dije. *¿Recuerdas?* ¿No te has olvidado? No.

¿No lo entendiste acaso?

No, creo que lo entendí muy bien.

¿Te negabas a creerlo?

No, eso no sería del todo cierto.

Aun así no hiciste nada.

¿Qué había por hacer?

¡Cuidado!

Furber retrocedió, reponiéndose, callado, percatándose de que su embate no había logrado inmutar a Watson. Ahora apenas tenía necesidad de la fragua. Tras el frío le había sobrevenido la fiebre. Camellos. Era una idea. Camellos.

Me obligan las circunstancias, dijo; las circunstancias, ya sabes, círculos que rodean, hacen necesario, esas cosas que consisten, que resultan tan circundantes, retomar de nuevo el asunto. No fui claro. ¿Soy claro ahora? Temo no… no. Ay. Ah, pero en un instante. Entonces seré. Bueno… esos asuntos circunvalantes, ¿eh? Me fuerzan, entiendes, me hacen, en tanto… misionero, pues por lo visto no fui claro anteriormente, y…

Oh, fuiste lo bastante claro.

¿Lo fui? Me sorprende. No puedo creer que lo fuese. Constreñido como por un cíngulo… ¿De verdad lo fui?

Sí, fuiste lo bastante claro, aunque ahora no te sigo. Mira, Jethro, por favor, los dos estamos cansados y es ya el final del…

Sí, sí. Conforme. El…

Mira… es un momento complicado. Ha sido un día largo. Estoy cansado. Baldado.

Un cuerpo cansado espabila la mente.

Mat empezó a protestar pero Furber lo cortó. Había extendido las palmas de las manos, y los ojos velados de Mat las habían visto. Si una persona es la tumba de otra, se preguntó, ¿qué parte reside en el brazo, por ejemplo? Podría existir una correspondencia, supongo, entre brazo y brazo y entre nariz y nariz, pero ¿y si el fenecido es un tipo mucho más grande?

Y la justicia se administraría mejor en muchos casos, he de suponer, si la cabeza del muerto estuviese colgada del trasero del otro, o si a través de los ojos pudiera verse el corazón del cadáver, eso te revelaría algo. Camello. Una joroba donde está la cabeza. He ahí el porqué. Dos jorobas: dos cabezas. Cabezas de bebés: varias. O amantes que se abrazan. Un camello es un buen terreno seco y de ahí que se prefiera para yacer cuan largo es uno. Lo más probable es que esa clase de criaturas se pongan por las nubes, en cuanto se sepa. Aunque, dado ese riesgo, sería inteligente reservar una ya mismo. Por supuesto el dinero por adelantado en un caso como este es esencial. Uno podría especificar además el lugar en el que, cuando muera, tendría que dejarse descansar al camello. Es el tipo de transmigración que habría quizás complacido a Pitágoras si en su época alguien hubiese tenido el buen juicio de pensar en ello.

Atontado. Pis embotellado.

Philly Kinsman yo me llamo.
Soy un músico afamado.
Mi flautín es mi esposa,
mas juro por cualquier cosa,
que cuando mi trompeta asoma,
todas las damas…
(en esas ocasiones)
todas las damas…
(benditos corazones)
todas las damas se la montan.

Qué diantres dices… ¿Qué estaba blandiendo? La oscuridad rotando como la semilla de un arce.

Philly Kinsman me llamo.
Soy un músico afamado.
Aunque mi trombón
menuda nota alcanza
cuando las damas se lo calzan,
muy dolorido está
de tocar más
música de la que
de él se esperaba,
y *aun así* las damas se lo calzan.

Mat se sonó, llevándose el brazo a la cara. La luz se esparció por el suelo.

Supongo que te has pasado el día buscando a Henry, dijo Furber, su voz ligera y tranquila, calma y lenta, apenas en movimiento mientras escrutaba el rostro de Mat, alerta como un animal a cualquier cambio. ¿Qué tal ha ido? Todo el día en los campos llenos de tocones, ¿eh? Se tuerce uno el tobillo. Sé cómo es. Resulta agotador cuando es en vano. Maleza y cadillos, están por todas partes en esta época del año y son muy latosos además, como lo es mirar sin parar por las hileras de maíz, y asomarse en las cuevecitas por todo el río, ¿habéis mirado ahí?, deprimente cuando es en vano; y por todos los cercados, los tresnales y las pilas de heno, ¿los habéis registrado?, ¿en vano? Bueno, tu ropa se ve toda picoteada y tienes un mal arañazo en la barbilla, ¿te ha venido escociendo? Las púas del majuelo lo explicarían, estoy seguro, y las marañas de bayas, condenadas, y el terreno pantanoso, además; ¿te has calado los zapatos y empapado los tobillos?, un pelín de frío, ¿eh? Bueno, un asunto desagradable se mire por donde se mire, resulta tan agotador cuando es en vano. Sin duda. Eso hace larga la jornada.

Canciones alegres y vulgares muletillas… muerte…

¿No crees que haya huido entonces? ¿No eres de esa opinión? Que era un hombre descosido, tipo muñeco, sin mecanismo, sin cordel, sin entrañas para escapar, confundido por la enfermedad, ¿es esa tu teoría?, y su mujer mañana y noche un azote, un puñado de piedras, oh, ya sé, ya sé, aun así es un amigo, pese a haberse envuelto en frondas para hibernar igual que un gusano ambicioso y esperanzado, para ver la primavera, ¿eh?, pero en tanto hombre estaba hundido de espíritu como esos botes de remos que uno ve pudrirse en la orilla, en sesgo con el agua del río, o como esa casa que le alquiló a Omensetter, plagada de musgo y de maleza y de maderos blandos y empapados… ¿es la perspectiva que estás adoptando? Lo sé, *sé* cómo te sientes. Oh. Yo también soy un hombre sensible. ¿No era él aun así más que un vegetal cualquiera que ella no llegó a enlatar, una chirivía o una patata? Oh, y su mujer es una amiga, lo sé, lo *sé*. Resulta

perturbador. Y estás en contra de cuanto estoy diciendo. Confía en mí, Matthew. *Por dios*. También yo lo estoy. Pero la gente tiene sus miedos… y Matthew… dichos miedos se han de dejar aparte.

Mat estaba hablando. Las solapas le habían irritado el cuello. Apareció su lengua. El Señor se la retuerza.

Puedes ayudarme, Mat.

Ante el tono amistoso, el ojo derecho de Mat se elevó, sus hirsutas mejillas se hincharon de aire: puf plop, habló.

Eres…, lo confieso, fíjate, lo confieso, eres esencial para mí. Tengo que tenerte, Mat.

Mi franqueza lo ha despojado. Me encara el desconcierto —oh hoo ja—, ¿el miedo quizá? Pulguilla bajo la esterilla. Mat se frota la oreja. Garrapatón.

No te burles de mí, Matthew.

Eso lo ha aturullado. Se han deslizado sus ojos. Qué pensar de eso. Daría cualquier cosa por zafarse. Bueno, ese es mi precio. Yo también llego dos horas tarde a las Nonas. Poca cuenta se da de que soy el archipámpano papal de incógnito. Su masa está cambiando. Oh, Furb el fullero, vigila sus pies, puede que sea grande, pero un púgil no es.

¿No confías en mí, Matthew?

No es… no es una cuestión de confianza.

¿Ah, no?

Furber alzó los brazos y salió disparado hacia el fondo del taller.

La boca de Matthew rezumaba oscuridad que como humo se derramaba a cada lado de Furber. Una visión. Un ídolo que exhalaba vapor. Corría a ciegas y chocó con algo. En consecuencia.

Es justo eso, dijo Furber, menguando. Miedos del Cielo.

El Señor nos ama. Todo en las alturas. Nos ama.

Furber regresó a la fragua y extendió los brazos sobre ella.

El Cielo renunciando a los miedos.

Oh, está bien, está bien, ¿qué más?

¿Más? ¿Más? ¿Por quién me tomas? ¿No es acaso suficiente?

Oh, a ver, son tonterías, Jethro.

Desde luego, tienes razón, en efecto, son tonterías.

Furber chasqueó tajante los dedos.

Tonterías… ¿pero?

Abrió del todo las manos. Se desplomó.

El mayor archipámpano papal. Un genio. Mira el león. Yo… Yo… estremecido hasta los tuétanos. Ciudades que empiezan con C: Columbus, Cleveland, Cincinnati, Chillicothe… ¿Corre a confesar? ¿Qué estaba osando hacer?, ¿tan solo a esto equivalían por dios bendito?, ¿a inventármelas? Jesús. Mira el color de mi capa, ¿no es digna?

Ah.

Furber se puso las palmas de las manos en las mejillas.

No soy digno de confianza.

Oh, mira, a ver, no seas tonto, no desconfío de ti.

Bajo cejas amenazadoras, nariz con lustre de guijarro, sobre dedos que se afilaban, borboteaba el flujo del habla de Mat.

De todas maneras, ya sabes que tiendes a… que de alguna manera siempre andas haciendo montañas, ya sabes, misterios de granos de arena, siempre amonestando y mandando de ese modo tuyo y montando un número…

Ciudades que empiezan… ciudades que empiezan con… dios, no se me ocurre ninguna.

No estoy en contra por supuesto. No me estoy oponiendo. Igual es asunto tuyo y tú sabes lo que te haces y estás haciendo más de lo que se supone, pero… bueno, después de todo, ¿qué son a fin de cuentas?

Ciudades, ciudades… ¿Dónde habré guardado esa daga? He de besarlo ahora y comérmelo después. Izquierda o derecha, no importa si contamino mi sagrada mano con la sangre de este cerdo.

¿De quiénes son… esos miedos, quiero decir? Son tuyos, Jethro, es todo. Eso es todo. Tuyos. Son tuyos.

En su cara un puñado de ascuas… ¿lo lograría? Paléalas rápido…, ¡allí!

No es lugar para eso, Matthew. Ni el lugar ni el momento para eso. Pero debemos machacar a la serpiente, ¿eh?

Miró de un modo extraño por encima de su hombro.

No hay niños por ahí. Eso lo explica. Es raro. ¿Dónde andan? Juegan por aquí, ¿no?, cada día.

Mat asintió. La puerta se incrustaba en su espalda.

¿Juegan a rodar aros?

A la pata coja, Furber se puso a saltar.

Rayuela, ¿te acuerdas?

Cauteloso, Mat se apartó de la puerta mientras Furber pasaba brincando.

¿Has saltado a la comba alguna vez?, ¿pateado una lata?, ¿qué me dices del escondite?

Se detuvo, el resuello hinchándole ruidosamente las mejillas. Jamás en su vida había dicho una mentira. Todos sus embustes habían sido… necesarios.

¿Cantillos?

Encaró a Watson para exigir una respuesta, pero su hombre estaba ahora sumido en el desconcierto.

Mat hizo una mueca vaga, enseñando los dientes. Fosforescentes, le iluminaron el labio inferior.

Furber estaba de nuevo sobre ambos pies. Eso pareció tranquilizar a Watson, que dejó de moverse, así que Furber se puso a dar saltos otra vez.

Desde que O-men-set-ter… la-mayo-ría-de-ellos… ¿no-te-pare-ce?, dijo entre brincos.

Camello y canguro. Te podrían coser al marsupio. Echar a volar. Tan claro había parecido el día que no había habido lugar donde nadar. Ahora las sombras lo entrecruzaban como cuerpos de buzos, y aquellos otros días radiantes y azules regresaron a él, clamando. Trastabilló. Mat se inclinó hacia delante, diciendo algo que Furber no alcanzó a entender.

Philly Kinsman yo me llamo.

Soy un músico afamado.

Quizás las damas han oído hablar de mí.

Puedo sostener una nota

igual que una maroma

que cuelga de un pretil.

Encorvándose, Furber dejó caer una pelota imaginaria, y con un realismo notable echó mano de los cantillos.

Escabúllete, esfúmate, escúrrete… escóndete.

Dentro de Furber hay animales de caza.

Sabes, Mat, dijo, encantado con su actuación, cuando era pequeño nunca me permitían jugar con otros niños. Lo cierto es que los otros no me dejaban participar.

Sonrió: sin rencores.

Pero yo los observaba, cuánto los observaba, hora tras hora: correr, saltar, jugar a la comba, nadar, bailar, chillar, brincar, cantar… ¿Te gustaba jugar a las casitas? ¿Nunca? ¿Al colegio? ¿No? ¿A barcos y marineros? Eso me sorprende. Desde luego yo quería, con todo mi corazón. De manera que los imitaba, copiaba los movimientos que veía, fingía que estaba fuera corriendo con ellos, gritando con ellos, corriendo y gritando y bailando como uno de ellos, lo hacía igual. Bueno. Los Viejos Tiempos. No tendrían que ocuparnos ahora. En realidad, jugaba a grutas y cráteres. ¿Y dirías que ha habido más, desde que llegó Omensetter? Tiene tan buena mano con las cometas.

Mat forcejeó con sus palabras. Se palmeó los muslos.

Supongo. Puede, dijo.

Bien. Por fin estamos de acuerdo. Sabía que así sería.

¿Qué? ¿Qué? ¿De acuerdo en *qué*?

Furber sonrió.

De acuerdo, eso es todo, dijo. De acuerdo.

Mi harpa está bien valorada,
y mi flauta todas halagan,
en cuanto a mi tambor,
divierte que es un primor,
por más reproches que se le hagan…

Furber se acercó al banco de trabajo de Omensetter y empezó a inspeccionarlo.

Mis labios están bien valorados,

y mis dedos todas halagan,

en cuanto a mi lengua,

divierte sin mengua,

cualesquiera giros haga…

El tanino, dijo, hace que parezca marrón. De corteza de roble, ¿no? Agallas de nueces. Bueno, una ilusión. Se pondrá amarillento, dentro de poco. He oído que se te mete como veneno entre los dedos.

Las pelotas tengo bien infladas,

y el ojete lubricado,

allá donde esté ubicado…

en cuanto a mi picha,

de igual manera se hincha,

Movió un cuchillo de un lado a otro.

No…

Molestes. No.

Sí, Philly Kinsman yo me llamo,

y soy aquel músico afamado,

pero ahora en silencio mi sinfonía está,

mi flautín, mi trompa, mi timbal;

Sostuvo en alto un trozo de cuero.

La última han tocado ya

para cualquier moza

sin agraviar

a las

presentes.

Vadear el feculento fluido…

Lo que yo quiero saber, en la más estricta confidencialidad, dijo Furber, ¿alguna vez lo has visto haciendo algo extraño? Desplazó una regla.

¿Lo has visto haciendo algo extraño?

Cruzó repentinamente hacia la fragua.

Te pillas un resfriado de muerte… en días como este, masculló. ¿Alguna vez lo has visto haciendo algo extraño pues? Dios mío… bueno, francamente, Jethro…

Alguna vez lo has visto haciendo algo extraño es lo que te he preguntado: ¿quemando pilas de ramitas diminutas y hierba recién arrancada, digamos, o cantando números para sí, uno dos siete cuatro o lo que sea, de acá para allá, seis o nueve, o canturreándole, se podría decir, a algún objeto, roca, una rama, un retal de tela, o haciendo cosas por pares o por impares, caminando en círculo o evitando ciertas visiones, como la de un ganso, un cristal roto o un cuenco vacío?

¡ji-rafa!

Furber prosiguió despacio, con timidez casi, ahuyentando a manotazos el significado de sus palabras, echándolas con sonrisas, mientras con los ojos buscaba a lo largo de las vigas y con la punta del zapato escarbaba en el suelo.

Te refieres a *esa* clase de señales, dijo Mat. Dios mío…

Bueno, haces bien en invocarlo, Matthew.

Cristo bendito…

Sí. Eso sería sensato. También en Él. Bendito.

Pensé que con señales te referías tan solo al modo en que supo que el bebé sería niño.

¿Cómo lo supo? Esa pregunta puede servir. ¿Cómo?

Furber flotó hasta ponerse de puntillas, el rostro iluminado.

¡ca-me-llo!, ¡can-gu-ro!

No lo sé. Quiero decir, ¿cómo *iba yo* a saberlo? Lo adivinó. ¿Cómo iba *yo* a saberlo? Quería un niño con todas sus ganas. Ya sabes cómo es eso. ¿Por qué me preguntas a mí? Tuvo suerte, eso es todo. La suerte de Omensetter.

Mat hizo ademán de salir pero Furber no se inmutó. Mantuvo las manos por encima de la fragua y la débil luz le espumó las mejillas. Tu respuesta no es lo bastante buena, dijo su pose, mientras sus ojos y sus labios decían eso era todo, y confirmaban sus miedos.

Suerte. ¿De verdad es esa tu opinión: suerte?

El silencio de la calle era intimidante.

¡hi-po-pó-ta-mo!, ¡ca-me-llo!, ¡can-gu-ro!

Los edificios eran de papel. Mat se recostó, ahora contra uno de los bancos de trabajo. Condenado zopenco gordo cachazudo. Como tableros, Furber juntó de nuevo las manos.

¡hiiii-eeeee-naaa!

¿Se hace remolinos en el pelo con los dedos? ¿Se tira de la oreja? ¿Vuelve la cara a los reflejos? ¿Le dan miedo los mosquitos?

Cierta vez vertieron veneno en el vaso de un santo sacerdote, pero al bendecir el sacerdote la comida, entonando en latín el nombre del Padre, el vaso se hizo añicos y el veneno alzó el vuelo como un arcoíris. Ningún dios protestante podría hacer algo así, miedo jamás. Roma dispone

de un timador de primera categoría…

¡ba-bui-no!, ¡mann-gosta!, ¡ga-cee-la!

Las preguntas continuaron, Furber en la misma posición que antes, la misma expresión en el rostro, aunque ahora tenía unas ganas terribles de reírse, de gritar ji-ra-fa, y tan sudoroso miedo a hacerlo tuvo luego que el sonido se giró en su garganta como un ratón que de repente se hubiera encontrado con unas escaleras. Estaba resultando demasiado sencillo, condenadamente sencillo. A ojos de todos Mat podría quizás seguir siendo el constante Buen Watson de siempre pero su alma estaba hundiéndose en la ciénaga de su repugnante conversación privada hacia el hielo central.

¡lince!

No queda ya fuerza en esas piernas y brazos o me echaría a la calle, pensó Furber. Está metido hasta las rodillas.

caballo lémur

civeta foca

Y el reverendo Jethro Furber, guía en el *tour*, maestro del campanario, portavoz de la muerte (tienen un ojo puesto en mí, había dicho a menudo), iba también. ¿Gruñiría el suelo igual que un tablón podrido y lo mandaría derecho al infierno? ¿O se hundiría lentamente (amarga y estúpida imagen) igual que un barco orgulloso?

buey zorro lince cerdo león

chacal asno jirafa

¡ji-ra-fa!

Su alma escamosa… furfurácea cabellera…

Para recobrar la posesión de sí mismo, Furber empezó a deambular de forma violenta, aleteando los brazos.

Todo en las alturas… nos ama. Murciélago.

Mat se agachó, tosiendo.

Ese cuerpo de papel pintado, tosiendo. ¿Un gusano en el gaznate?, en la mía un mur.

Pero qué demonios, fue todo lo que Mat dijo al fin, o algo así.

Sí, sí, y que lo digas, dijo Furber, saliendo disparado hacia él. Yo digo lo mismo. Puede que te rías, pero yo digo lo mismo. Lo entiendes, yo enfatizo la idiotez que hay en ello, lo supersticioso, lo demencial, podrías llamarlo si quisieras. Atrévete. Fíjate en que yo no lo evito. Yo lo enfatizo. Yo *insisto* en ello.

Mat asintió con pesadez.

Cabelleras cuelgan de su cinto por docenas… peludo vientre… una suerte de posesión púbica, Pike… correas del alma… sayos fantasmales…

Sin embargo es esta la sustancia de sus miedos.

Mat mascullando *nonnys*[6]… Adelante, mordisquéate ese nudoso nudillo tuyo.

asno áspid, ¡zorro!

Así es. No hay duda. Pero ¿has visto algo inusual, algo que los acrecentara, que hiciera de levadura?

Omensetter no es como los demás… es diferente.

Desde luego que lo es. Desde luego.

Furber sonrió a modo de celebración.

asno áspid zorro… ¡serpiente!

ososss ¡zorro!

Es de lo más inusual, nuestro ruidoso amigo, bastante diferente, pelo, nariz, dientes, bastante chocante, bastante

notorio. Ah, bien, es un enorme gozador. ¿Alguna vez lo has visto comer? Es bastante original, como tú dices… único. Y de lo más extraño, además. Sus idas y venidas. Bastante inexplicables. Su actitud… rara. Su pisada, ¿lo has notado?, no es la de un hombre corriente. Así que has visto algo. Lo sabía. Naturalmente. En el transcurso del trabajo, algo verías. Mucho tiempo juntos. Tan y tan cerca por aquí, ¿eh? Entonces esos miedos de los que hablaba… ¿no carecen del todo de fundamento?

Son impíos.

Oh, excelente. Bien. Muy bien.

Furber hizo que aplaudía.

Laa-garto

Brete brete brete, pensó Furber, encantado; había ratones en la nube de sus greñas.

buey zorro lince serpiente

puma y cisne

Ingeniosa ocurrencia, dijo, riendo entre dientes. En torno a Omensetter, como un halo monstruoso, arde lo impío.

antílope y cisne

ciempiés y cisne

Watson se abalanzó hacia Furber, amenazante.

Por qué lo retuerces todo… Mira… no pasa nada con Omensetter. Está todo bien. Me cae bien. Hace un buen trabajo…

Un buen trabajo…

Un buen trabajo, sin duda. Por el amor de dios, déjalo en paz. Invéntate otros misterios. Mira, ah, dios, mira, llevo ya un

buen rato escuchándote. Estoy extenuado. ¿Qué tienes contra él? ¿Qué es lo que ha hecho? Es un tipo muy sencillo y es mejor que la mayoría de nosotros.

Ah, eso…

¿Qué es lo que te ha hecho? ¿Qué tienes contra él? Es un pelín mejor y tiene un pelín más de suerte, quizás, que la mayoría de nosotros…

Sí, Matthew, el quid…

¿Qué es lo que pasa entonces? ¿Qué problema hay? Y conmigo también, ya puestos. ¿Qué tienes contra mí? ¿Qué es lo que te he hecho? He tenido un día largo. Estoy cansado. Te he escuchado un buen rato. Furber, llevo un buen rato escuchándote. Estoy agotado y estoy preocupado por Henry. Tengo hambre y quiero comer algo. Ya está. Se acabó.

Acercándose, el rostro lunar de Matthew, de nariz pulida y poblado de vello, sus arrugas de cansancio y desasosiego, sus inmensos brillantes ojos verdes… ¿cómo?, esmeraldinos… ¿un toque de amarillo en ellos además? Agolpándose sobre él, empujándolo a retroceder. Que engullas cristales quebrados, tú, bombachos. Que embuches aceite o ácido, toda clase de venenos iridiscentes. Sí, eres igual que tu dulce y peculiar amigo, ese fauno cebón, salvo por los ojos, y también la nariz… señor, señor, veamos… la nariz… la nariz es…

Furber asintió, espantando a Watson con ademanes.

Estás cansado. Es eso. Estás cansado, o lo verías con más claridad. Unos pies cansados vuelven cansados los ojos.

Furber volvía a ganar altura. Retrocedió y la luz de la fragua voló contra el techo.

Un buen trabajo, entonces, está su paga, por ejemplo…

¿Su paga?

¿Cómo puedes permitírtelo, Matthew? ¿Cuánto le pagas?

¿Es eso lo que quieres saber?, ¿cuánto le pago?, ¿es por lo

que has venido?

No tenía ni idea de que tenías un negocio tan boyante, tan opulento.

¿Cuánto pago es asunto tuyo?

Ah, a ver, tranquilo… porque él es mejor, ¿cierto? Sí, y tiene más suerte que la mayoría, además… tal como has dicho, así que…

Mierda.

Con que mierda le dices a un pastor. Mierda, ¿eh?

Oh, bueno, lo siento. Vale. Lo siento, desde luego.

Crees que mierda es una palabra fea para que la oiga un hombre de Dios. Sin duda lo piensas. Aún más fea si quien la dice es él. E ibas a ocultar tu vergüenza bajo ella, bajo mierda. ¿Y por qué? Por haberte preguntado cuánto pagas, me espetas esa palabra. Bueno, Lutero pudo gritar mierda, si tenía ganas de… ¡Mierda! Yo también puedo. Como has oído. Puedo decirla. Mierda… Oh, yo estoy familiarizado con el mayor de los productos de nuestros días, Matthew, con eso que manufacturamos primordialmente, con eso que largamos, de pie para mear y sentados para ciscar es lo que dicen, ¿no es así?… nuestra…

Está bien, vale. Lo siento, pero estoy cansado, como he dicho, ya sabes… preocupado. Se me escapó.

Dice así…

Sin ofender a menos que se ofenda;
mis crueles palabras por amor concebidas,
estaban con odio intensamente mezcladas…
ja ja
ja ja…
un error de farmacéutico
un error fácil de cometer.

Pues bien. Y estás cansado. Preocupado. Desde luego…

Una lágrima descuidada pronto es enmendada,
si hirieras pues a tu querido pretendiente,
golpes mortales se recomiendan encarecidamente…
ja ja
ja ja
un error gimnosófico
uno fácil de cometer.

Bien. Y eres el único que piensa en Henry. Yo nunca lo hago. Solo tú. Tus amigos. Yo quedo excluido, excluido del todo. No hay en mí nada de dicha preocupación. En ti. Tus amigos… Pues bien, menuda estupidez, Matthew. Lamento tener que decirlo, pero… estupidez. No pienso en nadie más.

Por eso estoy aquí. Por eso hago mis estúpidas preguntas. Me pregunto por quién me tomas. Por un hatajo de estupideces, supongo. Bien, no te vanaglories de tu agotamiento, por favor, no te enorgullezcas. No, no, lo que digo lo digo en serio, así que en serio lo digo… Me tomas a la ligera. Todos vosotros me tomáis a la ligera. Todos estos años. Tú. Tus amigos… ¡dios!, ser tomado a la ligera… ¿Soy un

cotilla, eh?, ¿una anciana con su chal?, ¿me mueve la sangre la mecedora? Lamento decirlo, más estupideces, Matthew. Un hatajo de estupideces. No. He dicho que voy a hablar, así que he de… Soy un mero entrometido, eso es lo que tú y tus amigos pensáis. Lo sé. No. Ahora no voy a escuchar. Oh, no… Llevas fuera todo el día buscando a Henry, es donde ha estado todo el mundo, todo el día, fuera buscando a Henry. Ha sido un esfuerzo de la comunidad igual que levantar un granero o una fiesta para hacer colchas o una reunión para descascarillar maíz. Dios bendito, ¿qué voy a hacer contigo? Y hubo un tiempo en que yo os sujetaba a todos a la altura de las orejas como a un montón de liebres. Bien, ¿dónde has mirado?, ¿por todo el río?, llevas barro en los zapatos. En otro contingente, pues, ¿con Chamlay?, bien, hip hip hurra, también con Knox, de su brazo derecho, a mano como un rollo de cuerda, oh, ya sé, ya sé, y a ti te dejaron los prados, ¿no es así?, ¿el bosque? Dios bendito, qué fútil para mí predicar. Y pensar, una vez, el habla… Jamás pensaste en buscar un solo espíritu, en volver del revés una sola piel para sacar un pulmón, un intestino, un corazón, a la luz. Pero soy un entrometido, no el amo de esta iglesia, una de las damas, que asiste con regularidad, no tan fuerte ya como una vez fui y ahora duro de oído, tan solo eso. Y si te digo que alguien ha engullido a Henry como un animal hambriento, como una bestia salvaje, caray, no estoy más que predicando, inventándome mis misterios, y la bestia es una imagen que he pintado en el aire. No, no voy a escuchar más… Y mientras buscabais, ¿intercambiasteis historias, por algún casual? ¿Descansasteis un ratito en una piedra cálida, digamos, y hablasteis de los viejos tiempos, y de Henry, y de su estúpida vida y sus estúpidas maneras? Se dio el placer del compañerismo, el paseo por las viejas sendas de caza, el aire, los días del otoño tardío, tan moderados, dulces, ¿con qué frecuencia os reíais entre dientes? Ahí está, ¿lo ves? Eso espero. De veras que lo espero. Dios mío, qué he de hacer para hacerte ver. Una palmadita en la espalda al separaros, el amistoso aguijón de una mano amistosa. «Mañana, Mat, mañana, lo intentaremos mañana». Claro. Mejor suerte

mañana. Ha sido divertido. Ha sido como ir a pescar. Ha sido como cazar ciervos. No, tienes razón. Lo olvidaré. Yo ni siquiera estaba allí. ¿Cómo podría saber…? Ya lo he olvidado, como he prometido. Pero tendrías que recordar que también yo tengo el corazón grande, y que contiene a mis gentes, a mi congregación entera… a mis queridas gentes. A ti.

Ascuas en los ojos… en el rostro, una palada, menudo replicón. ¿Justo? Qué sabrá él de… replicar. No eres más que un jocoso injurioso, ¿a que sí? Tom el ramplón. Todo un poltrón. La vida daba por una daga…

De aire está sobre todo hecho lo justo. ¿Conoces ese poemilla? Jjjuusto… Bueno. No importa… ¿Habéis inspeccionado el sótano donde la señora Pimber guarda la fruta, Matthew? Creo que lo encontraréis allá, cabeza abajo, en una vasija de barro, en conserva. Oh, sí. Positivamente egipcia. O quizás lo embotó por partes, año tras año, conforme se desmoronaba. ¿Quién sabe en cuántas? Calma, cuidado ahora, tómatelo con calma. No malinterpretes. Ya hemos tenido suficiente. Pero es importante que las veas: frascos de pies y dedos por allá, un nuevo lote, las tapas están limpias y relucientes, también mermeladas de hígado y compota de riñones, sesos y pulmones flotando como coliflores a media altura en sus botes, brotes de ojos blanqueados como cebolletas o, si están sanguinolentos, como remolachas pequeñitas, oh, no, te tiendo mis manos, tienes que hacer el *tour*, caray, es instructivo, sesos, ¿ya lo he dicho?, bueno, vaya provisión: glándulas y lenguas y dientes como maíz blanco, perlados lóbulos de oreja y labios en ligera salsa rosa, tarros de pichas en escabeche. Bien, Matthew, te toca estremecerte. Es una palabra que un sacerdote no debería usar. El hermano Jethro no debería decir picha; tampoco debería decir pito, o ni pensarla siquiera… Bueno, para las damas a la sombra, Matthew, y los hombres deshonestos, yo sombreo mis palabras, pero no hace falta que tengamos miedo. Hemos sido quemados tantas veces, tú y yo, que ahora tenemos el pellejo bronceado, oscuro como mi traje y recio como el cuero de

Omensetter… ¿Así que soy injusto? De aire está sobre todo hecho mas no me importa. ¿No conoces ese poemilla? ¿Pero soy injusto? Inicuo, injusto, por dios, no, *preciso*. Exacto como la geometría plana. Recuerda por favor que siempre hablo de manera figurada, Matthew, por medio de emblemas y motivos, ya me entiendes. Amplifican mi voz como manos ahuecadas. Cierta vez, en Cleveland, denominé a tal pureza del habla, a tal precisión y fuerza en la frase, la medida del espacio espiritual, el álgebra de la vida interior. De nada sirve hacerlo aquí. Ya no tengo tanta grandeza, aunque sí mis planes. Pero por dios bendito, encarémoslo, ya sabes cómo es ella. La de veces que lo castró, quiero decir. Tantas veces, tantos tarros. ¿O lo quería acaso distintivamente incapaz? Allá, en su memoria, ¿no lo ves?, igual que una despensa, arrancadas conforme crecían… tanta vida en ciernes.

Aunque la olla vigilada nunca, ahora había burbujas, algo removiéndose, el lanudo mamut moviéndose, su rostro eclipsándose de forma extraña.

¿Me sigues?

Codazoguiñogolpe, igual de burdo, casi. Bim. ¿Me estoy inventando a mí mismo? El mazapán. ¿Dejándolo claro? Pronto debería. Ten paciencia aunque la paciencia resulte dolorosa. Bam. Winken y Blinken y Nod gatearon una noche bajo sus calzones. Bum. Mazapán mordido con ira, curvándose con arreglo a la boca. Todavía abulta bastante. Simio. ¿Como qué ha dicho él que hablo yo?, ¿como qué?, ¿ki-kiri-kí? ¿Un búho, un gato, un canguro? No entiende mi rabia, mi exasperación.

Frases como: fluidos corporales embotados, ¿no te dicen nada? Ah, vaya, eres duro.

Mi dama ha perdido sus zapatos. Veo un globo en el cielo diurno, la cara pálida de Dios. Sonriendo. Que viene de ir por ahí desatado. El de Cenicienta era de cristal, una zapatilla de cristal. Ninguno le quedaba bien. El cristal te hace saber.

¿Explico la figura por ti, Matthew, como haría con una sacra parábola?

Mi maestro ha perdido el arco de su violín y ¿qué va a hacer mi dama? Verter los guijarros. La cara de la verdad. En Ruth la gordita. Un herrero enjuto no, él no. Un gris Goliat.

Salgamos a davidear. ¿A quién crees que podemos mojar en tenue muerte con nuestro lapidar?

Bueno. Como digo… su… espera, el palpitante tallo de Henry, aguarda, de lunes a domingo, contente, deja que te explique, ella, Lucy, lo podaba cada vez que este asomaba, *cada vez, cada vez*… no, no, tranquilo, espera, puñetas, te digo que esperes, ¡tranquilo!, luego ella hervía la poda, cuando tenía bastante, la ataba en ramos enderezados, espera un segundo por favor, un segundo más…, como espárragos en sus botes de cristal, ¡me estás haciendo gritar!, para enfriarlos y guardarlos y contarlos más tarde, contemplarlos y ponderarlos, no me… no me empujes…

Embestido, empujado, muy bien, tocado… jesús… golpeado, atizado, arrollado por Dios, magullado… cristo… vaya, apaleado, apaleado… no *toques* al sacerdote…

Tu acción es bastante clara. La explicación no te hace gracia aunque para mí fuese importante completarla. No hay ira en ti, Matthew, salvo tu ira hacia mí. Apenas si es justo, si de justicia se trata.

Te mearé como lluvia en una ventana. Disolveré, dispersaré… el Señor… El Señor bendecirá mi obra. Te cagaré como a virutitas… expandiré, dispersaré… El Señor bendecirá mi obra.

He aquí todos los frascos de junio. Su época favorita. Un maíz estupendo. Llovió un montón. Qué gruesos y tiesos que están; con qué delicadeza formados; tan bien embotados, si se me permite alabarme con la franqueza con que se alaban las abejas, su valentía aún se hincha en ellas —oh, ya sé… cristo… está bien—. Por ti he de desistir. He acabado. No

obstante hago un espléndido —*¡está bien!*—. Repugnante si eso piensas. Inicuo si lo prefieres. Pero *intolerabilius nihil est quamfemina dives*… ¡No te acerques tanto! Me da pavor… ah, dios. Tengo frío…, entonces, ¿qué hay de extraño en él, Matthew? Regreso a nuestra oveja; eso debería complacerte. ¿Qué es? Ojo, no me corresponde decirlo a mí…

Gracias a dios se está alejando. Gracias a dios.

A ninguno de los dos nos corresponde juzgar su significado.

¿Soy un búho?, no, un canguro ha dicho. Bien. ¿Eso ha dicho? Aún sigue farfullando… A través de su espalda apenas si puedo oír los gruñidos. Un zorro no. Seguramente no. Pitón. Estruuuuuja. ¿Expresión? ¿Eh? ¿Qué?

Entonces Furber temió disolverse en risitas. Mat estaba replegándose, sus pliegues eran conmovedores: bésame en los ojos antes de que se cierren, adiós, dulce amor, tenía mano para la caza en mi época y leía el estiércol de ganso, un rastreador, un hombre de escopeta de doble cañón. Furber tocó el brazo de Mat.

Ya está, ya está, dijo con ternura, deja que sea yo el juez.

Trueno bajo la montaña… búho zorro.

Shhh.

Furber se tapó los oídos con las manos. Se balanceó hacia atrás sobre sus talones. Rápido rápido rápido la arena la amortiguadora arena el tablón a reventar el fangal de los sueños.

Conoce el futuro, Matthew, admítelo.

Fanfarronadas… ganso focha.

Shhh.

Furber sacudió la cabeza.

Así de simple, dijo. El saber de Omensetter, no la suerte de Omensetter.

Escucha un minuto solo por esta vez.

¡gibón liebre!

Estoy escuchando, Matthew.

Mira… si tú, Chamlay, u Olus Knox, o yo, o alguien así… alguien, digo, con hijos, todas niñas quizás como tiene Olus, y que como Olus quiera un hijo que lleve su nombre…

Vanidad.

Bueno, lo que sea, supon que Knox estuviese esperando otro.

Su mujer ya no está para eso.

dril toro

gaviota agachadiza

Eso no importa, ¿no? Es una suposición, ¿no podrías?

Su-po-si-ción… mula, rascón.

Está esperando a que llegue el chico, pensando que esta vez tiene que ser un chico, tiene que ser un chico y punto, y entonces habla y habla y habla del tema, habla del tema con cada uno de nosotros, todo el tiempo hablando y hablando con nosotros, también consigo mismo, por supuesto, y escucha a las mujeres con la cantinela de las señales como siempre hacen, y también a los hombres, interesados en terneros, como lo está el propio Knox, en potros y en terneros, y entonces se pone a buscarlas porque está tan preocupado, como he dicho, tan colmado del deseo de verlas, y como quiere verlas, caray, las ve; y entonces piensa, es verdad, me va a venir un chico, va a parir un chico, y la cosa no para, ya sabes, como no para la gente, y enseguida tiene la misma certeza que si hubiese entrado a gatas a mirar como Edna Hoxie dice que es capaz de hacer.

Así que eso dice Edna Eloxie.

Si Knox insistiera de ese modo…

Qué mujer tan desagradable.

Ninguno… ninguno de nosotros pensaría dos veces en ello, quiero decir si le durara la suerte y tuviese el chico que buscaba.

La carcajada arrambló con Furber, le encendió las mejillas y le llenó los ojos de lágrimas. Sacó un pañuelo del abrigo y se tapó la cara.

No, dijo con voz amortiguada, porque es… porque es de Olus Knox de quien… no pensaríamos… pero…

Furber alargó una mano suplicante y retiró por un momento el pañuelo de su cara.

Porq… porque es de ese tipo… O… O… ah…

El pañuelo voló hacia atrás y Furber lo dobló bruscamente, encogiéndose de hombros.

Porque es de ese… de ese tipo… oh… lo hacemos… y… de eso… de eso mismo se trata, Matthew… no podrías haberlo expresado mejor.

Desembarazado y de nuevo erguido, se llenó los pulmones y se enjugó los ojos. El cuerpo de Watson se asentó despacio. ¿No se había movido? Parpadeando, recobró el semblante y el bochorno, ¿o era perplejidad?, ¿o rabia?, ¿o sorpresa? ¿Quién sabía? ¿Un pequeño y simple fastidio?, ¿nada más? Mat se alejaba hacia el fondo del taller perdiéndose de vista.

Bueno, ya me he calentado, dijo Furber, todavía jadeando un poco. Si me riera así… si… como a menudo se ríe Omensetter, caray… hoo… me mataría, lo más probable. ¿Está enfermo, dices?

… ha dicho su hija.

¿Cuál?

¿Qué?

¿Cuál de las hijas?

… luamauyior.

¿Quién?

… la mayor…

Sí. ¿Cuál es su nombre?

¿Nombre?

Sí. ¿Se lo has oído decir alguna vez?

Amos es el nombre del bebé.

Lo sé. Amos. Interesante. ¿Pero las otras? ¿Las niñas?

No. No sé cómo se llaman las niñas.

¿No será que se te ha olvidado?

No. No creo que lo haya sabido nunca.

Matthew.

Cómo se…

No tienen nombre. No tienen ningún nombre. Están sin nombre. ¿No te parece chocante?

Oh, supongo que tendrán nombres.

¿Qué nombres?

Bueno, no sé qué nombres.

No tienen ningún nombre. Pregúntale a él.

Le preguntaré.

¿Cuándo lo verás?

Cuando se encuentre mejor. Cuando esté bien.

¿No vas a ir a verlo?

Volverá cuando esté mejor.

Puede. No lo sé.

¿Alguna vez has ido a verle?

No, todavía no.

¿Todavía no? El perro tiene nombre, ¿te has fijado?

¿El perro sí?

Arthur.

Oh. Sí. Creo que lo sabía.

Cuando vayas, le preguntas.

Lo haré. Le preguntaré. No importa.

No importa… ¿no tener nombre? Bueno, estás agotado, salta a la vista, así que me despido. Pero Matthew, antes de irme quiero que mi propósito, mis intenciones, mi intención permanente, te queden claros. Creo que puedes entender y apreciar mi ansiedad, mi grandísima preocupación, mi deseo de hacerlo, de dejártelo claro como un cristal en tu mano. Quiero ser verdaderamente claro, honestamente claro, directo, ya sabes. Quiero ser franco," más llano que llano, preciso, todo eso, ya sabes… sinceramente rotundo, ¿eh?, ya que, como eres consciente, tu auxilio y, me atrevería a decir… estima, pesan en la balanza. Temo, por lo que he dicho, por lo que he tenido que decir, lo que me has hecho decir, la mayoría de cosas… eso has hecho, eso has hecho… bien, tengo miedo de que puedas pensar que me creo… ja, todo eso, quiero decir, oh, lo de las señales: el espejo, los pies grandes, la piel oscura y suave, el pelo suelto, los ojos húmedos… dios mío, no, créeme, confía en mí, no; eso es creer en la brujería, imagina… brujería, a finales de nuestro siglo, cuando la brujería no existe, ¿cierto?, ¿ya no?, no, y es un insulto a Dios, un pecado, debería decir, Matthew, es un pecado creer en semejante cosa. Aun así la gente… santo cielo… un cambio de año no los cambia nada, una década que acaba no los cambia nada, veinticinco, cincuenta, el uso de un centenar o un millar de años… nada… los mismos, el tiempo no los cambia nada, y ellos… bueno, como a uno le cabría esperar, adorarán cualquier cosa que centellee, se asustarán de cualquier sombra, pecarán por ignorancia y amarán por placer, por la vergüenza

de la pereza emprenderán la violencia contra los inocentes, oh, no hay fin, no hace falta que te lo diga, no hay fin, no hay fin. Así que puedes irte a cenar por fin. Mis disculpas. Un día largo. Es curioso que conozcamos a Amos, Arthur, Lucy, Backett…

Brr-ackett.

¿Oh? ¿Brackett?

Sí.

¿De verdad? Bueno. Me alegra saberlo. Una cosa así. ¿De qué, por cierto, dijo su hija que estaba enfermo?

No lo dijo. O no me acuerdo.

No lo dijo. Debe ser eso. Tu amigo, al fin y al cabo. Si lo hubiese dicho, te acordarías. Una lástima. En un tiempo en que todas las manos, salvo las mías, imagino… hacían tanta falta, ¿eh?, un momento inoportuno. Bueno, así lo quiere la enfermedad. Crees que ella podría haberlo dicho. Amigo y patrón. ¿Cómo lo expresó?

… no me acuerdo… molest…

¿Ella tenía molestias? ¿Por qué? ¿Parecía algo serio?

No… no… Yo me sentí molesto.

¿Oh? Así que no preguntaste.

No lo dijo. Nada serio.

¿Pero no estaba ella molesta? ¿Candorosa? ¿Alegre?

No… no… quizás, un poco… natural.

¿Teniendo que mentir?

¿Qué?

Eso.

Estás loco.

Estamos donde empezamos. Tendrías que ir. Verle. Por interés amistoso. Estoy bastante cuerdo. Y en el futuro…

cuidado.

Furber se estrechó las solapas en torno al cuello y salió a la calle. Un jaleo.

No me juzgues con severidad, Matthew, dijo. Trabajo para Dios como sé.

Tiritando, Furber presumió una brisa. Una luna enorme, pálida y sonriente.

gaviota pelícano focha milano

Atento, Matthew, dijo, volviéndose hacia el umbral y hacia la forma de Watson que se avecinaba sobre este, si notas algo, recuérdalo. La levadura, ya sabes. Pero no te preocupes por mí. Estoy cuerdo.

loris lémur

Se golpeó el pecho. Deidad. Globo.

La levadura se puede matar.

gorrión, gorrión

Se puso de puntillas, aflojándose el cuello de la camisa, a punto de continuar, cuando Watson cerró con un chirrido hacia dentro las puertas y quedó oculto tras ellas.

un león guepardo ganso, el gato cigüeña chacal chorlito

tucán jirafa, murciélago zorro tritón

buey lince ese pinzón

vaca cerdo asno eslizón

4

Aquí estaban las damas y los caballeros, chocando al cruzar la puerta, haciendo fila en su estudio. Qué insolente desfachatez.

De pie en hileras, a Furber, ahora, le costaba recordar quién había hecho de portavoz e incluso si hubo uno, pues como muñecas de goma todos habían rechinado, solicitando, cabeceando pero no exactamente rogando, en absoluto respetuosos, apiñándose en su estudio, osadía, osadía, osadía, decían, mientras trababan un codo con otro, ah, el descaro, que ellos le demandaban un tono más moderado.

Aquí estaban las damas y allá los caballeros, muy tiesos y abochornados, entrando. Asentían vagamente, sonreían con languidez, miraban a otra parte. Las damas primero y luego los caballeros, todos de soslayo. Viejos amigos de ahora, apenas se conocían entre ellos. Debería darles vergüenza, era una labor vergonzosa, un asunto vergonzoso, aun así les entusiasmaba —nunca mucho—, aun así se entusiasmaban, se entusiasmaban bastante. Un tono más moderado. Eran griegos, ¿no?, ¿estos?, ¿esta muchedumbre de pico punzante? Dorcas quizás. Más bien. Bien, es un honor, damas. Siento no poder pedirles que se sienten. Un gran placer, caballeros, desde luego.

El recuerdo lo hizo añicos. Giraba en su habitación como una tormenta de nieve, chocando con la pared sin sentir. Por Navidad, por la época de júbilo, era el deseo de todos que echara carnes y se pusiera un abrigo rojo, que gritara jo jo jo desde el púlpito. Habría nieve en Navidad y el ligero sonido de las campanas, y coros de villancicos se reunirían en los rincones de los hogares hospitalarios. Cómo había tenido que esforzarse por ocultar su sorpresa y su consternación. Por el cumpleaños de Cristo, esas palabras tenían en las bocas, esas palabras, ahora. Empapado, rojo, aullando, llega Él al mundo. Estamos listos, oh, Rey gimoteador, dicen, para las mesas de comida y las velas recién moldeadas y las chimeneas bien encendidas, para los calcetines rojos de lana y el vino dulce y la cerveza quemada.

Jesús… que recuerdes, pese a ser un dios tan pequeño, a Tu gigante padre durante esta época.

De las mejillas redondas les brotaban las palabras igual que higos a medio comer mientras sus ojitos recorrían arriba y abajo su persona en busca de algo sin lavar, sus mandíbulas giraban despacio en torno a los sonidos de moderación que en su propia boca Furber convertía ahora en susurros, y con las palmas húmedas y gordas de sus manos gesticulaban todos ante sus orejas para no oír maldades, rogándole que protegiera a los jóvenes por lo menos durante la época de júbilo, la época del Redentor, del querido Salvador de todos, del adorable Señor de todos. Bueno no era *su* Redentor; no era *su* Salvador ni *su* Señor. Se mordió la mano por la impotencia y la rabia. ¿Había ejercido su ministerio para cerdos y ganado; lo había ejercido para perros y caballos, cabras y ovejas? Así había sido al parecer —o peor—, aún lo hacía para personas: para la señora Valient Hatstat, con sortijas que relucían a lo largo de los nudillos, la garganta acordonada con tintineantes abalorios; y para la señora Rosa Knox, su carne pidiendo una miradita a gritos, hoyuelos en las mejillas, nudos en el pelo; y para la señora Gladys Chamlay, ojos de loro, cabeza ladeada, una mancha púrpura de nacimiento resbalándole por el cuello; y para la señorita Samantha Tott, musa de ripios —¿qué cantaban sus hijos?

Señorita Samantha Tott

si en cintura la metieran

se descubriría que bajo la falda

posee ella una raja

como las vías del Erie de larga

… en cualquier caso, una amante de los Salmos; y para todas esas otras, con sus maridos o sus hermanos, invisibles, detrás de ellas, tocando música cauta por la época de júbilo, por la época del alumbramiento del Señor —¡puaj!—. Me entran náuseas, pensó Furber, voy a vomitar de un momento a otro, sin ninguna duda —o a llorar.

Su apostolado. Más allá de la ventana el Ohio reptaba entre los árboles y un sol pálido ablandaba la nieve entre ellos. Podría, pensó, haber predicado en Cleveland para feligreses de casas de ladrillo, para mujeres hermosas sobre la riqueza y el mal. Los ricos pagarían por la revelación de sus almas. Podría haber tomado el té en las mansiones; bebido té servido con teteras de plata tallada en tazas de porcelana ligeras como flores. Habría habido mantelería de lino y bandejas de tartas y sándwiches diminutos dispuestos por pisos. Se habría sentado junto a la ventana en una butaca entre risas y agudezas como una luz en torno a él pese a ir vestido con su pesada túnica de la debacle. Habría seda cayendo de senos repletos, seda destellando a la luz del fuego y reflejada en las cristaleras, y sus ojos se colmarían de los brazos blancos y hombros desnudos de las mujeres y su nariz de perfumes mientras revoloteaban a su lado entre susurros. Treinta chicos compondrían su coro, todos lujosamente engalanados. Las vidrieras colorearían todas las luces y el aire se fundiría con los cánticos. Acólitos bien vestidos lo atenderían cuando se llevara el cáliz de plata a los labios y bendijera su fragante vino. Por el pasillo portarían majestuosos ante él la cruz de plata bruñida con un Cristo hermosamente labrado en ella en el instante de Su lamento. Las devotas al entrar exhibirían su reverente rodilla y al subir él al púlpito levantaría la vista y vería las tracerías de luz llenas de polvo justo por debajo de la cúpula mientras recorría con las manos maderas nobles como olivo, teca y ébano. A cada paso las voces del coro se elevarían y se inflamarían hasta que se girara él, la mano izquierda levemente en el libro enorme, la derecha en alto hacia el cielo, cuando de un modo maravilloso quedaran todos en silencio.

Contubernio, habría podido gritar en ese silencio, adulterio. ¿Pis incluso? Sí. También pis. Le habría podido gritar pis al campanario y lo habrían aplaudido durante el té. Sin embargo de nada serviría, no tendría sentido. Era eso por lo que pagaban, los ricos en sus casas de ricos con esas gruesas

moquetas y las cortinas de terciopelo que tan vividamente él imaginaba. Cosquilleo. Las damas pudientes saldrían excitadas de la iglesia y mientras durmieran junto a sus obesos maridos soñarían con el pene duro y dilatado de su cochero engalanado de joyas. En la privacidad de sus pensamientos y mediante el secretismo de la imagen, disfrutarían de cada pecado que su prédica hubiese sugerido. Sin riesgo dejarían pasar las peores sensaciones; concebirían los más obscenos artificios; lo colocarían, a su sacerdote, en vulgares posturas; lo violarían sobre altares ornamentados o en el piso de los reclinatorios; lo instarían a buscar las caricias de los niños pequeños, desnudos bajo sus túnicas del coro, todavía húmedos y tibios de sus baños.

Furber se estiró, bostezando y poniéndose de puntillas. Una vez aquellas fueron también sus fantasías secretas. En otros tiempos. En los viejos días ya pasados. Recordó cómo había rodado por el suelo, envuelto en ellos, dolorido, extasiado. Aquí había huido de ellos y por lo tanto su apostolado estaba aquí, aquí en la tierra salvaje de la conciencia; esta aldea empapada y este muladar fluvial donde predicaba cada semana desde un tipi tal como había hecho sin duda el reverendo Andrew Pike, blandiendo un crucifijo como un *tomahawk*, dando pisotones, y de todas las maneras convenientes haciendo el papel de misionero para los olvidados y salvajes habitantes de Gilean. Dejemos estar al pasado. De nada servía. Aquí había huido de su infancia, todas aquellas flores y el dulce néctar, sus miedos, el nocivo olor a tinta, el chillido de la imprenta… de nada servían. Las mujeres pudientes que ahora imaginaba estarían tan encantadas de exhibir sus almas desnudas como de exhibir sus cuerpos desnudos, y Furber era consciente de que, como a menudo descubría en sus sueños, un alma desnuda era un cuerpo desnudo, ahora los percibía juntos y a simple vista. Por temor recurriste a los dientes. La rabia descansaba en los músculos de las piernas y los brazos, la hipocresía pesaba sobre los párpados, al tiempo que otras deshonestidades resonaban

alrededor de las pupilas como zapatos arrojados directos a la pira.

Las damas lo acuciaban; en nombre de Eva, lo retaban; de modo que hacía el amor con verbos discretos y nombres ligeros, delicadas conjunciones. Suplicaban; lo desafiaban a definir… a definirlo todo. No había manera de escandalizarlas, imposible, decían. Preposiciones indecentes tales como en, por, sobre, las hacían sonreír sin más, y la exclamación más rotunda se rompía sobre ellas como el beso de una burbuja, de una mariposa. Tersos y cremosos adjetivos las capacitaban para lamerse los labios ante el relato más grosero. Qué encantador modo de hablar, reverendo Furber, cuánto ha visto de este retorcido mundo y qué sensible es usted a él, decían. Y con la señora Kinsman había alcanzado un punto en que, hablando con indirectas, era capaz… bueno… de decir cualquier cosa. Los misioneros, *madame*, cuando llegaron a este remoto y apartado lugar, encontraron a los nativos entregados enteramente a las más horribles indecencias, del todo inmersos en ellas… Para empezar corrían por ahí desnudos. Fue una tarea ardua, permítame que le diga, ganarlos para Cristo. Practicaban las más elaboradas competiciones rituales las cuales fingían que eran también sumamente mágicas y religiosas. Un hombre, para alcanzar los concilios internos del rey y convertirse en sacerdote, durante el cuarto menguante de la luna, debía estimular de manera honrada y sin riesgo a una doncella durante siete torneos acometidos a lo largo de siete noches hasta que ella sintiera las siete excitaciones por separado, las cumbres y embriagadoras culminaciones que se consideraba eran lo acostumbrado; aquellos momentos de arrobo debían completarse en una tarima de lienzo consagrado bajo el humeante alumbrado público, y alcanzarse las embelesadoras consumaciones en cada una de las siete formas ceremoniales ahora célebres que de alguna manera se les había ocurrido, guiados no cabe duda por la divinidad, a los primeros sabios tribales y con las emotivas rimas emotivamente dictadas a la sazón: esto es, por

la postura, el habla, los ojos, las manos, la lengua, los pies y finalmente por el miembro no insertado; dejándola así al final tan doncella como lo había sido en un principio. Cuando sepa además, *madame*, que en dicha competición la virgen era siempre la misma —una arpía angulosa que odiaba a los hombres—, ay, absolutamente incorruptible, y que cuando la misión varó sus botes en la isla ella llevaba en el ruedo cuarenta años ya, entenderá que no había ni cachete ni corcovo ni besito ni untuoso pellizco íntimos y corrientes capaces de inmutarla. En aquel país, el sacerdocio era de verdad una vocación sin par, y garantizaba que el rey fuese aconsejado siempre por los más nobles, los más sabios, los mejores hombres con que aquella pequeña nación pudiese contar. Como ya he dicho, ganarlos para Cristo fue una tarea ardua, pero alabado sean el Señor y la fortaleza de la Fe, ya que se logró. He aquí cómo: a uno de los misioneros, un corpulento y joven clérigo de nombre Frederick, se le ocurrió de inmediato que si los cristianos fuesen capaces al menos de dar con un campeón propio, uno que superara en bravura a todos los demás, se procurarían entonces un hombre cercano a los oídos del rey que podría atribuir su habilidad y vigor a su bautismo. La conversión llegaría acto seguido. Para alcanzar este extraordinario fin, el joven Frederick tenía un plan. He aquí cómo lo puso en práctica… Y entonces ella le había ofrecido la rodilla, espantosamente cicatrizada, y él se había aventurado a *tocarla*. Un beso en aquel lugar, un beso sanador, y habría podido marchar por todo su muslo hacia la dicha, la dicha que fuera. Esas palabras suyas, para ella eran solo la obertura de *Lohengrin*, pero para él eran la cosa, la verdadera ópera, en sí. Típico de una mujer desear la actuación.

Aun así era como ellas, como las ricas, no como las reales, él, el reverendo, oscuro debido a su vestimenta. En el teatro de su cabeza, en la privacidad del Gabinete Fotográfico de Philly Furber, qué emocionantes horrores eran representados, qué lascivas escenas eran puestas en marcha. Pasa al espectáculo craneal, cielo. De aquí no sacas ningún bebé, solo diversión…

diversión fina como un paaa-ñuelo de papel, toda chafadita y arrugadita.

¿La diferencia que hoy se da, profesor, entre los cristianos y los antiguos griegos? Los cristianos se enjabonan las pelotas, creo —correcto, chico, muy correcto—, en cambio los paganos, en mi opinión, siempre se untaban el pene con aceite de oliva. Sí, muchacho, sí, y el motivo es, comprendes, que en nuestro mundo moderno, nosotros, con horizontes más amplios, barcos a vapor, la copra, la química… Hubo un tiempo, creo, en que un cristiano no se atrevía a lavarse los bajos por miedo a encontrar en aquello cierto placer. Tampoco es que le importara, sospecho. Los de su ralea no eran muy dados al agua. Extraían su sustancia sobre todo de los elementos más vulgares, más densos, con mayor masa, y con un corto vadeo y un ligero salpicón les sobraba. Continúa, continúa, es ingenioso; aunque lo dijera Gibbon, aun así es ingenioso. Bueno, todo peligro del placer quedó atrás, ahora ya no hay riesgo.

También los cristianos, siempre imitando a los judíos, si bien siempre de manera muy pobre me temo, si bien siempre fueron judíos, sí que lo eran esos cristianos, aunque descarriados me temo, se han cortado en los últimos tiempos la punta de sus pollas con tijeras consagradas. Me gustaría planteárselo a la clase, señor: ¿qué griego consentiría una desfiguración como esa, y alentaría semejante pérdida de sensibilidad en un hombre? Tan solo ese puñetero judío, Antístenes, tal vez. Sócrates desde luego que no, con su destreza con el bate y las pelotas. Llegarás lejos, Furby. Tienes buena cabeza, hijo. Todas las líneas en esos ánforos quedaban mal, señor, cuánto afeaban. Ánforas, todas las líneas en esas ánforas, no te olvides de una materia mientras refieres a otra. Además de que, Maestro Furber, *afear* es una palabra fea y bárbara. Aparte de que no hay nada en Robertson ni en Hume ni en Gibbon sobre la materia, Maestro Furber, cuidado dónde pisa. El pene en reposo, profesor, con ese sombrerito de piel, caray, es una niñería encantadora, y en él reside la dulce

primera infancia de todo hombre. Ni en Voltaire, ni en Macaulay ni en Carlyle. Por favor prosiga. Ni en Michelet. Pero continúe. Ni en ninguno de los alemanes. Recuerdo haber leído cómo en un ánfora se representa a un sátiro manteniendo en equilibro, el qué, ¿una taza?, ¿un cuenco?, ¿un plato?, algo así, en cualquier caso, sobre la punta de su polla. ¿Dónde quedan sus autoridades? ¿Prescott? ¿Parkman?, bobos. ¿No hay nada en Renán, seguro? ¿No olvida que Tácito guarda silencio, al igual que Cornelius Nepote, y lo mismo Tucídides? Jenofonte no repara en nada, en nada. Tampoco Heródoto, ni chismosos como Plutarco o los Plinios… Pagaría mil dracmas por ver un truco como ese, y vendería mi alma mil veces por no sentir vergüenza al intentarlo yo mismo.

Oh, él era igual que ellas, como aquellas damas de encaje, calientes por las palabras. Un hombre, todavía mordisqueaba el pezón, un cosquilleo, y no ponía en riesgo trago más libre, más profundo. Audaz en el habla, en todo lo demás era un cobarde… ah, ser rico, ubérrimo, episcopal… bueno, eso lo había conquistado con ahínco. Extender sin embargo la simplicidad más a fondo que el maquillaje… Esas imágenes vaporosas, señora Kinsman, esos extraños deseos, debemos repelerlos. Ha sido usted devuelta a la doncellez. No desespere. Jerónimo se regocija, él, que alabó el matrimonio porque producía más vírgenes, el bueno de Jerónimo, su perro, su león. El agravio a su marido fue un benévolo acto de Dios.

Su primer anuncio había dicho que el reverendo Jethro Furber predicaría sobre los Modos Impíos, un tema consuetudinario, y con total seguridad decepcionante. Pensó que dadas las circunstancias la mayoría creería que lo apropiado era algo más incisivo, y sabía que todos tenían en mente una imagen de las ropas desarregladas y sucias de Lucy Pimber. Desde luego tenían la esperanza de que predicaría sobre aquella imagen; que definiría el carácter del desastre; que diría, en resumen, de qué carecían los tiempos presentes; que amonestaría, como desde antaño hacían los sacerdotes, a golpe de trompeta. Los modos impíos eran innumerables, y a

pesar de que su congregación sabía que su retórica era capaz de faldear la naturaleza de cada pecado con tal destreza que la mismísima falda se levantaba hasta la cabeza y la casta discreción caía rodando, qué fácil resultaba seguir el contorno de los infortunios generales cuando venían coloreados por los problemas del prójimo, qué fácil resultaba tomarse a pecho las lecciones de los defectos universales del hombre, sus pequeñas travesuras, si estaban avivados con ejemplos locales y el recital de nombres de Gilean.

Bien, pues no les fallaría, nombraría un nombre, pero tendrían que esperar, pues el reverendo Furber tenía en mente predicar una serie, y la idea de su simple forma lo llenaba de un poder radiante. Sus movimientos externos eran en contraste rígidos y cortos como los ejes y pistones que en rápidas sacudidas surgen del vapor. Sus bordes y superficies temblaban sin parar; su lengua asomaba como una flecha de sus labios y se deslizaba cuan larga era hasta desaparecer; su pelo oscuro y rizado parecía apretado en nudos y aplanado a la fuerza contra la cabeza. En efecto, su apariencia podría haber dado la alarma de no haberla reservado enteramente para su estudio, repeliendo todo esfuerzo de comunicación incluidos los de Jefferson Flack, que traía la cena del reverendo Furber y la dejaba junto al almuerzo.

La intrigante figura del reverendo Furber era la de un halcón que vuela en lentos círculos, estrechando sus órbitas hasta que, con las alas plegadas, se precipitaba. Solo la quietud estaba fuera de lugar. En su plan no había quietud. Más bien las trazaba como los anillos del infierno, estrepitosos debido a las llamas. Tenía en mente predicar una serie, cada una un anillo del infierno, un círculo del halcón, una espira de la serpiente. Deambulaba por la habitación, balanceando el cuerpo, gritándole a Dios. Siempre, también, batallaba por apartar aquella brillante imagen: él de pie, ella a su lado. Luchaba con furia. Maldecía a la hierba del prado que parecía extenderse por su propia mejilla toda la noche y la corriente que como una música lo recorría, su voz volviéndose ronca,

perdida en su componer, pero batallando siempre contra el aire frío y dulce, la diabólica calma, la laxitud que lo perseguía. En su hombro, a veces, parecían esas sensaciones. Descubrió que debía perseguirlas mangas arriba, por entre sus ropas, sus axilas —aire como el primero de la primavera, infinitamente promisorio—. Entonces gritaba, retorciéndose, persiguiéndolas con las manos como a cosas reptantes, arañándose por la ropa, golpeando el espacio, aporreándose los oídos hasta que creía que se iba a romper los tímpanos. Todo aquello hasta que quedaba exhausto y caía sobre almohadones, ocultando su rostro. Con el brazo otra vez en alto describía un círculo. A flote surgía, en llamas tras sus ojos centelleantes, el halcón, depredador de ratones.

Ansioso buscaba en sus textos, leyendo en alto el que le parecía apropiado con una voz que temblaba de emoción. Después guardaba silencio escuchándose a sí mismo. Luego con rabiosos murmullos siempre seguía arrastrando los pies. Cuando por fin doblaba la esquina de una página y cerraba el libro, lo hacía de repente, sin una lectura ni un silencio posterior, igual que se juntan las alas del halcón. Amontonaba la Biblia en la alacena junto con otras que a pesar de su excelente condición el reverendo Furber consideraba que habían agotado su potencia. Ahora solo eran aptas como premios al buen comportamiento y a la solícita asistencia, a las proezas memorísticas y para recitales conforme la señorita Samantha, en cada caso, decidiera. Renovaba sin pausa su reserva de poder. Algunas exigencias lo disipaban con rapidez, y había observado, en sus problemas con los textos, que este poder se le estaba acabando.

Tenía disponible, especialmente para la serie, una de un tamaño y un papel espléndidos, con tipografía multicolor y el más suave de los cueros. Alargó la mano hasta la vitrina y tocó la parte superior. Ahí, pensó, había fuerza y elocuencia; podía sentir cómo se henchía contra la cubierta.

Le preocupaba, sin embargo, la inmanencia de su éxito. Se lo encontraba por doquier. Estaba en el aire como el aroma a

manzana —turbador, dulce—. Cada día desde la desaparición de Henry era un día de regocijo, y mientras el año erraba lentamente hacia su invierno, Jethro Furber se apuraba hacia su triunfo. Aun así sus visiones habían aumentado, en viveza, en número, en lo vergonzoso de sus deleites. Se revolcaba en vello púbico y despertaba con semen resbalándole por la pierna. Pecado y pecado y pecado y otra vez pecado. Conocía los nombres. Pero no había nombre que condenara aquel alivio límpido e inocente. Parecía, dios lo ayude, la acción de una oración exitosa, la momentánea precedencia de la gracia.

Durante un tiempo la ferocidad de sus sermones había aumentado. Estaba llevándolos hacia lo alto… hacia lo alto. E iba ganando. Sabía que era cierto pese a la decepción inicial de todos ante el cariz general, abstracto, de sus comentarios, pese a la incomodidad ante su ardor, también ante la mistificación de estos, pues el tono de su lenguaje era abrupto. De manera que cuando los delegados de la moderación irrumpieron en su privacidad, quebraron su paz y su confianza en sí mismo. ¿Podía confiar en su propio juicio?, ¿confiar en sus ojos?, pues había tenido la certeza de que aquellos estaban engordando sus palabras. La sensación de éxito se elevaba desde ellas como un viento cálido desde los campos, doblándole los pelos de la nariz. ¿Solo él había notado su propio pulso? Dios… más moderado… un tono más moderado… ¿Estaban asustados?, ¿de ser así de qué?, de la verdad, ¿eso era?, ¿acaso eso los asustaba, un simple espantajo? o peor, ¿no era más que miedo a lo que pudiera decir, a lo bochornoso de aquello, atrapados en los reclinatorios, sin página que pasar en busca del responsorio?

Y los eventos, además, con una especie de fatalidad, habían fallado a su favor. Empujado contra su voluntad hacia Lucy Pimber, ¿quién habría podido imaginar el alcance de su triunfo allá? Haciendo acopio después de todos sus poderes, igual que un antiguo señor celta, un jefe germano, un griego heroico, había fulminado a Watson, apartándole la luz de los ojos para que se precipitara a la oscuridad y en torno a él

entrechocaran sus huesos. Henry, además, había escapado a la red de cerco con inteligencia. Uno tan solo podría concluir que todo estaba cambiando a favor de Furber, todo se movía al son de sus deseos, todo estaba cambiando… ¿Qué era eso que oía?, ¿trompetas?, ¿panderos y panderetas?, ¿repiques de iglesia?, ¿balaustradas de campanas?

Éxito, la marea cambiaba una vez más, aquella era su sensación, y no cabía error. Al igual que los había derrotado en el pasado vaciándose los bolsillos en escena, los derrotaría de nuevo con una gran representación, una serie de ellas, una serie prolongada, triunfo coronando triunfo. Brillantes carteles colgados por todo el pueblo… campanas y banderines… ding-dong, ding-ding dong. Por dios que tendrían sus aguinaldos; llenaría por ellos sus calcetas rojas; y convertiría a Omensetter en un cirio de sebo.

Bueno, es un honor, señoras. Todo un placer, caballeros. ¿Caben todos?

¿De qué se quejaban pues?… quejándose, malditos, quejándose…

De que tendrían que renunciar a toda esperanza de vivir como animales y regresar a una vida honrada, consciente, humana. Duro porvenir.

5

El reverendo Jethro Furber subió aquel domingo al púlpito irradiando excitación. Hubo cierto revuelo en la iglesia a cuenta de los rezagados, y se llenó de murmullos intermitentes y del balbuceo de los susurros entrecortados. Omitió el ritual de costumbre y habló enseguida.

Padre Nuestro Celestial, hablamos en Tu Presencia. Que

hablemos con Tu Veraz Voz. Que escuchemos Tu Voz en nosotros. Que atendamos a Tu Trueno.

Se había pasado la noche en vela. Más de una vez, en completa oscuridad —por el bien de la oscuridad— había entreabierto las cortinas y arrastrado los pies hasta el atril y recitado su parte, diciendo siete cosas diferentes, creyéndoselas todas. No había manera de hacer volver las palabras según brotaban, nunca las recordaba, y estaba empleando, en aquellas atracciones secundarias privadas, toda su energía: aun así frente a la pálida geometría de las ventanas y en presencia de su propia voz, sentía que se había desplazado hacia la poesía. La piel se le había erizado, se le habían formado lágrimas en los ojos y pensó que por fin había abierto con honestidad su corazón. Pero lo había abierto para nadie, en realidad… para un público de fantasmas y para ratones de iglesia. Era posible, desde luego, que en algún rincón, Flack, invisible en semejante entorno, negro como él mismo, estuviese escuchando; y uno siempre fingía que Dios también mostraba interés; pero en este caso —Dios, ratones, negro, sacerdote llorón— quedaban en nada. Estaba agotado, nervioso, en desorden; pero pretendía, no obstante, intentar colmar con fuego los oídos de todos. Era fútil la esperanza en que podría educar a aquellas criaturas, pero… pero pretendía intentarlo. Ahora examinaba el espacio al que tenía intención de predicar. Se extendía por encima justo de un terreno irregular de cabezas y alcanzaba las grises traviesas de la nave con sus marcas de hacha negro pálido y sus oscuras manchas de hierro. Comenzando en un punto frente a él a un brinco de distancia, alcanzaba por entre aspas de luz entrecruzadas hasta el muro opuesto donde su vista fundente componía el borde exterior del espacio. Podía imaginar, mirándolo, el caos que existió antes del mundo primigenio. Era un páramo surcado, una noche visiblemente sin estrellas. El polvo, alojado en báculos, sin rumbo se depositaba perezoso. Apenas distinguía la parte superior de aquellos rollizos aparadores que compartimentaban el infierno, mientras que arriba, abarcando

la cumbre, se encontraban los largos barrotes celestiales y los posados coros del amor. Pensó en su voz atravesándolo, el polvo danzando al son de su melodía. Habría tierra en la forma de sus sílabas, un mar que canta, un cielo como un eco, platas en flor con ansias de habla, animales con esclarecedores ojos amarillos y por último hombres que adoptarían formas a partir del cántico de sus nombres y se reunirían en multitudes para acrecentar sus réplicas a los lamentos que los habían creado.

No se atrevió a bajar la mirada más allá de sus frentes coronadas de pelo. Patinaría por una nariz o sufriría un resbalón en alguna barbilla. Derraparía más que caería a plomo, no habría pose que lo pudiera enmascarar, tropezaría, ¡tonto!, con zapatos al final. Hallar y pronunciar las palabras apropiadas, el *logo i spermatakoi*… ese fue el juego de Platón, la broma del pobre Juan. Pimber era la palabra que querían estas criaturas. Pimm-burr. Al menos tenía una palabra mejor que esa. Las palabras mágicas, si pudiese pronunciarlas, los libraría de todo objeto terrenal. La aguja del campanario del sensato Plotino. A solas como un pájaro. Adiós.

Aun así sus ojos zumbaron en los oídos de todos y les mordió los tobillos. Uno, luego dos… uno, dos, uno dos, la habitual fila de zapatos, un par, un par, otro par… Así que adiós a los rostros. Por el amor de dios, señora Spink, cállese. Espera espera espera: retuerce. Royéndole los nervios. No pienses en los viejos lazos, el desierto ama el desnudo. Un último vistazo a los rostros. Dios. Dios mío. Nariz, mejilla, barbilla, pelo que foresta el ceño, orejas en los bordes, ojos como pozos, arrugas que viran, los labios en carne viva, piel descamada… adiós. Cristo, qué diseño tan improbable. Retuércelos. «¿Qué estás haciendo en el mundo, hermano, tú que eres más que el universo?». Aprieta. Aprieta. Primero, dulce y gentil Juan: «El que no ama no conoce a Dios». Después, Jerónimo lleno de furia: «Estoy preparado para cortar la nariz hedionda». Aprieta más. El brazo derecho de Furber zarpó. Lo contempló sorprendido. Al empezar, su voz era calma y ligera, suave y precisa.

He tenido intención durante un tiempo de deciros que lo comprendo.

Hizo una pausa, los ojos cerrados.

En primer lugar ninguno de nosotros quiso este mundo. A él llegamos huérfanos. Y jamás fuimos engañados. No en lo fundamental. Siempre hemos sabido que no había lugar para nosotros. No hablo únicamente de nuestra común perspectiva cristiana. Cualquiera, sin importar cuán lejos de nosotros estén sus costumbres o el país en que pueda encontrarse, si es humano, posee un alma, y por medio de dicha alma puede percibir, al igual que nosotros, su extrañamiento de la vida a la que ha sido enviado.

Lleno de confianza, Furber se internó a zancadas en la oscuridad.

Cuánto lloré y chillé, el santo griego, Empédocles, ha escrito, cuando nací a este mundo, mi tumba. Y encarnado, todo niño aúlla. Empédocles creyó que su alma, por sus pecados, ha de pasar de cuerpo en cuerpo como pasa el agua por muchos cedazos; que ha de experimentar toda forma de muerte y padecer todo tipo de finales. En su opinión ya había sido un chico, una chica, una planta en el bosque, un águila que caza en las montañas, y que había llevado, en el océano, la oblicua vida del pez. Todos los elementos, dice él, se unían para rechazarlo. El aire lo había perseguido hasta el mar, y el mar lo había escupido al borde de la tierra, y la tierra lo había arrojado hacia el sol.

Aquí estamos, sí, mas somos ajenos. Esta, amigos míos, es la fuente de todo sentimiento religioso. Todo depende de esta verdad. Aquí estamos, mas somos ajenos; y aunque para sostenernos necesitemos bienestar y esperanza y fortaleza, cualquier cosa que nos acerque a esta vida y nos mueva a desearla es un craso error y un inmenso engaño.

Ahora os pido que os hagáis una sencilla e ingenua pregunta… que digáis: ¿para esto he nacido?; y os pido por

favor que la encaréis con honestidad y respondáis sí si sois capaces o no si os veis obligados.

¿Para *esto*?

Te levantas por la mañana, te desperezas, te rascas el pecho.

¿Para esto?

Toda la noche, mientras roncabas, ardió la luna tal como ardió para Jesús o para César.

Te lavas, te vistes.

¿Para esto?

Hay tortitas con pegotes de mantequilla para desayunar y te manchas de sirope el chaleco.

Así que para esto.

Te lames los labios.

Ah, para esto entonces.

Te bajas los pantalones hasta las rodillas y gruñes en el retrete.

¿Para esto?

La luz abandona una estrella mientras contemplas la maleza; los ciempiés viven en las grietas del suelo; y el sol, dice el Señor, brilla por igual para los buenos y los malvados.

¿Para esto se supone entonces que fuiste creado? Tienes ojos, consciencia humana, ¿para esto?

Bueno, en tu mente no te encuentras del todo cómodo. El tiempo ha sido malo. Hay cosechas con las que ponerse, pagos de la granja que hacer, terneros enfermos que atender. Los amigos han prometido ayudarte con el heno, pero no lo han hecho, y tienes que mantener alejado al mayor de tus hijos de la hija de ese barquero, una perra con tetas de vaca.

¿Para esto la mente?

Ahora te limpias. Te llevas los tirantes a los hombros. Crecen los lirios. Pero deseas que tu mujer no fuese tan gorda ni dada a la malicia, y esto enfada y turba tus pensamientos.

¿Esto?

Muy bien, podéis quejaros de que he escogido trivialidades con el fin de avergonzaros.

Comer, dormir, amar, vestirse, nacisteis desde luego para algo mejor que para eso.

Los ojos de Furber se acercaron despacio a una sonrisa. La iglesia surgió de pronto, primero colores dispares, chispas de luz, el mundo visto desde una montaña; las delimitaciones, los corredores, las capillas… solideces y significados. Maravillas, eran, todos ellos, un instante, antes de convertirse en lo que eran. Había empezado con mal pie. Mal pie —los pies le hicieron reír—. Su risa, fuerte y alegre, cerró él con una tos. Nuestra vida es un largo chorro de pis, gritó; ¿para esto hemos nacido? Temblando, cayó sobre sus talones. ¿Cuánto tiempo llevaba de puntillas? Buen comienzo. En efecto, Empédocles. ¿Lo había dicho o solo había pensado el nombre? En Gilean. Empédocles. Tan extraño como Jesús. Quizás tendría que hacer que se levantaran y cantaran, y empezar de nuevo después del cántico. Sonrió, mostrando las palmas de las manos, pero estaba farfullando y fue incapaz de pronunciar número alguno. Se llevó las manos a la espalda y allí se abalanzaron una contra otra.

No soy hombre de muchas convicciones…

No no no. Jesús. Había gente yéndose. Pero echó los ojos al vuelo. En los balcones, coros. ¿Cuántos?, ¿quiénes?, uno, dos… sintió la riqueza de sus vestiduras y el peso de sus responsabilidades. Llovía luz a través de las ventanas.

En el prin… En el prin…

Hizo señas a la señora Spink para que tocara y acomodó la cabeza sobre la Biblia. Un gesto desesperado, le iba a entrar tortícolis, pero tal vez eso los impresionara.

Repiqueteo de notas, ya había empezado. Debe administrar sus recursos. Administrar[7]. Menuda palabra. Pues lento es el sentido de nuestra carne —¿cómo era, la vieja cantinela de san Agustín?—, por ser el sentido de nuestra carne. Ha de hacerse con el control. Lento es el sentido de nuestra carne. *Tardus est enirn sensus carnis, quoniam sensus carnis est*… sí… su propia medida… *ipse est modus eius*... oh, suficiente —uñas, pelotas, polla— para el fin para el cual fue creada… *sufficit ad alius, ad quodfactus est*... pero insuficiente —mandíbula, coño, labio— *ad illud autem non sujficit, ut teneat transcurrentia*... preciosa… *transcurrentia ab initio debito usque adfi nem debitum*. La señal está en la palabra. ¿Es la señora Spink la señal? La lasciva yema del dedo… caderas de furcia… *In verbo enim tuo, per quod creantur, ibi audiunt: «bine et hunc usque»*. No, no más… abuso, abuso… dios mío.

El número del ruido… tan numeroso… tan innumerable numeración… numen… entumen… entum… ¿cuál era el núm…?

Estaba el leve aroma a imprenta y a papel. Notaba frías las páginas contra su mejilla. Acurrucó la cabeza entre los brazos. Estaría bien quedarse aquí a dormir. Pero en un momento tendría que enderezarse y encararlos. Entonces sería incapaz de confesar que no tenía convicciones y que le traía sin cuidado lo que creyeran, y cuánto adoraran las confesiones. Marchad a casa, marchad a casa, no tengo nada que deciros. *J'adore*... *j'adore*... Eso los dejaría clavados.

Con tintineos tocará la melodía de Spink a su final

en un santiamén su saltarina danza acabará

Aquí… aquí… mirad… en este bolsillo del pantalón tengo avaricia como una rana de árbol. Pero en realidad él no era ruin ni avaricioso. No era vago ni libidinoso, ni ambicioso ni altivo. No era glotón ni codicioso ni estaba henchido de vanidad. ¿Y dónde quedaban la envidia y la rabia y la crueldad

en su forma de vida? No era acaso maravillosa la facilidad con que venían las palabras. Mentira tras mentira en el refrescante papel, el leve, leve olor a cuero, en corazón ennegrecido tras sus ojos… envidia y envidia y envidia y rabia… envidia y rabia y doloroso deseo… aquí… aquí… voy a rifar mi pene como premio… no, dejadme que os cuente lo que he oído: tres raíces se han conocido que entrañan el más adusto de los granitos, eso es virtud versus vicio en una breve homilía…, oh, marchad a casa, marchad a casa y golpeaos los unos a los otros, lo merecéis tanto todos… No sé, tampoco yo, qué hacer, adonde ir… yazco en la hendidura de un libro para mi comodidad… es lo que ofrece el mundo… por favor dejadme solo para soñar como me apetezca. Encaminaos pues hacia vuestros hogares. Para soñar como me apetezca: una dama rolliza y cautivadora, luz por entre los limoneros, honorables y distinguidas heridas. Ah, bien, señora Spink, ha desmenuzado ya su rancio himnillo. Furber se tiró de las mangas y se alisó la chaqueta.

Permitidme, como niños, como si fueseis niños, permitidme que vuelva a hablaros al respecto.

Entonces pues, gracias, gracias a todos, sí, gracias, como recordaréis, en el principio, recordáis, Dios… Dios. *¿Qué había hecho Dios?*

Dios llevaba trabajando cinco días cuando Él creó al hombre. Dios había enviado Su presencia a través de la oscuridad que con ternura descansaba profundamente dormida sobre la superficie del agua, separando una noche de otra para crear el día. Después Dios había sumergido Su presencia en mitad del mar, cuando el mar estaba dormido, retirando la mitad dulce y elevándola igual que un toldo por encima del resto. Y después se había enviado a Sí Mismo al mar para reunirlo, y había recogido el agua restante como a un pez en una red, de manera que apareció la tierra donde habían sido apartadas las aguas. Así trabajó hasta el tercer día.

Sería sensato recordar qué fue de las cosas vivientes que

Dios creó al tercer día, pues favoreció primero a los frutos. Creó todas las semillas, semillas de tierna hierba y de árboles de gentil sombra. Luego creó el móvil sol, la alternante luna y las brillantes estrellas, y a varias encargó que regularan la noche, y a otras que diseñaran y rigieran el día. Por último, al quinto, trabó la vida al mar y al borde del mar y al aire, ballenas y focas y salamandras, aves flechadas. Luego al igual que el mar había dado forma a los peces a su semejanza, y el aire había creado incluso águilas y gaviotas con el viento como modelo, así le fue permitido a la tierra dar a luz animales a su imagen y semejanza: ganado y serpientes y osos, todas y cada una de las clases.

Como recordáis… seguro que recordáis…

Cuando se hubo hecho esto, y los primeros cinco días hubieron pasado para siempre bajo la tierra, y al ver Dios que lo que había creado era bueno, solo entonces consideró crear al hombre, que iba a tener, como lo tenía el sol en los brillantes cielos, y como lo tenía la luna entre las estrellas, el dominio de la vida.

Así que El dispuso. Dio forma al polvo en torno a Su propio hálito como a una crisálida. Él dispuso, soplando en Su puño, haciendo del hombre una vasija hueca y moldeando el barro con Sus propias manos en torno a Su hálito. El dispuso, vertiendo Su hálito como un precioso líquido por las narinas de la jarra humana. En consecuencia hubo desde el comienzo en el hombre una semejanza que fue grande y santa, sagrada y terrible. De igual modo que en el principio Dios había dividido la oscuridad para crear la luz, robándola mientras dormía, y de igual modo que le había arrebatado Dios el dulzor al mar mientras este descansaba para abovedar el cielo, así el hombre fue también dividido en su duermevela, y sustraída la oscuridad, además de una porción del hálito divino, para crear una esposa.

Era lo correcto que dichas mitades divididas debieran unirse, separarse y unirse, para que lo que en su día había sido

mezclado pudiera de nuevo mezclarse, para que lo que en su día había sido desgajado pudiese de nuevo desgajarse, tal como había hecho Dios durante los seis días de Su labor. Para siempre pues, el mar renuncia a su cielo. Lo que fue tierra, antes o después, es tierra. Hombres y mujeres se asocian, y quedan solos después.

Sin embargo ya existía enemistad entre lo oscuro y la oscuridad, entre lo salado y lo dulce, el mar y sus peces, el aire y sus águilas, la tierra inmóvil y sus géneros repletos, el hombre y su mujer; pues la noche había cedido una de sus mitades al cielo, al igual que el mar a los cielos y la tierra a sus millones. El hombre no podía sobrevivir solo, sin una semejante, y algunos dicen, aunque creo que se equivocan, que Adán le suplicó a Dios su pareja. Aun así cuando Eva fue sacada de su costado y atada la piel en el ombligo, él no quedó del todo contento. Adán anhelaba, sin saber por qué, y sentía envidia, pues a su lado ahora yacía el hombre perfeccionado, su parte más pobre ennoblecida, glorificada.

Os desafío a buscar en qué parte de las Sagradas Escrituras dice que estaba satisfecho.

Adán deseaba el regreso de su mitad más tierna. Deseaba volver a ser un todo como lo era en el principio. Ay. La tierra también lo quería a él de vuelta. El mar deseaba volver a engullir la tierra, y la noche cerrada rugía contra la luz.

Tal es la lección, escuchadla con cuidado, de esta excepcional creación.

Había entonces en el cielo, como sabéis, un ángel, príncipe entre ellos, el Príncipe de las Tinieblas. Y él sentía la dolorosa extracción de su esposa a partir de él, de su cuerpo sagrado, mitad enteramente suya, y la entrega de un lugar de esplendor deslumbrante. Cuánto lo odiaba, y en alto sufrió su pérdida.

Entonces al final del sexto día, después de que Dios hubiese creado al hombre y de él hubiese extraído la belleza como a un espectro; cuando al final del sexto día la belleza del

hombre fue apartada de él como había sido apartado el día de la noche durmiente y daba vueltas el cielo sobre el mar soñoliento y extraída la vida de la amodorrada tierra, ordenó Dios a toda la Hueste Celestial que se arrodillara ante esta asombrosa pareja, para así significar la admiración hacia ambos.

Pero el Príncipe de las Tinieblas dijo, entre lamentos: Dios, Tú dispusiste que el sol y la luna rigieran las mitades de mi antiguo reino, y cultivaste plantas para que supervisaran la tierra, y se las entregaste después a los animales. Por último has creado esta frágil figura de alfarero, el hombre, para que se multiplique y se alimente y engorde con las bestias.

Pero Dios ordenó a toda la Hueste Celestial que se arrodillara ante las imágenes de Sí Mismo que había creado, para así significar la admiración hacia ambos.

Pero el Príncipe de las Tinieblas, afligido, dijo: Señor, Tú no pretendiste que la luna diera al traste con la mañana, ni que el sol saliera para el pálido canario o se pusiera para el despiadado gato. No es por tanto adecuado que nosotros, señores inmortales, tengamos que hacer de camello para el hombre, que no tiene sobre nosotros ni el poder ni el dominio apropiados.

Pero Dios ordenó a toda la Hueste Celestial que se arrodillara, aun así, y que de tal modo indicara su admiración hacia el Señor, Él Mismo, que había creado al hombre, aquella maravilla entre las maravillas.

Pero el orgulloso Príncipe de las Tinieblas se negó.

Fue pues al acabar el sexto día cuando Satán, por desobediencia y debido a un corazón roto, fue apartado de la Hueste Celestial, y como un ardiente rayo de vapor cayó de la superficie del sol hacia su elemento.

Shh… Shh… ¿Qué viene ahora? Como un zancudo de agua, Furber cruzó una fina película de sentido.

Más tarde Dios creó el Edén con sus ríos y en aquel

paraíso puso a Adán y a Eva, aunque algunos dicen que creó primero el Edén, antes que a Eva, tal como aparece en la Biblia. El árbol de la vida crecía en el jardín, y también el árbol del conocimiento del bien y el mal. Fue este último árbol del cual Dios prohibió a Adán y Eva que comieran, pero ambos comieron de él de todas formas, como sabemos, para desgracia nuestra. La mejor de las mitades cayó primero, la última y la mejor de toda la creación, de manera que ahora debe parir a sus hijos con dolor y esfuerzo, y servir a su mitad más pobre como castigo.

Dios creó siempre por división, tomando la parte inferior, transformándola en su opuesto y elevándola por encima del resto. Así pues debemos transformar lo peor de nosotros en lo mejor.

Furber chasqueó los dedos. Esa era buena. Ese era el tipo de cosas que les gustaba. ¿Tendría que repetirlo? Pero estaba perdiendo el hilo.

Hay por todas partes en la naturaleza una inclinación por la condición previa, y unas ansias instintivas de retornar a ella. Sucumbir a estas ansias es sucumbir al deseo del Príncipe de las Tinieblas, cuyo fin es frustrar, de ser posible, el propósito de la creación de Dios. En ocasiones olvidamos, desde luego, la arcilla de la cual estamos hechos. A veces negamos nuestra naturaleza animal y nuestro origen terrestre. Pero la vida heroica se parece al robo y el castigo de Prometeo, tan dolorosos como solitarios, y no la perseguimos por mucho tiempo. La mayor parte de los hombres consideran su humanidad una carga, y llaman al conocimiento de lo que son una simple consecuencia del pecado. Los hombres, como todas las cosas, se resisten a su esencia, y buscan el dulce olvido de lo animal, un descanso de ellos mismos que no es más que una fácil falsificación de la muerte… Sin embargo cuando Adán desobedeció, prendió en nuestras cabezas este sol. Ahora, como el más lento de los gusanos, sentimos; pero como el más poderosos de los dioses, *sabemos*.

Luces agradables y golondrinas en picado, alfombrando la distancia…

Así que somos ajenos. Estamos aquí. Como está el jorobado en su joroba, el cuervo en su graznido. Oh, dios, aquí estamos. Mas somos ajenos.

El ojo del animal se abre. Piensa. *Ve*. Qué cosa tan extraña es que exista la posibilidad de ver en este mundo. Su ojo se abre —el ojo del hurón, el ojo del tigre, se abre— y en ese momento y por vez primera hay… *imágenes*... Imaginad que abrimos el ojo de un hombre. Los pensamientos yacen al otro lado de ese fino párpado. Ve sin parpadear. Ciego, aun así ve, lastimera criatura. Por supuesto. Es el maravilloso vigilante, ¿cierto? Vigilante… vigilante como una comadreja en la maleza.

¿Qué se escabullía a brincos?

Es este sol en mi cabeza. Están desnudos y expuestos, he dicho. D-d-ess-nuu-doss.

Dónde… veamos, sí. ¿Quién es honesto a oscuras?

¿Prometeo? ¿Empédocles? Dios bendito. Agachó la cabeza y vio letras resbalar por la página. Texto. Tenía un texto. ¿Quién quedaba? Espacio. Bordado de luz. Fluían las letras.

Texto. Tenía un texto. Un texto para seguir hablando.

Introverso, en un verso, introvertidamente, en su interior, enormes guardas, ¿lo eran?, con amargura, esquirlas de corazón, de cerámica, de punzantes personas arcillosas, en recipientes huecos, con terror al espíritu, para caer tan al interior…

«Y la voz dijo, llora. Y él dijo, ¿qué he de llorar? Toda carne es hierba, y toda beldad es por tanto como la flor del campo:

»La hierba se desvae, la flor se marchita: pero la palabra de nuestro Señor ha de permanecer por siempre».

… pero caer así al interior…

Vosotros pues, dicen las escrituras, sois las personas. Vosotros sois la hierba. Vosotros sois la carne, la hierba.

¿Imagináis que la hierba, creciendo, pudiera convertirse en vaca?

¿Hubo una risita disimulada?… ¿una risita nerviosa?… ¿disimulada? ¿Quién estaba ahí? Espacio bordado.

Esta vida…

Esta vida pasa demasiado pronto igual que un día en un país fértil.

Toca el libro. Toca el libro. Sus dedos resbalaron por las páginas.

Los reclinatorios se ladeaban vaciándose.

¡Nos hemos deslizado al infierno!, ¡los tablones se han roto! ¿Son esas las damas danzantes? Contempladlo con sus ojos trasladados al trasero. A lo mejor ahí puede percibir la concurrencia del ano.

Y el maligno… Aparecerá con mejillas rosadas como manzanas y el pelo afablemente enmarañado… con ojos cándidos y el habla inconcluyente.

Sácanos de este lugar, oh, Señor, que podamos tener motivos para alabar tu misericordia.

Quienes quedamos…

Oremos.

6

Empezó a nevar cuando Chamlay y Furber llegaron a la casa.

Los copos caían despacio desde un cielo cerrado, pendiendo de las puntas de la hierba alta y rompiéndose con delicadeza en sus rostros. Era media mañana pero la nieve silenciosa y la luz gris otorgaban a todo una cualidad vespertina. Una de las hijas los dejó entrar. Ninguno pareció querer entrar el primero, de manera que pasaron apretujándose con desmaña, tropezando entre ellos. Amos estaba al pecho y la habitación llena de los sonidos de su lactancia. Está fuera con Arthur, dijo ella, atendiendo a su hijo, con rostro inexpresivo, voz tan fría y sin objeto como la nieve. La mirada de Furber sobrevoló la habitación para ocultarse finalmente al fondo de su sombrero. Más allá de este vio el suelo de tablones de abeto rajados y astillados, la veta de la madera ausente casi bajo años de mugre que volvían todo el suelo gris. Chamlay miraba con descaro en derredor. Inmóviles y tensas, las hijas de ojos marrones, caras pálidas y ojerosas, se sentaban reclinadas hacia delante en sillas con peldaños dispuestas muy juntas contra la pared, tocando con los pies los escalones más bajos como aves vacilantes, cogidas de la mano. Un edredón remendado amarillo desvaído y doblado encima de una cuna en un rincón. Encima colgaba un paisaje que incluía un río. Una mesa cuyo tablero estaba profusamente raspado y entallado se alzaba en desequilibrio junto a la ventana delantera, con un largo banco a su lado. Furber sacó su reloj y miró la fotografía fijada a su tapa, una fotografía de sí mismo con dos primas lejanas, niñas de diez, cuyos nombres había olvidado hacía mucho. Al lado de ellas Furber parecía extrañamente blanco y rollizo, y con una sonrisa en la boca que siempre había encontrado seductora. Examinó otra vez a sus primas. Solo entonces los vestidos de las hijas de Omensetter le parecieron caseros y tenues, ceñidos y cortos para ellas, lavados con demasiada frecuencia y demasiada furia. Furber suspiró y cerró el reloj con un chasquido. Nunca había sido rollizo. En la mesa había una tetera de siderosa con una cuchara de madera al lado y un rastro de migas. Fas niñas observaban algo más allá de la ventana pero no daban muestras de qué veían. Parecían a punto de emprender el

vuelo. Una cacerola abollada y muy deslustrada descansaba sobre el fogón. Inglesa lo más probable, pensó él, y bastante vieja. De tanto en tanto la leña asentaba, enviando chispas por el tiro de la chimenea. Dio finalmente la espalda a las piedras oscuras y guardó su reloj, sonriendo a las niñas. Otra imagen colgaba de un cordel y al acercarse distinguió a san Francisco dando de comer a las ardillas. Muy bonito, decía Chamlay dando vueltas con brusquedad, pero que muy bonito.

De camino apenas habían hablado. Chamlay había querido que Olus Knox los acompañara, pero Olus dio muestras de no tener entrañas para hacerlo, y Furber, por casualidad de paso, fue con él en su lugar. Chamlay estaba enfurecido. Ahora sugería que no era buen momento; que volverían a otra hora, pero lo recibió el silencio, y al entrar a la habitación no atrajeron la atención de nadie. Entonces Chamlay empezó a interrogarla con una voz suave y deferente. Furber se puso delante de las niñas, todavía sonriendo, a punto de hablar, mientras su madre se mecía con cautela. Las niñas tenían los labios pálidos y ligeramente abiertos sobre dientes apretados. Furber titubeó, luego las rodeó y desde detrás de la madre echó un vistazo al pasillo. Chamlay repitió sus preguntas. No sabía adonde había ido. No sabía cuándo volvería. Chamlay y Furber deambularon juntos por el cuarto en actitud protectora, agarrando las alas de sus sombreros. Ella cambió de pecho sin miramientos, cubriéndose lentamente el vacío, revestido de piel erizada como un lago en un aguacero. La mayor de las niñas, reparó Furber, tenía un codo excoriado.

Pueden quedarse si quieren. No sé cuánto va a tardar. Si deciden quedarse, las niñas les traerán unas sillas.

El ademán de declinación de Chamlay pasó desapercibido.

No sabes por qué, dijo él.

Ella le sopló en el pelo al bebé y con un dedo humedecido le frotó el cuero cabelludo, arrellanándose un poco, sacudiendo los hombros. Las mejillas rojas del bebé se afanaban. Furber tocó la manga de Chamlay e hizo un gesto

hacia la puerta. Ella se amasaba el pecho con cuidado.

Siente que tiene que encontrar a Henry.

Ambos se movieron con indecisión al levantar ella la mirada.

Sillas, dijo ella.

Las niñas se levantaron, pero los dos hombres alargaron los brazos.

No, dijeron.

Las niñas tenían las manos juntas, las miradas fijas, las bocas talladas por igual. Furber se mordisqueó los carrillos. El bebé chasqueó con fuerza los labios y el pezón se le escapó, empinándose largo y mojado.

Por qué intentarlo, dijo ella, ¿qué diferencia va a haber?, ¿de qué va a servir?

Amos luchaba por dar con el pezón, resoplando, a punto de llorar. La cara de Chamlay tenía un rubor brillante. Con la mano recubría recatadamente su placa y Furber no logró refrenar la mirada.

Está Lucy, para empezar, dijo Chamlay.

El pezón resbalaba por la mejilla del bebé. Quedó atrapado en la comisura de su boca y luego se hundió, dejando una huella de leche.

Madre, susurró la mayor de las hijas, sobresaltando a los hombres.

Se refiere a la señora Pimber, dijo su madre.

Bueno, pues está eso, dijo Chamlay.

Muerto, dijo ella, ¿de qué va a servir?

Se meció más rápido.

¿Para qué sirve un cuerpo cualquiera, vaciado?

La ley, comprende, tiene interés, dijo Chamlay con

firmeza.

Más inútil que un tonel desfondado, dijo ella.

Chamlay meneó la cabeza.

No lo entiende. Puede que en su muerte haya habido alguna trasgresión.

Hizo una pausa.

Ausencia, debí haber dicho, desaparición.

Ahora ya no se le puede castigar por eso, dijo ella, está muerto.

Cómo está tan segura, se apresuró a decir Chamlay, y ella hundió la cabeza.

No se haga el tonto.

Chamlay se aclaró la garganta mientras Furber iba hasta la puerta y ponía la mano en el pomo. Las hijas, todavía de pie, fijaron en Chamlay y en su madre una mirada tan en blanco como la mirada de un estatuario de yeso.

No queremos quedarnos atrapados en la nevada, dijo Furber.

Era el pozo, creo, dijo ella enseguida, devolviendo la atención a su hijo. Era ese simple círculo en el suelo. Desde luego se comportaba de un modo extraño al respecto.

Furber se acercó a Chamlay y le tiró del hombro.

Nunca le hicimos ningún daño que yo sepa, y cuando tuvo el tétanos, vivió gracias a Brackett, me parece.

Quedó un instante pensativa.

Luego, se encogió de hombros, se mató.

Dejó de mecerse y por encima del hombro miró al pasillo.

Me ha parecido oír a Arthur pero debe haber sido otro perro… Se mató. Cuesta creerlo. ¿Qué daño le habíamos hecho nosotros? ¿Vivir en esta casa? ¿Lo sabéis vosotros?

El bebé eructó y ella le dio golpecitos en la espalda, meciéndose una vez más.

No es Arthur, me parece. Lleva horas ahí fuera buscándolo, ¿y qué daño le habíamos hecho nosotros? Y morir como debe haber muerto, ¿no les parece?, entre las hojas y con todo ese viento, frío y lejos de cualquier amigo y de todo cuanto amaba. ¿Cómo pudo hacerlo…? ¿Eres el *sheriff*? No sabía que teníamos uno… El ladrido de Arthur es más ronco… ¿Y qué daño?, ¿a nadie? No me lo puedo creer. Esto me sobrepasa, me sobrepasa sin más. No soporto las cosas que reptan, ¿vosotros sí? Bueno, pues se apodera de mí del mismo modo. Terrible.

Se estremeció.

Cosas como esa una se las querría lavar de la ropa, del cuerpo, eliminarlas a restregones… A una le entra frío… Bueno, vivir es terrible, para algunos, supongo.

Dejó caer un poco de saliva sobre el dedo y se puso a frotar con cuidado el dorso de la oreja del bebé.

Qué se siente, Amos, dijo ella, riendo entre dientes, ¿es agradable chupar una teta suave?

Miró a Chamlay.

Tiene un magnetismo poderoso.

Sopló con dulzura en la cabeza del bebé.

Bueno, todos lo hemos olvidado, supongo… conforme nos hacemos grandes… viejos. Amos, él solo quiere comer y dormir. Henry está en algún lugar del bosque, en algún lugar de los campos, o en pompa bajo el agua, quizás, por ahí. Amos, el señor dice que te llamemos Amos. Caray, ¿se imaginan?

Ella rio.

Madre, dijo la mayor de las hijas, madre, por favor.

Poco a poco ella se aquietó.

Mi magdalenita, dijo, arrimando a él la nariz. Luego su rostro recuperó la suavidad y el agotamiento y la blancura.

El zorro tuvo mejor muerte, dijo ella. He visto ratones putrefactos a los que aún les quedaba dignidad, pero los hombres…

Ese zorro, dijo Chamlay. Lo de ese zorro fue curioso. Extraño, me refiero. Ibais a dejarlo morir de inanición allí abajo, según oí. ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Qué tenía de divertido?

Vamos, Curtís, dijo Furber, ella no sabe nada.

Pasado un rato, ya sabes, se habría puesto quizás a gimotear y a lloriquear.

Tienes un perro en mente, dijo ella. El zorro muere en silencio.

Bueno, ¿qué tenía de divertido? Eso me fastidia. ¿Qué era tan divertido? Y ahora te encojes de hombros. Bueno, para ti es fácil encogerte de hombros, supongo… con la suerte de Omensetter.

Oh, suerte nunca tuvimos mucha.

Chamlay soltó una carcajada brutal.

¿Cómo crees que se siente Lucy Pimber, su marido desaparecido, perdido, nadie sabe dónde, sentada en casa mientras recorremos los bosques en su busca, y en lugares donde ningún hombre vivo debería estar?

Ella sonrió.

A los doce años tuve un conejo durante todo un día.

Madre.

¿Tanto alboroto y tanta caminata se merece él?

Por todos los santos, es un ser humano. Tiene más sentimientos que un zorro. Eso tendrías que ser capaz de verlo.

¿Cuánto os afanasteis en buscarlo cuando aún estaba vivo?

Chamlay maldijo y se dio la vuelta.

La cabeza del bebé cayó del pecho, cuajo en los labios, ojos cerrados.

Abridle la puerta a estos hombres, dijo.

Chamlay y Furber salieron en fila, poniéndose de inmediato sus sombreros y dando profundas y temblorosas bocanadas. La puerta se cerró tras ellos con la tos de Amos.

El aire era ahora punzante aunque la nieve había cesado y los copos se derretían en el suelo. El cielo parecía, si es eso posible, todavía más cerca. Entre los árboles desnudos podían ver el Ohio en calma. Chamlay permaneció unos instantes en el jardín, Furber callado junto a él hasta que empezó a tiritar. Entonces se marcharon. De vez en cuando una brisa fresca avanzaba a tientas entre el follaje desde el río. Dejaron la senda y llevaban un rato en el camino cuando Chamlay suspiró. Su rostro se había serenado y la determinación de su cuerpo había remitido. Habló desde lo profundo del pensamiento, como si estuviese solo. Alguna vez habías visto, comenzó, interrumpiendo de repente su pregunta al girarse Furber para escudriñarlo. No, respondió finalmente Furber cuando creyó comprender, nunca; aunque mentía, pues sabía que una vez sí que lo había visto.

7

Cuando Omensetter hizo temblar la puerta con sus golpes, el reverendo Furber dijo no, y se frotó con fuerza los puños. Eran las seis de la tarde, aún estaba en camisón, tenía la voz ronca y los ojos muy hinchados. Todo el día anduvo revolcándose y llorando y chillándole a Pike. Ahora estaba sentado a oscuras, un tanto mohíno, maldiciendo sus lágrimas y haciendo nudos con las sábanas. La habitación estaba fría. En el hogar las

ascuas tenían gruesas capas de ceniza, y el vaho se había helado en las ventanas. Había madrugado, atenazado por un sueño, y dando tumbos fue hasta la sacristía, por donde Flack había empezado a barrer. Has estado contándole a la gente cosas sobre mí, le dijo sin rodeos. El hombre de color se había aferrado a su escoba mientras Furber lo acusaba con crueldad. Tú lo sabes todo sobre mí. Me has vendido. Al cabo de un rato, Furber había intentado ahogarse en una palangana. Por supuesto todo fue un teatro, otro gesto fútil, y había tirado la palangana por todo el pasillo, cargando primero con ella cuidadosamente, como para no mojar sus pertenencias. De vuelta en su cama aporreó la pared, gimiendo y lloriqueando. Era cierto que el día había transcurrido con bastante rapidez, no creía sin embargo haberse echado ninguna cabezada. Había estado pues en un genuino delirio, y la trascendencia de aquella conclusión le proporcionó cierto bienestar. Pero apenas estaba preparado para los golpes que lo habían asaltado de repente —golpes no suyos— desde fuera, no desde dentro — repetidos, atronadores, imperativos—. Está aquí el zopenco, pensó, y se frotó los puños con tanta saña que se le pelaron los nudillos.

Debo verte, dijo Omensetter.

Furber casi se echó a reír.

No hay luz, ni fuego. Estoy sentado a oscuras.

No tendría que haber contestado. Omensetter no tenía forma de saber que estaba ahí, a menos que Flack lo hubiese vendido otra vez. De inmediato se sintió avergonzado. Flack había obtenido su color de manera honrada. Ese pequeño negro jamás lo habría traicionado. Era inconcebible. Se había hecho cargo de la iglesia cuando el dueño era Rush, y había padecido sin quejarse los terribles tiempos de plaga bajo Furber el Furioso, Jethro el Farsante, sirviendo siempre con lealtad y amor por igual, Furber estaba seguro, si bien cada día, de un tiempo a esta parte, parecía haberse achicado un tanto, y dedicarse a sus tareas de un modo aún más invisible.

Durante todo este tiempo, Furber no había llegado a saber nada de él en realidad; nunca se había preocupado lo más mínimo por él ni mostrado el menor interés. Aquel hombre había continuado siendo un sirviente, un negro, un misterio. ¿Y por qué no tendría que ser un misterio? Nadie es simple, a punto estuvo de decir, aun así, ¿cómo iba a saberlo? ¿Qué había visto en sus rondas el vigilante? Superficies. Cascajos. Lo había mantenido todo a tiro de palabra, y eran palabras lo que veía cuando la veía a ella —prieta, y blanca, y radiante—; eran palabras lo que sentía cuando lo quemaba la rabia, cuando temblaba y gemía y daba golpes como un loco. Fuera del mundo podía coger sin peligro justo las hebras: el color del moratón en un dedo de su pie, por ejemplo, o el croar solitario de una rana que sorprende a la tarde, o la visión de una pendiente verde intenso en la que una bola rueda bajo un aro de *croquet*. Aunque la humanidad era su afición —eso decía a menudo— nada sabía de los hombres. Negro parecía un nombre más apropiado para un medicamento, lo mismo que humanidad, a pesar de su estudio, no era para él más que una broma compuesta. A Furber le dolía, para variar, el golpe que le había propinado al amigo de su iglesia, pero eso ya no tenía remedio, ni vendaría herida alguna a costa de suplicar perdón. En cierto sentido el castigo a Gilean era peor que el de Egipto, pues Egipto no se había visto nunca asolado por una plaga de mentiras.

Tengo que verte, dijo Omensetter.

Y ahora qué hago, pensó Furber, pegándose al borde de la cama. No estoy vestido del todo, dijo.

Estaba baldado, derrotado. Le zumbaba la cabeza. Tenía los sentimientos hechos jirones, y estaba temblando mucho, por fuera y por dentro. Sabía que debía tener una pinta espantosa. Los últimos días se había descuidado cada vez más. Se había negado a afeitarse. Había aullado a Pike sin recibir respuesta. Incrédulo, había caminado alrededor del reloj de su jardín. El domingo estaba al caer. No habría sermón. Observaba a través de la verja la nieve silbar y hundirse en el

Ohio. Si en Gilean estaba acabado —acabado para cualquier lugar en ese caso— Lurber se preguntó por qué Omensetter no podía dejarlo en paz.

¿Qué quieres?

Quiero hablar contigo, pero no quiero gritar a través de la puerta.

Es tarde.

Sé que es tarde. Aun así hay tiempo de sobra. Es importante.

No he cenado.

Omensetter sacudió el pomo.

Todos sus discursos… sus bellas barreras de palabras… Metió una tira de papel entre las cenizas y la habitación rodó con su fulgor. Después de esos ruidos, ¿se vendría abajo la puerta? Vibró el cerrojo por el ímpetu de Omensetter y a Furber le tembló la mano. Aparecieron arrugas en el papel de la pared; las paredes mismas parecían olear; se arrugaron los rincones del cuarto; se abatió el techo; había murciélagos en su almohada. Un aporreo como ese no lo produce cualquiera —cualquiera que no sea el hatajo de escandalosos músculos que era él—. Si le dejase entrar… entonces *estaría* ahí, colmando la puerta, enorme, resollando, con el contorno de sus puños enrojecido, los labios húmedos, balanceando el cuerpo, cada porción tan real como… ¿cómo qué?, ¿los murciélagos de su almohada?, ¿el voraz abismo junto a su cama?, ¿los hambrientos agujeros en la pared? Según alumbraba la lámpara, crecía el cuarto; se afianzaban sus objetos. Furber dejó caer un humeante trozo de papel. Gimió con dulzura y se sopló los dedos. La comedia ha terminado. El suelo estaba helado.

Ya voy —hazlo con cuidado— ya voy, ya voy…

Uh. Alivio y miedo ante el silencio. Por mortificar la carne, Furber avivó las cenizas con el talón, después buscó sus

pantuflas. No ha sido nada. Le hacía falta un gorro de noche a juego con el camisón. Pensó entonces que sabía cómo se sentía, como alguien que encara su ejecución.

Ya voy…

Era cierto. Estaba demasiado exhausto para contener ninguna emoción mayor. Una aflicción nocturna, una espera nocturna, y ahora el alguacil con las llaves. A Furber le dolía la cabeza. Sí, tenía sin duda los ojos hinchados. Pálido, el prisionero desde su catre… El húmedo muro gris del jardín… desolada hiedra… árboles que gotean… Luego, desprecio por el pañuelo cegador. Levanta el puño —desafiante hasta el final —. Grita muerte a la verdad y larga vida a los embusteros. Bang bang.

Estabas en la cama.

Omensetter le dedicó una sonrisa ovejuna y se sacudió la nieve de los hombros.

Te lo he dicho.

El pelo de Omensetter era una maraña atroz. Tenía la cara pálida por el cansancio y sucia del bosque. Forrada con la barba de una semana, estaba profundamente arrugada y en las mejillas había líneas de quemaduras por el viento. Sus ropas estaban muy agujereadas y deshilachadas, por fuera y revueltas, y se golpeaba el cuerpo una y otra vez con las manos.

Furber retrocedió hasta una silla.

Lo he encontrado, dijo Omensetter.

Siéntate, dijo Furber sin fuerzas.

Omensetter avanzó, abofeteándose las orejas.

Lo he encontrado.

Lo has…

Correcto. Chico. Lo he encontrado. ¿Habrase visto un tiempo tan malo tan pronto?

¿A Henry?

Correcto. Fiu. Hace mucho que no… hace mucho que no voy a trabajar… con lo de buscarlo.

¿Está muerto?

Sin duda.

El camisón se elevó un instante —se sentó—. Entonces, con la ayuda de Dios, Furber lo miraría, acostado, pues en él todo era nuevo; su rostro ya no le iba bien, ni tampoco sus manos. Su nariz era inapropiada, sus palabras no eran las correctas. Había en ellas un falso tono de camaradería, el golpeteo y los porrazos… nuevos. Y Furber empezó a sentir que poco a poco los huesos le ardían de vergüenza.

Ya veo, dijo.

Ja ja. Sí.

Omensetter se quitó el sombrero.

Por todos los santos, estaba mascando tabaco, se preguntó Furber. En un rato se chasquearía los tirantes.

Omensetter giró muy despacio sobre sí mismo en la habitación.

Entonces él…

En el bosque.

Su barba incipiente tenía un poco de rojo, advirtió Furber. Se estaba limpiando la boca con el retal de algodón que era su sombrero.

No lo habrás traído aquí… traído de vuelta.

En este momento, pensó Furber, Henry podría estar apoyado como una estatua en la sacristía —el recién hallado santo y espíritu del bosque.

Chico, tendrías que verlo.

Omensetter miró dramáticamente al techo.

Me refiero, ay, caray, está colgado. En un árbol. Muy arriba, una subida terrible.

Con mayor pesadez en su silla, Furber trató de mantener la cabeza serena. Siéntate. Trató de imaginar por lo que se habría de pasar, pero no alcanzó más que a exprimir un poco, resultaba demasiado lúgubre: los destellos de las gafas de Knox lo afligían, había largas hileras de árboles en pendiente, ahumados de escarcha, mitones de piel que el hielo había perlado, maldiciones a gritos y órdenes intemperadas, ramas de árboles que crujen, pirueteantes velos de nieve; pero incluso aquellos irrisorios harapos eran vergonzosos —Hawkins tallando un pene de madera— ya que él ardía; sus orejas y su mejillas eran pasto de las llamas del pasado, pues Omensetter parecía tan distinto a como era él, o a como había sido al menos, pues ahora él era lento y triste y tímido, ¿o estaba avergonzado? —¿arrepentido?, ¿preocupado?, ¿asustado?, sabía dios—. «Sus vigilantes están ciegos: son todos unos ignorantes, todos unos perros mudos».

Quieres decir que todavía sigue allí, dijo Furber al fin.

Claro. Es lo que él quería. Además…

Pero cómo, por todos los santos…

Se ahorcó.

Pero, la pregunta se le escurrió a Furber por entre los dedos, ¿por qué tuvo que hacerlo de un modo tan estúpido, de un modo tan circense?

Ja ja. Sí. ¿Por qué? Chico.

Omensetter se puso a deambular por el cuarto.

Tía Janet se había balanceado, el alma en los ojos, él sabía leer. Por entre su condenada espalda y sus leñosos hombros… nada… cristo. «Desde la creación del mundo las cosas invisibles de él son claramente visibles». Otra mentira.

¿Cuánto tiempo lleva Henry… ahí arriba? Preguntó Furber con la apropiada voz del doliente.

Omensetter titubeó.

No sabría decir. Algún tiempo. No soy muy bueno juzgando.

Toqueteó el candil, rebajando la luz.

¿A quién se lo has contado?

A nadie, ni siquiera a Lucy.

Sigue en casa de los Hatstat.

Quiero decir que no he pasado por casa. Vine derecho hacia aquí.

Derecho, derecho, derecho. El torcido, derecho. Tuvo que rascarse el pie.

Quién pensaría que algo tan frío pudiera picar, dijo, disculpándose, pero en realidad Omensetter no le prestaba atención. Junto a la mesita, frotando el borde, aguardaba. También podrían olvidarse de todo el asunto, y dejar a Henry allí colgado, eso sería lo más fácil.

¿Quieres entonces que dé la noticia?

Furber suspiró, recolocándose la pantufla, y de pronto pensó en Persépolis y en hileras de leones de granito.

Supongo que eso es asunto mío, dijo.

Eso no lo había pensado.

¿No? ¿A qué entonces escogerme a mí por todos los santos? No por ser sacerdote. ¿Tan cercano soy?, ¿idóneo?, ¿amable? Escucha, no soy de los de cuenta-conmigo, eso ya lo sabes. Para ti, ni soy persona ni soy pastor… Bueno, ¿en todo el pueblo no había nadie en casa así que no te quedó otra que venir aquí? Una pena. Yo tampoco estoy en casa. Acabo de salir. El hombre con el que estás hablando es el fantasma de Furber. Ni tampoco voy a trepar a ningún árbol para bajarlo, si era lo que esperabas, no estoy tan a mano.

Oye, pastor, ¿no me crees? Omensetter hizo un gesto de

súplica. Lo hice. De verdad…

Furber gruñó con fastidio.

Está colgado de una rama.

De una rama como una hoja, estoy seguro, dijo Furber, levantándose de un salto. Eso es poesía, dulce e inmortal poesía, de verdad que lo es. El payaso simbólico.

Omensetter corrió hacia la puerta. A ratos calmo y amenazante, era ahora como una parte del clima en la habitación. Las cortinas parecieron elevarse un tanto al pasar él.

Lo siento, dijo Furber, sentándose enseguida. Siempre olvido que eres un héroe. Siéntate.

Furber midió minuciosamente el aire en peces de largo.

Gilean busca, pero Omensetter encuentra, dijo. ¿Estoy en lo cierto?

Sé que me equivoqué, dijo Omensetter, con la mano en el pomo, pero no me había imaginado… bueno, estaba en un error, me equivoqué… Lucy dijo que no te prestarías… ¿Prestarme? ¿Prestarme a qué?

Omensetter se apartó de la puerta.

A ayudarme.

¿A ti?

Sí.

No has pasado por casa.

No.

Pero lo has hablado con Lucy.

No. Hablamos sobre ello antes. Qué debería hacer. Entonces Jethro Furber se preguntó si Omensetter estaría actuando.

¿Qué guardas ahí?

¿Qué?

Ahí.

¿Aquí?

Sí.

Biblias, dijo Furber, todavía desconcertado, objetos sagrados.

Bonito cuadro.

Dios mío, está maquinando, pensó Furber.

Nosotros tenemos uno de san Francisco dando de comer a las ardillas.

Lo sé.

Lucy dijo que anduviste por allá. Con el *sheriff*.

Chamlay no es el *sheriff*.

Lleva una placa.

Una placa. Eso tiene su historia.

Tiene cierta autoridad.

Furber lo dejó pasar. Se acabó el trato de caray-chico. Ahora Omensetter hablaba con calma, pero con una intensidad casi desesperada. Y estaba completamente inmóvil. Algo insólito.

Bueno, está en lo profundo del bosque y por los aires. Con razón nunca lo vieron. A nadie se le ocurre mirar tan hacia arriba.

A ti sí.

No. Fue suerte. Fue casualidad. Me dio un tirón en el cuello y me lo estaba aflojando.

Omensetter juntó las manos detrás del cuello y empezó a torcer la cabeza con violencia.

Y ahora su alma está donde puede usarla. No puedo hacer

nada. Furber tejía con los dedos. Todo el asunto era absurdo. Encerró la lengua tras los dientes. Omensetter no repara en mis ojos hinchados. No repara en nada. Larga vida al discurso hermoso. Siéntate.

Omensetter hojeó un libro.

No has visto a la altura que se ha ahorcado. Escogió un roble blanco. Es enorme, una dura subida con el frío. Me gustaría pedirte prestado este. A veces leo, pero en invierno no. La luz no es buena para la vista.

Furber hizo un lento sonido de repulsión.

Lleva puesto ese abrigo de lana gris con bolsillos anchos que solía rellenar con cartuchos de escopeta. Tiene las manos metidas, y está colgado del cinturón de tal manera que la cabeza se le inclina un poco hacia un lado cuando da vueltas.

¿Se le ve en paz?

No sabría decir.

Oh, vamos… jesús.

Omensetter lo miró fijamente.

Has dicho que gira.

Gira un poco.

No tendrás intención de dejarlo allá arriba.

Ja ja. Chico. ¿Tienes algún libro sobre pájaros?

Sí que la tienes, entonces.

Claro. Pero ellos no lo dejarán colgando cuando les haya dicho dónde está y demás. Yo era amigo de Henry, así que… ya sabes, en cierto modo espero que lo hagan. Está allá arriba, señor Furber. Chico. Tenía pensado no decir palabra y dejarlo estar, pero supongo que no soy capaz.

Tengo los pies fríos, dijo Furber con firmeza. Aquí hace falta un fuego. Estoy aterido. Hay por aquí una cubeta de carbón.

Jamás lo encontrarán sin un perro, está colgado demasiado alto.

A veces se escurre por debajo de este taburete.

Con el viento llevándose todos los rastros, mi Arthur estuvo un buen rato fuera de sí, eso y además mi oportuno tirón en el cuello, aunque Arthur tiene el olfato del mejor de los sabuesos.

A veces un empujón lo manda a aquel rincón de allá.

Quizás con el sabueso de Bencher tendrían suerte parecida a la mía. No lo sé.

O bajo la cama de una patada. Tengo un moratón terrible en el dedo del pie.

Hace mal tiempo para eso, el viento te da en los ojos todo el rato. Ya sabes… un ataque de rencor.

He notado que han tardado en recurrir a los perros, que a Chamlay no le gustan. No lo sé.

Hog Bellman. Le recuerdan a él, es por eso. Caramba, te quiero enseñar el dedo este. La uña está negra.

En cualquier caso, nunca se les ocurrirá mirar tan arriba. Está colgado en lo alto. No piensan en nada en el mundo que no sea el río o los campos o el lecho del bosque.

Ah, aquí está, ¿tú sí que lo pensarías?, detrás de esa pila de libros.

Preferiría estarme callado.

Déjame que atice esto un poquitín.

¿Has leído todos estos libros?

Hum.

Aunque, pasado un tiempo, ese cinturón se pudrirá, o la rama de la que cuelga se romperá.

Lo mismo pienso yo.

Me sorprende que encontrara tan lejos una rama tan alta que lo soportara, lo bastante como para estar por encima de otro árbol, un almez pequeño, cubierto con las escobas de las brujas esas. Henry debió desear de veras morir allá. A mí no me cuesta trepar y esa rama casi acaba conmigo.

Está humeando un poco. Una pena no tener sarmientos. No debí poner tanta. Quizás se tiró un pedo y salió volando.

Furber sintió pena por él. Las enérgicas yemas de los dedos de Omensetter le habían dejado marcas rojas en la cara. Las comisuras de los labios se le crisparon; parpadeó; se examinó la manga del abrigo. Furber había torcido la cabeza a un lado y a otro. Luego regresó al fuego. Lo mejor habría sido haberle golpeado con el atizador.

Cuando al principio vi a Henry pensé que se trataba de un búho real.

Maldito carbón de Pensilvania.

Furber estaba acuclillado frente al hogar. Omensetter se agachó y le tocó el hombro.

Cualquier día, si lo dejó allá, o esa rama o ese cinturón se romperá y caerá por entre el almez, rama a rama, y al llegar abajo no quedarán de él más que huesos. ¿Quién sabrá entonces, con seguridad, que se colgó allá arriba, lejos de los quehaceres de cualquiera?

Frente a Furber: un paisaje de carbón y ceniza y humo leve. No *toques* al pastor. Necesitaba sonarse la nariz. Menudo despropósito era aquello.

Y has elegido contármelo a mí.

Sí, dijo Omensetter, sé que tengo tu confianza.

La imbecilidad de aquel comentario era tan inmensa que a Furber le resultó imposible responder. Sacudió la cabeza y se levantó. Los carbones nuevos no prendían. Sostuvo el atizador. Tal vez debería.

Dime, ¿qué opinas tú? ¿Por qué Henry se volvió tan extraño?

Se ahorcó del modo que mejor le cuadraba.

Oh, para ya.

No podía acudir sin arriesgarme a nadie más que a ti.

Pero qué cosas me dices, a un hombre de Dios.

Omensetter lo miró de una forma extraña.

Dónde has estado, dijo Furber, fuera ahora de sus casillas. Estás en la farsa equivocada.

Tienes que creerme. Sabes el apuro en el que estoy. No podía acudir sin arriesgarme a nadie más que a ti. Encontrar a Henry donde lo encontré fue una suerte enorme, pero Knox, ya sabes, y Hatstat, y Chamlay…

Desde luego que sí, Knox, los Hatstat y Chamlay, dijo Furber con furia, tienes razón; y Hawkins, Orcutt, Stitt y Fyle, no por celos, si es en lo que estás pensando, incluso Tott, Lemon Hank, mi Flack y Edna Hoxie, todas las esposas y Splendid Turner, Cate y Bencher, Alfred Candle, el tonto de Jess Ivry, oh, y Mossteller, Blenker el holandés, Amsterdam, la mujer esa, Scanlon, también Mat Watson…

Mat no.

¿Mat no? Oh, eres… eres un tonto.

Por favor.

¿Por favor? ¿Me lo pides por favor?

Furber soltó aire con un silbido y sin pestañear contempló un instante a Omensetter antes de hablar de nuevo. Luego habló muy despacio y con sumo cuidado.

Pero *en especial* Mat, dijo. Él *en especial* pensará que estrangulaste a Pimber y que lo aupaste allá arriba. Te lo aseguro. Oh, sí, también Lucy Pimber, eso sin problemas, todo el mundo, tu propia esposa, quizás…

No, Mat, no.

Desde luego, Mat.

Con amargura Furber rio entre dientes y con la mano derecha se palmeó en seco la mejilla.

¿Por qué no Mat? Mat el primero. ¿Dónde… has… estado? Un amigo, ¿eh? Chorradas. Un amigo. Todos amigos. También Hatstat. Chamlay. He ahí un amigo. Todas las damas. Todas las amables mujeres. El generoso Knox. Tott, que le encantan las historias. El queridísimo doctor. Stitt y Hawkins. Todo el mundo. La adorable Lucy. ¿Te has acostado con ella? Está ansiosa. Y Jethro Furber, esa maldición de corazón tierno. Todo el mundo.

Dejó caer estrepitosamente el atizador y mostró con elocuencia ambos puños apretados.

Largo de aquí. Largo de aquí, idiota. ¿Qué me estás obligando a decir?

Al girarse el camisón se le arremolinó en torno a las rodillas y se puso a caminar de un lado a otro entre la mesa y la pared.

Acudir sin arriesgarse, dice. Qué tonto. ¿Acudir a mí sin arriesgarte? Qué idiota. ¿Yo no soy un riesgo? Dónde… ¿dónde has estado? Dios mío. Dios mío. Un amigo. Me he pasado la vida propagando mentiras sobre ti. Un amigo, ¿eh?, un amigo, un amigo…

Está bien. Está bien.

Tú… tú no sabes nada de la vida en la que vives. Dios bendito, menudo bobo, cómo podría verbalizar, cómo… cómo has podido ser tan… tan estúpido, tan imbécil, vivir tanto tiempo, sabes tan poco… ¿cómo? En fin, ahora es tarde para averiguarlo.

Con los brazos sueltos, Furber se apoyó de espaldas contra el ángulo que formaban ambas paredes y se quedó mirando al techo. Por último dejó caer la mirada.

Escucha: si un pájaro se frotara el pico contra una rama, lo oirías, seguro, y si una porción de agua se moviera de un modo desacostumbrado, lo sentirías, así es, y si un zorro robara una gallina, lo verías, lo verías, en mitad de la noche incluso; pero, que el cielo te asista, si un amigo, un amigo, Dios, te rajara la garganta con su… su amor, oh, sangrarías una semana antes de que te percataras.

Furber trotó sin apenas fuerzas por la habitación. Había logrado un efecto espléndido. Le asqueó. Se hundió en la cama y arrojó la cabeza entre las manos, pero incluso aquello pareció teatral. No conocía a ese hombre. En absoluto. No lo había visto nunca. Y lo único que quería era golpearlo… golpearlo. Cuando Furber alzó la vista, él seguía allí, a la espera.

¿Has visto muchos ahorcamientos, Omensetter?

…

¿Les cuelga la lengua?

…

¿Se ponen azules como dicen todos, y se sacuden sin parar?

…

Cuánto forcejean antes de que se abra la trampilla, ¿o se ponen a rezar o a maldecir a la muchedumbre?

…

O quizás los traen drogados con la cabeza dentro de un saco. ¿Qué opinas tú?

…

O los ahorcamientos a los que has asistido fueron de noche, de negros tal vez, los tiran de la grupa de un caballo o los empujan todos a una y dejan que se asfixien.

…

No vas a contestar. ¿Por qué no?

Furber se golpeó las rodillas.

Lo de Mat no es verdad, dijo Omensetter. ¿No me crees? Henry se ahorcó con el abrigo puesto.

No, dijo Furber. No. Por supuesto que no te creo. Es obvio. Dios. Creerte. No. Lo asfixiaste con tus enormes manos con la misma facilidad con que podrías levantarme a mí y luego lo llevaste hasta la copa. Nadie más podría haberlo hecho.

Omensetter rio.

Oh, dijo cuando hubo recuperado el aliento, las manos… ya veo… mis enormes manos… sí.

Y de nuevo se echó a reír.

Claro que sí, je je je. Jo jo jo. Y de ahí que esté muerto en cualquier árbol y con pinta de búho. Bueno, es estupendo. Se mueve con el viento y le da el sol. Espléndido. Quedó como un tonto y un necio soberbio y ahora está en el infierno. En una sima siseante, meándose en los teólogos.

Lo único que importa es que confíes en mí.

Vaya un alma dejada de la mano de Dios, la mía. Ba… Brackett, vaya una mierda que soy.

¿Irás a ver a Chamlay?

No puedo. No puedo hacer eso.

Cuéntale lo que te he contado, es todo.

Sencillamente no puedo.

Di que le mostraré dónde está colgado Henry y que ayudaré a bajarlo.

No lo entiendes. Es imposible.

Explícale cómo estoy, mi preocupación. Convéncele de que digo la verdad. Deja clara la altura a la que cuelga Henry… todo eso, y lo seguro que estás de que se suicidó.

Lo seguro que estoy, dijo Furber falto de fuerzas.

Por mí.

Por ti.

Sí.

¿Estás ofreciéndome algún tipo de acuerdo?

Has dicho que era asunto tuyo.

Hay asuntos que incluyen acuerdos.

Cuéntaselo sin más.

Y acuerdos que incluyen asuntos de provecho.

Los dos estamos cansados. Lamento… ya sabes… haberte molestado, tan enfermo como estás, ya sabes… pero como puedes ver tenía que… ya ves cómo es esto. Te has apresurado a interrogarme cuando te he dicho que lo había encontrado.

Furber dejó que la cabeza le oscilara sobre el cuello.

Nosotros, Lucy y yo, las niñas… no estamos acostumbrados a vivir tan cerca de la gente. Supongo que es eso. Lucy pensó que las niñas debían, bueno, conocer a… ya sabes, aunque a Angela y a Eleanor eso parece traerles sin cuidado, bueno… quizás con el tiempo aprendes a…

Furber abrazó un almohadón en su regazo.

Pensé además que este tiempo le sentaría bien al chico, ya sabes, y lo emocionante del río… supuse mal.

De manera que habrá un pacto entre nosotros.

Nos marcharemos… cuando a Henry lo bajen y lo entierren. Eso sería lo correcto. ¿Hay gente viviendo a lo largo del río? ¿Si fuésemos hacia el sur encontraríamos algún claro en el bosque?

Yo los convenzo, luego tú te marchas, ¿es eso? ¿Dónde estarás?, ¿aquí?

Oh, no. Amos está constipado… o algo. Deja que vengan

ellos, queda de camino. Tendrá que ser mañana, por la mañana sería lo más sensato, temprano. Es hora de cenar ahora, y está oscuro.

Hora de cenar.

Mañana hay tiempo de sobra.

Tiempo de sobra. ¿Está oscuro, dices?

Te lo agradeceré, sin duda.

Es asunto del pastor… interceder.

Bueno…

Mi tía Janet se suicidó de un modo distinto.

Caray. Lo siento.

Furber puso el almohadón a su lado. Caray. La vieja tía Janet. Que se arrojó desde una repisa hecha de mimbre. ¿Qué puntos había pensado en considerar ella, los pros y los contras de la muerte y la vida? Se volvió hacia dentro y enseguida reconoció el tránsito del vientre, la travesía de las entrañas, la navegación del muslo. Muy bien, amigos, hemos llegado, aquí dentro, a la catedral del tórax, una caverna natural. Aquí no hay árboles raros, ni vino perfumado, ni coros de chicos, sino Bael con cabeza de hombre y cuerpo de araña, con un gato y un sapo brotándole del cuello, al mando de cuarenta y seis legiones de demonios; Behemoth, el estómago lleno como lo había tenido la mujer de Omensetter con su piel como satén reluciente, pero por lo demás un elefante devorando hierba como un buey, toda su fuerza en sus entrañas y la virtud encajada en el ombligo, al mando de tres veces siete legiones de furias; Astaroth, el ángel horrendo, de un modo vulgar a horcajadas sobre un dragón, liderando cuarenta legiones; Forcas sobre un mulo; Marchosias vomitando; Buer como una rueda de pezuñas giratorias; Asmodeo; Theutus; íncubo, demonio tras demonio dibujados con deleite por Miguel Ángel, que hizo el dedo de Dios como una lujuriosa locomotora para el Vaticano. Lo que de verdad necesitaba era

un año en el extranjero para estudiar pintura.

¿Conoces bien las palabras de Isaías?

Furber se levantó mientras hablaba.

Omensetter sacudió la cabeza.

Usé un texto suyo en el primer sermón que di en esta iglesia.

Omensetter sonrió educadamente.

Hacía calor entonces.

…

Furber se arregló el camisón.

Y apenas llovió. Tuvimos un incendio terrible. Arboles en llamas cayendo al río.

…

Furber suspiró.

Una catástrofe.

…

¿Qué motivos tuvo Henry; tienes alguna idea?

Omensetter se encogió de hombros.

Era feliz la última vez que lo vi, dijo Omensetter. Habíamos estado en la colina y él descansaba en un leño. No lo sé. Fue un día agradable.

Furber sonrió.

¿Se lo contarás a Chamlay?

«Guárdese cada uno de su compañero, y que en ningún hermano tenga confianza». Es de Jeremías.

Vaya.

Tendrás frío con solo una chaqueta.

¿Puedes convencerlo? ¿No tendrás problema?

Sombras apiñándose hacia los ojos de Furber. «Pues la muerte ha subido por nuestras ventanas…».

Oh, dijo, ¿Chamlay?, y con ligereza agitó la mano. Eso será fácil, no temas; para mí será fácil.

8

Ocho vinieron a caballo con una carreta, apresurándose contra un sol tardío debilitado ya por sus nubes. Vino Chamlay, y Olus Knox, Jethro Furber, Israbestis Tott, Hawkins con los Hatstat, George y Menger, luego Stitt por otros medios, todos por delante de la carreta de Milo Bencher. Era una carreta fuerte, aunque pequeña; una que se podía empujar por los prados y que cabía entre los árboles. Los hombres pudieron ver que Omensetter miraba por la ventana cuando llegaron, limpiando el cristal con la mano. Al entrar en el jardín Omensetter salió a toda prisa de la casa gritando: el niño está enfermo; yendo de hombre en hombre mientras lo hacía, trotando con inquietud. Tenía la cara pálida, la barba crecida; en sus labios había burbujas que reventaban al hablar.

Falta poco para que oscurezca, maldita sea. Hay que moverse.

El niño está enfermo, el bebé está enfermo.

Gris y frenético, Omensetter iba de hombre en hombre mientras el perro corría veloz en torno a él.

¿Lo que le contaste a Furber era verdad?

Los caballos estaban nerviosos. El perro se zambullía entre las piernas de Omensetter y los caballos se revolvían, destruyendo con sus cascos parches de nieve.

Es todo verdad, sí. Pero pensé que vendríais esta mañana.

Decepcionado, Omensetter se volvió hacia Furber.

¿No les…?

Eh, ¿es verdad? ¿Lo que dijo?

Sí, sí, gritó Omensetter, sí, es verdad.

Entonces no tenemos tiempo; no es tarea para hacer a oscuras.

Va a caer una buena, dijo Knox, mirando al cielo.

Omensetter enredó los dedos en la crin del caballo de Chamlay.

¿Lo que le contaste a Furber era verdad?

Más vale que lo fuese, dijo Hawkins. He cerrado la tienda.

Van a caer chuzos. Vámonos.

¿Dónde está Mat?

¿Quién?

¿Mat? No ha venido.

Cristo, Brackett, vamos, ¿tienes algo en que montar?

Tiene el caballo ese.

Tiene un caballo, sin duda.

Aguantará este carro de borricos, preguntó Menger.

Vamos, ¿podemos entrar con estos caballos o tendremos que ir a pie?

Le ha contado a Furber un montón de polladas, estoy seguro, un montón de mierda.

Más le vale que no.

Cristo, vamos, va a empezar a hacer frío.

El bebé está enfermo.

Omensetter se sorbió la nariz.

Bueno, tendríais que encontrarlo sin problema si os digo

cómo, pero no podéis llevar los caballos, ni tampoco la carreta, no todo el trayecto.

Los caballos se estrecharon en torno a él hasta que el perro ladró desde el hueco entre las piernas de Omensetter. Entonces los caballos respingaron pero los hombres los espolearon y se acercaron de nuevo, reclinándose con pesadez desde sus monturas.

No tenemos tiempo, dijo Chamlay. Nos están saliendo canas de esperar.

Va a nevar, mirad eso, estamos apañados. Nos va a coger pero bien.

Bueno, sabéis, ese tronco largo y blanco que hay junto al arroyo, dijo Omensetter. Muy bien, seguid recto…

Chamlay lo interrumpió con un incoherente grito de rabia y al instante los demás también gritaban, echándose sobre él chillando hasta que Lucy salió corriendo de la casa, las niñas sollozando detrás, así que el perro se abalanzó enloquecido sobre Hawkins y Hawkins lo derribó de un golpe.

Está vomitando otra vez, Brackett, horrible, algo horrible, no puede respirar.

Omensetter se zafó del círculo y con pesadez entró corriendo a la casa.

Aprisa, en ceñidos patrones al azar, los caballos se movían. Los hombres se frotaron las narices con la sisa de las mangas y observaron los hocicos babeantes. El perro se encogió, las orejas planas, las amenazas retemblando en su garganta. Los caballos retrocedían y se revolvían y se encabritaban y Stitt maldijo cuando se rasguñó la pierna con la carreta de Milo Bencher.

Knox desmontó.

No hay por qué inquietarse, estoy seguro, dijo. Eso lo he visto a menudo; la cosa más nimia les causa rechazo.

Los caballos de los Hatstat le cerraban el paso a Lucy y en vano ella trató de rodearlos.

Yo también he tenido más bebés, dijo ella, dando empujones a los caballos. Y he tenido bebés enfermos, pero nunca… ¡Por favor!

George guiñó a su hermano.

Echaré un vistazo si no le importa, dijo Knox, pasándole las riendas a Tott.

Dile que tiene cinco minutos, Olus, dijo Luther Hawkins. Solo cinco.

Knox siguió a la carrera a Lucy Omensetter escalones arriba, Knox hacía con la cabeza gestos amables de asentimiento a las niñas, que detrás de sus lágrimas parecían absortas en los jinetes.

Knox salió un momento después —los hombres estaban de pie junto a sus caballos— para preguntar a Chamlay dónde estaba Orcutt.

Esta mañana estaba en casa de Amsterdam, dijo Tott. Em está mal.

¿Tan lejos?

Maldito sea este maldito perro, dijo Hawkins.

¿El chaval está enfermo de verdad?

Stitt dijo que no era más que evasivas, y Chamlay entró, Knox tras él.

Hoy ya no vamos a bajar al bueno de Henry, dijo Stitt apenado. Tendré que devolverle la carreta a Bencher vacía.

Dónde está Bencher, por cierto, ¿en la cama con su oveja?

Muy callado ha estado el reverendo, sin embargo. ¿Se te han congelado los dientes?

Me da igual, por dios, era muy raro, lo que el tipo este Omensetter te contó, Furber, dijo George. No me importa decir

que me provoca diarrea.

Menger echó el aliento hacia su hermano, y todos miraron la corriente de hálito avanzar entre ellos —borbotear, ensancharse, desaparecer.

Mierda.

George se frotó otra vez la nariz con la manga.

Cabrón rebuznador.

Henry no está en ningún árbol, dijo Menger, como tampoco lo está George, ¿eh, George?, ni tampoco yo.

Stitt dijo que eran unos tontos por estar allí, y Furber estornudó, después Tott dijo: salud.

Has oído historia igual, dijo Stitt.

Tengo entendido que cierta vez, dijo Tott, Milo Bencher…

Se quedó atascado en la abuela Amsterdam.

Oh, cállate, quieres.

Me da igual, jamás oí una historia igual.

¿Has oído un zurullo igual?

Hawkins ató a su caballo.

Esa me la sé, dice así…

Dice plop.

Yo lo que digo es que colguemos a ese cabrón hijo de puta de las pelotas, dijo Hawkins.

Cortaos… las niñas.

Por ahora las niñas estaban calladas, las manos aferradas a la baranda del porche, los ojos en los caballos.

Niñas, tenéis nombres, preguntó Menger, y ellas corrieron adentro.

Agnes y Emerald.

¿En serio?

Finalmente los hombres rieron un poco y caminaron de acá para allá en el jardín aplastando trozos de nieve. Uno de los caballos se alivió con ganas. Nubes de humedad se arremolinaron sobre el estiércol.

De las pelotas, dijo Hawkins. A cuarenta pies de altura. Con un trozo de alambre de espinos de una valla oxidada.

Entonces Omensetter y Chamlay aparecieron con Knox detrás de ellos y Omensetter estaba diciendo sí sí con voz ronca a medida que bajaban los escalones —necesita un médico— mientras el perro corría hasta sus botas. Curtís estaba serio y Olus enfadado.

Alguien tendría que ir a por Orcutt, dijo Chamlay.

Os dije que estaba enfermo, dijo Omensetter desanimado.

Orcutt estaba en casa de los Amsterdam esta mañana, dijo Tott. No hay forma de saber dónde está ahora.

Lo trajeron al mundo más pequeño que a sus hermanas… pero vaya si berreaba. Aunque ahora está tranquilo… tan… encapotado.

Tendrías que haber mandado a llamar a Orcutt hace mucho, dijo Olus con ferocidad.

Puede ser, masculló Omensetter, sujetándose la mandíbula por los lados, antes tuve que ir a ver a Furber, ya sabéis.

¿Por qué?

En cualquier caso has tenido todo el día, maldita sea.

Si Henry está colgado donde dices que está, dijo Knox, ¿entonces qué prisa hay? Por dios, hombre, tu hijo está enfermo, enfermo de verdad. ¿Qué supone a su lado un cuerpo sin vida? Si fuese el mío…

Demonios, si Henry está donde dices…

¿Tanto bien hacen? ¿Los médicos? Siempre me he

preguntado si no sería mejor dejar que las cosas siguieran su curso natural.

La voluntad de Dios, murmuró Furber.

Esa ha sido mi sensación.

Omensetter sonrió débilmente y se abrió de brazos.

Menudo montón de mierda, dijo George Hatstat.

Ya has dejado que las cosas vayan demasiado lejos.

Knox hizo con sus gafas un ademán de enfado.

Tendrías que haber ido a buscar a Orcutt lo primero, dijo. No lo hiciste, no pudiste, tú y tus estúpidas ideas.

Cargarás con ese niño en tu conciencia, Omensetter, dijo Chamlay.

¿Conciencia?, ¿conciencia?

Knox se puso las gafas con cuidado y miró detenidamente a Omensetter.

¿Lo que hemos visto demuestra que tiene conciencia?

Eh, muchachos, dijo Stitt, ¿habéis venido hasta aquí solo para bajaros los pantalones, o nos ponemos a ello?

Omensetter daba vueltas al jardín entre los caballos y dejaba atrás a los hombres, mirándolos sin hablar según los pasaba igual que una bestia, y al suelo pisoteado entre ellos con una aflicción tal que al levantar su cara hacia las demás caras tuvo que retorcerla entera para darle forma por la pasividad animal que presentaba. Los ojos oscurecidos parecían estar tan profundamente hundidos que su visión debía darse a través de una sombra constante, y sus mejillas antes tan llenas tenían ahora el aspecto del papel arrugado. Su respiración era audible y lenta, pesados sus movimientos, alejados de toda mente.

Todavía me acuerdo de cuando llegué, Curtís, dijo al fin Omensetter en voz baja. Las nubes… el río… Gilean junto a él, el aire tan puro… Todas las casas a la vista eran dignas y

todos los graneros estaban levantados en bancales con arreglo al tiempo… Los árboles estaban sin hojas, recuerdo, y según bajábamos por la colina veíamos relucir las rodadas de las carretas. Uno podía ver cómo iba a ser su vida. Ya sabes… como la gitana que te lee en la mano la buenaventura. Bueno, me tomé aquellas rodadas como una promesa que se me hacía… Y de camino todos nos pusimos a cantar. *Rose Alymer*. Una vez oí cantarla de un modo tan extraño que jamás la olvidé. Tiene palabras elevadas que superan mi entendimiento pero me gusta su sonido. Y contamos las especies de pájaros… Supongo que piensas: bueno, ¿qué más da eso? No lo sé… Recuerdo que había anillos en los charcos de agua junto al camino, y pensé en lo excitante que sería para el chico vivir junto al río, coger peces y criar ranas, ya sabes; crecer con buen entusiasmo. Ahora ha caído enfermo, Curtís, en esta tierra baja, y no hay nieve digna que la cubra ni frío que la mantenga bien firme, y la colina por la que bajamos tiene todavía un amarillo resbaladizo. El chico se va a morir, Curtís. Lo presiento, tengo miedo de que se vaya a morir. Esta terriblemente enfermo, lo sé. Lo has visto, tú y Olus sabéis que se va a morir. Caray, si apenas ha estado vivo… El chico, el chico, además, para mí era una promesa. Considero que para mí era una promesa. Si muere, bueno, todos vosotros lo erais… también: promesas. ¿Curtís? ¿Olus? ¿George? ¿Recordáis? ¿No se me hizo una promesa? Se va a morir pronto, mi hijo se… pronto estará muerto por culpa de esta tierra baja y su tiempo indigno. Grabaré eso en su lápida. Si alguna vez tiene una. No creo que encuentre el valor para enterrarlo bajo este barro. Quizás lo entierre en la montaña, donde los pájaros puedan picotearle el cuerpo. Cualquiera que viva tan poco y tan abajo como él tendría que pasarse la muerte en las alturas, como está haciendo Henry.

Chamlay montó en su caballo.

En vida solo conoció a su madre.

Knox montó.

Considero que hubo una promesa, Gilean lo fue.

Menger montó. George montó.

Está bien, no importa.

Stitt montó. Tott montó. Hawkins montó.

Espero que nadie mande buscar ahora al doctor Orcutt. No hará falta. He cambiado de parecer.

Está peor, Brackett, gritó Lucy desde el porche. ¿Ninguno de vosotros va a ir a buscar al doctor Orcutt, por favor? ¿Brackett? Por favor. Su lengua… no respira, alguien, por favor, hay sangre, creo que es sangre.

No, dijo Omensetter, no, y débilmente su esposa le hizo de eco, atónita, ¿no?, ¿nuestro hijo?, ¿Brackett? Mi hijo, dijo Omensetter, sin fuerzas.

Se recompuso con esfuerzo.

Hubo una promesa y era mentira.

Su esposa cayó sin fuerzas contra la baranda.

Qué es esto, susurró ella.

Iré yo, señora, dijo Israbestis; me hago una idea de donde está el doctor si esta mañana vio a Emma Amsterdam.

No, chilló Omensetter, corriendo hacia Tott y agarrándolo del brazo. Bessie, ya lo conoces, ya sabes cómo le resbalan los dientes sobre la barba, dijo Omensetter, arrimándose; no, no lo quiero aquí.

Lucy gimió.

Madre, llamó una de las hijas, y los gritos de las niñas la llevaron dentro.

Omensetter seguía agarrando a Israbestis.

Bessie, dijo, no vayas, no vayas, odio sus ojos, bizquean. Ya conoces sus ojos. Los tiene cosidos.

Tott se zafó retorciéndose.

Te has fijado, rugió Omensetter, irguiéndose, reluciendo de rabia, agitando los brazos, su pelo largo sacudiéndose por encima de la cabeza. Id a buscar a. vuestro amigo allá donde se ha ahorcado. Curtís ya conoce el camino, y os puede guiar. Y llevad vuestra carreta hasta el tronco blanco junto al arroyo. Así no tendréis que arrastrar sus huesos tan lejos.

9

El fuego y la lámpara creaban pares de sombras cruzadas, una inalterable y firme, otra saltarina y difusa. Su sombra salpicaba la pared y desaparecía, retrocediendo bajo su silla como por arte de magia mientras ella se mecía, después salía disparada para con igual rapidez trepar de nuevo la pared. Él se descubrió fijándose en la altura. Increíblemente veloz, se doblaba hacia arriba desde el suelo, pasando el cuadro, la larga cabeza que alcanzaba una mancha en el papel y cubría un puñado de hojas a la vez que el prolongado pináculo que la seguía de cerca daba contra una rosa. Cada vez era igual. La sombra de Omensetter menguaba por debajo de él y a Furber le daba la sensación de algo que se vertía sin descanso por un agujero en el suelo. Las niñas estaban sentadas sin hablar en sillas con peldaños, sus figuras rígidas y extrañamente retorcidas pegadas a la pared como siluetas de papel mal recortadas. Otro rincón estaba oscurecido por la cuna en la que el bebé, ahora en aciago silencio, yacía agonizante con la garganta obstruida, un ocasional jirón de aliento cruzaba el cuarto como una pequeña corriente de aire o un breve crujido de la casa. Haré un conejo con los dedos. Haré un tigre. Haré un pájaro. Su fino contorno rezumaba a través de grietas generosas y colgaba junto con hormigas de invernada y discretas arañas entre los tablones. Haré un ganso. Haré un oso.

Había hombres estúpidos en el bosque, muerte en los árboles. ¿Qué más daba un cuerpo? Era un lugar tan bajo y húmedo, apenas servía para meter un espíritu dentro. ¿Qué pensaban que estaban rescatando?

En el seminario los habían llamado La Gran Hipótesis. El Uno y El Otro. El Espíritu y su Enemigo. Sí y No. A y B. Verdad contra El Adversario, Padre de las Mentiras. Siempre ganaba A, mientras B…

Si enumerara todos los contenidos de mi alma, pensó él; si hiciese una lista exhaustiva con todos ellos; si nada pasara por alto; si contara dos veces; si lo anotara todo cuidadosamente con un lápiz de punta húmeda de saliva como ese eficaz empleado de Luther; ¿hallaría un objeto que pudiese decir que me perteneciera, que me constituyera, que diera forma a mi núcleo y a mi corazón? Así argüía siempre El Otro.

Si colocaras una lámpara frente a una pared y pusieras la mano en la luz que fluye entre ambas, formarías una sombra.

Contrae los dedos del modo apropiado, la sombra es un pato, mientras que con el pulgar en alto, es un caballo. Después, tras dominar ambos, puedes intentar formar con las dos manos un halcón que vuela lento. Fin de la lección. ¿Quién era el profesor?

La muerte no era sino otra disposición. Pues supon, y presta escrupulosa atención, que la vida no es más que una sombra que los cuerpos arrojan cuando impactan contra ellos todos esos trocitos y partículas extrañamente variados, esos pedazos, flujos de… ¿qué?, de ciencia. En tal caso la muerte no sería sino otra disposición.

Dijo él: al fuego le hace falta leña; tenemos que mantener la habitación caliente.

¿Por qué era triste, La Gran Alternativa? Después no había infierno, sino dicha. ¿Qué podría traer más dicha que descansar en una espiral de silencio, no ser? Toda su vida tuvo el propósito de predicar, de predicar… ¿Dónde quedaban

ahora su prédica y su predicamento? ¿Estaría el cuerpo de Henry, colgando de aquel árbol, soñando? ¿Estaría arrojando otra clase de sombra, la sombra de un trasgo, una que fuese de temer?

Pero ningún sueño podría herir con la astucia de los dolorosos filos de la percepción.

… mientras B persistía como una sospecha monstruosa. Sí y No. Ay…

¿Creían que estaba rezando, tan sagrada su cabeza, tan discretas sus manos en los pliegues de sus ropajes sacerdotales? Quizás sus labios se estuviesen moviendo. El fuego se hundió bajo el leño añadido. Si al menos hubiese en la habitación algo aparte de aquello, cualquier cosa, un habla, pero no esta punzada de silencio.

Podéis aliviaros las magulladuras de vuestros cuerpos; podéis libraros de la enfermedad que los haya infectado. Soplarle con delicadeza a este bebé, para que un día lleve quizás en sus pulmones la fragancia de Tu corazón.

Gilipolleces.

A y… ve que perfectamente podría ser. ¿Qué clase de sombra arrojaría el estrangulamiento? ¿Qué suerte corre el espíritu del hombre estrangulado? Una vez se creyó que el alma salía por la boca y la nariz y regresaba en el aire inhalado, pero supon, cortada la respiración, un cinturón obstruyendo implacable el gaznate, que mientras el alma lucha por escapar, el abultado cuerpo muriera. Imagina, pues, este embrollado asuntillo enterrado a toda prisa con el alma encerrada dentro como un animal. ¿Cómo sonarían para una oreja muerta los discursos funerarios; qué sentido entrañarían para una calavera? Allá abajo el cuerpo se hincha, se carga de agua y luego, plof, sale el espíritu. Pero, para entonces, ¿qué es? ¿Qué es la sombra en un cuerpo hinchado?, ¿un coro de gritos? Recluido en la tierra, muere cada minuto, cada minuto es reemplazado por el reflejo de una nueva disposición. Así

que está con nosotros. Así que está conmigo. Así que. Así que. Es algo así. Enterrado en este aire, me pudro. Instante tras instante, no soy el mismo. Y lo único que deseo es escapar, salir de aquí. Advierte entonces —obsérvalo con detenimiento — lo que ocurre cuando el cuerpo se hiende. Las larvas de las moscas de un blanco nevado bullen. El alma, el inmortal principio de la vida, en su condición última, ha acabado en esta… esta transmigración.

Luego *están* rescatando algo: a Henry Pimber de algún modo predispuesto —quién sabe si para mejor o para peor—. Bajadlo y enterradlo sin demora. Id sobre seguro. Nunca se sabe.

Arriba y abajo, sí y no, A y B. Ella se mecía. De pronto le sorprendió… un añadido. Fue como si hubiese saltado sobre él desde la oscuridad. Helado. Crujió la mecedora. Sus patas rozaban en sus junturas. Todo este tiempo su movimiento había emitido un sonido —siempre el mismo—. Sin embargo nunca lo había oído. ¿Dónde estuvo cuando miraba él palpitar la sombra, la cabeza de ella hacia las hojas y el pináculo hacia la rosa, el nodulo en su oscurecer? El chirrido ahora le crispaba los nervios. Se hacía difícil ver.

Por el chico… ¿hemos de rezar? ¿Cómo?

Él se levantó despacio, sudor frío reuniéndose en su pecho y por debajo de los brazos, y se puso a deambular. Pronto sentiría hormigueos. Ella no era más que un oído, ni la mitad de viva, reducida a una sola expectación. Cuán vivo estaba él, ¿el grande y rotundo O? Furber se arriesgó a nombrarlo, surcó la corriente del chirrido. O-men-set-ter. Ahora su nombre había entrado en su oído. En cuyos porches vertí el veneno. Ha penetrado hasta su cerebro. ¿Pero? Nada. En blanco. Muerto entonces, para eso. Muerto desde hacía mucho. Aun así vivo en cierto modo, movible. A renqueantes traspiés. Inestable caminar. Andares de oso. Y en el bosque el aliento de los hombres mientras trepan a los árboles, flotará de sus narices igual que siempre. Desapercibido. El espíritu. El Espíritu

Santo.

¿Dos caídas de tres? Dios ganó la primera pero el Demonio se anota la siguiente. No ha habido todavía una tercera, que se sepa.

Tuvo ganas de bailar, de girar mientras soltaba patadas al aire, gritando canguro. Giraría y giraría y poco a poco ascendería hacia el techo, girando. Una pena que nunca cursara estudios de *ballet*.

Se *estaba* moviendo —majestuoso— como un velero. Vio que las molduras y el papel se deslizaban. Luego puntos por delante. Otro ejemplo de ello. Así que la vida y la muerte eran oscilaciones de grado y no más opuestas que nieve y nevisca o tarta y tortura. Fíjate en eso. Veinticuatro Flacks negros. Todo vivo. ¿Quién fue el primer tipo que lo dijo? Era, meramente, cuestión de despertar. Despertar. Ja! ¡El guardián! Ja! ¡El torreón! Seguro entonces que la casa, y esto, el estómago de la casa, y eso, el titilar de sus sentimientos. Alarma interior. Apaga el reloj. Seguro pues que eran sombras arrojadas adentro. Por. Luego la amarga mecedora. Amargamente viva para arañar sensaciones por medio de sus patas y hablar. ¡Despertar interior! Han robado el tesoro del templo. Y entonces muerto —y entonces vivo—. Tic-teec. Tic-teeec. Tic-teeeec. Tic-teeeeec. Todas partes sobre él. Las plantas de sus pies, tras los párpados, bajo las raíces de sus dientes. Furber se hundió en el pasillo, con una picazón intolerable, e igual que una araña peluda, cada espasmo suponía víctima.

Matthew, te mentí. ¿Y no se cree de mí que soy de los que se esfuerzan en decir la verdad en todo? Él no dijo: predicador, soy del sendero tenebroso. No usó esas estúpidas palabras. Mis giros lingüísticos por mis demenciales formas religiosas lo acongojaron sin más. ¡Oh, qué magro adversario al fin y al cabo! Podría haber predicado en Cleveland, Matthew, en grandes catedrales de Cleveland, con vestimentas tan pesadas que me agotarían los brazos. Pero tuve miedo y me vanaglorié de mi rectitud, Matthew, miedo por mi alma, y vine a Gilean

para huir de la tentación, para dejar atrás a Satán, como dicen los domingos. La más terrible teología. Como Henry está en eso. Con mi adversario, el Jefe Rojo, todo el tiempo dentro de mí, posado en mi hígado, de pies cruzados, reuniéndose con el resto, soltando su perorata. ¿Qué dijo el salmista? «Él se sienta al acecho al lado del rico para en secreto matar al inocente, sus ojos encubiertos están fijos en el pobre. Yace secretamente a la espera como un león en su guarida; yace a la espera para atrapar al pobre». Pobre Henry. Pobre Matthew. Pobre Janet. Y así nuestro noble Jerónimo también nos advierte, cuyo vientre quiere ser Dios en el lugar de Cristo. Según recuerdo, en el caso de la tita fue la ingle. Si al menos pudiese ser como Splendid Turner, pensó él, quien tenía un alma como una esponja empapada en avaricia y fornicación, la cual Splendid se limitaba a escurrir cuando sentía contrición. En el seminario solían decir que Jesús tuvo un Pedro recto, pero yo siempre dije que maldecir por aquel apóstol blandengue era hacer un laso llamamiento[8]. Uoo-ooo-ee. Cardos púrpuras en vertiginosas hileras. Apoyó la cabeza contra la pared, el papel de la pared, y cerró los ojos. Muerto para los cardos, las tinieblas, el bosque dorado. Enrarecido, frío, el papel de la pared. Si tuviese un ojo al final de un sedal y lo largara hasta el fondo del río, mientras que con su propio par mirara al cielo, ¿qué clase de mundo compondrían sus tres ojos? Mis ojos consisten en… Granitos de argamasa, el peso de su cuerpo en sus suelas, papel viejo, papel húmedo, frías yemas de los dedos, ropa enfriándose en los ángulos de sus hombros y sus codos, vagos anillos pálidos contra sus párpados cerrados… O un ojo como una canica, que rueda hasta el rincón. Adentrarse girando a la enfermedad. No, el alma un globo. Era cuanto aire tuvieras. Un invento francés. ¿Fue Montpellier? Como el pueblo. Y luego agitación tras él. Y voces. Se volvió. Aumenta el calor. El alma se hincha y zarpa hacia el cielo. Adiós, empavesado bebé. No. Es el cadáver lo que obliga. Carne recia que con agua se refina hasta los horribles vapores. ¿Quién era el tipo aquel? Se dispara igual que un cañón. La toma de París. Un invento francés. Estaba

vivo para la luz del fuego, para las móviles hileras de cardos. Si con ambos pies pateo y giro, me elevaré hacia el techo. Tendría que haber estudiado danza, a veces me muevo con tal gracilidad… Eres un buen tipo, Furb; puedes tocar el pícnic en nuestro *banjo*.

Dios grande y todopoderoso, que nos has llevado hasta la tumba como a niños despreocupados hasta el mar, tráenos de vuelta, pues ahora tenemos miedo, pues en las encrespadas aguas hemos visto nuestra propia muerte, en la arena han imprimido los dedos de nuestros pies la huella de nuestro propio final…

Matthew, escucha, cree en el Demonio. Sé que eres un hombre que cree tan solo en Dios. La mala teología y la descuidada observación, Matthew. Puedes creerme, pues yo lo he visto. Él y yo nos tuteamos. Tiene la lengua afilada e ideas extrañas, como yo. De hecho, somos amigos. Los hombres no tienen ningún otro.

Las sombras de la lámpara eran uniformes pero el fuego parecía de encaje oscuro. Sus voces eran bajas e intensas y estaban colmadas de sorpresa; un hilo continuo de desconcierto y asombro mantenía unidas sus palabras. Lo estás dejando morir, dijo ella, y a Furber le pareció estar oyendo algo que ya había sido repetido con agónica regularidad, como el chirrido de la mecedora. A Omensetter hubo que arrancarle las quejas. Con cada palabra parecía marchitarse y decrecer. Pronto el habla quedaría más allá de sus fuerzas.

… lo estás dejando morir.

Lucy…

Eso haces.

Omensetter se tambaleó rítmicamente un instante igual que un oso.

Lo estoy dejando ser. Estoy dándole una oportunidad.

Una oportunidad de morir, dijo ella con voz apagada, fría,

amarga.

Ella también estaba exangüe, pero igual que un alambre. Había perdido la plenitud de su embarazo; tenía la piel pálida y demacrada, como sombras yacían bajo ella sus huesos; hasta sus pasmosos pechos parecían drenados, aunque al no mamar el niño, tendrían que haber estado dolorosamente hinchados.

… dejando sin más.

No hay otro modo.

Ella se levantó de la mecedora con un gesto de enfado.

Dónde está mi marido, dijo con un susurro.

Luego se deslizó de vuelta a la silla. Tic, dijo la silla.

Omensetter se acuclilló a su lado, alargando los brazos.

Ella se sacudió las manos de él como si tuviese bichos en el regazo.

Lucy…

Se han olvidado del niño como se han olvidado de mí, pensó Furber. Se volvió hacia las niñas, y le helaron el corazón.

¿Cómo voy a saber qué hacer? ¿Ir a por Orcutt? ¿Acaso le entrega la gallina sus huevos a la comadreja?

Déjalo morir, entonces.

Volaban sus dedos en su pelo.

Con un gato te tomarías más molestias, dijo ella.

Nadie puede hacer nada.

Podría haber cogido un resfriado de muerte con solo oírte.

No debe.

No debe…

Tenemos que confiar en mi suerte.

Tenemos un bebé… enfermo. ¿No basta con eso? ¿Qué

hace la gente cuando su bebé enferma? Es lo único que quiero, lo que querría cualquiera, lo que antes habrías querido tú, nada raro ni nuevo ni fingido, tan solo lo normal, lo decente, lo humano. Te miro ahora… cómo te has comportado, todo basado en algo que no comprendo, tan demencial, agazapándote en ti mismo, donde no pueda sentirte, y pienso que no puede ser cierto, tus cambios, no pueden ser ciertos.

No quiero cambiar. Intento no hacerlo.

Pensaba que sabía lo que amaba.

Quiero, intento hacer lo que he hecho siempre.

Es peor… Brackett, ¿vas a creerme?, es peor que perder a ese pobre bebé, perderte a ti. Pero no puedo cambiar al bebé por ti, ¿verdad que no?

Oh, no, no, no es ningún trueque…

No serás el mismo. ¿Es eso un trueque?

¿A qué viene eso ahora? No quiero ningún trueque.

¿Qué haré yo cuando tú también mueras?

No digas eso.

Este es el hijo que pensé que querías.

No dig…

Una vez nos amamos el uno al otro. ¿Por qué no sentimos ahora el mismo amor, ahora que lo necesitamos? ¿Por qué debemos vivir en estos pedazos desolados?

Lo conseguimos con mi suerte.

Nuestra vida hasta el momento no es nada, suerte, una gota de lluvia que golpea. ¿Y nuestra belleza? Brackett, ¿es un hierbajo, que te incordia donde crece? Hasta el momento yo podía vivir nuestra vida con holgura, respirar con facilidad, tragar con facilidad, amarte. Era como si… como si te hubieses hecho un hueco dentro de mí, podría ser feliz con eso. Pero era suerte, decías, solo suerte. ¿Y cuando venía a ti

echándote los brazos como si llevara una ofrenda floral? Y cuando decía corazón mío, mi amor… ¿te acuerdas? Ni un solo nombre estúpido. Corazón mío, decía, mi amor…

Omensetter hizo ademán de arrojarse al regazo de su mujer, pero el brazo de la mecedora se lo impidió y su cabeza resbaló por el pecho de ella, a la vez que con un brazo la rodeaba con desmaña.

Por Henry. Lo estás dejando morir a causa de Henry.

No.

Y estás matándome a mí.

Te quiero.

Estás matándolas a ellas.

Lucy…

A todos nosotros.

Te quiero.

Por Henry, ¿esto es por Henry? ¿Querías más a Henry como para matarlo más rápido?

Omensetter alargó con torpeza las manos hasta los pies.

Esos hombres… sospechan de ti, ¿cierto? Pude verlo. Nos odian. ¿Por qué?

No soy ningún a-se-si-no. Omensetter aulló, levantando los brazos como si fuesen armas por encima de la cabeza. ¡No soy ningún a-se-si-no! ¿Acaso no lo ves? ¿Tengo que desollarme la piel? ¿Verías entonces dentro de moverías entonces cómo se me para la vida cuando me hablas de ese modo?

Las niñas se removieron, se pusieron a sollozar y Omensetter se volvió, acordándose de ellas. Furber extendió los brazos, pero ellas bandearon por el pasillo, golpeando las paredes a ciegas mientras avanzaban como aves desorientadas. Furber cayó, gruñendo, de bruces.

Había concebido cada disparate, cada pecado. Ninguna

cabra conocía la glotonería como él, ningún gato había sentido su orgullo, ningún cuervo su avaricia. Había pronunciado el salmo contra la envidia, el salmo contra la ira, el salmo contra la pereza y la pérdida de esperanza, pero no suponían defensa alguna. Él había querido mujeres. Las había imaginado en todas las posturas. Había querido hombres. No existía perversión que no hubiese pensado practicar con ellos. Más aún, había querido niñas. Había querido niños. Más que nada se había querido a sí mismo. Había robado. Había blasfemado. Había engañado. Había mentido, su única habilidad. Había sido cruel y despectivo, malicioso y tozudo. Había carecido de coraje, de piedad, de lealtad, de esperanza. Sin moderación ni caridad, sin entusiasmo ni disfrute, había llevado una vida disoluta, despreocupada, egoísta. En ruindad, en tinieblas y en la sordidez de espíritu había pasado el tiempo. Sin fe había profesado una fe. Sin fe, había predicado. En efecto, había trabajado en el bando del Demonio como si el Señor en Persona se lo hubiese suplicado, y en acto de servicio demostró que el fanatismo no necesita creencias, pues en representación del Cielo había sido intolerante con templanza, puritano por placer y fervoroso por aburrimiento. No me toquéis, había gritado siempre; no me agobiéis con el amor. Incluso ahora hacía de sí mismo un monstruo, exageraba sus vicios para que su acusación careciera de convicción. ¿No eran aquellos, en efecto, los ardides de un monstruo? Tan a menudo ingenioso. Repárese en la dulzura con que la pronuncio, la zigzagueante musicalidad de mi tintineante lengua. ¿No he de admirar mi habilidad como cualquier ramera? ¿Acaso no soy lo bastante honestamente deshonesto? Así pues a todos sus espejos, justos y honestos, arrojó él sus errores. Todo aquello, por supuesto, lo sabía Dios. Dios sabía, por como él se dirigía a Él —gimoteando, arrodillado— que sus sagradas vestimentas y su pose eran un disfraz; que no creía. ¿Qué se merecía pues? ¿No era castigo suficiente que deshonrara sus sentimientos a perpetuidad? ¿Tanto había pecado que la inocencia tendría que sufrirlo por su culpa?

Parecía estar más oscuro, sin duda, que antes. Omensetter se movía por la playa escarpada a cuatro patas como un animal nocturno. Parecía estar recogiendo piedras. Los copos de nieve estaban dispersos, inmóviles, pero el viento era punzante. El tiempo empeoraría antes de que se hiciera de día. Furber había seguido a Omensetter desde la casa, olvidándose los chanclos y los guantes, pero reuniendo su abrigo, bufanda, sombrero —sus aparejos sacerdotales— y poniéndoselos mientras daba tumbos hacia el río. Carecía de propósito. Quizás supiera de alguna repugnancia genuina. Una vez más, en el lugar de los sentimientos, discursos. En un trozo de terreno despejado en la playa, Omensetter dispuso las piedras en pilas hasta formar un círculo. Varias veces regresó a por más, pasando acuclillado por delante de Furber con la cabeza gacha, el cuerpo doblado con desmaña, un hombro proyectándose. Se oyó un leve salpicón cuando se internó en la orilla del río. Las piedras pálidas yacían en sus pilas como rostros luminosos. Entonces Omensetter se puso de pie en el centro, balanceándose, tan oscuro y difuso como cualquiera de los árboles. Ese pobre tonto no sabe cómo, pensó Furber, no tiene la más mínima idea. El viento sonó como un grito, y luego se retiró. Furber lo llamó y Omensetter exclamó ansioso:

¿Furber?

¿Qué estás haciendo, en el nombre de dios?

Furber, ¿rezarás por el chico?

Y eso, preguntó Furber, refrenando un gesto inútil en la oscuridad.

¿Qué hago ahora? ¿Qué digo?

Furber corrió alrededor del círculo dando patadas a las pilas. Flubo en el agua salpicaduras de piedras y ajetreo de otras en la maleza.

Rezarás por el chico, ¿verdad, Furber? No tienes nada contra él, un chiquillo, un bebé, ¿rezarás por él?

¿Sabes qué cree tu esposa? Piensa, como cualquier hombre

decente, que has ido a buscar a Orcutt.

No. Ella sabe que no puedo hacer eso.

¿A este pobre sinsentido lo llamas encomendarte a tu suerte? ¿Es pedirme que rece, es eso encomendarte a tu suerte o tan solo más locura? Ninguno sirve para nada. Tienes que ir a por Orcutt, el bebé está a punto de morir por culpa de tu confusión. No has querido escuchar a tu esposa, ¿qué posibilidades tengo yo? Bueno, yo no te quiero, eso tendría que ayudar. Creo que eres un monstruo y que estás dándome la razón… Que he tenido razón en todo desde el principio… si al menos me hubiese creído a mí mismo.

Hubo más gritos, tonos airados.

Escucha, Omensetter, esto será insoportable. No, espera, espérame. Ella te odiará. No seas… un burro testarudo, maldita sea, tú no quieres eso. Es difteria, no es una enfermedad teológica. No hay brebaje de bruja ni tirada de dados que lo pueda curar. Tienes que ir, no hay suerte en este mundo ni tampoco dios… Estúpido tonto egoísta, cabrón sordomudo, cuando llegues a… será insoportable. Haber tenido lo que soñaste que tenías… y dejarlo escapar… Eh, para ya. Cristo. Nunca lo entenderás. Orcutt es incapaz de curar a nadie. Es un inútil. Esa no es la cuestión. Que vayas a por él es lo que cuenta, no lo que *él* haga; es como se sientan tus hijas… después… cómo van a reaccionar Agnes y Emerald…

Eleanor… y Angela.

Y Lucy, cómo va a…

Omensetter se giró y dando tumbos bajó a la playa, lejos de los gritos.

Rezaré, chilló Furber tras él, rezaré… por si sirviera de algo, concluyó con amargura, sabiendo que no iba a rezar en absoluto; el verdadero rezo lo avergonzaba. En realidad, no sabía sobre ello más de lo que Omensetter sabía sobre sus piedras. Furber se retiró ladera arriba. Ahora la nieve caía

espesa y tenía las manos y los pies fríos. Al parecer era incapaz de hablar con las manos en los bolsillos. Incluso a oscuras, las había tenido fuera, gesticulando, revoloteando como polillas.

De manera que se estaba haciendo realidad, y había interpretado al coro para su propia Casandra. Bien expresado, predicador. Mierda. Maldecir era también un hábito vacuo. ¿Qué había dicho —inventado— que no fuese a hacerse realidad? Tía Janet se arrojó desde la vertiginosa altura de su silla Shaker con respaldo de escalera. Bonito pensamiento. Un juguete como un caballito con ruedas. El coro celestial y el mobiliario de la tierra, todos esos cuerpos que componen el imponente marco del mundo —la nieve ahora, sus ojos acuosos—, ¿eran también nada más que palabras, nada más que personajes, tal como había fingido siempre él? Se estaba haciendo realidad. Dios se estaba haciendo realidad, saliendo lentamente a la luz como un mensaje escrito con limón. Ah, ¿y cuál era el mensaje? ¿De nuevo en otra jerga? La verdad es el padre de las mentiras; nada sobrevive, nada muere; solo lo malvado se puede permitir lo sabio. Y gritos por entre huecos en el viento. Los blasfemos son creyentes. Y había sermones en piedra, como había dicho con frecuencia. ¿No era lo que siempre había querido, que Dios existiera? En lo profundo de la maleza, escudriñando entre los postes, había soñado su venganza… Se estaban acercando; se oía el crujido de una carreta. La nieve caía sobre él como sobre un árbol. Pero en realidad él quería abrazar el cuerpo del símbolo. Pero el cuerpo de todo símbolo era absurdo. Pero no cuando los dioses era griegos. Pero ellos nunca, nunca, nunca… Desde siempre, Él fue, y solo Él ha sido, y solo Él tiene el descaro para continuar.

¿Sigues ahí Furber?

¿Furber?

¿Tú?

¿Qué ocurre?

Eh.

¿Ahí?

Diablos. Diablos.

Hemos traído en la carreta a Stitt y a Pimber juntos, nosotros solos. Estaba puñeteramente frondoso para los caballos. Un pelín a la derecha.

Me he roto la pierna, Furber, rota por la mitad.

Derecha.

… perdido los caballos.

Os enteráis de… derecha he dicho, he dicho derecha.

Oh, vete al infierno.

¿Furber? ¿Eres tú?

Nuestros puñeteros caballos…

… fácil por la mañana.

Eh, escuchadle, escuchad a ese capullo.

Vete al infierno.

¿Dónde está Tott? ¿Dónde está ese tonto? ¿Dónde está Tott?

No veo nada con la nieve en los ojos.

¿Qué?

… qué qué qué…

… todo el rato sin rumbo.

Escucha, tengo la nariz congelada, los dedos congelados, los pies y los ojos y las partes íntimas, y no pienso dar ni un puto paso más dando empujones al carricoche este por estas malditas rocas y surcos y raíces en mitad de la maldita oscuridad y del frío, ya no empujo más la carreta por ahí, eso seguro, ni hablar, no señor.

Tuvimos suerte de que parara el viento.

un cerdo meando.

Perdimos el lote entero, ¿quieres saber cómo?

Ah, cierra la boca.

Ahí está su casa, vamos a meter a Stitt.

A *mí*… a *mí*, muchachos, a *mí* Bien, pues venga, aprisa.

¿Vas a hacer caso a eso?

Parece la puñetera Cleopatra en su puñetera gabarra.

un cerdo meando.

Pues venga, ya que tienes la polla tan rizada.

Mierda.

Echa una mano, Furber, por todos los santos.

¿Estás ahí?

Vamos cuesta arriba.

Llevamos todo el tiempo en una puta cuesta arriba.

Yo llevo toda la vida en una puta cuesta arriba.

Estupendo pues, nada de ir arrastrando los huevos, empujad.

Empujad… empujad, estoy empujando, empujad, por todos los santos, llevas todo el camino chillando empujad, empujad, empujad, ¿no tienes quijada con la que cerrarte la boca?

¿Y tú qué? Llevas todo el camino arrastrando los huevos. Debes tenerlos escaldados. ¿Te queda pellejo? Los huevos más gordos del estado, además. Los huevos más feos del país. Los huevos más pesados de este jodido mundo.

¿Has examinado esos huevos bien de cerca?

Ah… ah, cierra la boca.

¿Eres tú, Tott?, tonto, tontorrón.

Eh… ouuuuch.

Venga, cuidado. No lo zarandeéis, levantad.

¿Habéis oído? Dice Furber que cómo está Henry.

Caray.

Empujad.

¿Habéis oído? Henry.

¿Cómo *está*, Boylee? El reverendo quiere saberlo.

… no está más rígido que yo.

Venga, mamones.

Más frío que la picha de un muñeco de nieve, a que sí, Boylee.

Esperad. Un momento. Un arbusto… Esperad, joder, carajo, un arbusto, he dicho… Ahora… despacio… vale.

Oye, Furber, echa una mano aquí atrás.

Cayeron del árbol como una piedra, los dos, uno detrás del otro.

Un poco a la izquierda.

Jalad despacio, no veo nada.

No sabría decir si se ahorcó allá arriba o no.

Ahí está, venga, tirad.

… la rama se rompió. Cayeron como una roca, los dos. Me hice un corte en el ojo, uno malo, tengo sangre por todas partes.

Ahí hay luz, ¿veis?

La puedo saborear, está salada.

Eso es tu meado.

Espero que ahí dentro tengan un fuego grande como un bosque. Me voy a agachar justo delante del lamido de las llamas, voy a plantarme en medio como una gallina ponedora.

Lo vas a asfixiar y a dejarlo humeando.

George se cree que su mierda no arde.

Sé puñeteramente bien que mi meado no arde.

¿Sabéis lo que quiero? Quiero rodear con las manos una taza de café. Eso es lo que quiero. Lo único que quiero.

¿Cómo vamos a hacer para que esto entre?

Caliente y humeante, envolverla sin más, y luego me reclino, le doy un sorbito, la nariz dentro.

Oh, por todos los santos, dejadlo que ande, no queda tan lejos.

Atrás, echad para atrás.

¿Atrás?

Sí, atrás, todos atrás.

Lo que yo quiero es un trago. Vendería mi alma por uno.

No te daría ni para que te mearan en la cara.

Ah, corta esa mierda.

Os voy a decir una cosa, ese hijodeputa no llegó hasta allá arriba él solo.

En el ojo, Furber, todavía tengo sangre en el ojo.

Atrás, muchachos, ¿os echáis para atrás?

Por los clavos de Cristo, está plagado de rocas… Qué tal pinta ahora, Curtís, ¿ves algo?

Por dios, ni hablar, ni una pulgada más.

Menger tuvo diarrea en el pene y se le fueron todas las fuerzas.

Despacio… jesús. Se me viene encima sin parar. Escuchad, no me voy a quedar en esta cosa si se me viene encima sin parar. Tenéis que evitar que se me venga encima de ese modo. Santo cristo, está frío, os lo digo, frío, santo dios, está, ay,

dios, mi pierna, me duele la pierna.

Si la sientes es que todavía la tienes. Si todavía la tienes, ¿de qué te quejas?

Echad el bofe y arread.

No llegarías muy lejos, Boylee, como tienes la pierna, me parece que te vas a quedar tumbado donde estás tan ricamente.

Te voy a decir una cosa, Jethro, no llegó hasta allá él solo, no tan arriba, no, ni lo pienses… Muy bien, George, empujad.

Ouuch. Eh. Ouuuuch. Cabrones. Trepé hasta allí arriba por vosotros, cabrones de mierda, porque ninguno de vosotros, cabrones, habría subido. Sois todos unos cabrones, unos cabrones.

Tranquilo, Boylee, ya casi estamos. No te pongas gallito.

Tus huevos lo mismo los tienes tranquilos, pero te digo que a mí me ha caído el mundo entero encima de los míos.

Él no ha dejado de arrastrar los suyos. Tampoco los tiene tranquilos.

Vaya, el ojo, me duele horrores, Furb, de verdad que sí… No llevas guantes. ¿Qué andas haciendo por ahí sin guantes? Eh, Furber no lleva guantes.

La fe es un forro de piel, Furber, ¿a que sí?

Tendrías que haberlos oído cantar, qué dulces, como un coro: eres el único que puede hacerlo, Boylee, trepa por ese árbol frío como un témpano en la oscuridad color coño y baja de ahí al pequeño ahorcado.

Tott es un soprano estupendo.

Bueno, pues de algún modo perdimos el camino.

Lo perdimos, diablos, ni siquiera diste con él.

Oh, corta esa mierda.

Se vino abajo como una roca. Las ramas restallaban como

palomitas, ¿a que sí, George?

A Stitt no le importó bajar todo el trecho él solo.

Vete al infierno.

Se agarró un pelín antes del suelo.

Vete al infierno.

Posado en una rama como un pájaro.

Me he roto varias costillas, os juro que me he roto varias costillas, me duele al respirar.

Me pregunto qué se rompió Henry.

Se rompió la polla.

Como una roca. Abajo. Pam pop bang. Tendrías que haberlo oído, zuñe.

De verdad, en serio, zuñe.

Cuidado con ese condenado perro. Ese condenado perro… anda por alguna parte. Lo voy a envenenar con un palo.

De verdad, en serio, zuñe.

Ya estamos. Vale. Aquí, esto bastará. Cógelo de la cabeza, Luther. George por el centro. Quítate de en medio, Bessie, maldita sea, quítate de en medio. Levantadlo despacio. No os quejéis. Todos sabemos que está frío. Ya me quejo yo. Despacio, despacio, con calma…

Cabrones.

Aúlla hasta que te estalle la cabeza.

Henry se va a conservar estupendamente, aun así.

¿De mí quién va a cuidar?

La Iglesia lo hará, George. Eres para la Iglesia. La Iglesia está aquí. La Iglesia cuidará de ti.

Espero que Olus se dé prisa.

Caballeros, por favor, no hagan tanto ruido, dijo Furber, el

niño está enfermo de gravedad, recuerden, apenas si puede respirar.

Por los clavos de cristo, lo había olvidado, dijo Luther Hawkins, y se quedó en el porche sujetando a Stitt por los hombros y la cabeza, maldiciendo larga e intensamente y con amor.

Furber se arrastró con cuidado al interior de la carreta. Henry, susurró. Le dolía el estómago y le ardían la cara y las orejas, sentía ligera la cabeza, sus manos y pies estaban entumecidos. Llevaba nieve capturada en los ojos. ¿Henry? El abrigo estaba rígido y duro como una piedra, empapado de nieve derretida y de lluvia, helado después. Omensetter había dicho que lo llevaba puesto, uno de lana gris con bolsillos anchos. Furber se clavó una ramita en el pulgar y con un grito retiró la mano. Había un sinnúmero de ramitas incrustadas en el abrigo como agujas y la tela estaba desgarrada. Por supuesto, se le habían clavado al caer. Cauteloso palpó con las manos el brazo hasta el hombro, sacudiendo la nieve. ¿Estás ahí dentro, Henry? Podemos seguir siendo amigos. Volvió a retirar la mano cuando tocó el cinturón. El extremo cortado, qué engañosamente fuerte era, cortado a la mitad y raído después el trozo restante por el peso de Henry… de ahí que… cayera, pensó. Henry está ahí dentro, pero está ahí dentro de un modo distinto. Furber puso la mano sobre la cabeza de Henry. Tenía en el pelo nieve endurecida. Y había tenido desde siempre la frente de un hombre destinado a morir ahogado. Tenía la cara rugosa y helada… cara pálida en forma de luna. Sin afeitar, resolvió Furber, y luego se preguntó si, incluso después de muerto, seguía creciendo el vello. Aún conservaba sus cejas lanudas. Pero frías… tan frías. Has cogido peso, viejo amigo, la dieta del muerto te sienta bien. Era cierto que Henry tenía más hinchado el… ¡picoteado! Furber reculó, golpeándose el codo contra un lateral de la carreta. Por supuesto. Pasan pájaros. Había ramas torneadas y hojas que danzaban. Se deslizó cuan larga era la carreta y se quedó tendido, tiritando. Estaba furioso con su enfermedad y la maldijo con fervor.

Estás hecho un anciano, Furber. Te has quitado de encima media vida a fuerza de vivir en ella. Ah, eso me sirve para un sermón. Oh, corta esa mierda. Al levantar la cara, la nieve se la golpeó a bocajarro, y a la luz de la casa vio los copos impulsados con rapidez en el viento. La luz era una sombra de otra clase, pensó, una sombra para un alma seca, brillante. Se derramaba en el porche, recorría la nieve, y advirtió, al mirar mejor, que en ella vagaban las luces más oscuras del fuego. Desde luego no hay alma simple, aunque de ser eso cierto, si ningún alma lo fuera, ¿qué queda del mayor de los argumentos de Platón? Los simples elementales no pueden ser descompuestos. ¿Y por qué no? Desde luego no pueden reducirse a pedazos, ¿pero qué hay más simple que la sombra de un palo? Ahí, por ejemplo: ese penacho de maleza que sobresale de la nieve igual que un cuchillo, tortuosamente afilado; la sombra que arroja es azul y cortante, aunque combada un poco hacia la compasión por una oquedad en la corteza, un alma como la de Chamlay, quizás. Quizás no. Pero el viento sopla, la sombra empaña. La maleza se comba un poco, y el alma de Chamlay palidece y se ensancha hasta formar a Olus Knox.

Se altera por entero, no por partes. Aun así fría… tan fría. El viento sopló con saña y Furber volvió la cara hacia Henry. Un objeto simple pero complejo en su causa. La rabia lo calentó un poco. Notó en el pecho una presión familiar y recordó la vez en que estuvo de pie junto al río achinando los ojos ante la luz del sol tan inmisericorde en el agua mientras Arthur nadaba a por el sombrero de Omensetter. Ayer tendría que haber comido. ¡Flack! ¿Dónde se había metido? De la rabia se jaló con brusquedad y se separaron pliegues de su ropa. Padre Celestial, puede que Tú llames a nuestra alma lo mejor de nosotros, pero esto, nuestro cuerpo, es nuestro amor. Levantó una de las piernas de Henry y la dejó caer como un madero. Con qué simpleza viene garantizado el cariño que le tenemos: no podemos vivir fuera de él, no como somos, no como deseamos. Luego ahora este es el cuerpo de otra

persona. Dio un zapatazo contra el fondo de la carreta. ¿Quién? La nieve amortiguó el sonido. ¿Dormido? No. Ya no vivía la vida del sueño. Era la nieve la que estaba en un duermevela, avanzando despacio por entre dichos sueños. ¿Qué poder tienes Tú, si eres incapaz de continuarnos, y qué cruel naturaleza tienes Tú que rechazar? El alma húmeda cuelga en torno al cuerpo, demasiado pesada para elevarse. Con cuánta sensatez, Henry, lo evitaste. Henry, escucha, Omensetter no era nada, tan solo otro hombre. Ahora se ha entregado a la desesperación superando a cualquiera de las tuyas. Bien, ahí estáis, todos perdemos la esperanza. ¿Escuchabas? Nada más que desesperación. Ellos desesperan, y tú eres el único con suerte. Caray, tendrías que escuchar. Furber sacudió el cuerpo. Observa cómo construimos nuestros cementerios junto a ti y damos a nuestros cuerpos la forma del tuyo. Queremos parecemos tanto a los muertos, que vivimos. Pero tiritamos de frío pese a nosotros mismos, y odiamos nuestra libertad de yacer como una piedra lo suficiente como para envidiar a los pájaros que te picotearon los ojos. Sobre todo, te envidiamos a ti, que los abrieras insensibles a sus picos. ¡Dios mío!, me duelen los ojos cada minuto por lo que ven. Tendría que sacar fuerzas de ser ciego, si fuese tú. La visión no es una herida amable. Furber tocó las manos de Henry, están tan frías como las mías, después las cavidades de sus orejas. Bueno, ningún discurso humano puede alcanzarte ahora. Eso también lo envidio. Furber hizo pender los pies por fuera de la carreta. El pensamiento de Maggie Scanlon, cuyas piernas colgaban siempre como palos quebrados, y las balanceó de un lado a otro. ¿Por qué nos has hecho ser el animal más triste? Se arrastró hasta bajarse y sintió el jalón en sus huesos. No puede hacerlo, Henry, he ahí el porqué. No puede continuarnos. Lo único que puede hacer Él es procurar que nos alegremos de morir. Es un buen tipo, en realidad.

10

Aquí está Furber, por fin. Fuera sin una bota puesta. Caliéntate, Furber. Parece que tienes las orejas entumecidas como la punta de la nariz. Ojo con el cuello de la camisa o te caerá agua por toda la espalda.

Del pasillo brotó la voz de Stitt. Aquí no lo traigáis, ya he tenido bastante, no quiero verlo más. Y Chamlay dijo claro que no, Boylee, lo dejaremos fuera, daño no le va a hacer. Tott, pareces más viejo. Luego Chamlay entró al cuarto de estar desabotonándose el abrigo. George se sentó en una silla con peldaños sosteniendo contra sus ojos una bandana verde a lunares y con la cabeza entre las manos mientras Luther y Menger se calentaban frente al fuego. Lo habían alimentado hasta que prendió y crujió con furia y ahora tenían los puños alargados y apretados, desplegando despacio los dedos y extendiéndolos poco a poco hasta formar aspas, girándolos con lentitud y solemnidad, manteniendo las manos al frente y frotándoselas con cuidado cuando las llamas quedaron a sus espaldas, sacudiéndose los pies como si trotaran, arrugando la nariz, retorciéndose las orejas y haciendo espantosas muecas para distender la piel. Había una pila de ropa de abrigo en el rincón al lado de la leñera y Curtís tiró su abrigo de piel encima de su sombrero. Trozos de hielo se derretían formando aguanieve. La aguanieve alimentaba charcos que por último reventaban y corrían en ristras hacia la parte baja del cuarto, canalizadas de modo impredecible por el suelo rugoso. Clavada a su mecedora, erguida, toda la sangre en el estómago, sombríos los ojos y fija la mirada, Lucy Omensetter observaba. De vez en cuando el bebé se movía y tosía en su rincón y todos los hombres miraban en esa dirección con evidente cara de enfado, George incluso elevaba la suya y se retiraba la bandana. Regresaban a ellos mismos en cuanto encontraban el modo de hacerlo. Chamlay se alisó el pelo. Su placa centelleaba intensamente en su tirante izquierdo. Proyectaba un punto brillante por encima de un cuadro en la

pared, y el tiempo que se peinaba con los dedos, el punto danzaba, y cuando giró el cuerpo, este echó a volar por la pared cruzando el pecho de Menger hasta sumergirse indemne en el fuego. Menger empezó a sorber ruidosamente entre los dientes y a cubrirse la boca con las manos. Me duele me duele me duele, mascullaba. Luther se quitó las botas haciendo palanca con la leñera. Cayeron con un ruido sordo y posesivo y Lucy se sobresaltó con un grito que reprimió con los dedos. ¿Qué hora es? Las dos, dijo Chamlay. Todos murmuraron. Furber caminó con paso inestable hasta el centro del cuarto. Dónde está el perro, dijo. Luther susurró una maldición. Ojalá tuviésemos algo de comer. Alargó un pie enfundado en un calcetín rojo hacia el fuego y retorció los dedos. Menger, ¿ves los rojos? De primera. Entró Tott. Deberías hacerte con unos. Duran como si fuesen caseros. Ojalá tuviéramos algo caliente, tal vez un poco de café. Brincó. Una novedad, los calcetines estos. Furber siguió las huellas de las botas como un cazador, balanceando la cabeza. George empezó a gruñir y a dar tumbos. Esquirlas de hielo pendían todavía del cuello de su camisa, destellando como brillantes. Que venga alguien, decía Stitt, no me gusta estar solo. Tott se sentó despacio de cara a la mesa y Luther escupió en el fuego. Había sido un error, dijo, porque ahora Stitt se creía un héroe, y Stitt no era más que un cabrón de pacotilla. Curtís se preguntó si Luther habría preferido darse él con todas aquellas ramas, tanto a la subida como a la bajada, y Curtís se rio sin ganas de su propio chiste. Se frotó los ojos y se toqueteó con suavidad los lóbulos de las orejas. Menger pensaba que tendrían que haberse llevado a Omensetter con ellos. Ese fue el verdadero error, dijo. No parece que Brackett ande por aquí, dijo Tott con voz ronca, y luego levantó la vista sorprendido. Estoy ronco, dijo. No, dijo George, no anda por aquí, ¿no es cierto? No, no lo creo. Bueno, supongo que no. No.

No está. Y Chamlay se preguntó si no estaría fuera atendiendo la cosecha; era media mañana. Sí, está fuera, dijo George. Está fertilizando la nieve. Está sembrando… Luther se

dio golpes en la tripa, para indicar hambre. Se quedó mirando abiertamente a Lucy. Hizo equilibrios sobre un pie, los brazos en cruz. Lucy se agarró al borde de la mecedora. Se dobló como una muñeca por la cintura, ladeando la barbilla y levantando los brazos, a punto de hablar, al tiempo que sus ojos, sin pestañear, saltaban de hombre en hombre sin apenas girar la cabeza. Su voz divagó un instante y luego se hundió hasta hacerse inaudible, sus ojos vacilaron temerosos de acá para allá hasta que, con un suspiro, se deslizó y su mirada cayó al suelo entre todos y allí batió de un lado a otro, repetidamente, como agua en el fondo de un bote. Chamlay rozó a Furber al pasar, que se tambaleó de un modo extraño, y Menger levantó un palo de madera, sopesando el fuego.

Señora mía, empezó Furber, gesticulando de forma rara.

Chamlay se sentó muy rígido a la mesa, sacándose billetes del bolsillo y colocándolos en ella con meticuloso cuidado: alisándolos, aplastándolos.

Háganos el favor y traiga a sus hijas, señora, prosiguió Furber, poniendo los ojos en blanco y mirando como loco alrededor. Están encerradas como pájaros en el cuarto de atrás.

Se apretó el pecho con dramatismo.

Haremos de sus cuidados, nuestros cuidados. ¿En forma de qué las quiere? ¿Quiere que sean murciélagos?

Oh, para ya, Furber, quieres, dijo Menger.

Que corte esa mierda, ¿no es eso?

Jesús…

Cualquier animal, exclamó Furber, y todos los hombres se quedaron mirándolo, atónitos. Nos lo llevaremos prestos a los pechos pese a estar mordidos ambos…

Ya vale, dijo Chamlay, y continuó colocando billetes.

Antílope, gacela, jirafa…

¡Ya vale!

Daremos forma, Furber hizo un gesto abarcador, a un pecho fraternal y asexuado, a una planicie de deber, señora. Y, desde las torres, nosotros, y los campanarios de nuestros ojos, le informaremos, señora, sin duda, en el instante en que, de darse algún percance, adverso, o, ¡ah, el dinero!

Furber corrió hasta ponerse al lado de Chamlay y echó una ojeada por encima de su hombro.

Cuánto, cuánto, siseó.

Chamlay recogió la pila y se la tendió a Lucy.

Es el dinero del alquiler, señora, ¿no le parece?

Furber se apoyó sin fuerzas en la mesa, inmóvil salvo por sus manos, que frenéticas le recorrieron el cuerpo, frotándose la cara, dándose tironcitos de la ropa, estirándose el cuello de la camisa, sumergiéndose desde ahí en los bolsillos, jalándose de los botones.

Confío en que comprenda lo que esto significa, prosiguió Chamlay con su solemne voz de interrogador. Lo encontramos en los bolsillos de Henry. Todos de uno. De hecho tuvimos que aflojarle los dedos. Asumo, señora, que murió poco después de recibirlo. ¿Cree que eso sería lo razonable?

Furber tocó a Chamlay con un dedo tembloroso.

Calma, susurró, pero Chamlay se encogió de hombros.

Henry tenía el puño apretado con bastante testarudez, dijo. Como si este dinero le importara.

Como si fuese un mensaje para nosotros, dijo Luther.

Al instante Furber se puso blanco.

No, dijo.

Bien, ¿qué me dice?

Calma, Curtís, está fuera de sí. No es momento, está loca de preocupación, ¿no lo estarías tú?, por dios, sé amable.

Furber le hablaba a Chamlay al oído, pero Chamlay se

limitaba a menear la cabeza.

Es importante, señora, dijo Chamlay. La ley tiene interés, sabe, prosiguió, una leve sonrisa elevándose.

… la ley tiene interés… lo había olvidado, murmuró Lucy, muy para sí misma.

La ley tiene interés. Todos tenemos interés…

… ley.

Sí. ¿Y por qué una persona que estaba a punto de ahorcarse se aferraría con tanta fuerza a un poco de dinero?

Oh, sí… y eso… usted dijo algo sobre eso, dijo vagamente Lucy.

Bien, ahora tenemos más información. Ahora tenemos a Henry, y el dinero de Henry.

Henry…

Ella retrajo los brazos formando una ceñida X protectora que le cruzaba el pecho.

George sacó su bandana y la examinó.

Cuándo pagó Omensetter el alquiler, dijo.

En nombre de dios, caballeros, ya habrá tiempo.

Tiempo… sí. Tenemos tiempo de sobra.

Cristo, tiempo, de eso sí que tenemos. No tenemos ni un puñetero caballo pero tiempo sí que tenemos.

Finalmente Menger arrojó el leño.

Que venga alguien, chilló Stitt. La lámpara está humeando.

Yo lo que quiero saber es por qué Henry iría a ahorcarse tan arriba, dijo Hawkins. ¿Qué sentido podría tener?

Curioso. No tendría que estar ronco. Quizás sean las amígdalas, dijo Tott. ¿Os ha contado Orcutt alguna vez lo de la amigdalectomía de saldo?

Hawkins se tiró con delicadeza de la nariz.

Dime, George, ¿qué tal son de calidad los de lunares? Salieron buenos. En la tienda no quedaban de los verdes. Me parece que sí. Que no quedaban de los verdes.

Un trapo de lunares para los mocos, son como cualquier par, dijo George con tono agrio.

Ahora tenemos a Henry y el dinero de Henry…

Sí… eso tenéis.

Oh, qué va. ¿Los verdes? George… por mi honor, eran de categoría.

Por qué iría a ahorcarse, en definitiva, dijo Menger, sonándose la nariz en el fuego con un nítido chasquido de los dedos. Tenía una buena vida. No tenía quejas.

Oh, ahí te equivocas de pleno, Menger, dijo Furber dando unos pasos hacia él. La gran cuestión teológica, caballeros, dijo, girando despacio sobre sí mismo, no es la existencia del mal, no, caballeros, no lo quiera el cielo, la gran cuestión teológica concierne, más bien, a la presencia real del bien; y la gran cuestión moral, caballeros, dijo, dando todavía lentas vueltas, no es la demostración de la libertad, caballeros, el señor nos ama, tenemos de sobra, sino la posibilidad de la ley en sí.

¿Qué está diciendo?

Cállate, Jethro.

Callar. Callar. ¿Yo? ¿Callarme yo?

Sí, maldita sea, cállate.

Me siento mal… mal… fatal.

Jesús.

¿Por qué se adentraría tantísimo en el bosque, como si quisiera que no lo encontraran nunca?

George se cubrió con delicadeza el ojo. Se le estaba

hinchando mucho, a causa del frío.

Que venga alguien por el amor de dios.

Es solo una fractura, me parece, masculló Menger.

Chamlay se levantó y blandió los billetes.

Ahí está el dinero, señora, dijo.

Se recorrió el tirante izquierdo con el pulgar. Voló el reflejo.

Estaba en el bolsillo de Henry, el dinero, este, lo estaba. Lo tenía bien apretado con el puño, un mensaje que Henry quería dejarle a sus amigos… en el momento de su muerte.

Chamlay hizo una pausa.

A mitad justo de su muerte, se podría decir. Pues bien, Henry, ¿me sigue, señora?, no parece estar siguiéndome, Henry estaba colgado de un árbol cuando lo encontramos, a una altura considerable, en medio del bosque. Tenía en el bolsillo el dinero de su alquiler. No negará que eso es lo que es… este dinero. Y lo tenía bien agarrado con el puño, una señal, diría yo, tal como dice Luther. Apretado… Fuerte… Un buen trecho bosque adentro estaba, y alto, donde a nadie se le ocurriría mirar, muy alto, en un árbol difícil de trepar.

Curtís, por el amor de dios…

¿Comprende lo que esto significa?

Dónde está Orcutt, gritó Stitt. ¿Dónde está? ¿Por qué se retrasa?

Orcutt, dijo Lucy, levantándose rígida, liberando la mecedora para derramar su sombra por la pared.

Seguía abrazándose con fuerza por los hombros y apretándose los pechos bajo los brazos.

El gentil doctor, dijo Jethro Furber.

¿Está de camino?

Han ido a por él, sí, pero han tenido que buscarlo… hace frío y está nevando.

¿Ha ido Brackett?

Estoy seguro de que era su intención, él…

Ha ido Knox. Cuando se cayó Boylee. También se llevó nuestros caballos, espero, los que pudo reunir, dijo Chamlay. Eso fue hace horas. De todas formas ha ido Knox y no su marido, que yo sepa.

Eso no lo sabes, Curtís.

Furber extendió las manos. Revoloteaban incontrolables.

Curtís no lo sabe. Hablé con él y lo tenía en mente. Yo mismo hablé con él y me di cuenta. Era desde luego su intención…

Ese cabrón asesino, dijo Hawkins.

¡Cómplice deleznable, cerdo asqueroso!

Furber cruzó tambaleándose la habitación y se lanzó sobre Hawkins, que lo contuvo sorprendido y luego riendo lo tiró de un empujón sobre la pila de ropa que se removió y cedió bajo el peso de Furber, que cayó rodando.

Chico, vaya si le has cambiado el rollo a la pianola, dijo.

Chamlay estaba enfadado. George se retiró la bandana y dijo: no puedo abrir el ojo, ¿veis?, se me ha cerrado de la hinchazón. Menger se puso de cara al fuego, farfullando rápidamente. Al final Furber se puso bocarriba y se sentó en silencio, le chorreaba saliva de la boca.

Te estás precipitando, Luther, no hay nada probado, dijo Chamlay. Como he dicho, señora, estaba muy arriba allá donde lo encontramos. No tenía motivos para ahorcarse. Y tenía su alquiler.

¿Por qué no le preguntas dónde está él, Curtís? Averigüemos algo, me cago en la leche.

Espera, Menger, espera un momento. Me estoy encargando yo, y nos estábamos acercando a eso.

Chamlay agitó los billetes.

De uno, dijo. Cuál es pues, señora, su opinión. Yo digo, Luther dice, que era una señal. ¿Qué piensa usted, señora? ¿Qué pensaría si fuese nosotros? ¿Qué me dice?

Ella se desplomó sin decir nada, sin que nadie la sujetara.

Stitt se puso a gritar y George a balancearse en su silla, acunándose la cabeza.

No estoy acostumbrado a esto, me duele.

Lo sé, George, relájate, dijo Menger.

Me ha parecido oír la puerta de atrás, dijo Luther, creo que las niñas han salido. Tú tienes las botas puestas, Menger, ve a ver.

Mi hermano está herido, dijo Menger con desprecio.

Chamlay puso el dinero pulcramente doblado sobre la mesa y se llevó con suma cautela las manos a las orejas. Cuidadoso, Furber estaba poniéndola en pie.

Pesa mucho para mí, dijo, pero todos mantenían apartada la mirada y nadie se ofreció a ayudar. Los judíos se desgarran las ropas, murmuró Furber, forcejeando. Qué acertado.

Agitó una mano delante de Chamlay.

¿Sabes cuánto tiempo llevo sin comer?

Chamlay no contestó. Se tocó los ojos delicadamente con las yemas de los dedos.

Estamos bien atendidos, señora, dijo Furber, ¿se me permite hacer una indecente sugerencia?

Deja de parlotear, Furber, dijo Hawkins, me pones enfermo. Chaquetero, hijodeperra.

Soy Philip Kinsman, el músico afamado, cantó Furber,

quizás muchachos habéis oído hablar de mí.

Échale una mano a Jethro con ella, Luther, haz el favor, dijo Chamlay, él es incapaz.

No quiero la ayuda de un cerdo, gritó Furber, empezando a moverse. Y yo no creí, le susurró a ella, yo solo imaginé; no tenía ni idea, ¿cómo iba a saber que lo que dije era cierto?

Chamlay dio unas sacudidas y se reclinó sobre la mesa para mirar por la ventana de delante, frotando en círculos el cristal con la manga. Tott había ocultado la cabeza entre los brazos.

Cantando, Furber se tambaleó por el pasillo.

Y tengo la polla como la baqueta que uso para marcar mi *pum-chin-pum*.

Hawkins rio.

Una cabra, como una cabra.

Stitt se puso a soltar obscenidades.

Olus Knox y el doctor Orcutt, la cara roja y bien enfundados, irrumpieron en el cuarto, nieve arremolinándose en torno a ellos, nieve en las gorras y en las solapas, nieve en las arrugas de los mitones, nieve en las piernas hasta el muslo.

Bueno, Orcutt, dijo Chamlay, qué bien que estés aquí.

Bien, ¿eh?, dijo Orcutt, dando zapatazos contra el suelo y sacudiéndose. No he tenido tanto frío nunca. Más le valdría a todo el mundo estar muerto o en ese vecindario.

Knox puso sobre la mesa el maletín de Orcutt, sorbiendo por la nariz y resoplando y batiendo los brazos. De ambos caía nieve en nubes.

¡Orcutt! Estoy desangrado y hecho pedazos y nadie viene a sentarse a mi lado, esos cabrones. ¡Orcutt! Ninguno vale una mierda, Orcutt, ninguno.

Válgame, ese es Boylee, dijo Orcutt, desenrollándose la

bufanda.

El ojo, es el ojo, me lo he rasguñado con una rama, está hinchado, mira.

Vaya, George, buenos días. Y a Luther. Menger. Estáis aquí todos, eh, esperando. ¿Qué tal un café?

Iré a ver si hay. Menger, busca a las niñas. Tienes botas.

Ven aquí atrás, doc.

Bueno, calma un momento a que entre en calor, gritó Orcutt. ¿Eso de ahí en la nieve es el cuerpo de nuestro querido Henry? Aaah. Tengo congelada mi noble barba, fijaos. Mala señal. Un pobre principio. Con que es Henry, ¿eh? Olus me contó una historia de embusteros. Y luego se marchó, como diría nuestro buen amigo Furber, muy llorado, pero no extrañado. Fiu. ¿Y dónde *está* Furber? ¿No ha venido con vosotros? ¿Es el que anda al acecho por el pasillo? Olus dijo… um… ¿y ese es el niño? Bueno. No hace ningún ruido.

¿Cómo está la buena de Emma, doc? He oído que estuviste un rato con ella esta mañana.

Pues está triste, Luther. Más triste que enferma. El *sioux* ese le ha pegado la sífilis. Fulminada en la flor de la vida.

Luther gruñó y dio un puñetazo a la pared.

Yo nunca me habría fiado de meter a ese indio en mi casa, alcanzó a decir al fin. Se notaba que tenía sucia la tranca emplumada.

Bueno, como dicen hoy día, Luther, indio bueno indio muerto.

Hawkins volvió a gruñir y rodó pasillo abajo. Furber dio un paso atrás para dejarlo pasar.

Hawkins, ven aquí, chilló Stitt.

He perdido las gafas.

Están en mi maletín, creo, ¿recuerdas, Olus?

Orcutt permaneció un momento de pie frente al fuego, aguantando un acceso de tiritera.

¿Cómo está en realidad Emma, doc?

Está vieja, Curt, vieja sin más.

Orcutt se quitó las botas a patadas. Luego se atusó la barba, reclinándose hacia el fuego, peinándose el cabello con los dedos.

Voy a echar otro.

El leño cayó en el fuego con un estruendo y una lluvia de chispas voló por el tiro de la chimenea.

Orcutt se inclinó sobre la cuna, un buen rato en silencio. Desde cuándo, dijo en voz baja. Nadie contestó. ¿Desde cuándo lleva así? Maldita sea.

Se frotó los ojos con los nudillos.

¿Dónde están los padres?

Se enderezó rápidamente.

Tráeme el maletín, Olus, hazme el favor. Difteria, sin duda. La más precoz que he visto en un bebé. Y grave, Olus, tenías razón. ¿Dónde están los padres?

Ella se desmayó y Furber la llevó a alguna parte. Omensetter está fuera en alguna parte, desaparecido.

Orcutt titubeó.

¿Qué dices, Curtís? ¿En alguna parte? ¿La llevó a alguna parte?

A la otra habitación, supongo.

Orcutt parpadeó.

Furber está aquí pues. Bien.

Volvió a inclinarse sobre la cuna.

Los puñeteros ojos. Hace un viento que hasta te sacaría los ojos a rachas. ¿Desaparecido, dices?, fuera, ¿eh?, en alguna

parte. Pero Furber está aquí.

—Nos hará falta, casi seguro. Dónde se habrá metido Omensetter.

No lo sé. Furber pensaba que habría ido quizás a buscarte.

Orcutt hizo una pausa momentánea en sus tejemanejes, luego prosiguió. El bebé gimió.

No es más que un bebé, dijo. Absolutamente desatendido. Es un crimen. Y todo el barullo que os traéis aquí dentro… zoquetes…

Sacudió la cabeza y se sentó sin fuerzas.

¿Es grave, Truxton?

Ya te lo he dicho, Olus.

¿Tiene alguna posibilidad?

En realidad, no.

Difteria… una cosa terrible.

Orcutt suspiró.

Por mi experiencia, no hay peor enfermedad que los hombres, dijo.

Luego volvió a inclinarse despacio y prosiguió su auscultación.

11

Orcutt no estaba dispuesto a ser complaciente. Ignoró la pregunta. Dio un sorbo al café.

Aquí tenemos nuestros propios asuntos, Truxton.

El autoproclamado.

Alguien tenía que hacerlo. No es agradable.

¿No lo es? Bueno, no te importará que no me quede paciencia para esas cosas, justo se me acaba de terminar. Pero me hago una idea de lo que te traes entre manos, llevas todo el tiempo bien aferrado a ello. Algo no del todo inusual en ti, Curtís… Tampoco digo que esté bien. Ese tipo de cosas pueden esperar, no la amontones encima de todo esto. Debes haberte vuelto insensible por dentro, eso no hay quien lo discuta.

Ninguno de nosotros es un insensible, tenemos sentimientos, el pueblo entero tiene sentimientos, y me sorprende lo que dices. Mis sentimientos, los de todos, son idénticos, eso lo sabes. Caray, le dimos *cobijo*. Desde el instante en que entró en el pueblo arrastrando su caballo y su fanfarrona carreta, se sintió como en casa. Lo acogimos. Sin duda… Henry y Watson más que nadie, pero todos en cierto modo. ¿De eso no te acuerdas?, ¿el poco tiempo que llevó y lo que ha hecho él? Así que lo que digas de mis sentimientos, los de los presentes, vale para todos.

Te encargas de los sentimientos de todo el mundo, ¿eh? Desde un punto de vista médico, eso no es fácil. Maldita sea, Truxton, ya sabes a qué me refiero. El problema es bastante simple, lo mismo que nuestro deber. Tendrías que haber oído la manera en que hablaba ese cabrón cuando llegamos aquí.

Deber, ¿eh? Deliciosa palabra. El *mons veneris* de la moralidad. También un ruido consideradamente corto, es el deber.

Orcutt sopló su café.

Vaya una cosa curiosa que eres, Curtís, hablar de deber aquí tan temprano en una mañana de nevada cuando todo el mundo tiene los ojos cargados de estar toda la noche sentado frente al fuego y con la mente abotargada. ¿O es esa tu intención?

¿Qué te reconcome?

Curtís, ¿sabes cuál es el deber de un médico? Hace un juramento, ya sabes. Presta un sagrado juramento griego. Para llevar a cabo su deber.

Orcutt se secó la boca.

Bueno, tiene dos mil años, el juramento, pero eso no ayuda en nada. Lo que un médico de verdad puede hacer, Curtís, ¿has pensado en ello alguna vez? Llevo metido en ello mucho tiempo, y sé lo que puedo hacer. Nada. Me quedo sentado y bebo café. Paso el día. En realidad, es un juramento condenadamente estúpido, pretencioso y estúpido.

Oh, bueno, Truxton…

Una vez le serré a un chico las dos piernas porque se las aplastó una carreta. Antes de irme, su madre, yo había metido las piernas en una bolsa de arpillera que amablemente me había prestado su padre, me dice: debe de estar cansado, tómese un té. Tenía el pelo rojo como un bosque en llamas, y los ojos verde intenso. Así que lo hice. Me tomé un té. Era un buen té, Curtis, el más excelente de los tés verdes, hervido con cuidado, una de las mejores tazas que he tomado jamás, como este café que tan amablemente me ha preparado Luther.

Mira, en serio, Truxton, jesús…

Lo único que me fastidió fue la condenada bolsa. Él me la entrega y dice: sáquelas de aquí, lléveselas. Me bebí el té con el saco descansando encima de mis pies. No sé qué pensaba ella que era, quizás lo supiera. Yo no hice sino rezar por que no chorreara en la alfombra. Aun así no lo hizo, un poco de sangre en los calcetines, eso fue todo.

Por el amor de dios, Truxton, ya hemos sufrido bastante.

Me acuerdo de otra ocasión cuando estaba sujetándole la mano a un tipo en coma, nada que hacer salvo sentarme con pinta de entendido mientras los órganos de su cuerpo se comían entre ellos, una noche larga, aquella, además, hasta que se murió, bueno, su hijo estaba sentado en una silla junto a la puerta, tendría tal vez unos quince, tal vez más, y él y yo

éramos los únicos en la habitación con su papá y con el ronquido de su papá, y todo el tiempo, todo el tiempo, ojo, todo el tiempo estuvo aquel chico sentado junto a la puerta con la mirada baja, buscando en el suelo una imagen de su odio, no lo sé, pero con la mirada gacha y mascullando sin parar lo bastante en alto para que yo me enterara: ojalá te mueras, cabrón, muérete; ojalá te mueras; muérete muérete muérete. Al final, ya sabes, me levanté y le grité pum pum pum, había seguido, muérete muérete muérete, le chillé que se callara, pero no era persona, era una gotera en una bomba de agua, pum pum pum, muérete, eso era todo, y tuve que levantarme y reclinar la silla y sacar su culo a rastras de aquella habitación como si fuese montado en una carretilla… cantando su pequeña melodía.

Dios. Cuéntales lo de la amigdalectomía de sald…

El viejo murió, desde luego, tal como le habían dicho que hiciera, y luego aquel estúpido chiquillo enloquecido se metió en el granero y se voló la cabeza con la escopeta.

¿Doc? Eh, me duele otra vez.

Dejadme que os cuente algo curioso del pobre Boylee, tenemos tiempo de sobra.

Tiempo… sí. Tenemos muchísimo tiempo.

Cristo, sí, tiempo, de eso desde luego que tenemos. Puñeteros caballos no tendremos pero sí que tenemos tiempo.

Doc, cuéntales lo de la…

Bueno, varios años antes cuando la parte trasera de Hen Woods se incendió, ¿os acordáis?, Boylee estaba fuera luchando contra el fuego y uno de los niños de Dilluth, se mudaron poco después, ¿os acordáis de ellos?, se subió a un árbol para ver las llamas, y eran dignas de ver, además, pues total, mientras estaba mirando metió el pie en una horcadura y se le quedó atrapado. Bueno, tal como podéis apostar, aullaba algo horrible cuando el fuego lo alcanzó. Boylee también estaba allí, corriendo como loco en torno al pie del árbol y

chillando como un tonto cuando llegué yo a caballo con Watson. Mat trepó sin problemas y lo bajó. No fue serio, pero Boylee, bueno, me figuro que Boylee se asustó un poco. Sorprendente, ¿a que sí? Asustado de verdad, debió de haber estado. Es interesante… Desde luego aquel día no estaba nevando, el hielo no había convertido las ramas en uñas ni estaba congelada la corteza, y desde luego fue a pleno día y el chico estaba a poco más de cuatro metros, quizás, si acaso, y la subida, bueno, el chico se había subido allá. Curioso, a que sí, cómo suceden las cosas. Boylee lleva desde entonces enfadado conmigo, tan solo porque estuve allí y lo vi haciendo su baile, y puede que porque me reí con ganas. Claro que también el chico estaba vivo, no se cagó encima ni estaba picoteado ni ahorcado como Henry Pimber.

Así que lo has palpado por encima.

Ah, buenos días, Jethro, ¿qué se siente estando despierto? ¿Bien la siesta?

Le has tocado los ojos.

Bueno, no… no, ¿y tú? Solo imaginaba. Un toque dramático.

Un embuste, en resumen, esa es la verdad perfecta. Eso puedo entenderlo.

Mira, Truxton, te he hecho una pregunta natural. Sabes que es natural. Hay motivos de sobra para maravillarse. Qué opinas. ¿Pudo haberse?

Oh, bueno, ¿a qué altura estaba?

Veintidós, veinticinco, no sabría decirte, ¿Luther? Eh, ¿estás dormido?

No, cristo. Diría que veinticinco fácil.

Unos veintidós más bien, dijo Menger.

¿Tan alto?

Orcutt quedó un rato pensativo, la nariz sobre el café,

inhalando el humo, las manos templándose contra la taza.

Es muy alto. Es más un asunto para el predicador, me parece, haciendo con la cabeza un gesto hacia Furber, que se había despatarrado sobre los abrigos en el rincón igual que un cuervo muerto. Desde ahí arriba podría haber visto hasta Columbus sin problemas. Cuesta decir lo que un hombre es capaz de hacer cuando se toma en serio algo, Boylee por ejemplo.

¿Por qué darse esa paliza para suicidarse, por qué sudar?

¿Y por qué tan alto? ¿No quería que lo encontraran?

Para que le cagaran los pájaros, como has dicho tú.

Con el tiempo se habría caído de ahí, lo que quedara de él.

La lluvia habría arramblado con él.

El viento lo habría dejado bien seco.

Sí. Y habría llegado el frío y lo habría mantenido una buena temporada en la condición justa en la que se encontrara. Se habría conservado bien y en un estado puñeteramente bueno hasta el verano.

Ese abrigo no le habría aguantado. El cinturón se habría roto.

Bueno, se rompió su rama.

¿Boylee había plantado el nido en ella?

No, me parece que no. Estaba en la de abajo. Soltó a Henry de un tajo y luego se le escurrió, mucho peso en frío, seguro, y al caer Henry se llevó por delante la rama de Boylee.

Vaya, dijo Orcutt, siento habérmelo perdido. Menuda cosa ha debido ser. Voy a lamentar toda la vida habérmelo perdido.

No pasa nada, Tott te la va a contar hasta que te salga por las orejas.

¿Por qué creéis que lo hizo?

No existe motivo alguno que yo alcance a ver, eso es lo que me fastidia.

Se estaba recuperando. Estaba bien, ¿cierto, doc?

Claro. ¿Qué puñetero sentido tenía? Estaba bien, ¿cierto?

Si él va en cuadriga a la ejecución, y yo en carreta o a pie, dónde queda la gloriosa ventaja, citó Furber.

Orcutt se palpó la barba y se la frotó con la manga, más contento ahora que estaba suave.

Cuesta imaginarlo, dijo. Es muy alto. Veinticinco es alto. ¿Ninguna dama presente? Ah, mascaré tabaco pues. Debo de tener algo para mascar por alguna parte.

Se palpó.

Sabéis, cargué el saco aquel sobre mi yegua y me lo llevé, ella también lo olía, se encabritaba y bregaba más que el demonio por quitársela, y llevaba como kilómetro y medio de camino cuando oigo un galope tras de mí y es el padre fuera de sí. El niño ha muerto, dice, y yo digo es una lástima, no era ninguna sorpresa desde luego, qué dice uno en un momento como ese, de todos modos, y me dispongo a devolverle el dinero tal como me figuro que es a por lo que viene, y bueno, me da lo mismo si eso hace que se sienta mejor, ya sabéis. Pero me dice, tendiéndome la mano con aires de sabelotodo, devuélveme la bolsa. La bolsa, digo yo, sorprendido, ¿por qué? Queremos enterrarlo entero, me contesta, furioso conmigo por ser tan estúpido. No querrás que lo enterremos por partes, dice, horrorizado. Y me arrebata la bolsa y se aleja al galope, sujetándola hasta donde le daba el brazo, aquella cosa que empezaba a calarse por el fondo y se balanceaba y pateaba por sí sola como si llevase dentro un pollo vivo. ¿A que tiene su gracia? Ah.

Por fin Orcutt dragó un trozo de tabaco del bolsillo del chaleco y le quitó cuidadosamente las pelusas. Abrió hábilmente su navaja con una mano y rebanó un pedazo generoso.

Uno lo entiende solo desde un plano físico, dijo, el otro está más allá de la ciencia, mi suposición es que no era lo bastante fuerte para hacerlo. Ni de lejos. Había estado muy enfermo, el pobre Henry, y nunca fue lo que se dice un hombre fornido, en cuerpo no desde luego, ni siquiera en espíritu he de decir. No había en él ni la fuerza ni las agallas suficientes.

Orcutt se puso a mascar, cerrando los dientes despacio, y suspirando a medida que lo poseía el placer. Se apoyó en la pared.

Bueno, el viento no lo subió allá arriba.

Bueno, igual lo hizo el Listillo y Ruidoso Ventoleras.

Llevándolo en la chepa.

Lo impulsó el espíritu. Reverendo, tú qué opinas.

Henry está fuera, ¿por qué no le preguntas a él, doctor? Y está sonriendo.

Furber se sentó sobre un amasijo de ropas.

Luther, por favor, tráelo si eres tan amable. Descongelado, hablará. Hubo un tiempo en que estaba duro como una peladilla, cuando estuvo enfermo, ¿recordáis? Colócalo ahí mismo con delicadeza, junto a Chamlay el de la Palurda Placa, o junto a Ezra y Bessie, que se han santiguado a la mesa, o ahí, donde está apoyado Orcutt en tan solemne silencio, sumido en su sucio placer.

Furber rebuscó en la pila.

A Henry le faltan los ojos, pero no la lengua, por cómo pinta… Tinta.

Cogió un mitón.

Así dice el Señor… ah… Yo soy el Señor, dice el Señor; soy el creador de todas las cosas. Solo yo expando los cielos. Yo frustro el mal agüero de los embusteros. Ja ja. Vuelvo locos a los adivinos. Pongo patas arriba a los brujos y les pongo el trasero del revés, y ridiculizo su conocimiento… Por fin están

aquí los monos a caballo.

Contrólate, Jethro, no te vengas abajo. Aquí tienes responsabilidades.

¿Venirme abajo, doctor? He aquí un acertijo: ¿por qué me muestro tan frío en vuestra cara? Eso es de lo más impropio en un hombre de mi posición, ¿eh…? Sin respuesta. Me mantendré pues en la buena compañía de mí mismo.

Cubierto de sombreros, bufandas y abrigos, Furber se puso en pie con esfuerzo.

Veamos: será A para admirarme, dijo, marcando la A con el dedo de un guante que se había enfundado solo en parte de manera que al tocarlo el dedo se sacudía flácido.

Luego será B para bendecirme; C para cobijarme; D para… desnudarme; ¿E? para estimularme; F para… friccionarme… friccionar… qué palabra tan rara. Como tinta. Todo como en tinta. Tinta es rara.

Hawkins se rio.

Estás hecho un espantajo.

Suena como un espantajo.

Recitaré un poemilla de cosecha propia. Es muy tópico.

Levantó un dedo admonitorio.

En De Pauw un muchacho vivió…

La originalidad, mis sonrisueños chupacirios, no reside en el primer verso. Pffitt.

En De Pauw un muchacho vivió,
que con la quijada una jirafa engendró.
Al ser instado a admitirlo,
dijo que lo hizo tal cual,
para la ley mendeliana derogar.

Para mí eso no significa nada.

Siéntate, Jethro, todavía nos quedan algunas cuestiones. Pero queridos míos, hay más:

Empieza a preguntarse la entera humanidad,
sobre esta cósmica necedad.
Si a las jirafas, por este paso,
las puede sorprender un asno,
El padre del rayo y el trueno, ¿quién será?

Vaya, Furb, ese es bastante bueno. Ese no está tan mal.

El arzobispo de Londres entonces gritó,
sin duda estamos bastante desatados.
De lo que semejante quijada es capaz,
es capaz un anglicano,
tañéndose las pelotas con un vergajo.
Uoo-ee, chico. Uoo-ee.
Soplándose las pelotas por una cerbatana.
Uoo…

Furber, eres asqueroso.

No seas muermo, Olus. Furb, no sabía que llevabas eso

dentro.

Olus es tan muermo,
que hasta te pondrá enfermo,
tal cual.

Eh, bueno, te ha calado enseguida, Olus.

Este fraude de De Pauw como veréis,
que aseguraba haber roto la ley,
se vino abajo y admitió
que no lo hizo su quijada,
sino de su dios padre la bestial risotada.

Ja…

Gracias, se agradece vuestro gentil reconocimiento.

Me gustaría aclarar algunas cosas que tengo en mente, Furber, si no te importa, dijo Chamlay.

¿Un pastor? Un payaso, dijoTott. Lo hemos tenido en casa montones de veces.

Perro de morro sarnoso, gritó Furber.

¡Siéntate, Furber, siéntate!

Pero E está aquí para evacuarme, atentos, va de rosa y siente pasión por entrar en mí. D está aquí para desdeñarme, no hay nada que pueda decir él, soy negro por debajo de las ropas, negro como la tinta. Y luego C, para castigarme, enviarme a Gilean, azotarme la espalda. A para acusar, para amenazar, para aspar… ¿R? R es la última, para reprenderme, no, más que eso sin duda, no, quizás para regentar, después no viene nada.

Eh, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

Pero arrimaos, hijos de la hechicera, la semilla del adúltero y la ramera.

Furb…

No sabíais que me sabía la tabla de los elementos.

Menuda maña inventarse poemas como ese.

Oh, el arte es admirado por doquier. Y A es arrebato, o angustia, o agüero, o agonía…

Más que una maña una finta.

Como en tinta.

¿Cómo se te ocurre todo eso?

Deja de darle carrete, Luther, y acabemos con esto.

El reverendo Andrew Pike es mi musa.

¿Qué dice? ¿Quién?

Oh, es el predicador aquel, Luther, hace años, al que los indios arrancaron la cabellera, dijo Tott.

¿Carrete? ¿Quién ha dicho, carrete?

Calla.

El hombre recto perece y nadie se lo toma en serio.

Le iban bastante las damas, bueno, las damas indias, se podría decir.

T de Tott y de trolero. Una solterona joven y avariciosa, ¿esa te la sabes, Totty?

una solterona joven y avariciosa

se comió, viva, una langosta

y ahora cada invierno

cuando se sienta a cenar

como una especie de protesta

por dentro la pellizca sin parar

Siéntate quieto, Bessie.

¿Qué te parece, doc?

Se llevan a los hombres misericordiosos y a nadie importa.

¿Con Curt ahí fulminándome con la mirada? Ah, no, gracias. Curt tiene la cabeza cargada y yo tengo cargados los ojos.

Por desgracia, dijo Olus, Furber es el único ligero de lengua.

Haz algo con él, chilló Tott.

Envoltorios, dijo Furber, encasquetándose un sombrero y enrollándose una bufanda. Dios es amable… Hola… Buenos días… Qué buen tiempo hace… Bonito sombrero. Bonito abrigo. Bonito guante. Oh, Dios es amable. Vaya, ¿de quién te estás burlando, calzones rosas?, ¿frente a quién ensanchaste la rosa boca, y a quién le sacaste la lengua?, ¿no eres hijo de la transgresión, semilla de la falsedad?

Mira, doc, dijo Chamlay, intentemos acabar con esto pese a todo.

Hizo un gesto.

Eso intento, dijo.

H de esputo.

Jesús. Que alguien lo calle.

Tierno gato. Tierna paloma. Tierno perro. Tierno jején. Oh, Dios es amor. Tendríais que haberme escuchado. Entonces habríais tenido paz igual que un río. Henry tiene un poco. Está sonriendo… sonriendo… Ama por aquí. Ama por allá. Ama el regazo. Ama lo labial.

Estoy aquí para aclarar el asunto Pimber, y voy a… sin importar cómo.

H de regurgitar.

Aaah.

Querida, dulce y tierna vaca. Querida, dulce y buena cabra. Querido, negro y ciego murciélago.

Vale ya, Furber. Es suficiente. Quítate todo eso y siéntate encima.

¿Por qué me muestro tan frío en vuestra cara? Respuesta: porque soy el amo de los lugares de reposo.

¿Está borracho o algo?

Trata de evitar que Curt haga sus preguntas, dijo Tott. Lo conozco.

Echad leña al fuego. Conservad vuestros puestos. Suavizadle la boca a Henry. Su fantasma hablará. Ahora está ahí fuera, colgando rígido de él como una cebolla puesta a secar.

Busca mi maletín, Olus, haz el favor. No sé adonde ha ido a parar.

He aquí un gorro de piel para un cazador. Medran los escarabajos.

Para ya con eso, Furber.

De una madre una bufanda. Es como un forro de panda. Y el cuerpo es al espíritu lo que… estos guantes a un amante.

Veré si le puedo dar algo, calmarlo un poco, le ha dado un ataque.

No te preocupes por él, no es más que una comadrejilla desdentada.

M de mendacidad. T de toquetéame la tripita y te toquetearé los testículos. T de tocarme no. O de ojo por ojo.

Dejadlo estar, se calmará. Está exhausto.

Omensetter pues… yo digo que vayamos a por él.

No dispares antes de tiempo, Curtís.

Antes de tiempo, demonios, voy dando pasos naturales, por dios, uno por uno.

Apuesto a que se ha largado. Apuesto a que es eso lo que ha hecho. Se ha largado.

¿Y abandonado a su mujer?

Es su cuello, ¿por qué no?

Por qué no, dice Tott. Bessie. ¿Renunciarás a ese reposo que ahora ansias para contar nuestra historia? Es el cuello de Omensetter. Y un cuello es un cuello. Eso es muchísimo. ¿Por qué no? Dice Tott.

¿Quieres hacer el favor de cerrar la boca, maldita sea?

Oh, *estás* ronco, *estás* muy ronco. Creo que has *cogido* algo.

Boylee es fuerte, y a Boylee le llevó su tiempo subir, dijo Chamlay, extendiendo hacia Orcutt una mano abierta y replegando un dedo. Y tal como dices, Henry no tenía fuerzas en absoluto, dijo, replegando otro. Así pues concluyo que Henry no subió él solo adonde lo encontramos. Chamlay dio forma a un puño amenazador. ¿Qué dices tú, doc? Quieres apostar, dijo, agitando los otros dedos. Lucy Pimber dice que la última vez que vio a Henry se dirigía a casa de Omensetter a cobrar el alquiler. Chamlay dobló un dedo. Henry llevaba encima ese alquiler cuando lo encontramos. Plegó otro dedo. Así pues, dijo, se encontraron. Juntó con rabia ambos puños, aun así, Chamlay sonreía.

Paso a paso, eh, Curtis, dijo el doctor Orcutt.

Un paso más, por dios, y te darás de morros con él.

Ríndete si quieres, George. Siempre fuiste rápido en ceder, pero creo que yo le voy a igualar la apuesta. Ah. Gracias, Olus. En alguna parte tengo una píldora.

Que verter en los porches de mi oreja.

En alguna parte…

No te preocupes por él.

… si puedo encontrarla.

Ahora tenemos a todos los Omensetter. Menger tiene a las niñas. Yo digo que lo busquemos, dijo Hawkins.

Yo digo que se ha largado.

Puedes ir en su busca, Bessie, como fuiste en busca de Hog Bellman.

¿Qué sabes tú de eso?

Te he oído contarlo.

Hawkins se rio y dijo: ¿en serio has oído alguna de las historias que cuenta Tott? Bendito embustero que está hecho.

… embustero…

Te gusta hablar de la ley, Curtis, ah, aquí está, pero eso a la ley no le va a gustar. Aquí están. Tómate solo una, tal vez, dentro de un rato, otra… ¿Jethro?

Furber dijo: entonces llevaréis al hombre o mujer que haya cometido ese acto horrible, los llevaréis hasta las puertas, y con piedras los lapidaréis allí hasta la muerte.

Quieres dejar de gruñir, George, dijo su hermano.

Para lo que ha hecho conmigo Orcutt bien podría haberme escupido en el ojo, dijo George.

Has dicho que veías la apuesta, dijo Curtis. Me quedan más cartas.

Ah, puede ser. Pero no eres tan fuerte. Hay cartas que no tienes, para empezar, en cualquier caso no todavía. El modo en que colgaba Henry, tan arriba, esa es una carta alta, Curtis, como tú dices, ¿pero en mano de quién descansa? Boylee es fuerte, dices. A Boylee le llevó su tiempo. Vale. ¿Cómo de fuerte tendría que ser un hombre para trepar a ese árbol con un muerto colgando de él en cualquier caso? Espero que no pienses que por entonces Henry estaba vivo.

¿Por qué le sigues el juego?

Furber dijo: por boca de dos testigos, o tres, morirá el que sea merecedor de la muerte, pero no morirá por boca de un solo testigo.

Sería un peso muerto, Curtis, todo el trecho. Y luego habría que colgarlo de allí y atarlo.

Chamlay dio una palmada.

Jethro, esa píldora, vamos…

Nuestros corazones son como dientes de perros, dijo Jethro Furber, acurrucándose en las ropas.

Como he dicho, hay hechos que te faltan. ¿Has echado a nuestro Henry un vistazo cuidadoso? ¿Fue estrangulado?, ¿se rompió el cuello? Ja, igual le pegaron un tiro. O se rajó la garganta con una cuchilla, o murió por la ventisca y el trote.

Ah, mierda, doc…

Habrá que hacer una autopsia, es lo que estoy diciendo.

Escuchad, dijo Furber, cuando era pequeño y aprendí las letras, A…, B…, C…, nunca me enseñaron amor, no sabía escribirlo, siempre me faltaba la O, o la A, así que escribía amor como urdir, o curtir, o hervir, o mentir.

Furber se sonó ruidosamente la nariz en la manga de alguien.

Mira, dijo, si se trata de la ley, testificaré. Diré la verdad por primera vez.

Apártate de los abrigos, maldita sea.

Diré que mentí. Que mentí y mentí. Que propagué el odio contra él, todo con mentiras. Que me puse en su contra, con mis mentiras. Que volví su propio corazón contra sí mismo, y que lo ennegrecí a fuego con mentiras. Y siguiendo mis mentiras, él escribió amor: suerte[9]. Haz que se trague eso, doc, haz el favor.

Volví la tierra en su contra, sembrándola de mentiras. Su mujer se volvió en su contra; sus hijas se volvieron en su contra, por mis mentiras. Volví a Mat, y a todos sus amigos, y a todos en Gilean, contra él, con mis mentiras. Yo os metí en vuestras cabezas lo de estar en su contra, todo con mentiras. Incluso a Dios lo volví en su contra, todo con mis mentiras.

Tómate la píldora de doc, Jethro, dijo Chamlay con ternura, no te encuentras bien. Todos saben que no es propio de ti mentir, cualquier otra cosa…

Con mucha agua, es como si fuese cuadrada. ¿Necesitas ayuda para llegar a la cocina?

Menger está dormido, ese hijodeperra.

Cuidado, George, los dos tenéis la misma mamá.

Tengo un ojo jodido.

Ojalá pudiera dormir yo. Estoy muerto, pero por lo que sea estoy nervioso, dijo Hawkins.

Bien planteado, so Puerco, muerto pero nervioso, sí. Henry tiene un tic vivaz.

Hawkins maldijo.

Se marchará, dijo entonces Furber con seriedad. Me lo prometió. Se marchará.

Todas esas preguntas que has estado haciendo, Curt: ¿Por qué se suicidaría?, ¿por qué escogería lo profundo del bosque?, ¿por qué se ahorcaría a tanta altura?, ¿por qué se aferraría con tanta fuerza al dinero?, ¿por qué esto?, ¿por qué

lo otro?, bien, puedes hacer esas preguntas de nuevo, si crees que Omensetter lo mató. Hay otras tantas, iguales que esas.

Para que nadie lo encontrara. Es sencillo, doc. Escondió el cuerpo.

Eso es, no vales como cebo, sin cuerpo…

Eh, está junto al bebé.

¿Te encuentras bien, Furber?

Bien… estoy bien… Sí, sí, voy…

Sea como fuere, Omensetter lo encontró, dijo Tott, retrepándose. En tal caso no tiene sentido colgarlo tan arriba, me parece a mí.

Para eludir sospechas, dijo Curt.

No ha eludido las tuyas, a que no, dijo Orcutt.

¡Ha eludido las tuyas!

Oh, Curt lleva todas sus sospechas por dentro, dijo Tott. Por detrás de los calzoncillos.

Muy bien, Bessie. Vaya, ¡estás *madurando*! Esto no tiene fin.

Mierda.

¿Le dices mierda a un predicador?, ¿mierda?

En cualquier caso, habría sido muchísimo más fácil enterrarlo, me parece, dijo Knox. Hay montones de sitios sencillos.

Eso es, Jethro, en la cocina, ve a por agua.

En un pez, dijo Furber. También sé de un hombre que está enterrado en su hermano. Y de otro sé de buena mano…

Menger está dormido, el hijodeperra.

Si el suelo estaba congelado, dijo Curt, ¿habría sido sencillo entonces?, ¿si el suelo estaba congelado?

… de otro… aquí va otra, que me sé… su lápida dice:

Mary mi esposa fue,
y Mary mi madre fue,
dichosa mi vida fue,
hasta que a mi hermano me encontré.

Aun así, Curt, hay decenas de lugares mejores: rocas, arbustos, el río…

Me robó a mi esposa,
me robó a mi madre;
me robó la vida toda,
para que no amara a ninguna otra.

Bravo, Jethro, no es mala cancioncilla, chico.

No con el suelo duro como el mármol.

Pero Curt, por el amor de dios, no lo estaba, dijo Olus. Solo hemos tenido unas cuantas heladas desde que Henry desapareció, y la tierra estaba fácil.

Esta píldora pronunciará minuciosamente amor, y dormirá mi amarga lengua, ¿pero debería tragármela?

Cómo sabemos, sin embargo, cómo sabemos que Henry fue asesinado en el momento en que desapareció.

Venga, Curt, venga.

Está bien, de modo que Omensetter esperó con el cuerpo. Tenía a Henry escondido en alguna parte, un granero, un sótano. O quizás Henry se fue… a Cincinnati, a Columbus, y luego cuando regresó, Omensetter…

… ciudades que empiezan por C…

Ah, nah. Naderías, Curtís. No se sostienen.

Chamlay alisó la mesa.

Además, tú cortaste el nudo.

Me cago en ti, Tott.

Furber hablaba con las manos. Le encortinaban la cara.

El río, el chico, lo atrajeron a Gilean, y ahora está acabado, el amor entre ellos se apagó como una vela. Curt, tú no estabas aquí, yo sí, sentado en un rincón como una silla con sentidos, como sus hijas, con un tenue vestido de desesperación. No, ven a Gilean, el niño, el río, se lo dijeron, ven a Gilean, la capital de la naturaleza humana. Y ahora él sabe. No queda daño que podamos infligirles, a su mujer o a sus hijas. Se las arreglarán como nos las arreglamos nosotros, lo más seguro… Una vez conocí a una mujer que se cayó de una silla y murió. Ya no podemos retenerlas en Gilean, interrogarlas ni juzgarlas. Eso no dañaría más que a aquellos de nosotros que todavía tenemos sentimientos, no a ellas. Y Curt, tenemos un deber, en tanto capital, tenemos una responsabilidad.

Déjalo, Curtís. Esta vez Furber tiene razón. Se marcharán dentro de poco, dijo Orcutt. Después de enterrar a su hijo tal como van a tener que hacer… Omensetter no mató a Henry, aunque quizás el niño sí que le va a pesar en la conciencia. No tenía ningún motivo en este mundo.

¿Motivo?

Sí, dijo Orcutt con impaciencia, un motivo, un motivo para hacerlo.

Yo tengo este ojo jodido.

Motivo, murmuró Furber sorprendido. No tenía ningún motivo en este mundo…

Entonces el cuerpo de Furber se sacudió con los incontrolables espasmos de la risa, la boca abierta y el pecho henchido como si él fuese Brackett Omensetter en persona en

el profundo meandro de su suerte, aunque no emitió sonido alguno, tan solo el silbido de su respiración, y unas pocas lágrimas se escurrieron por las comisuras de sus ojos. El ataque pasó antes de que nadie pudiese levantar la mano, y Furber, mirándolos aterrorizado, se echó a la boca la píldora del doctor.

Orcutt se levantó y fue hasta la ventana.

Vamos. Ha parado de nevar. Hay luz. Veamos qué podemos hacer para quitarnos de en medio.

12

La enfermedad de Jethro Furber se prolongó hasta entrado febrero, una especie de neumonía y locura combinadas, dijo el doctor Orcutt; y el señor Cliíford Huffley ayudó con la Navidad e incluso estaba haciendo arreglos para el Viernes Santo. Era un hombre grande y rubicundo con pelo terroso y el primer domingo de marzo iba a dar su sermón de ordenación. Fue una suerte hacerse con él, decían todos, un muchacho tan cercano y con la cabeza bien amueblada. Esperaba remodelar; sumar quizás. Se hablaba también de una nueva afiliación. La señorita Samantha Tott serviría el té la semana próxima, invitaría solo a las damas, y el señor Huffley, entonces, les contaría cómo su padre, siendo misionero, murió en Haití.

El cáncer blanqueó la piel gris del pobre Flack. Borrachos, los hermanos Hatstat tuvieron una pelea inofensiva. Luego el sabueso de Bencher, para consternación de todos, cayó por entre el hielo blando del Ohio a plena luz del día.

Los Omensetter se habían mudado río abajo —niñas, caballo, perro, esposa y carreta—, nadie sabía bien dónde; y ahora era Israbestis, ya no el doctor Orcutt, quien afirmaba que había sido desde el principio la intención de Henry colgarse de

aquel árbol como una baratija, arrojar sospechas sobre Brackett Omensetter. Casi todos afirmaban que con Chamlay tan furioso con él, Omensetter había tenido suerte sin duda de rehuir la culpa. El niño siguió con vida, un resultado enteramente ajeno a la ciencia, dijo el doctor Orcutt, e Israbestis juraba que la suerte de Omensetter se haría legendaria por todo el río, por mucho tiempo, aseguró, quizás por siempre.

El señor Huífiey tuvo un invierno ajetreado; no obstante, se sentaba con el reverendo Furber a menudo, a rezar con fervor. Estaba por tanto cogido del codo de Jethro Furber, dirigiéndolo con delicadeza, cuando una tarde soleada, aquel hombre enfermo salió a pasear. El bastón del reverendo Furber se hincaba en la escarcha, y una vez, al resbalar, maldijo como un marinero. El señor Huífiey, sonriendo ausente, tenía la mirada perdida hacia Sion. Me pregunto qué va a ser de mí, Huífiey, dijo Furber; pero enseguida se apresuró a añadir: no, eso es una tontería; lo que vaya a ser de mí, ha sido. El señor Huífiey, sin embargo, era un sostén.

Furber solamente visitó a la señora Lucy Pimber. Le ofreció el dinero que encontraron en el cuerpo de Henry, pero se negó a tocarlo, inclinándose hacia la palma de Furber y contándolo. Así que esto era lo que sacaba por la casa, dijo ella, al fin radiante.

El doctor Orcutt, que estuvo tratando también los pies y los dedos congelados de Brackett Omensetter, había sugerido al señor Huffley que quizás podría hacer una visita de caridad a «aquel lugar de desolación», pero el señor Huffley le informó de que dos niñas asalvajadas le habían tirado piedras dos veces por entre los árboles.

Furber rio entre dientes.

En serio, dijo. Piedras, ¿eh? ¿Eran reales o virtuales?

No me dieron pero hirieron mis sentimientos.

Ah, bueno, eran espirituales, entonces, son las peores. Una

de esas fue la que sumió en tinieblas a Goliat.

En opinión de Furber el nuevo hombre poseía un pobre manejo de las palabras, poca imaginación, ningún don para predicar, y un torso enjuto, desde su cama, sin embargo, Furber oyó un coro bullicioso, y la vigorosa voz conductora de su reemplazo. Eso hizo que resolviera deslizar lo que llamaba el dinero colgante de Henry Pimber dentro de uno de los nuevos y brillantes sobres para la colecta del señor Huffley antes de marcharse.

APOSTILLA

Si, llegados a este punto, has leído en efecto toda la novela, sabrás que el último capítulo dura lo que un estornudo. Yo también había llegado al mismo punto, mientras escribía el libro, cuando me robaron el manuscrito. Desapareció como desaparece el rocío una mañana de sol. El manuscrito descansaba encima del escritorio de mi despacho sin cerrar en la Universidad de Purdue. Lo había dejado a su indolente aire para dar una clase, y cuando regresé, poco menos de una hora más tarde, la familiar pila ya no estaba allí, en su caja archivadora de costumbre.

Nadie podía haberlo cogido, por supuesto. ¿Por qué iba a robar alguien un manuscrito del que nada sabía, el manuscrito de un autor inédito que había guardado sus ambiciones sobre todo para sí mismo? La fiebre gélida que sentí cuando me percaté de su ausencia tendría que haber constituido prueba suficiente. Mis ojos volaron por el cuarto como si las páginas mismas hubiesen echado a volar. Incluso fui hasta una de las ventanas cerradas y me asomé. Abría los cajones, y los cerraba tan de golpe que tenía que volver a abrirlos, pues mi intención no era sino inspeccionar el contenido.

Me había quedado mirando furibundo el último capítulo antes de irme a clase. Lo había hecho, sin duda. No podía estar equivocado. Había estado echando a sus páginas una mirada de descontento. El lenguaje yacía allí como el hollín de una hoguera ajena. Recuerdo la posición de mi mandíbula. Había escrito renglones gomosos como caramelos baratos. Apenas podían ser expresados, y mucho menos cantados. Por ese motivo, había deseado con frecuencia que desapareciera cada

palabra como si la hubiese escrito con zumo de limón. ¿Se me había concedido aquel deseo? ¿Se había desecho el genio de los genios fallidos de otra sarta de pamplinas? Al fin y al cabo, cada relato que había enviado a las revistas me había llegado devuelto con un golpe sordo contra el portón de casa. Después de casi ocho años de lo mismo, me había vuelto, en mi interior, una persona ceñuda y resentida. Y lo soy. Hasta la fecha. Con este asunto. Estuve trabajando en *La suerte de Omensetter* la mayoría de las tardes que en aquellos años había logrado sacar. Y ahora faltaba incluso el batiburrillo que pudiese haber creado.

Los cincuenta pertenecían todavía a la era del papel de carbón. Para copiar, mimeografiabas; duplicabas a papel carbón; rehacías; calcabas. Detestaba el papel carbón; tenía problemas enrollando las capas de papel tanto al meterlas como al sacarlas de la máquina de escribir; odiaba las manchas que me dejaba en los dedos; veía con malos ojos los churretosos resultados. El papel carbón multiplicaba cada error y los escondía lejos del fácil alcance de la goma de borrar. Sobre todo, me asqueaba el aspecto de las copias a carbón. Escribía lo que me parecía era un renglón interesante, pero por debajo de la página que mi Underwood martilleaba con nitidez, las mismas palabras se escabullían —débiles y pálidas, borrosas y falsas—. En cualquier caso, yo escribía cambiando de parecer, no podía hacer copias de palabras tan provisionales. De modo que no tenía ninguna copia a carbón, ninguna, ninguna réplica, ningún duplicado. Ni uno.

El manuscrito no podía haber sido robado, desde luego. Se me ofrecieron numerosas hipótesis capaces de explicar su ausencia. Tenía por costumbre trabajar en partes del manuscrito antes de clase, de manera que pensar que ese día había hecho lo mismo sería un malentendido lógico. No había traído conmigo el manuscrito, así de sencillo. Debe de estar todavía en casa. Telefoneé a mi mujer, que se puso a buscar. «Con las manos vacías» sería la descripción más optimista del resultado.

Mientras, a casi cinco kilómetros de distancia, mi mujer iba de habitación en habitación, confundida por la incertidumbre, yo consideraba otra de las posibilidades: siempre metía la caja que contenía el manuscrito en la cesta izquierda de la bicicleta con la que iba y venía a la facultad cuando el tiempo lo permitía. Era un largo trecho y tenía su buena ración de baches. Quizás se me había caído con alguno de los rebotes. ¿O estaba en la cesta de la derecha? El quid de los hábitos es que no tienes que acordarte de lo que son, solo tienes que tenerlos. Más tarde volví cuidadosamente sobre mis pedaladas, una vuelta tras otra, escudriñando el camino, buscando como quien ha perdido a un niño, convencido al mismo tiempo de que era un estúpido. ¿No se había dejado Hemingway un manuscrito en un tren? ¿No había echado la asistenta de Carlyle al fuego *La Revolución francesa*? Así que tal vez… ¿tal vez qué? La novela había sido novelescamente secuestrada.

Y yo sabía quién era el culpable. Lo supe desde el momento en que advertí que el manuscrito no estaba. Lo supe con tal certeza que me avergonzaba, ya que carecía de la más mínima prueba. Mi novela la había robado un tal Edward Drogo (conocido también como Cabeza Negra o Schwartzkopf, Corazón Tenebroso y Alma de Hollín, pero de un modo más apropiado, Edward Drogo Mork, que sería el nombre que le pondría si fuese él un personaje de ficción). Mork era un tipo nuevo del Departamento de Inglés. Me había «caído bien», lo cual era inusual. La gente de los departamentos de Inglés no me «cae bien» por sistema. Pero Mork era simpático como… bueno, ¿cómo qué? Era un canalla. Siempre noté que se aceitaba el pelo. Tenía una esposa pálida y un niño aún más pálido, a los que mantenía casi todo el tiempo encerrados en una casita oculta en el bosque. Le enviaban la correspondencia a un apartado de correos. Llevaba relucientes zapatos negros. Camisas almidonadas. Sí, atildado. Esa es la palabra. Solícito como un vendedor. Con los demás, en cambio, desdeñoso, incluso airado en las discusiones, sí, un

pelín altivo. ¿Por qué no era altivo conmigo? ¿Por qué dejaba yo que me rondara? Yo siempre confío hasta en el más desdeñable de mis motivos. Y Mork me rondaba sin duda. Porque era un sonsacador. ¿Me gustaba acaso que me sonsacaran?

Yo no era del todo inédito, ni tampoco un escritor del todo desconocido, no para E. D. Mork, que sabía que yo me había hecho finalmente de oro. En *Accent*, una pequeña revista de la Universidad de Illinois en Urbana, justo carretera abajo, al tiempo que rechazaban un trozo de la novela que les había enviado, me habían solicitado, incauta e imprudentemente, sin embargo, más material, y yo los había inundado con relatos y con ensayos como si fuese aquello un Año Nuevo siciliano. Leyeron todo el material lo mejor que pudieron y quedaron lo bastante impresionados por mi historial de rechazos como para pensar que habían descubierto a alguien. Esas buenas gentes (que más tarde se convertirían en amigos) decidieron dedicarle a mi obra un número completo de su revista. Y yo le había hablado a Mork, que también había publicado un artículo en dicha revista, de mi buena suerte. Había hablado también (según me dijo) con uno de los editores (con Kerker Quinn, creo) por teléfono y se había enterado de primera mano de lo entusiasmados que estaban.

¿Lo hacía culpable aquel bocadito del Arbol del Conocimiento? Al instante de ver aquel desolado escritorio, supe que se habían llevado el manuscrito, que jamás lo volvería a ver y que lo había robado E. D. Mork. Mi mujer tuvo la misma certeza inmediata. Más tarde, un colega del Departamento de Filosofía me haría una discreta sugerencia en idéntico sentido. Aun así, repasé mis movimientos. Repensé mi vida. Rememoré hasta las agitaciones de mis entrañas. Mi decano se solidarizó y envió a cada departamento a su cargo un folleto para solicitarles vigilancia y auxilio. Puse un anuncio en el periódico. De alto valor sentimental. No se harán preguntas. Ese tipo de cosas.

Revisé también mis emociones. Me sentía culpable por la

profunda —si bien infundada— sospecha que albergaba. Mork se mostraba profundamente empático y tremendamente solícito. ¿Qué otra garantía de inocencia necesitaba yo? ¿No tenía una copia?, quiso saber él; ¿estaba seguro?, continuó; ¿tan funesta era de veras la situación?, preguntaba una y otra vez, incrementando su pesar con brincos y saltitos. ¿Qué prueba adicional se requería?

Bueno, tenía borradores, pero eso no se lo dije. Yo escribo reescribiendo, así que tenía un revoltijo de preliminares, aunque a lo largo de los años me las había ingeniado para traspapelar muchos de ellos. Desesperado, reuní aquel caos. ¿Qué versión seguía a la última? Ni lloré ni me enrabieté. Estaba demasiado paralizado por la pérdida, avergonzado de cuánto me importaba, incómodo con los amigos que se apresuraban a demostrar que ellos no habían sido. Los borradores no resultaban de gran ayuda, ya que me decían que reescribiera el libro desandando el camino del mismo modo que había vuelto sobre las huellas de las ruedas de mi bicicleta. Me mantenían ocupado en imaginar cómo me había sentido cierta vez, qué había pensado, qué juzgado. Me recordaban de manera gráfica todos mis errores, mis miserables desalineaciones, mis pretenciosos intentos de dar con «un estilo». Uno no da con un estilo intentando dar con uno. Un estilo te sobrevenía, crecía en ti como el buen o el mal carácter. Tu estilo vendría a ser un reflejo de tu vida, pero solo en tu escritorio.

Apoyándome cada vez menos en los borradores, durante los meses que siguieron, reescribí *La suerte de Omensetter* como si me hubiese hallado en una serie de trances en los que entraba de manera casi sistemática. A veces tenía la sensación de que estaba recuperando el texto literal, no tratando de recordar lo que había escrito en origen o cómo lo había escrito, sino cayendo en la extenuación —la extenuación y la inconsciencia, y también la extenuación y la insensibilidad—, tan en lo hondo de la mina de mi trabajo previo que al final la mina me explotó a mí. Ahora mi costumbre de revisar una y

otra vez parecía ayudar, como si me hubiese creado muescas en el cerebro tal como cierta teoría de la reiteración, en su día popular, había sostenido. No hice más que pasar una aguja nueva sobre aquellos viejos senderos desgastados hasta que algo parecía, como si en la distancia, estar sonando. En menos de cuatro meses de arrobamiento, recuperé el libro; o más bien, recuperé parte del texto y reescribí el resto. Era posible que fuese a causa del esfuerzo intenso, pero de verdad creía que tenía un libro mejor. Estaba convencido, como ese viajero que pierde el avión, de que mi mala fortuna me había salvado de un accidente.

Durante aquel tiempo, además, la facultad proseguía lenta pero constante. Impartí clases y di charlas, corregí trabajos y soporté comités. E. Drogo Mork fue un compañero fiel. A menudo comíamos juntos nuestros almuerzos traídos en bolsas de papel, y discutíamos con bastante formalidad ciertos clásicos de la literatura estadounidense —Emily Dickinson, Bret Harte—. Yo consideraba rara esa formalidad, pero disfrutaba bastante nuestras charlas, posiblemente porque el que más tenía que hablar era yo.

El profesor Mork trajo noticias. Me dijo que había escrito su disertación en la Universidad de Syracuse sobre Katherine Anne Porter, una escritora por la cual él sabía que yo sentía debilidad. El mundo había estado a la espera (tanto como está el mundo a la espera de este tipo de cosas) de la aparición de *El barco de los locos*, la novela que haría ascender a esta artista desde las divisiones inferiores del relato corto y a procurarle un lugar de honor en la Primera División. Los rumores decían que el libro ya estaba terminado al fin, así que Drogo quería preparar una antología de ensayos y reseñas sobre Porter, para que saliera más o menos al mismo tiempo que la novela, y que fuese como una salva de aplausos. ¿Querría escribir yo un artículo sobre Porter para su recopilación? Bueno, por supuesto que sí. Lo que sea con tal de publicar.

Así que me las ingenié para hacer algo sobre Katherine

Anne Porter que titulé *La religión de la consciencia*. A Ed por lo visto le gustó, e incluso se aventuró a enviárselo a Porter para ver cómo reaccionaba. ¿Qué mejor prueba de sus buenas intenciones? Y lo que es más, Ed me enseñó su respuesta, que fue lo bastante favorable como para hacerle yo una copia, estableciendo sin saberlo mi autoría sobre el artículo.

Yo estaba empezando a ver nuestros almuerzos con algo de recelo. Vimos a Mark Twain. Habíamos pasado a Howells. ¿No estaba el profesor Mork impartiendo un curso general sobre literatura estadounidense?

A medida que comenzaba a devolverle a mi novela algo de apariencia de realidad, el ovillo de números que había acompañado al proceso, e incluso había hecho posible el esfuerzo, empezaba a desenredarse. Sentimientos de carácter reconocible aparecieron. Se dio la inevitable autocompasión: nadie publicaría mi obra y encima «alguien» me la robaba. Pobre de mí. Y rabia: ese sentimiento, que, en mí, es frecuente, es además habitualmente difuso, y va dirigido por lo común a la estupidez humana y a la avaricia en general, más que a los individuos en particular; pero ahora apuntaba hacia la «comunidad literaria» y hacia todos los eruditos, críticos y reseñistas que ocultaban sus regresivos gustos burgueses tras las tendencias intelectuales de moda y los eslóganes fáciles y la enturbiadora jerigonza; que buscaban elevación e instrucción en la literatura antes que literatura en la literatura; así que escribamos un libro que sea como pis en sus narices. Y vergüenza: todo el asunto era una especie de estúpida ignominia. Era como tener propensión a los accidentes intelectuales, y el follón que había montado a resultas de un libro de calidad desconocida era bochornoso. Y culpa: me sentía de verdad fatal a causa de mis sospechas injustificadas, pero todavía peor me hacía sentir mi pasividad —tragando constantemente con el tal Schwartzkopf, negándome a mostrarme antipático—. Y alivio y orgullo y triunfo: estaba superando mi pérdida. Me estaba volviendo a enamorar, iba a salir airoso. Aquellos eran los sentimientos más falaces de

todos. Al mismo tiempo, depresión, melancolía, abatimiento: qué sentido tenía, la nueva versión no sería mejor recibida que la mayor parte de mi obra. Mi vida no me gustaba. Mi trabajo no me gustaba. El mundo no me gustaba.

El número de *Accent* del invierno de 1958, dedicado a mi obra, apareció. Conduje varios kilómetros hasta Illinois para ser agasajado, y para conocer a Kerker Quinn, a Chuck Shattuck, a George Scouffas, Dan Curley, Alien Hayman, Stanley Elkin y al resto de buenas personas que hacían de aquella revista un modelo. Poco después, recibí una invitación para enseñar en Urbana al año siguiente. Mis ánimos se elevaron, pero en solitario.

Creo que Mork tenía la sensación de que el valor de su robo disminuía, y desde luego notaba mi falta de entusiasmo durante nuestros almuerzos. Él traería la comida, algo irresistible, prometió cierto día, y hablaríamos sobre James —¿era ese?—, sobre alguien cercano y apreciado. Sería en referencia a un texto con el que había dado en su curso general, no me cabía duda. Aquel trato acabó siendo un plato de camarones que había preparado él mismo. Aseguró que lo había hecho para mí. Pelados y venosos y cocidos y condimentados y fríos del todo, metidos en una fiambrera. Todo para mí, menudo bribón. Ataca. Él daba sorbos a un café y mordisqueaba un trocito de pan. No tenía hambre, dijo. Aquello me pareció raro, como si el Escurridizo Ed se hubiese convertido en mi proveedor de comidas.

Los camarones sabían igual que huele el abrillantador de zapatos. Yo masticaba cada vez con mayor delicadeza, cada vez con mayor cautela, empujando trocitos de camarones hacia la parte delantera de mis dientes. Algo no iba bien. La cortesía me hacía rumiar. En *Los papeles de Aspern*, empezó Mork. ¿Era cera para suelos? Oye, Ed, prueba los camarones, dije, a ver si han salido como esperabas. ¿Por qué? ¿Qué ocurre? Su alarma sonó demasiado fuerte e inmediata como para ser genuina. Puede que se trate de un error. Tú pruébalos. Pero no los probaba. Insistí. Cortés pero firmemente. La firmeza no es

mi fuerte. Al final, cogió un poco con los dedos y mordisqueó el morro igual que un pez que prueba el cebo. Luego escupió en el suelo lo poco que había masticado. Y le puso la tapa al recipiente y lo metió en la bolsa de papel. La receta no era muy buena, fue todo lo que dijo Mork. Después de pasarse un rato sentado en silencio se marchó, y no lo volví a ver en varias semanas.

Intentaba envenenarme con esos camarones, pensé. La auténtica paranoia es esa. La punta de la lengua me ardía, o lo fingía. Un paranoico es un rey sin un catador. Es imaginar que un colega intenta envenenarte, robarte las cosas, sonsacarte. Resolví mantenerme cuerdo, pero también alejado.

Terminó el año escolar y Corazón Tenebroso se fue tan misteriosamente como había llegado. Nadie sabía adonde. Más tarde, hubo rumores. Estaba trabajando para Barry Goldwater en Arizona. Esa historia parecía demasiado buena para ser cierta. Había abandonado el país y ahora estaba en Venezuela. Eso me gustaba pensar. En cualquier caso, su rastro era menos que vago.

Ahora es cuando mi historia se vuelve sombría de verdad. Me traje mi manuscrito —mi triunfo— a Urbana y lo guardé en un cajón para que envejeciera, se volviera extraño y pareciera el milagro de otro escritor. Pero temiendo que Mork pudiese intentar publicar el manuscrito como propio, decidí intentar imprimir una parte, a fin de establecer mi autoría. Enseñé una sección llamada «El amor y la pena de Henry Pimber» a mis amigos de *Accent* y recibí de George Scouffas la crítica más comprensiva, cuidadosa y exhaustiva que cualquiera de mis páginas pudiera haber recibido. Pese a detestar las intrusiones editoriales, tuve que respetar sus sugerencias. Así que me puse a reescribir dicha sección. Al principio, pensé en echarle un vistazo al libro como totalidad. La novela que tenía delante empezaba «Brackett Omensetter era un hombre ancho y feliz…». No había en él ningún Israbestis Tott, y poco de Jethro Furber. La novela que tenía delante, que me sobrevino como tierra sobre mi tumba, era un

libro muy malo, y malo en casi todos los sentidos. Puede quizás que el libro que tan valerosamente había recobrado, el libro por cuya recuperación me había reventado yo las posaderas, fuese mejor libro de lo que el Urlibro, el libro perdido, el libro robado, había sido, pero eso apenas servía de consuelo. El libro que tenía delante no sabía qué propósito tenía, o hacia dónde iba, o cuál era su personaje principal. Había estado escribiendo el verdadero libro cuando estuve escribiendo sobre Israbestis Tott. Y no porque Tott tuviese que ser el personaje principal. No. La mayoría de mis personajes son tangenciales a su temática. Sino porque él era el cotilla de Gilean. Así que «El triunfo de Israbestis Tott», que apareció en aquel glorioso número de invierno del 58 de *Accent*, se convirtió en el preámbulo histórico de *Omensetter*; en el falso comienzo que deviene el verdadero comienzo a otro nivel, una estrategia que también empleé en *El túnel* otro libro al que le llevó una eternidad hallar su forma.

Se hizo necesario volver a empezar. Y esta vez no había más retos que mis propios errores, no había más enemigo que mi propia ineptitud. Varias páginas habían alcanzado quizás la elocuencia, pero la totalidad era como el esputo de un enfermo. Finalmente, Furber emergió para hacerse con el libro, y le otorgó la integridad que este pueda tener. El pasaje de la presente versión que mejor sugiere mi consternación de entonces, durante mi proceso de reconocimiento, es la iteración de «¿para esto?». Furber está hablándole a su congregación durante ese sermón decisivo, ese momento casi demencial:

Ahora os pido que os hagáis una sencilla e ingenua pregunta, que digáis: ¿para esto he nacido?; y os pido por favor que la encaréis con honestidad y respondáis si sois capaces o si os veis obligados.

¿Para *esto*?

Me ha obsesionado desde siempre, esa desagradable preguntita, y todavía la oigo, la oigo a diario, cada hora de mi

mediata vejez. «Te lavas. Te vistes. ¿Para esto?». Ahí estaba el libro, en esa pila recobrada, resucitado, blondas que volvían a sus puestos… «Te bajas los pantalones hasta las rodillas y gruñes en el retrete. ¿Para esto?»… y después de tantísimas pequeñeces, de tanta angustia, de tanto trabajo… «Tienes ojos, consciencia humana, ¿para esto?»… un montón de páginas… el qué, ¿otra primera novela?… ¿para esto?

Me quedaban años de trabajo. *La suerte de Omensetter* no se publicó hasta 1966, y solo gracias a la persistencia de mi agente, Lynn Nesbit, y a que después de que el único editor que se preocupó por el libro, David Segal, fuese despedido de un trabajo y a que por fortuna encontrara otro que incluía la promesa de que podría publicar un libro por decisión propia, y a que alcanzó a ponerse de nuevo a la par con mi manuscrito a la duodécima vuelta que este le daba a la ciudad.

Oí que Mork había intentado publicar *Omensetter* rehecho como obra de teatro, y con el personaje principal rebautizado como «Hopewell». ¿Hopewell? Yo había acertado al publicar partes del libro. Reconocieron la historia.

Me enteré también de que la táctica constatada de Edward Drogo Mork había sido fingir que estaba editando un volumen sobre tal o cual escritor estadounidense (Nathanael West, por ejemplo); le encargaba un artículo para dicho volumen a algún colega entusiasta y luego desaparecía de la vista mientras añadía otro ensayo a su bibliografía.

Se decía que ese fue el caso con su reseña de West en *Accent*, la cual incluye una nota de apertura al pie: «Ha habido, desde luego, muchos artículos de elogio sobre West. [Luego Mork menciona unos cuantos]. También resulta de interés "La individualidad de Nathanael West", *Western Review*, XX (Otoño, 1955), 7-27», un plagio de la tesis de doctorado de Hermán H. Levart de la Universidad de Columbia y de varios ensayos publicados sobre West.

Aquel hombre por lo menos tenía audacia.

Publicó mi artículo sobre Porter en la *Southwest Quarterly Review* con algunas modificaciones para complacer y aplacar las objeciones de Katherine Anne. Todavía me divierte que se cite en ocasiones.

Un último acicate.

Estamos a finales de los sesenta. *Omensetter* ha sido publicado. *En el corazón del corazón del país* acaba de salir. Sigo enseñando en Purdue. Es un día soleado de una primavera tardía y voy conduciendo pasados los límites del campus de camino a casa después del trabajo. De repente veo que por la acera se me acerca la figura de Edward Drogo Mork. De inmediato giro el volante y acelero, subiéndome con violencia al bordillo como si fuese un especialista en una película, pero deteniéndome por fortuna delante de un sobresaltado y horrorizado hombre que no se parece lo más mínimo a Edward Drogo Mork. Me percaté de ello justo a tiempo. Me deshago en disculpas por la ventanilla bajada. Es lo bastante simpático como para preguntarme si estoy enfermo. Me pregunto si habré torcido un eje (las ruedas delanteras están permanentemente desalineadas) o dejado rodadas en el césped de la facultad. Me quedo sentado quieto, muy quieto, aturdido por el *shock*. Imagina que hubiese atropellado a ese pobre tipo. Mork, habría pensado yo, quedaba en el más remoto y olvidado de los pasados. Últimamente nada me había recordado a él o a *Omensetter* o a West o a Porter o a los camarones en conserva. Marcha atrás hasta la carretera, me pregunté qué me había sobrevenido. ¿Cómo había podido cometer un error tan enorme y tan serio? ¿Y de dónde provenía mi odio como para salir tan repentinamente a la superficie, en una tarde tan inocente? Nunca he sido capaz de conformar siquiera una explicación rocambolesca.

Lector, quedas advertido. Jamás me hagas creer que te pareces a Edward Drogo Mork. Puede que aún lleve en mi corazón asesinarlo.

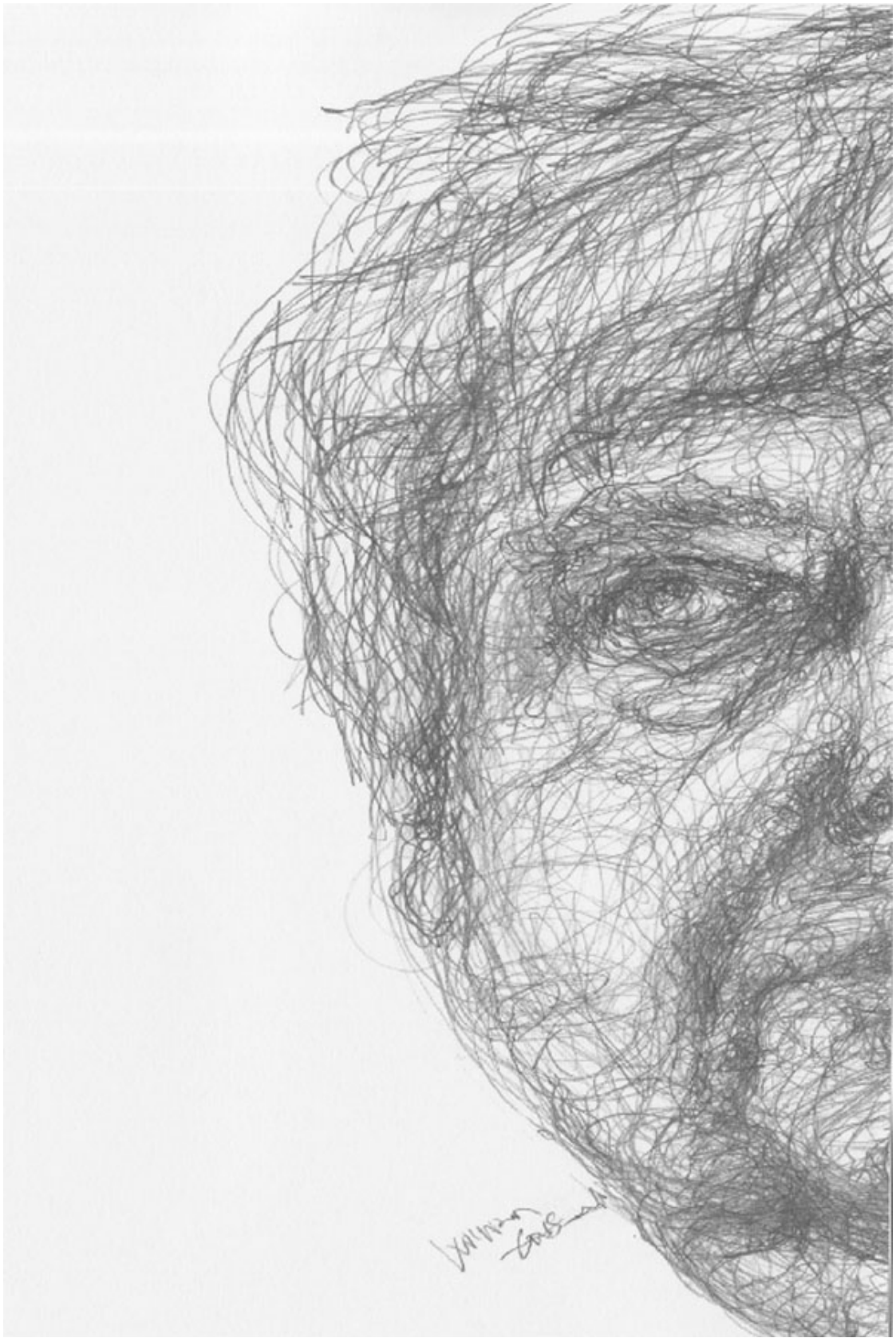
QUÉ VOY A DECIR YO

Ce Santiago

Qué voy decir yo después de todo lo anterior, por muchos meses de incapaz silencio, tan atónito como frustrado, de un esfuerzo demoledor, de acostarme cada noche y levantarme cada mañana empapado en pegajoso apocamiento, por lo demás ningún mérito, qué voy a decir ahora, ahora que ya está hecho, ahora que ha quedado claro, que ni a piojo en el pelo de un enano a hombros de un gigante, aunque me siga jadeando la cabeza, qué voy a decir; solo puedo decir, con el vergonzoso resabio de la disculpa no solicitada, que esto no es más que un intento, pues el único modo de aproximarse algo a cuanto contiene *La suerte de Omensetter* sería que todas y cada una de las personas que en este mundo y los que están por venir nos dedicamos a esto, pusiéramos por escrito una versión propia de la obra y, entre todos, conformáramos un único texto: de ese modo, tal vez, y solo tal vez, estaríamos un poco más cerca de lograrlo; porque lo mío no ha sido sino una flecha de cera dirigida al sol con la infantil esperanza de alcanzarlo.

Si ha habido algún acierto, no ha sido ni mucho menos mío en exclusiva: estoy en deuda perpetua con el profesor Roger Bellin de la Universidad de Tulane, en Louisiana, con sus conocimientos y su paciencia; con Bárbara y con Pedro y con Agustín, titánicos editores de La Navaja Suiza; con la fe tajante de Eva San Martín; y con la amistad incondicional de mis gatos y mis gatas.

A todos, a todas, gracias, muchísimas gracias.



WILLIAM H. GASS (Fargo, 1924 – University City, 2017), escritor, crítico literario y profesor emérito de Filosofía de la universidad de Washington es, sin duda, uno de los mejores escritores de su generación. Ha publicado seis obras de ficción, entre las que destacan *En el corazón del corazón del país, La suerte de Omensetter o The Tunnel*, por el que recibió el American Book Award, y una decena de ensayos: *Sobre lo azul* (On Being Blue), *Finding a form o A temple of texts*, por los que ha recibido infinidad de premios, entre ellos el PEN/Faulkner, el Truman Capote Award for Literary Criticism o el National Book Critics Circle Award, y el reconocimiento no solo de la crítica, sino también los elogios de algunos de los mejores escritores de su país, como David Foster Wallace o Cynthia Ozick.

Notas

[1] El juego de palabras se hace aquí intraducibie: *leave-taking* (despedida), encierra la homonimia del verbo *leave* («marcharse», pero también «dejar/abandonar», y también «echar hojas») sumada al verbo *take*: «coger», «tomar». <<

[2] Juego con la homofonía de *hair* (pelo) y *air* (aire). <<

[3] Cita del poeta inglés Christopher Smart (1722-1771). En 1757 lo internaron en un psiquiátrico. Según su biógrafo, durante su ingreso, Smart hacía ejercicio «cavando en el jardín». Escribió este verso acerca de esta actividad. <<

[4] *Kinsman*, en inglés «pariente». <<

[5] «Omen», el inicio del nombre Omensetter, significa «presagio», «augurio». Todo el nombre, Omensetter, significaría algo semenjante a «el que fija los presagios». <<

[6] Palabra sin significado usada en la época isabelina a modo de estribillo. <<

[7] Furber usa aquí la palabra *husband*, que como verbo significa «administrar», «dosificar», «usar con moderación», pero como sustantivo significa «marido». <<

[8] Juego con el doble sentido de Peter (Pedro y pene), el adjetivo *upright*, «recto», «erecto», «honrado», y con el adjetivo *limp*, «laso», «flácido», pero también «pobre», «poco convincente». <<

[9] Juego fonético entre *love* (amor) y *luck* (suerte). <<